ECUADOR

Raíces y Esperanzas

Joaquín Martínez Amador

ECUADOR.
RAICES Y ESPERANZAS

Joaquín Martínez Amador

Para mis hijos Gabriel y Santiago,
y para mis hijas Ximena y Anamaría.

agradecimientos

Este libro ha sido publicado con el auspicio de Conticorp S.A.. Las opiniones vertidas en él son de exclusiva responsabilidad del autor.

Agradezco a Ricardo Muñoz Chávez, a Marcelo Santos Vera, a Julio Enrique Toral Vega y a Gabriel Martínez Toral por sus generosos comentarios.

Las cifras están sustentadas en publicaciones del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC), del Centro de Estudios de Población y Paternidad Responsable (CEPAR) y de las Naciones Unidas. Los errores son sólo míos.

Porque, entiéndelo hombre: no es culpable quien yerra; es culpable quien calía; malvado no es quien cae, sino quien no camina.

Gregorio Cordero y León.

INDICE

PRÓLOGO

'Perdona si no tengo, palabras con que pueda, decirte la inefable pasión que me devora.

— Medardo Ángel Silva

Escribir *sobre un país no es empresa fácil. ¡Un país es la suma de tantas cosas diversas! Se puede investigar su historia, remontándose a sus orígenes, o se puede especular sobre lo que vendrá; se puede examinar la geología de sus montañas o seguir los sinuosos surcos que abren sus ríos; se puede describir su gente, sus comidas, su música y sus costumbres; se puede admirar sus obras de arte y su cultura. Se puede hablar de su pasado, de su presente o de su futuro. Se puede enfatizar cifras o emociones. Consciente de lo vasto de la empresa, me he propuesto escribir sobre el "Ecuador.*

'Dejé el "Ecuador donde nací cuando acababa de cumplir ocho años, todavía un niño. Recuerdo claramente al 'Ecuador de esos tiempos. En los años que viví lejos, y hasta mi regreso, esos recuerdos se mantuvieron vivos; no hubieron nuevos que los cubriesen. "Tenía aquí una extensa familia a la que volví a visitar muchas veces, pero, naturalmente, una cosa es venir de visita y una muy diferente vivir en el país.

El Ecuador que recuerdo con tanta claridad es el Ecuador de fines de los años cuarenta. Era un país muy tranquilo. En Guayaquil el cacao se extendía en las calles para que se secase; había poco tráfico y mirarlo pasar desde una ventana era un divertido pasatiempo. Cada uno de mis compañeros de juegos escogía un color de automóvil y ganaba el que había escogido el color que había pasado en mayor cantidad; naturalmente nadie podía escoger el negro porque ello era ganar con seguridad. La mayor parte de las casas eran de madera, con esas chozas que se abrían a medias para dejar pasar la luz y la brisa, pero no el sol En las casas había mucho espacio y altos tumbados. Las empleadas domésticas se quedaban muchos años con las familias; todavía está con la mía Victoria, a quien mis padres contrataron poco después de nacer yo. Por la calle pasaban vendedores ofreciendo a gritos su mercancía; se los llamaba y subían. Recuerdo los ostiones, que se compraban por gruesas, abiertos frente a uno. Se comía lo tradicional, entre ello cosas que me parecían horribles, como la mazamorra que se hacía con

harina de plátano, o riquísimas, como huevo frito con arroz y maduro. Se comía más que ahora. Muchos hombres usaban sombrero y se paraban a conversar largamente en las esquinas.

Al caer el día, con el fresco de la tarde y las primeras luces empezando a encenderse, la ciudad tenía un encanto especial. Ese encanto vespertino es una de las pocas cosas del Guayaquil de antaño que siento que aún no han desaparecido. Me bautizaron en la iglesia de La Merced; vivíamos a media cuadra. ÍA veces, en esa iglesia, cuando cierro los ojos, siento que soy de nuevo un niño pequeño y afuera escucho el silbato agudo de los heladeros. Grillos, tardes frescas y plácidas, la piscina de Emelec, los cumpleaños entre primos; recuerdos de niño.

El Quito de entonces era también muy diferente al de hoy. Los hombres usaban sombrero y abrigo, y eran muy ceremoniosos. "Recuerdo sus casas grandes y un poco oscuras, llenas de silencio, con zaguanes fríos; el chocolate caliente que se sorbía a media tarde tratando de no hacer ruido. Vendían un queso riquísimo, con un olor muy fuerte. Recuerdo La alameda, casi en las afueras de la ciudad, donde se podía correr y correr y donde todavía estaba el impresionante monumento del bien y el mal, al que me subía. 'Ja algo mayor volví a Quito y me alojé en una pensión muy tradicional cuyo nombre he olvidado. Era una casa en el centro, grande y vieja, regentada por una señora muy amable, yo tenía un cuarto interior con una cama enorme, con frazadas muy cortas, por lo que al estirar los pies estos se salían y daba frío; había que dormir un poco encogido y sin moverse mucho. La dudada la que entonces se iba era la ciudad a la que hoy ya casi no se va. Cuando voy a Quito me hago siempre el propósito de ir al centro, al viejo centro, pero con las premuras del tiempo nunca llego. En cualquier caso, ya no es el mismo. Así como en Guayaquil grandes edificios de cemento, de dudoso gusto algunos, han reemplazado a las viejas casas de madera y a sus chozas, en Quito muchas viejas casonas señoriales se han convertido en conventillos; por afuera hablan de historia y de ancestros, por dentro de hacinamiento. El Quito moderno de hoy ya no es el Quito callado y colonial de antaño.

Al norte de Quito, en un viaje que hicimos con mis padres, recuerdo la emoción y el movimiento del mercado de Otavalo y, como una de las grandes impresiones de mi niñez, la soledad majestuosa y atemorizante del lago de Cuicocha y la historia, que me sobrecogió, del de Yaguarcocha. El rodearlo de una pista de carreras le ha robado su encanto y su misterio.

A Cuenca fui muchas veces y muchos de mis recuerdos de niño tienen que ver con esa ciudad blanca y tranquila, de calles adoquinadas y entonces vacías. Cuenca tenía un olor especial, a aire frío y limpio. La heladería

Patito en la calle Sucre y las películas de domingo del Padre Crespi son recuerdos vivos. Hacíamos paseos campestres y desde mi orilla del río miraba yo con envidia y deseo los sigsales de la orilla opuesta, que siempre me parecían mayores y más hermosos que los de la mía. Recuerdo Cas haciendas y casas de campo que rodeaban Cuenca, y a una señora muy amable haciendo melcocha. La halaba y estiraba, y luego la ponía sobre un clavo para seguirla halando y estirando. Las tías de la que luego sería mi mujer me llevaban a la Iglesia de Santo Domingo para que colocase grandes flores amarillas en los floreros en la parte alta del altar. Incienso, mantillas, sigsales, melcocha, cocinas de leña; recuerdos de niño.

Ir de viaje en ese tiempo era toda una aventura. La playa estaba unida a Guayaquil por una carretera polvorienta y llena de baches; el dejar Progreso, donde se paraba a comer amor con hambre, era difícil porque la pendiente era grande y los carros resbalaban. De Quito a Guayaquil se iba por tren, aunque también había una carretera polvorienta. Recuerdo un vagón de tren de grandes asientos cubiertos con fundas blancas que parecían de peluquero. El viaje de Cuenca a Guayaquil tomaba todo el día. Se remontaba el alto páramo de Buerán, donde soplaba el viento y hacía mucho frío. Luego horas y horas de curvas interminables y finalmente la tierra plana, finalmente se llegaba a Durán; desde allí se cruzaba el río en

gabarra. Sudorosos y cansados, se agradecía la Brisa fresca del río mientras se veía poco apoco acercarse el muelle de Guayaquil.

A Machala, o mejor dicho, a Puerto Bolívar, se iba en motonave. Un viaje de toda la noche. Se podía tomar un camarote, pequeño y caliente, o una hamaca, o simplemente pasar la noche en la proa del barco, soñando despierto, en unas bancas de madera, mientras se presentían los manglares y uno se arrebujaba contra el viento frío y húmedo del Golfo. '

"En una visita a mis familiares, en los años cincuenta, fui a visitar como siempre a una tía de mi abuelo, Rosa Baquerizo Robles de Noboa, la tía Rosa. Me preguntó sobre mi vida, y me aconsejó: "no pierdas el país". "Pero habrían de haber pasado muchos años antes que las circunstancias, no siempre predecibles, de la vida, me trajesen de vuelta. Sin olvidar que el que regresa después de mucho tiempo ya no regresa, simplemente viene.

Cuando regresé, el "Ecuador, ese país que me habían aconsejado no debía perder ya no era el mismo que había dejado; el país al que volvía no era el que recordaba tan vividamente. El país antiguo estaba allí todavía, en la sonrisa de parientes amables que me contaban cómo era yo cuando niño. Pero vivían en un país diferente. El Ecuador se había convertido en un país lleno y bullicioso, con carreteras asfaltadas, con automóviles por doquier y altos edificios modernos, aún ahíto de la riqueza petrolera, ñ veces vuelvo a sentir ese Ecuador lejano de cuando era niño, pero generalmente vivo en el turbulento Ecuador de hoy.

En ese largo tiempo que he estado de vuelta he escuchado a muchos aseverar cómo es el Ecuador. Cada uno lo ve diferente, algunos de acuerdo a sus conveniencias, otros de acuerdo a sus prejuicios, muchos de acuerdo a sus sueños. Decidí verlo por mí mismo y el resultado es este libro. Es por lo tanto una empresa altamente personal y muchos no compartirán mis comentarios, ni mis conclusiones; muchos encontrarán errores en mis cifras y en mis aseveraciones. 9{o debe sorprender. 9{p soy un erudito que ha obtenido su conocimiento del país después de Cargos años de profundo estudio. Soy simplemente uno más, que ha leído algo y que ha meditado algo, que está menos interesado en el pasado por el pasado en sí, que en el pasado como oráculo del futuro. He tratado de escribir con amor, escribir poesía más que historia o estadística. En esa búsqueda del Ecuador me he encontrado con muchas sorpresas. Esa búsqueda y esas sorpresas llenan las páginas de este libro.

En la consecución de información me he sorprendido de la mucha que hay y de cuántos han escrito sobre el Ecuador, con profundidad, con reflexión, con un intenso deseo de que las cosas mejoren, con tan poco apasionamiento partidista, con patriotismo. El ser uno más de esos ecuatorianos que han escrito sobre el Ecuador es probablemente mi mayor satisfacción.
He reescrito este libro algunas veces y creo que podría volver a reescribirlo muchas veces más. Y allí me viene a la memoria una hermosa carta que me envió ese grande de la literatura ecuatoriana, Ángel Felicísimo Rojas, a raíz de la muerte de mi padre, a quien había conocido cincuenta años atrás. Carta que he leído una y otra vez porque la siento una voz de ese pasado lejano que perdí y volví a encontrar. Y dice: "y es que la vida tiene lecciones todos los días". Así es, y si uno las recibe y las guarda nunca puede escribir nada definitivo. He puesto, pues, la palabra fin a este libro con el sabor agridulce de todas las cosas que sé no debí haber olvidado decir.

En mi búsqueda me he hecho tres grandes preguntas: cómo somos, cómo llegamos a ser lo que somos y qué es probable que seamos. Las he tratado de responder a mi manera, sin un orden preestablecido, en la misma forma que me han ido llegando las respuestas. Un libro sobre un país y sobre su gente es un viaje sinfín y sin regreso. Lo que se escribe sobre ese viaje en el tiempo y en el espacio no puede nunca terminarse. No puede ser otra cosa que notas breves, y a veces inconexas, apuntadas apresuradamente en páginas sueltas y en los márgenes de libros, durante los altos que se hace de cuando en cuando a la vera del camino.

EL TERRITORIO

Selva tórrida y montaña fría, de allí los protagonistas materiales del paisaje.

— Gabriel Cevallos García

Los seres humanos son moldeados por el territorio en que habitan: desierto calcinante, montaña húmeda, selva umbrosa, playa solitaria. "De allí surgen sus maneras de ser, sus comidas, sus ritmos y sus acentos. 'El territorio es su raíz más profunda; la vasija que los acuna y que los forma. El territorio del Ecuador es variado y hermoso, cruzado por una espléndida cadena montañosa asentada entre tierras tropicales frente a un mar infinito. Un territorio rico en recursos, con grandes barreras para la comunicación y el intercambio que lo han hecho una serie de patrias chicas, intensamente amadas y vividas, o añoradas.

Un Rincón del Mundo

Pequeña ciudadana, has llegado a mi vida, con la sonrisa dulce y la boca encendida, y yo he puesto mi alma, silenciosa y tranquila, a soñar a l,a sombra de tus largas pestañas.

Alejandro Carrión A.

En todos los tiempos y en todas las civilizaciones los seres humanos hemos estado atados íntimamente a un pedazo de tierra; la mayor parte de nosotros vive y muere no muy lejos del lugar donde nació. Ello había sido particularmente cierto hasta hace no mucho tiempo; la movilidad de que hoy gozamos es algo reciente. La tierra ha sido siempre el ancla y la paz. Los seres humanos y la tierra que habitan han sido la trama y urdiembre de las culturas. Por ello, antes de poder hablar sobre los hombres y las mujeres del Ecuador, hace falta hablar sobre el territorio del Ecuador; el testigo mudo, pero profundamente participante, de toda la historia de lo que es hoy el Ecuador. La tierra en que se asienta el Ecuador, tan cercana a nuestros pensamientos, es un lugar escondido para el resto del mundo, como escondidas parecen para los ecuatorianos partes de nuestro propio país.

Pocos ecuatorianos han visitado Loja. Algunos por temor al viaje en avión, ya que el aeropuerto que sirve a Loja obliga a hacer, al despegar y al aterrizar, una apretada maniobra contra las cercanas montañas. Los vuelos generalmente salen al amanecer, para evitar vientos encontrados, lo que añade al temor del viaje la incomodidad de la madrugada. Otros no han visitado Loja por lo largo que es el viaje por tierra, que se hace aún más largo por el sempiterno mal estado de las carreteras de acceso a Loja. Siempre ha sido una barrera la geografía lojana, sus montañas entrecruzadas, el papel arrugado, como lo llamó García Moreno, "monstruos antidiluvianos arropados con mantas que se pliegan y fruncen", como lo siente Pablo Corral Vega. Tal vez la mayoría no la ha visitado porque Loja está algo fuera del devenir nacional y no hay muchas ocasiones o razones para llegar hasta ella.

Hace algunos años circunstancias del trabajo me llevaron a Loja. Salí de Guayaquil al amanecer, en ese avión familiar

y pequeño, y el día se abrió sobre la masa impenetrable de montañas que protegen de la turbulencia del mundo moderno al mundo dulce y amable de Loja. Después de aterrizar en un valle verde, de clima seco y agradable, se asciende por una silenciosa carretera zigzagueante hacia el valle andino, el valle que ríe, donde fue fundada hace más de cuatrocientos años la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de la Inmaculada Concepción de Loja. Donde, como dice Alejandro Carrión,"... más tarde se amontonó el olvido, las glorias se esfumaron como la niebla cuando llega el verano y solamente quedó una dormida y pequeña ciudad"; tal cual reconoce su himno: "duerme Loja sin tristes desvelos que atormenten su leal corazón".

Los lojanos la llaman cariñosamente el último rincón del mundo. Cuando se escucha esa definición sin haber estado en Loja uno piensa que le ha sido dada por ser un sitio alejado de la mano de Dios, remoto, inaccesible; una calificación algo denigrante. Cuando se conoce Loja y a los lojanos uno se da cuenta que no es así. La palabra rincón pasa a tener un significado diferente. Rincón es el sitio familiar, protegido, donde los amigos de siempre hacen tertulia al caer la tarde para conversar sobre cosas viejas y nuevas, sin que cuente el tiempo, dejando que fluya el aprecio mutuo, la calidez del siempre encontrarse. Ultimo porque Loja es uno de esos lugares del mundo donde la historia ha quedado detenida, donde aún se puede saborear el dulce licor de antaño y observar las locuras del presente. Para los lojanos que la han dejado Loja es un recuerdo imborrable, tanto que a lo largo y ancho del territorio nacional han hecho público su origen, plasmando en letreros sus añoranzas: "Nueva Loja", "El Cisne", "Alma Lojana", "Lojanita". Como lo fue para mí, para aquellos que la visitan Loja es una joya inolvidable.

Para aquellos que lo visitan, el Ecuador es también una joya inolvidable. Pero pocos lo visitan. Llegar a él supone para muchos un largo viaje y un gran costo. Para los habitantes de los países y continentes que generan gran turismo hacia afuera: Estados Unidos, Europa, Japón y ciertos países asiáticos, el ir al Ecuador es dejar de ir a destinos tal vez aún más lejanos, pero donde hay mayores facilidades de comunicación, mejores estructuras turísticas y son más conocidos. Las islas Galápagos son el mayor imán que ofrece el Ecuador. Lamentablemente, por su fragilidad ecológica, solamente pueden recibir un número limitado de visitantes, lo que las convierten en un destino deseado, pero de acceso difícil y costoso.

Para la mayor parte de la humanidad el Ecuador es un país pequeño y lejano. En el Ecuador viven uno de cada quinientos habitantes de la Tierra. La extension territorial sobre la cual ejerce su dominio es una quinta parte del uno por ciento de las masas continentales. Para los que viven en Asia y Europa, donde se concentra más de dos terceras partes de la población mundial, el Ecuador es un país remoto, al otro lado del mundo. Para nosotros, los que vivimos en él, el Ecuador es la realidad de todos los días. Lo de aquí nos parece grande y cercano, lo de otros países pequeño y lejano.

El Ecuador está lejos de los grandes centros de desarrollo económico del mundo y de las grandes concentraciones de población, con excepción de los Estados Unidos. Miami, su puerta de entrada más cercana para los ecuatorianos, está a más de tres mil kilómetros de Riobamba, el centro geográfico del Ecuador. El resto del mundo económicamente desarrollado está mucho más lejos. París está a más de diez mil kilómetros de Riobamba; Tokio a más de catorce mil; Beijing, la capital de la China, el país más poblado del mundo, a quince mil; Nueva Delhi, la capital de la India, el segundo del mundo en población, a más de dieciséis mil; Moscú, la capital de Rusia, el tercero, a casi doce mil.

Podemos tratar de visualizar esa distancia del Ecuador al resto del mundo de manera gráfica. Si trazásemos círculos con centro en Riobamba los podríamos hacer con diferentes radios y ver qué proporción de la población del planeta vive dentro de cada uno de ellos. Tracemos un primer círculo de dos mil quinientos kilómetros de radio; abarcaría el Perú, el norte de Chile y de Bolivia, la selva brasileña, parte de la Guyana, Colombia, Venezuela, Jamaica, unas pocas islas del Caribe y la parte continental de América Central. En ese círculo se encuentra el dos y medio por ciento de los habitantes del planeta.

Si aumentásemos el radio del círculo a cinco mil kilómetros, el círculo abarcaría toda América, salvo el extremo sur de la Argentina y Chile, el Canadá y el noroeste de los Estados Unidos; contendría el doce por ciento de la población del planeta. ¡Cuán diferente si ese círculo se hiciese desde una ciudad del Asia! Escojamos Kuala Lumpur, la capital de Malasia, los antípodas del Ecuador, a veinte mil kilómetros de Riobamba. Un círculo de cinco mil kilómetros de radio trazado con centro en Kuala Lumpur abrazaría el cincuenta y tres por ciento de la población del planeta. Para el Ecuador, Malasia es un país remoto al otro lado de la Tierra. Sin embargo, en cinco mil kilómetros alrededor de él viven más de la mitad de los habitantes de la Tierra; en cinco mil kilómetros alrededor del Ecuador vive tan sólo un poco más de la décima parte.

Si aumentásemos el radio del círculo con centro en Riobamba a siete mil quinientos kilómetros, abarcaría la totalidad de

América, menos Alaska, y algunos países Africanos; en esas regiones vive el catorce por ciento de la población del planeta. Si hiciésemos un círculo también de siete mil quinientos kilómetros de radio con centro en Kuala Lumpur abrazaría el ochenta y seis por ciento de la población de la Tierra; desde Roma, el ochenta y tres por ciento; desde Nueva York, el treinta y siete. Si hiciésemos el radio diez mil kilómetros, el círculo abarcaría toda América, parte de África y la mitad de Europa Occidental, el veintidós de la población de la Tierra. Finalmente, si el círculo tuviese un radio de quince mil kilómetros, desde el Ecuador abrazaría tan sólo el cuarenta y cuatro por ciento de la población de la Tierra; si fuese de veinte mil kilómetros abarcaría toda la Tierra y por ende toda su población.

Esas distancias tienen hoy menos importancia que antes. Es posible hablar por teléfono con la misma facilidad de Guayaquil a Quito que de Guaranda a Tokio o a Nueva York. En el Ecuador se escuchan programas de radio y televisión originados en Europa y en los Estados Unidos. Pero para el transporte de personas y mercancías, y a veces hasta de ideas, las distancias siguen siendo una barrera.

Ese alejamiento del Ecuador con respecto a los grandes centros de población del mundo no es nada nuevo. Para los primeros pobladores de América, cruzando a pie el helado estrecho de Bering o navegándolo en un mar tormentoso, el futuro Ecuador era un destino desconocido e ignorado a ocho mil kilómetros al sur. Cuando el futuro Ecuador se pobló, por miles de años sus contactos con el resto del mundo se limitaron a sus zonas aledañas y a ocasionales contactos por mar con lo que es hoy América Central. La irrupción de los incas extendió un poco más ese mundo; la de los españoles abrió el resto, pero también alejó aún más al hoy territorio del Ecuador. Su alejamiento pasó a medirse ya no desde el Cuzco, sino desde Europa.

Para llegar a la entonces Real Audiencia de Quito desde Europa, entonces el mayor centro económico mundial, en la Colonia y las primeras décadas de la República hacía falta embarcarse en una nave a vela para el largo, penoso y peligroso viaje a través del Atlántico hasta Panamá. Originalmente el viaje lo hacían varias carabelas para protegerse de los piratas; se salía de España en mayo para el Caribe y en agosto para Panamá. El viaje de ida y vuelta tomaba ocho meses. En el siglo diecisiete se acortó ese tiempo con la puesta en uso de embarcaciones más pequeñas y más rápidas, que hacían el viaje cada dos meses. Con la aparición de los barcos a vapor a principios del siglo diecinueve, y la desaparición de los piratas ingleses y holandeses, el viaje se acortó y facilitó enormemente. El viajero alemán Hans Meyer, que visitó por largo tiempo el Ecuador y luego narró sus experiencias, hizo tan sólo diecinueve días de Inglaterra a Panamá en 1906.

Una vez que se llegaba a Panamá había que cruzar el istmo, con sus selvas y sus alimañas, lo que hasta la construcción del ferrocarril era un viaje penoso de días; con el ferrocarril se redujo a tres horas. Finalmente, venía el viaje de Panamá a las hoy costas ecuatorianas. Con los barcos a vela el viaje podía durar semanas, ya que se dependía de los vientos y de la pericia del piloto. En 1750, un religioso, Bernardo Recio, relata que le tomó veintiocho días; con barcos a vapor se redujo inicialmente a nueve días. En 1850 era posible ir, con comodidad y seguridad, de Guayaquil a Panamá, de allí a Nueva York y de allí a Europa en treinta y tres días. Europa había pasado a estar, pues, a la vuelta de la esquina.

Otra alternativa para llegar al Ecuador desde el Caribe era desembarcar en Cartagena o en La Guaira y de allí seguir por tierra hasta Quito. También era posible el viaje, aún más largo y peligroso, por el extremo sur de América. En esos tiempos, llegar al Ecuador exigía la necesidad imperiosa de hacerlo o un espíritu aventurero, esforzado y sacrificado. Parecido a lo que hoy hace falta para viajar en ciertas carreteras del país, o en el ferrocarril.

Con los buques a vapor y la apertura del canal de Panamá en 1914 el Ecuador se acercó al mundo rico y desarrollado. Ese mundo había sido por muchos siglos Europa, donde se concentraba la mayor parte del poder y la riqueza mundial. Con el siglo veinte esa situación empezó a cambiar con los Estados Unidos pasando a jugar un papel de creciente importancia, llevando el centro geográfico de la riqueza mundial de Europa al Atlántico medio; el Ecuador quedó más cerca de ese centro.

El Japón, enriqueciéndose pero lejano, era como otro planeta para el Ecuador. Terminada la segunda guerra mundial, con Europa y el Japón destruidos, el centro pasó a situarse en la costa este de los Estados Unidos, con lo que el Ecuador quedó a pocos días de viaje por mar, y a pocas horas por avión, del centro geográfico de la riqueza mundial. Pero ello no duró mucho tiempo. Con la reconstrucción y el florecimiento de Europa primero, luego del Japón y, posteriormente, con el despertar de los tigres de Asia, ese centro volvió a alejarse al este y ahora se centra en el comercio entre Estados Unidos, Europa, Japón y los tigres, todos en el hemisferio norte, donde dicho sea de paso se asienta la vasta mayoría de las áreas continentales de la Tierra y de su población. El Ecuador es hoy más que nunca un país lejano, en el hemisferio sur, dando la espalda a los grandes mercados. Es cierto que mira al Pacífico y que al otro lado del Pacífico están el Japón y los tigres, pero el Pacífico es un océano extremadamente grande; es la mitad de los océanos y mares de la Tierra.

A futuro es posible que las cosas cambien. Primero, porque la declinación de Estados Unidos con respecto a Europa y al Japón parece estar llegando a su fin. Estados Unidos está en mejores

condiciones que sus dos rivales para adaptarse al mundo que viene; Europa está inmersa en sus problemas de unión política, sus altos costos de seguridad social y su alto nivel de desempleo; Japón en una estructura política corrupta y anticuada, con una tradición y legislación laboral rígida. Por otro lado, inevitablemente, esas tres potencias empezarán a mirar ya no solamente entre sí, sino a sus áreas de influencia natural, donde tienen una ventaja competitiva: Japón a la China y al Asia, Europa Occidental a Europa del Este, al África y al Oriente Medio, y los Estados Unidos al sur del Río Grande. América del Sur, afortunadamente, ya ha salido de su ceguera dogmática, de su inestabilidad política y de la postración económica de los años ochenta; hoy se proyecta como un mercado activo y grande. Esos cambios geopolíticos es posible lleven al Ecuador más al centro de las cosas.

Esa América del Sur que está despertando no es un continente monolítico. Están los países del Cono Sur: Chile, Argentina, Uruguay y Brasil mirando hacia los mercados desarrollados y creciendo con poco contacto con el Ecuador. Al otro extremo, Colombia, el país más cercano al Ecuador física y anímicamente, tiene problemas especiales; Venezuela se enfrenta a un penoso ajuste, pero tiene un potencial y una infraestructura que hace difícil pensar en una permanente postración. Ambos países miran, más que al sur, a los mercados del norte. El Ecuador es parte del eje de la pobreza de América del Sur: Paraguay, Bolivia, Perú y Ecuador; lo más alejado y pobre de la alejada y pobre América del Sur.

Y así tenemos que verlo, frente a un mar infinito, en cuyas asiáticas y lejanas costas al otro lado del mundo, se está gestando un inmenso centro de poder y de riqueza; de espaldas a la extensa e inexplotada selva amazónica; entre Colombia y el Perú, ambos luchando contra guerrillas y droga, lejos de Europa, pero cerca de un Estados Unidos que está volviendo a encontrar su lugar en el mundo.

El Ecuador, por su pequeño mercado, su menor tamaño relativo y su parsimonia en ajustarse al resto del mundo no es un lugar que visiten a menudo los hombres de negocios. A eso hay que añadir que el Ecuador nunca ha sido particularmente afortunado en vender su imagen internacionalmente, lo que hace que el flujo de visitantes sea muy reducido y buena parte de él se limite a Galápagos. Las noticias que sobre el Ecuador aparecen en la prensa internacional generalmente han tenido que ver con revoluciones o desastres naturales y, últimamente, con protestas de ecologistas sobre las amenazas que se ciernen sobre recursos naturales, recursos naturales que buscan defender habiendo malgastado los suyos; o sobre el tratamiento dado a nuestras poblaciones indígenas, tal vez en acto de

contrición por el mal trato que ellos a su vez dieron a las suyas. Los gobiernos del Ecuador han fallado en proyectar una imagen consecuente con la atractiva realidad ecuatoriana y han preferido criticar acerbamente a los extranjeros, acusándolos de no querernos ni comprendernos.

Entre Vecinos

La rosa k dijo al viento por qué vienes
presumido vengo corriendo los Andes de mi
América Latina.

- Luis Tadiíía g.

El Ecuador **es, pues, un país pequeño en la costa pacífica de América del Sur. A esa América, junto con México y América Central, la llamamos América Latina por la herencia de Roma, un homenaje sorprendente a un imperio tan lejano en el tiempo y en el espacio. América del Sur cubre el trece por ciento de la superficie emergida de la Tierra. Es casi una isla, dos veces y cuarto el tamaño de Australia; tiene veinticinco mil kilómetros de costas y tan sólo un nexo, casi intransitable, de algo más de cincuenta kilómetros con Panamá. Está entre los dos mayores océanos: el Pacífico y el Atlántico. La mayor parte de América del Sur está en el hemisferio sur, que comparte con dos quintas partes de África, con Oceanía y con la Antártida; un hemisferio solitario, lleno de calores tropicales al norte y de brumas y tempestades al sur.**

El Ecuador limita hoy con Colombia y el Perú, y tiene una extensa frontera marítima. Para Colombia, sus principales ciudades, Santa Fe de Bogotá y Medellín, quedan a dos largos días de viaje de la frontera con el Ecuador. Cali queda más cerca, pero no mira al sur, sino al norte; allá están sus mercados. La provincia serrana fronteriza de Colombia, Nariño, está separada del resto de Colombia por el imponente nudo de Pasto. Muy parecida a la provincia de Carchi en el Ecuador es difícil saber cuando se está en una y cuando se está en la otra. Nariño es una provincia agrícola algo aparte del acontecer nacional colombiano por su relativa lejanía, poca población y etnia algo diferente que las del resto de Colombia; igual se puede decir de Carchi desde el lado del Ecuador. Por la Costa, entre Ecuador y Colombia no hay aún comunicación fácil y los contactos se han limitado a intercambios entre pueblos vecinos, sin proyección nacional. En el Oriente el contacto recién se inicia con las exploraciones petroleras, pero el uso del oleoducto colombiano para transportar crudo ecuatoriano no crea ningún nexo humano de

importancia. La comunicación aérea entre ambos países ha tomado gran auge, a medida que se profundiza el Grupo Andino.

En el caso del Perú las barreras se acrecientan por el conflicto territorial entre ambos países. En el Oriente el contacto está limitado al de guarniciones militares que se observan a través de los anchos ríos y que de cuando en cuando fraternizan; únicas avanzadas de la civilización en tierras amazónicas. En la Sierra limitan dos regiones alejadas del centro de sus países: la sierra de Piura y el sur de Loja. Con Piura siempre ha habido comercio a pesar de la tensa situación política. Como en el Yangana mítico de Ángel F. Rojas: "se hace un comercio elemental: el del trueque. Necesitan telas de algodón, alguna que otra seda de ultramar,... pescado seco, jabón de sosa y sal gema siempre. En cambio tienen de sobra pieles de ganado vacuno y de chivo, reses gordas y tabaco en rama". Allí, frente a los ríos, se miran poblaciones abandonadas por sus gobiernos centrales, tan dependientes unas de otras, tan integradas por razones de parentesco y de comercio, y a su vez tan separadas por las diferentes banderas. En la Costa limitan El Oro y Tumbes. El Oro hasta los años setenta no tenía conexión por tierra con Guayaquil, con Cuenca la tenía desde los años cincuenta a lo largo del sobrecogedor Uzhcurrumi.

Ese relativo aislamiento, añadido a las tensiones bélicas, hizo que por mucho tiempo no hubieran contactos y muy poco comercio entre el Perú y el resto del Ecuador. Así como Carchi y Nariño son muy parecidas, El Oro y el norte del Perú no pueden ser más diferentes, lo que parecería invitar a un amplio comercio. Salvo por una estrecha franja en Tumbes, que recuerda al Ecuador cercano, la costa peruana es extensos desiertos e infinitas playas solitarias, salpicados de estrechos valles. Lima está a dos días largos de camino, cuando la carretera está en buenas condiciones.

Ambas fronteras han estado siempre muy abiertas al contrabando, ahora ya superado con la apertura del Grupo Andino. El fluir del contrabando, o del tráfico legal, ha variado en una u otra dirección dependiendo de los precios relativos en los tres países.

La invasión de los incas estableció un vínculo político entre el sur de la hoy Colombia y las serranías de lo que hoy son el Ecuador y el Perú. Duró menos de cincuenta años. La Colonia rediseñó por trescientos años lo que había sido el Tahuantinsuyo y sus áreas aledañas. Y lo hizo en una forma muy diferente. La integración norte a sur de los incas pasó a ser de este a oeste en la Colonia, dando a las riquezas de cada región salidas naturales al mar y a los mercados europeos. Ello empezó a definir la forma actual del Ecuador, que dejó de ser sólo la hoya interandina y comenzó a sentir la salada llamada del mar. Si bien es cierto que la Real Audiencia de Quito dependía del

Virreinato del Perú, y luego del de Nueva Granada, las distancias entre Quito y Lima o Santa Fe de Bogotá eran grandes, en tiempo e incomodidades, lo que daba a la Real Audiencia una gran independencia. En el caso de Lima había que hacer el penoso viaje a la Costa para embarcarse hacia el sur. En el caso de Santa Fe de Bogotá era aún más difícil; un viaje por tierra que tiene que haber tomado semanas. El único nexo fácil era entre las poblaciones del litoral, particularmente entre Guayaquil y Lima, lo que hizo nacer muchos nexos de comercio y de parentesco.

Terminada la guerra de la independencia viene la necesidad de repartirse los territorios liberados. Ese penoso proceso no ayuda a establecer buenas relaciones entre vecinos. Al constituirse Colombia, Santa Fe de Bogotá buscó inevitablemente su conveniencia, incorporando al departamento bajo su jurisdicción tierras que eran parte, tradicional, geográfica y anímicamente de la Real Audiencia de Quito. Independizado el Ecuador, Colombia retuvo esos extensos, ricos y poblados territorios; infructuosas fueron las acciones políticas y bélicas del Ecuador para recuperarlos.

Con el Perú la situación es más compleja. Primero, porque el Perú ambicionaba Guayaquil, con su amplio golfo y producción agrícola; segundo, por las malhadadas invasiones del General La Mar, ansioso de incorporar su nativa Cuenca al Perú, del que era Presidente, y luego del presidente peruano Ramón Castilla; y, tercero, por el perenne diferendo limítrofe que más de cien años después llevaría a una nueva guerra, está vez desfavorable para el Ecuador. La inmensidad y el potencial de los territorios en juego, y el papel protagónico jugado por Quito en el descubrimiento y colonización de la Amazonía hace que la relación entre los dos países no pueda normalizarse con facilidad.

Esa larga historia de conflictos e incomprensiones entre vecinos parece que está llegando a su fin, motivada por la necesidad histórica de integrarse económicamente a fin de enfrentar juntos la competencia del resto del mundo. Con Colombia es probable que esa integración se dé sin mayores dificultades, aparte de las que significa la integración con un país históricamente hendido por rencillas políticas e ideológicas, y ahora grandemente influenciado por los carteles de la droga. Con el Perú una mayor integración se verá constreñida hasta que se supere el diferendo limítrofe y se acepte emocionalmente el acuerdo al que finalmente se llegue. Porque, cualquiera que este sea, dejará una profunda herida que probablemente tome generaciones en cicatrizarse.

Selva, Nieve y Mar

Un bosque umbrío, de perfumes lleno, silencio, soledad, completa calma.

— Carlos León A.

La isla Fernandina, en Galápagos, está en el penoso proceso de su nacimiento. Cobijada amorosamente por su madre, Isabela, la mayor de todas las islas, Fernandina, está gestándose frente a la infinita extensión del Pacífico. En su centro vela su gigantesco y omnipresente padre: un enorme volcán. De él nació la isla, de él depende su crecimiento y, quién sabe, algún día, su muerte. Al llegar a Fernandina los visitantes se quedan en sus playas negras y en sus lagunas, raros son los que ascienden el volcán. Llegar a su cono gigantesco no es nada fácil. Hay que caminar por extensos campos de lava fracturada, cortante, áspera, muerta, gris negra y luego iniciar la penosa ascensión hacia la inmensa caldera, a mil quinientos metros sobre el mar.

Fernandina está aún al comienzo del mundo, cuando los volcanes bramaban, arrojando constantemente fuego y lava, estremeciendo el planeta y arrugando los continentes. Llegado al borde del cráter se contempla un paisaje de placidez engañosa, con el lago quieto al fondo, o a veces no se puede llegar porque el volcán ha despertado, violento y atronador.

Al poder creador y destructor del volcán se opone con paciencia, con infinita paciencia, la labor del mar, de las lluvias y del viento, que poco a poco van desmenuzando la piedra gris negra y convirtiéndola en la cuna donde pequeñas semillas traídas por el viento, por el mar o por los pájaros se establecen y germinan; así, en los resquicios primero y luego en extensiones cada vez mayores, va naciendo la vida vegetal, tímida pero inevitablemente, mientras que, a lo lejos, el monstruo que en su furor creó Fernandina duerme en su trono de piedra. A las plantas le van siguiendo animales. Primero los que usan la isla como lugar de descanso, porque su vida y su alimento están en el mar. Cada día más, la isla ofrece una alternativa de vida para animales terrestres que se van afincando en ella. Aún no para seres humanos, salvo visitantes ocasionales.

En ese extraño mundo de Fernandina se nos hace fácil comprender el proceso por el que se formó el territorio que es hoy el

Ecuador, esas fuerzas titánicas que arrugaron la Tierra y dieron origen a la cordillera de los Andes, el violento proceso que fue paulatinamente llenando las hoyas andinas y la paciente labor de los ríos que fueron concentrándose en inmensos lagos para luego ir abriéndose paso a través de montañas y selvas hasta el mar. La presencia humana es un fenómeno extremadamente reciente. Durante la mayor parte de su existencia el territorio del Ecuador ha estado deshabitado. Si ese territorio pensase tal vez le sorprendería el sentido de propiedad que sentimos hacia él y la facilidad con que lo vejamos y arrasamos. Quizás ese territorio ecuatoriano sería el primer ecologista, preocupado por la rápida destrucción y utilización de las bellezas y de las riquezas que le ha tomado millones de años construir y acumular. Así vista, la preocupación por la protección de nuestras bellezas y riquezas naturales no es tina moda nueva y pasajera, es el clamor mismo de la tierra que quiere ser tratada con el respeto que se le debe por su edad, por su generosidad y por su esfuerzo.

Al pensar cómo es un país pensamos primero en su ubicación geográfica. Un país muy al norte nos recuerda inviernos largos y fríos, un país hacia el centro de la línea ecuatorial nos trae a la mente calor y selvas impenetrables. Pero sabemos que el Ecuador no es así. Es un país de infinita variedad de climas y de paisajes. Como cada uno vive en su terruño y tal vez poco visita el resto del país, conviene recordarlo.

Primero, el mundo realmente tropical: Esmeraldas. Un verde manto de espesos bosques, cruzado por ríos fangosos que desembocan a un mar de anchas playas idílicas de aguas tibias y bordeadas de palmeras. Con una gran población negra, alegre y bulliciosa. Luego el corazón de la Costa, desde Santo Domingo hasta El Oro. Esa zona ya no tiene la violenta feracidad y humedad de Esmeraldas, es un mundo verde de estación lluviosa corta y larga estación seca. La selva tropical va dando lugar a una mezcla de bosques y áreas abiertas. Santo Domingo está a seiscientos metros sobre el nivel del mar y a medida que se baja desde esa altiplanicie tropical hacia Los Ríos y Guayas, las provincias del agua, aumentan las inundaciones invernales, a drenarse en la extensa cuenca del río Guayas. En El Oro la zona costera se estrecha. En Guayaquil se encuentran la fluvial y verde belleza del interior y la aridez del Ecuador que mira al mar frío. Manabí y la península de Santa Elena ya no son el trópico exuberante, son tierras ásperas, adustas y de poca agua, aunque están entre el mar y un inmenso sistema fluvial. Esa es la Costa ecuatoriana: el país tropical, el país del agua y el país de los amplios horizontes.

El este de la costa verde empiezan bruscamente los altos farallones de los Andes. La tierra empieza a elevarse como agua en ebullición y entre colinas redondeadas aparecen las rocas y los acantilados, y las estrechas gargantas por donde se deslizan los ríos,

ya no plácidos y casi quietos, sino rugientes y agresivos, abriéndose paso. Como decía Gabriel Cevallos, los Andes en el Ecuador son como un enorme lagarto acostado a lo largo del territorio nacional. A lo largo de ese lagarto, entre las cordilleras occidental y oriental, la Sierra se divide en hoyas muy diferenciadas.

La hoya del Carchi es parte de la hoya colombiana donde se asienta Pasto; es fría y alta y mira hacia el Oriente. Su producción de trigo ha sido lentamente reemplazada con papa y ganado lechero. Por el contrario, la hoya del Chota, donde se asienta Ibarra, es más bien baja, con hermosas lagunas y mira a Esmeraldas. En la hoya en que se asienta Quito, ora árida, ora verde, el río Guayllabamba, en un abra impresionante, se desploma violentamente para formar el río Esmeraldas. La hoya del Patate es el asiento de Latacunga y Ambato. Su parte norte, la fría provincia del Cotopaxi tiene una generosa producción lechera y en las tierras altas y pobres se cría ganado ovino. Su parte sur, la provincia del Tungurahua, es tal vez menos verde que las anteriores, pero su clima soleado es excelente para el cultivo de frutas, hortalizas y flores. La hoya del Chambo, al norte de Riobamba, es similar a Tungurahua; al sur de Riobamba se torna en una Sierra diferente, la del Chimborazo, tierras duras, altas, a la sombra de impresionantes volcanes. Como dice Alfonso Barrera Valverde: "sus plazas repletas de sombreros puestos y pupilas ateridas de siglos". El Chambo y el Patate se unen para formar el Pastaza, camino al Amazonas. La hoya del Chimbo, donde esta Guaranda, y la del Chanchán, donde está Alausí, convergen hacia la Costa.

Esas sierras del norte y del centro terminan en la gran barrera de la Sierra ecuatoriana: el gigantesco nudo del Azuay, sentado a horcajadas sobre el lagarto, cerrando el paso y haciendo difícil llegar al sur, a ese "país escondido", como lo llamaba Alejandro Carrión. La hoya del Cañar, alta y fría, recuerda a la de Carchi, pero mira hacia el Guayas. La del Paute, asiento de Cuenca y Azogues, es un mundo diferente al de las hoyas del norte. Tierras erosionadas, pero amplias y hermosas, repletas de una luz especial, de vegas primorosas laboriosa y amorosamente cultivadas. Más abajo, la estrecha hoya del Zamora, donde está Loja, mira al Oriente. En el intrincado amontonamiento de cordilleras que hacen el sur serrano del Ecuador, la vieja mano de Loja, las hoyas del Jubones, del Catamayo y del Macará no tienen la amplitud y definición de las del norte; son multitud de valles estrechos encerrados por sierras accidentadas y difíciles, dulces patrias chicas, mirando a la Costa.

Esas tierras de la Sierra, tan plácidas a primera vista, pueden tornarse en infiernos cuando despiertan sus volcanes o la tierra misma, ya sea erupcionando y cubriendo de lava y cenizas extensas áreas o agitándose en violentos terremotos; muchas veces

ambos fenómenos han aparecido conjuntamente. El Padre Juan de Velasco describe esa historia de zozobras y a él me remito. En Quito, en 1539, hay una violenta erupción; en 1577 otra, esta vez acompañada por un terremoto; en 1587 otro terremoto, tan violento que poco quedó en pie; el terremoto de 1645 ocurrió en medio de una terrible epidemia, en la que "no se veían en las calles y plazas sino cadáveres y ruinas, ni se oían sino tristes alaridos y lamentos"; otra erupción tuvo lugar en 1660, acompañada también de terremotos, "con la cual parecía acabarse el mundo, con tinieblas tan densas que igualaron las noches con los días"; recién en 1661 pararon las erupciones, terminando con una de gran violencia, "temiendo por momentos el que la ciudad fuese el común sepulcro de todos"; en 1755 un terremoto hizo graves destrozos en la ciudad. Eso en Quito, la misma historia en otras ciudades de la Sierra.

El soberbio Cotopaxi erupciona en 1532 y en 1533 para, luego de dormir por doscientos años, tener ocho violentas erupciones entre 1742 y 1768. En la más terrible sus cenizas llegaron hasta Popayán y Guayaquil, haciendo en Quito oscuridad a media mañana. Latacunga ha sufrido violentos terremotos que la han arrasado más de una vez. En el de 1692 cayeron todas las iglesias, las construcciones más sólidas de esos tiempos. Igualmente se puede hablar de Ambato y de Riobamba, de sus volcanes y de sus terremotos. Baste con lo anterior para borrar la idea de dulce placidez e inmovilidad que da el paisaje serrano.

Al otro lado de la Cordillera se encuentra el llamado infinito que hace la selva, con sus inmensas distancias, con sus anchos ríos de aguas turbias, con su enmarañada vegetación, con su prodigiosa fauna y flora. El Oriente, lejano y poco visitado, no es una realidad uniforme; una es la del Alto Oriente, de alturas superiores a los quinientos metros, donde las temperaturas no son tan elevadas como las de abajo, donde se vive un fortísimo régimen de lluvias, ya que los vientos que arrastran las nubes de la planicie amazónica las acumulan contra la barrera de los Andes y el frío hace que descarguen un sempiterno aguacero y formen innumerables riachuelos. Como en su "Cumandá" dice Juan León Mera: "todos ellos buscan con desesperación el termino de su carrera seducidos y alucinados por las voces de su soberano que escucharon allá entre las breñas de las montaña". Es la voz del Amazonas rey de ese Bajo Oriente de temperaturas elevadas y lluvias todo el año, que encierra los últimos misterios y constituye el cálido centro del continente.

Y al otro lado, lejos de la costa, en el comienzo del mundo, están las islas Galápagos en medio del mar. Frente a las costas del Perú y Chile ese mar Pacífico es muy profundo: la profundidad media es tres a cuatro kilómetros pero hay profundidades de hasta siete kilómetros. Tal vez por ello los Andes se elevan tan bruscamente cerca de la costa; en partes del sur del Perú

prácticamente no hay playa y los Andes, y los cóndores, llegan hasta el mar. Frente al Ecuador las profundidades son mucho menores, no llegan a dos kilómetros, y los Andes están muy lejos de la Costa.

Tomando en cuenta solamente su ubicación geográfica, todo el Ecuador debería ser una tierra cálida, con frecuentes lluvias y una vegetación espesa. Muy similar a lo que son Esmeraldas y el Oriente. Los que no lo conocen se imaginan el Ecuador como un país de clima tórrido y bosques enmarañados. Si desde el Ecuador seguimos la línea ecuatorial hacia el este encontramos, primero, la selva amazónica, cruzando el Atlántico las selvas de Zaire y cruzando el Indico las de Indonesia; reflejo exacto de lo que cualquiera que no lo conociese pensaría que es el Ecuador. Pero todos sabemos que ese Ecuador tropical intuido no es el Ecuador de la realidad. Y ello porque intervienen dos grandes factores: la corriente fría de Humboldt que viene del sur y la cordillera de los Andes.

La corriente de Humboldt es un inmenso río de aguas frías, alrededor de tres grados menos de lo que sería normal, que corre frente a las costas de Chile y del Perú. Al llegar a Cabo Blanco, en la costa peruana de Piura, la corriente tuerce hacia el oeste; un ramal se dirige al norte, para desviarse también al oeste en Cabo Pasado, en Manabí, en dirección a Galápagos. La corriente, al bajar la temperatura del agua, hace menos probable la formación de lluvias y hace que las pocas que se formen caigan sobre el mar y no sobre el litoral. La costa norte de Chile y toda la del Perú tienen el efecto completo de la corriente, que trae cielos nublados y lloviznas insignificantes, haciendo que la costa norte chilena y la peruana sean un extenso desierto, salvo por aquellos estrechos valles verdes, entre montañas secas de polvo y roca, por los que transcurren los ríos que nacen de los Andes. La diferencia con el Ecuador es extremadamente evidente al acercarse a la frontera; de pronto, pasada Piura y cerca de Tumbes, se tiñe de verde el arenal.

La península de Santa Elena y buena parte de la provincia de Manabí sufren el embate de la corriente de Humboldt. Son tierras muy diferentes de lo que se esperaría por la situación geográfica del Ecuador. Al ir de Guayaquil a Salinas se nota el paulatino cambio en el paisaje, del trópico exuberante a las zonas áridas, con un verdor temporal cuando llueve lo suficiente, y no todos los años llueve lo suficiente. El clima es fresco buena parte del año y, en Salinas, sorprendentemente fresco. Las tierras afectadas por la corriente son tierras de gran potencial agrícola, pero les falta agua, porque al igual que en la costa del Perú, aunque en menor escala, no llueve lo suficiente para mantener una agricultura regular. Tierras de chivos y matorrales secos, pero también tierras de esperanza.

Manabí no llega al extremo de la península en sequedad, pero está muy lejos de ser como su vecina provincia de Los Ríos y, menos aún, como Esmeraldas. Llueve, pero no siempre, y la irregularidad de las lluvias y de los ríos crea el continuo sobresalto del fracaso agrícola, que lleva a la paulatina migración del campo manabita, cuando años seguidos de sequía hacen que la pobreza quiebre el coraje necesario para permanecer en la tierra. En algunos años terribles recuerda el verso de Remigio Crespo Toral en "La Leyenda de Hernán":

"Y se escuchaba el grito horrible y lento de la vacada errante en el
baldío, la que polvo encontraba por sustento
y lo pedía con furor sombrío".

El efecto de la corriente se puede sentir en Guayaquil cuando se compara su clima con el de ciudades a su misma latitud. En Guayaquil llueve más de cuatro días al mes solamente cuatro meses al año; en Libreville, en el África, y en el vecino Panamá, algo más al norte, nueve meses al año; en Kuala Lumpur y en Singapur, en el Asia, llueve todos los meses más de cuatro días. Ese es el verdadero trópico.

La corriente de Humboldt no es la única corriente marina que afecta al litoral ecuatoriano. Mucho menos comprendida, impredecible y devastadora, es la corriente del Niño. Por razones no totalmente esclarecidas, en la parte central del Pacífico se generan corrientes de aguas cálidas que al chocar contra las costas de América del Sur se superponen sobre la corriente de Humboldt elevando la temperatura del agua. Ello causa la desaparición de las especias marinas que proliferan en las aguas frías, con gravísimos efectos para la pesca. El efecto tierra adentro puede también ser muy grave. Al elevarse la temperatura del agua aumenta enormemente el régimen de lluvias y se alarga la estación lluviosa, lo que lleva a la destrucción de carreteras, puentes, casas y sembríos.

Hay otra enorme influencia en el clima del Ecuador y es la cordillera de los Andes. Los Andes hacen posible que en un país ecuatorial buena parte de su territorio sea templado, frío o muy frío, hasta llegar a las nieves perpetuas; que cerca de la mitad de la población viva en regiones frías; y que en su ciudad capital granice de vez en cuando, cubriendo sus avenidas y parques con un manto blanco. Sus alturas dan lugar a la incongruencia que la línea ecuatorial pase por un inmenso nevado, el Cayambe. Las montañas en el trópico ofrecen características muy diferentes a las de los países del norte o del sur. Allá la temperatura promedio es más baja lo que hace que la zona de nieves perpetuas se alcance a mucha menor altura. La variabilidad de las estaciones hace que a partir de cierta altura los inviernos sean muy fríos, con mucha nieve, haciendo esos

parajes inhabitables para el ser humano. En las montañas suizas, a dos mil ochocientos metros, menos que la altura de Quito, ya hay nieves eternas y la capacidad de producción agrícola prácticamente desaparece a los mil doscientos metros.

Cruzando el Ecuador de oeste a este se comienza en ese mar inmenso, frío al sur y caliente al norte; se atraviesa la solemne aridez de la costa central o la exuberante vegetación tropical del norte para llegar al corazón de la tierra plana, con su extenso sistema fluvial; se asciende por la escarpada Cordillera Occidental para llegar a las tierras altas y placenteras de las hoyas interandinas y de allí volver a ascender, esta vez a la Cordillera Oriental, para finalmente descender suavemente, a través de varios escalones climáticos, camino al Oriente de ríos y de selvas.

Las Riquezas Escondidas

Esta mi tierra linda, el Ecuador, tiene de todo, ríos, montes y valles, sí señor, y minas de oro, mar de doscientas millas, sí señor, también petróleo.

—Jorge Araujo Ch.

En la Cordillera Oriental, al este de la Provincia del Tungurahua, en un ensanchamiento, está situada la cordillera de los Llanganates, un mundo extraño, por su geología y clima al entorno que lo rodea. Es un lugar de misterio en el Ecuador; misterio aumentado por la leyenda de que fue en sus insondables profundidades donde se escondió el rescate de Atahualpa; el supuesto mapa para llegar al tesoro es aún un mensaje indescifrable. No son montañas volcánicas, como su vecina la Cordillera Oriental, son un arrecife geológico extraño a los Andes volcánicos al oeste, extraño a las planicies al este. En los Llanganates hay una altísima humedad y una lluvia perpetua, bajas temperaturas y constantes vientos. El lugar es de difícil acceso y una vez allí es fácil extraviarse en medio de las lagunas y riachuelos que abundan por todas partes, es fácil perder la razón en el ambiente húmedo y solitario. Nadie vive allí y pocos van allí.

Ha habido muchos Llanganates en el Ecuador, lugares deshabitados y aparentemente inhóspitos que poco a poco han pasado a ser la riqueza del país: los altos páramos de la Sierra central, donde extensos rebaños de ovejas sustentaron los obrajes del siglo dieciséis y diecisiete; las tierras cálidas y húmedas de la Costa, de donde surgieron el cacao y el banano; los manglares del litoral, de donde surgió el camarón; y la selva impenetrable del Oriente, de donde surgió el petróleo. Todas esas regiones fueron, en sus momentos, Llanganates. Y sin sugerir que los Llanganates de hoy puedan el día de mañana significar una nueva riqueza para el Ecuador, debemos verlos como el símbolo de esas riquezas que aún no sabemos tenemos; como los lugares donde puede que estén escondidos tesoros, como tesoros han estado escondidos a lo largo y ancho del Ecuador, y que con la imaginación y el esfuerzo de los ecuatorianos fueron descubiertos y trabajados, haciendo la riqueza del país. Y como para subrayar ese potencial escondido, los Llanganates se encuentran en la provincia del Tungurahua, una provincia con una muy especial bendición: los tungurahuenses. Gente trabajadora y tesonera con un

natural espíritu empresarial que combinado con el amor a su tierra han hecho de Tungurahua un motor en la economía del país. Y así clan la pauta de cómo encontrar tesoros: trabajando duro y tesoneramente.

La riqueza de las naciones surge de la combinación de su gente, de sus instituciones y de sus recursos naturales. La primera y la segunda son indispensables, la falta de la tercera puede ser compensada con trabajo pero su presencia, no hay duda, facilita el proceso de desarrollo económico. El Ecuador ha sido bendecido con amplios recursos naturales, pero su perenne inestabilidad política y enfrentamientos regionales le han impedido educar a su población y forjar instituciones para aprovechar sus riquezas escondidas.

Cuando se observa la geografía del Ecuador y se sigue su extensa costa se sueña en su potencial pesquero; cuando se recorren sus tierras amplias y fértiles, a todas las alturas y climas, se sueña en su potencial agrícola y ganadero; cuando se atraviesan sus bosques se sueña en su potencial forestal; cuando se recorre sus montañas se sueña en su potencial minero; cuando se taladra su subsuelo se sueña en su potencial petrolero; cuando se visita sus ciudades se sueña en su potencial turístico, industrial y de comercio. Nada hay que a primera vista no permita pensar que el Ecuador es un país afortunado que debe encontrarse entre los ricos de la Tierra. Pero sabemos que no es así. Una cosa es tener, otra cosa es saber aprovechar lo que se tiene.

Miremos primero la pesca. El pescador artesanal en la embarcación hecha por él mismo se lanza al mar a pescar para tener qué comer y para vender lo que le sobra. Muy diferente es cuando se trata de pescar en gran escala. La combinación de las corrientes de Humboldt y del Niño ofrece una impresionante variedad piscícola frente a nuestras costas, pero la variabilidad de esas mismas corrientes hace que la pesca a veces esté en aguas muy profundas, se aleje o se acerque. Para hacer rentable la pesca hace falta grandes inversiones que permitan llegar siempre a ella, igual que para el desarrollo de camaroneras. Hoy, con la introducción de la tilapia, el cultivo de peces en piscinas, la pesca está también tierra adentro.

Miremos ahora la agricultura. Ella está extendida en la Sierra desde tiempo inmemorial. Las tierras de la Sierra no dan su riqueza con facilidad. Las tierras relativamente planas requieren muchas veces de irrigación; el régimen de lluvias en la Sierra es incierto. El cultivo en pendientes requiere de la construcción de terrazas y un gran cuidado para evitar la erosión; a mayor la altitud mayor es el riesgo de heladas. Por las mismas características del terreno las parcelas tienden a ser pequeñas y generalmente unifamiliares, lo que hace que su productividad sea baja y que la calidad de vida ofrecida a sus cultivadores sea inferior a la de las

ciudades, condenándolos en muchos lugares a la miseria. La verde belleza de las lomas serranas es engañosa y sus habitantes lo saben. Sus cultivos dependen de muchos factores que no pueden controlar y son naturalmente reacios a tomar riesgos. Las tierras muchas veces pertenecen a comunidades indias poco integradas con el que hacer nacional. ¿Por qué no las abandonan sus miembros?: porque no les es fácil adaptarse a la vida fuera de ellas pero sobre todo por el amor que sienten por su gente y por su tierra. A veces se usa ese amor como excusa para dejar a esos ecuatorianos en el abandono; a veces ya no es sólo amor sino también la imposibilidad de encontrar trabajo decente en las ciudades, debido a que viven en un mundo aparte: su amor y su cárcel. El país depende enormemente de la producción de esas pequeñas parcelas serranas. Para que sobrevivan es necesario una mejora en las condiciones de vida de los que las cultivan. Ello significa irrigación, asesoría técnica, seguro campesino; llevar un poco la ciudad al campo. De no ser así ese importante pero frágil recurso natural se perderá.

La Costa ofrece un enorme potencial para la producción agrícola, pero se enfrenta también a múltiples frenos para poder realizar ese potencial. El primero siempre ha sido el transporte: la falta de carreteras y la mala condición de las que existen. Otro ha sido la variabilidad de las lluvias; sequía o inundaciones destruyen la labor de muchos años. La zona de Santo Domingo, por su buen drenaje y lo que es ahora una buena red de carreteras, tiene un potencial impresionante. La agricultura de la Costa tuvo, desde su inicio, un carácter comercial exportador, con el cacao primero y luego con el banano. La Costa tenía una población muy inferior a la de la Sierra y se pobló desde el inicio de la Colonia con esclavos negros y con inmigrantes serranos venidos como jornaleros a las haciendas de cacao. No es que no haya parcelas unifamiliares. Las hay, pero ellas están más integradas a la vida comercial del país que las de la Sierra. En la Costa no hay el sentido de comunidad cerrada que hay en la Sierra; al agricultor costeño le es muy fácil integrarse en otra parte.

La renuencia a invertir en el agro es el efecto del peligro de invasiones, la falta de infraestructura y la intervención del Gobierno en la fijación de precios subsidiados para productos agrícolas. Todo ello ha hecho que el negocio del agro haya tenido muchas veces una baja rentabilidad. La creciente urbanización del país ha llevado a sus empresarios a preferir la inversión en industria o comercio, más fácil de controlar, que en agricultura. En el campo hay falta de mano de obra, causada por la pobre infraestructura de servicios que incentiva la migración a las ciudades. Todo ello ha hecho que el inmenso potencial agrícola de la Costa no se aproveche.

Tradicionalmente, el ganado vacuno de leche se ha criado en la Sierra y el ganado vacuno de carne en la Costa y el Oriente. Al igual que con la agricultura, precios fijados por el Gobierno han hecho por mucho tiempo poco atractiva la inversión en la industria lechera, haciéndola más un pasatiempo de hacendados ricos que un negocio. Los extensos páramos andinos ofrecen un hábitat inmejorable para el ganado ovino. El ganado porcino se encuentra en todo el Ecuador, mientras que el caprino parece ser exclusividad de las tierras secas de la Costa.

Muchas veces se dice que el Ecuador es un país con vocación agrícola y desespera ver que la gente del campo abandona el campo. Es que cuando el campesino ve el campo no ve ni su belleza bucólica ni su potencial agro exportador: ve abandono, falta de escuelas, de centros de salud y de comunicaciones, ve desesperanza. Abandona el campo no porque quiere dar la espalda al supuesto futuro del Ecuador, sino porque prefiere vivir donde haya oportunidades de mejorar.

La riqueza forestal del Ecuador se da principalmente en la selva húmeda de Esmeraldas y en la parte costeña de Carchi, Imbabura y Pichincha. Eso no quiere decir que el resto del país no tenga riqueza forestal, solamente que allí, por las condiciones climáticas, hay una mayor rapidez en la reposición de la madera cosechada. Explotar la riqueza forestal muchas veces ha significado simplemente cortar los pocos árboles de una propiedad, llevarlos a un aserradero y vender las tablas resultantes. Eso ha llevado a la deforestación y a la erosión y llevará, eventualmente, a importar madera. El desarrollo forestal tiene que basarse en la reposición de los árboles talados. Los nuevos árboles toman muchos años para crecer a alturas y volúmenes que haga rentable su tala comercial. Hace falta, por lo tanto, capital de riesgo y financiamiento a muy largo plazo, lo que no ha estado disponible en el Ecuador, por lo que el potencial maderero está aún por desarrollarse.

Los minerales, si es que los hay en el Ecuador, aún esperan ser descubiertos. Los hay en el Perú. Un poeta llamó al Perú "el país del metal y de la melancolía". De la melancolía porque los metales que hacen su riqueza se encuentran en sus sierras altas y duras, donde la vida es precaria, el aire enrarecido y las comunidades indias retraídas y hostiles. Durante la Colonia la producción de oro y plata sostuvo las guerras que España mantuvo por siglos en Europa, tratando de mantener su hegemonía. El oro y la plata de América poco sirvieron a España, fueron gastados en soldados y arcabuces, en defender las fronteras indefendibles de su herencia austríaca. En el Ecuador la producción de plata fue inexistente y la producción de oro fue generalmente en pequeña escala. Inclusive hoy el oro se extrae con

técnicas no muy diferentes a las de los tiempos de los incas, aunque probablemente en forma más desordenada y violenta.

En el norte del Perú parece acabarse la presencia de minerales. Mucho se ha hablado del potencial minero del Ecuador pero poco se ha encontrado. Eso no quiere decir que no lo haya, ya que no se lo ha buscado sistemáticamente. El negocio minero es un negocio a muy largo plazo. Hay primero que hacer prospecciones geológicas, si se encuentra mineralización hay que hacer exploraciones y perforaciones en el terreno para determinar si hay mineral en proporciones rentables. Establecido que sí lo hay hace falta trabajar la mina y, como generalmente están en lugares remotos, hace falta construir el poblado, la carretera y el sistema de transporte de los minerales. Iniciada la explotación hay que esperar muchos años para recuperar la inversión.

Y no son inversiones pequeñas. Su monto, así como la tecnología necesaria, hace que casi inevitablemente tenga que venir de afuera. Y para venir de afuera hace falta que tenga las garantías de que a medio camino el gobierno de turno no encontrará que la compañía extranjera está usurpando derechos nacionales y quiera echarla afuera sin compensación. Es posible que el Ecuador tenga minerales, pero no ha tenido ni la visión ni el coraje político para atraer a la gente que los podría encontrar.

Hace millones de años, en lo que hoy es la selva norte del Ecuador, se gestó la riqueza que ha llevado al Ecuador tradicional, aislado y pobre de los años sesenta al país que hoy conocemos: moderno, unido al resto del mundo y con una fachada de riqueza. El Ecuador ha desde siempre utilizado petróleo de pozos superficiales. En la península de Santa Elena la población nativa cavaba pozos que se llenaban de petróleo; al evaporarse los productos ligeros quedaba la brea, usada para calafatear canoas y luego barcos durante la Colonia. La primera explotación comercial se dio en Santa Elena en 1925. Hoy, en volúmenes enormemente mayores, se da en el Oriente. La proeza que ha significado extraerlo, transportarlo y refinarlo no debe dejar de examinarse cuidadosamente; el Ecuador creó una industria petrolera de la nada, atrajo e hizo inversiones monstruosas y con el dinero del petróleo modernizó al país.

A todo lo anterior hay que añadir un amplio potencial energético, un clima amable y la cercanía del mar, que facilita el transporte. El Ecuador, sin duda alguna, ha sido muy afortunado en el reparto de los recursos naturales; tiene casi de todo. Lo que le ha faltado es la decisión de desarrollarlo. Por un lado por la inestabilidad política que ha hecho que los gobiernos se tengan que preocupar más en sobrevivir que en construir. También por la actitud de algunos de oponerse a todo aquello que sea actividad privada, dificultándola y

amenazándola. También por la actitud patriotera y nacionalista de otros, que ven a los inversionistas extranjeros como buitres codiciosos dispuestos a apoderarse de nuestras riquezas, olvidándose que el inversionista extranjero no se lleva más de lo que estamos dispuestos a darle y que más peligrosos son los políticos venales que buscan sacar tajada de esas riquezas. También por la actitud harto legalista de examinar prolija y completamente toda cláusula, todo punto y toda coma, agotando al inversionista más paciente. Y, finalmente, por la pobre educación que en general la sociedad ecuatoriana da a sus ciudadanos, no preparándolos para el reto que significa aprovechar los recursos naturales del país. Y así, naciones más pobres que el Ecuador en recursos naturales, como algunos tigres asiáticos, pero con gobiernos estables, no de leguleyos, actitud positiva hacia la inversión privada, nacional o extranjera, y población educada, han dejado atrás al Ecuador.

Los Duros y Largos Caminos

Cuando el sol con sus rayos, desde el Oriente, rasgue las blondas gasas de las neblinas.

— Carlos Arízaga T.

Ecuador tiene formidables barreras naturales. Hasta hace menos de cien años ellas hacían que sus regiones y muchas de sus comunidades tuviesen escaso y difícil contacto entre sí, generando desconfianza y promoviendo más el regionalismo que el nacionalismo. Vivimos sus consecuencias.

Las comunicaciones son la trama que integra un país. Comunidades aisladas viviendo vidas independientes y con relaciones ocasionales o fortuitas con sus vecinos no constituyen un país. Para que exista un país debe haber una comunicación regular y frecuente entre comunidades vecinas y con los grandes asentamientos de población. Esas comunicaciones crean intereses comunes. Y cuando se habla de comunicaciones se habla de la comunicación física que permite el rápido y fácil traslado de personas y bienes dentro del país; de la comunicación por voz a través del teléfono; del correo, aún tan incierto en el Ecuador; de la comunicación pronta de noticias a través de los medios de comunicación. Y, finalmente, de la comunión espiritual entre las diversas regiones del país que las hace conocer, compartir y vibrar al son de los mismos grandes temas nacionales. Buenas comunicaciones no han sido una característica del Ecuador. Ya se han superado en gran parte las barreras físicas, telefónicas y de noticias; la barrera espiritual aún no termina de superarse e impide la integración final del país.

El avión ha acercado mucho a regiones remotas, principalmente en el Oriente y Galápagos. Carreteras hacen hoy posible cruzar el país del Carchi al Macará en dos largos pero confortables días, viaje que antes hubiese tomado semanas; o ir desde Huaquillas a Esmeraldas en un largo día, viaje que hasta hace algo más de veinte años sólo se podría haber hecho por mar. Aún falta mucho por hacer, pero ya no todo, como era el caso hace menos de cien años, cuando el viajar por el Ecuador era una aventura o un tormento, dependiendo del estado de ánimo del viajero.

En la Colonia existían caminos de herradura o sendas transitables, o intransitables de acuerdo a la estación, de Guayaquil a Portoviejo, de Quito a Esmeraldas y Bahía, de Ibarra a San Lorenzo, y el camino que cruzaba la Sierra de Carchi a Loja. La ruta principal era entre Quito y Guayaquil. Los viajes tomaban, comparados a hoy, mucho tiempo: de Guayaquil a Quito, Cayetano Osculati, un viajero italiano, relata su viaje de diecinueve días en 1847; Ida Pfeiffer, una incansable viajera, lo hace en trece días.

Eduardo Whymper, el gran andinista, relata su viaje en 1879. Por la Costa el viajero aprovechaba el camino del agua: el río Babahoyo. Whymper sale de Guayaquil por la tarde en un barco a vapor y llega a Bodegas de Babahoyo a medianoche. Un viaje majestuoso por el ancho río. Como en " A la Costa" lo plasma Luis A. Martínez: "El silencio augusto de los bosques, apenas era turbado por el soplo intermitente de la brisa que viajera desde el lejano mar, moría fatigada en brazos de la selva; y la tierra fecunda, incansable de los trópicos, exhalaba aromas desconocidos, como si fueran los de la eterna maternidad de la naturaleza....".

Bodegas era el punto de partida a la Sierra, por lo que allí había varios agentes despachadores; Friedrich Hassaurek, un diplomático de los Estados Unidos que viviera en el Ecuador cuatro años, la describe: "una larga fila de casas de estructura en la ribera del río, una plaza y unas pocas calles secundarias. ... Las melancólicas palmeras dominan las pobres construcciones de madera, en cuyos tejados reposan cientos de gallinazos". Era una ciudad activa y de gran movimiento en la estación seca; en la lluviosa se convertía en una inmensa laguna. De Bodegas se tornaba hacia el este y se iniciaba el camino a los Andes. Como lo describe Luis A. Martínez: "Un cinturón inmenso de picos abruptos y negros, y como broche magnífico la mole resplandeciente del Chimborazo, envuelto a medias en nubes grisáceas, cierra ese paisaje único tal vez en el Ecuador andino: la provincia de Bolívar". Y allí: "la Sierra abrupta e informe, arrugada por mil cerros, picachos, quebradas y despeñaderos, allí los múltiples sembríos de cereales, coloreados ya de verde tierno, ya de anaranjado, ya de pardo". El tiempo de viaje a Quito dependía de si se lo hacía a pie o a caballo, o si se iba al cansino paso de una recua de muías.

Hassaurek comenta que en 1861 algunos viajeros llevaban máscaras de lino o seda para defenderse del viento, de la arena y del sol en el camino. Pero lo más desagradable no era el camino, por más que fuese fangoso a veces y siempre estrecho, obligando a acrobacias al borde de precipicios, era la necesidad de pernoctar en infames paradores. En la Costa se trataba de dormir en hamacas, cobijados en casas de caña, arrullados por los ruidos y picadas de multitud de insectos, y acompañados por peludos murciélagos; en la Sierra se trataba de dormir en camas de tablas de madera o en el suelo, guarecidos en miserables cabañas mugrientas. En las ciudades principales habían hoteles, pero había que compartir los colchones con hordas de sus habitantes naturales: las pulgas.

De Guaranda a Quito, por Ambato y la Tacunga, como la llaman los viajeros de ese tiempo, tomaba alrededor de seis días, dependiendo del apuro del viajero y del clima. La apertura del ferrocarril a principios de siglo hizo que el viaje de Guayaquil a Quito tomase dos días en relativa comodidad, pernoctando en Riobamba. En el Ecuador las cosas han cambiado tanto en tan poco tiempo, que se nos hace difícil imaginarnos cómo era viajar en esos tiempos no tan lejanos, ni lo que significó el ferrocarril. Lo sabía Rafael María Arízaga cuando en el Congreso de 1890 soñaba con vías férreas "que uniendo en abrazo estrecho a los miembros de la familia ecuatoriana, nos abran paso al mar y nos pongan en contacto con todo el mundo civilizado". O como lo puso Alfredo Baquerizo Moreno: "Un puente más... un abismo menos".

En 1906, un alemán, Hans Meyer, narra el viaje de Guayaquil a Riobamba, pero ahora parte por ferrocarril. Se cruzaba

el Guayas en un vapor de ruedas para llegar a la estación de Durán. En Bucay, en las faldas de la cordillera, se cambiaba de máquina y se almorzaba. De allí se seguía a Sibambe, donde se incorporaban los pasajeros que venían de Cuenca. Al anochecer se llegaba a Alausí, en ese entonces el término del ferrocarril. De allí hacía falta ir a pie o a caballo hasta Riobamba, lo que tomaba dos días, pernoctando en Guamote. Había aparecido una alternativa; era posible ir de Alausí a Quito en un carruaje a caballos que hacía dos días de viaje, pernoctando en Ambato. Las carreteras, naturalmente de tierra, muy estropeadas, hacían del viaje un continuo traqueteo polvoriento, pero era rápido. Dos años después, el 25 de junio de 1908, el ferrocarril hacía su entrada triunfal en Quito.

Cuenca fue por mucho tiempo un lugar de difícil acceso desde el resto del Ecuador. Llegar a ella desde Guayaquil implicaba ir por río hasta Naranjal. Frente a Naranjal estaba la inmensa barrera del Cajas, aún hoy no totalmente superada. De allí un viaje de dos días cordillera arriba por lo que en ese tiempo se conocía como la ruta de García Moreno, hasta Molleturo, por estrechas cañadas semitropicales. Desde Molleturo había uno o dos largos días de camino a Cuenca, siempre subiendo, hasta alcanzar el helado y remoto Cajas, con sus lagunas, sus vistas y sus nieblas, para luego de superarlo iniciar el largo y tortuoso descenso al valle del Tomebamba. Por allí subieron pianos y automóviles en piezas, cargados por grupos de indios llamados huandos.

Luego vino el ferrocarril. Desde Cuenca se salía muy temprano en bus para pasar el páramo de Buerán y llegar a Tambo a pernoctar. Se partía al amanecer para Sibambe en un autoferro llamado coloquialmente Kalamazoo, por su lugar de fabricación; en Sibambe se tomaba, al asalto, el tren que venía de Quito y llegaba hasta Guayaquil. Luego, cuando se abrió la carretera por Cañar, a mediados de este siglo, mucho más larga en distancia que la ruta de García Moreno pero requiriendo menos movimientos de tierra en su construcción, a Guayaquil se llegaba en un penoso día, transitando por un camino estrecho, entre montaña y precipicio en la Sierra y entre polvo y cañaverales en la Costa. El camino terminaba en Durán y en la gabarra, donde los pasajeros, sudorosos en las gruesas ropas requeridas para pasar los páramos, recibían un bendito soplo de viento al cruzar el río. Hoy el viaje se hace en media hora por avión o en menos de cuatro horas por automóvil, y cuando la antigua ruta de García Moreno, prometida por una sucesión de presidentes, esté terminada, se acortará aún más.

De Quito a Cuenca se recorría el espinazo de la Sierra. Un camino antiguo. Ciudades unidas primero por el camino de Inca, que conectaba a Quito con el Cuzco; luego, en la Colonia, por la ruta de Quito a Piura. La parte más dura era el cruce del nudo de Azuay,

el más alto, temido e inhóspito, la gran barrera entre la Sierra central y la Sierra sur. Sin alcanzar las alturas de las nieves perpetuas, el nudo del Azuay, como decía Teodoro Wolf, es un "macizo de montañas,... como una inmensa araña, que extiende sus patas o brazos a todos lados". El inmenso nudo ha sido siempre un gran diferenciador entre las poblaciones a sus lados norte y sur y es hoy habitación de las comunidades indias más aisladas y cerriles del Ecuador.

El cruce del nudo del Azuay es descrito por el sabio colombiano Francisco José de Caldas en 1804. Desde Alausí, donde Hans Meyer llegó desde Guayaquil en un día de ferrocarril, se inicia el cruce. En Puma- Llacta, pequeño pueblo cercano a Guasuntos, se duerme la noche anterior. A las dos de la mañana todo está en movimiento y se sale entre las cuatro y las cinco, en medio del frío y de la frecuente niebla. Al amanecer, ya en el alto páramo, solamente "se encuentra paja, viento, frío y soledad". En el nudo el gran temor son las nevadas, cuando la niebla amortaja el páramo y empieza una fina lluvia helada que cubre todo rápidamente de granizo, desorientando a los viajeros y haciéndoles perder el rumbo o caer agotados. En el punto más alto hay tres cruces de madera, mudos testigos de tantas muertes, tal vez de las del Calvario. Y también montones de piedras, dejadas allí por los pasantes para aplacar la cólera del páramo al ser invadido. Son las nueve de la mañana. La bajada por el extenso llano fangoso del Puyal es aún peor que la subida; se pasa la noche en el Hato de la Virgen. Al día siguiente, por Ingapirca, se llega a Deleg y de allí a Cuenca. Hoy el gran nudo del Azuay ya no se cruza, se lo rodea por una carretera interminable de precipicios y curvas que une a Alausí en hora y media con la carretera que va de Cuenca a Guayaquil.

Los viajes en la Costa se facilitaban por la presencia del mar y por la de los ríos navegables. Viajar a lugares otros que a lo largo del litoral o de los ríos navegables requería el lento avance por trochas malas, de parador en parador, o de campamento en campamento, todos llenos de insectos y de incomodidades, o la lenta travesía en canoas a remo. El viaje sólo era posible en la estación seca, al llegar la estación húmeda las trochas se convertían en barrizales o en lagunas y era más fácil ir de Guayaquil a Europa que adentrarse en el interior. Ello llevaba a que en la Costa las poblaciones tuviesen poco acceso a las ventajas de la civilización y del intercambio civilizado.

En la Costa ha existido siempre la posibilidad de la comunicación por mar. Pero ella no era ni cómoda ni segura y tenía lugar en medio del mareo y del hacinamiento. Para Esmeraldas, la más aislada de las provincias costeñas, la ruta por tierra era harto difícil. El deseo de Quito de abrir un camino hacia Esmeraldas se

enfrentó por mucho tiempo con la oposición de Guayaquil, temeroso que Esmeraldas pudiese quitarle su primacía en la Costa. El viaje de Esmeraldas a Guayaquil tenía que hacerse lentamente a lo largo de la Costa: Bahía de Caráquez, Manta, Ballenita, Santa Elena y Puná. Hasta los años setenta Guayaquil se comunicaba con el interior y con la costa sur por motonaves, con servicio regular entre Guayaquil, Babahoyo, Puerto Bolívar y lugares hoy tan cercanos como Samborondón. La alternativa era ir a caballo y, posteriormente, en avioneta; la alternativa del tren existía para las pocas poblaciones servidas por él.

La situación en la Sierra era diferente. El clima y la ausencia de pestes, salvo las omnipresentes pulgas, hacían que la comunicación fuese relativamente más fácil que en la Costa, por malos que hayan sido los paradores. Había, por supuesto, la incomodidad del pase de los páramos. Hoy los recorremos rápidamente dentro de la comodidad de un automóvil, pero nos es fácil imaginar cuán solitarios e impresionantes, amenazadores incluso, debieron haber sido cuando se los recorría a caballo, escuchando el ulular del viento, envuelto en niebla y aterido de frío En el extremo sur de la Sierra estaba Loja, por mucho tiempo casi inaccesible. La independencia alejó a Loja del acontecer nacional; Loja, antes en la gran ruta que por tierra unía a Quito y Lima, se convirtió en un alejado rincón de la nueva república.

El Oriente y Galápagos hasta hace poco tiempo no tenían medios fáciles de comunicación. En ambos casos la comunicación aérea, motivada en el caso de Galápagos por el turismo y en el caso del Oriente por el petróleo, han ayudado a integrar esas regiones al territorio nacional.

Las Fronteras Perdidas

Ay no se puede, no se puede, ay no se puede, no se puede, ay olvidar lo que se quiere, ay no se puede, no se puede.

— Víctor Valencia N.

En el curso de los años los límites de los países sufren cambios para mejor y para peor, en algunos casos naciones enteras desaparecen y naciones nuevas surgen a la vida. Aquellas que hoy tienen un territorio mayor que el que parecería corresponderles por derecho buscan justificarlo. Las que lo tienen menor no se sienten satisfechos con la situación y buscan reivindicar sus derechos. En cualquier caso, el derecho tiene poco que ver con las fronteras de las naciones; ellas se establecen por la fuerza de las armas.

Esa ha sido en más de una ocasión la experiencia latinoamericana: frente a Estados Unidos, México pierde una tercera parte de su territorio; frente a Inglaterra, Guatemala pierde Belice; frente a Colombia, Ecuador pierde Pasto, Popayán y el valle del Cauca; frente al Perú, Ecuador pierde Tumbes, Jaén y Mainas; frente a Chile, Bolivia pierde el litoral; frente a Paraguay, Bolivia pierde el Chaco; frente a Chile, el Perú pierde Arica; frente a Brasil, Argentina y Uruguay, Paraguay pierde buena parte de su extensión territorial. En América los que han perdido grandes territorios han sido México, Ecuador, Paraguay y Bolivia. Los grandes ganadores han sido Estados Unidos, Colombia, el Perú, Chile y el Brasil.

El Ecuador, por la crónica debilidad de sus finanzas públicas y la desconfianza de sus gobernantes civiles hacia las Fuerzas Armadas, nunca ha podido ser un país militarmente fuerte frente a sus vecinos; a ello se añade falta de visión política, diplomacia no siempre hábil y el carácter legalista de los estadistas ecuatorianos, comparado con el carácter militarista de sus vecinos del sur.

El Ecuador perdió territorios, extensos y ricos territorios, en beneficio de sus dos vecinos: Colombia y el Perú. De haber sido otras las circunstancias, el Ecuador podría haberse extendido hasta el valle del Cauca y ciertamente incluir Tumbes,

Jaén y Mainas, teniendo como límite con el Perú el Amazonas y limitando con el Brasil. Esos fueron los territorios que por trescientos años se gobernaron desde Quito, la herencia de España.

En el Ecuador parece haber resignación sobre los territorios perdidos a Colombia; nunca se habla del tema. No así sobre los territorios perdidos al Perú, que son una herida abierta en la vida nacional por más que hoy se la trate de cicatrizar con resignación y espíritu integracionista. Parece haber cierto consenso en la necesidad de llegar a un acuerdo con el Perú y terminar de demarcar la línea del Protocolo de Río de Janeiro. Pero esa demarcación final, aunque aparentemente lógica desde el punto de vista económico ya que permitiría tal vez disminuir los gastos militares y facilitar una mayor integración económica con el Perú, conlleva la aceptación del Protocolo y la renuncia al Amazonas. Muchos ecuatorianos racionalmente aceptamos la necesidad de llegar a un acuerdo con el Perú, pero emocionalmente rechazamos la renuncia que ello implica. Y ello aunque sea una renuncia relativa, porque a corto plazo parece improbable que el Ecuador pueda recuperar la soberanía de los territorios que perdió. Pero mientras no haya ningún acuerdo, queda la esperanza. Tal vez se ha perdido el territorio, pero no se quiere perder también esa esperanza.

El argumento que un acuerdo permitiría reducir los gastos militares es cuestionable. Las Fuerzas Armadas ecuatorianas ya están en clara desventaja con respecto a las peruanas; habría probablemente que meditar mucho antes de reducirlas aún más. Por otro lado, la integración económica se dará de todas maneras en función de las conveniencias económicas entre los dos países. Tal vez la mayor justificación para llegar a un acuerdo está en evitar escaramuzas fronterizas que podrían convertirse en conflictos costosos en vidas y en dinero.

Aunque el Ecuador nace como nación independiente en 1830 sus límites se venían gestando siglos atrás. Antes de la invasión de los incas el Ecuador era un conjunto de tribus y señoríos que, con la aparente excepción de una confederación alrededor de Quito, tenían poco que ver entre sí. La invasión inca crea una primera unidad ecuatoriana, integrada como la provincia norteña del Tahuantinsuyo. El que Huayna Cápac morara tantos años en Quito y el que Atahualpa naciera en Quito dieron al futuro Ecuador una identidad que no habría tal vez tenido de haber simplemente sido una provincia más del Incario regida desde el Cuzco. El Ecuador de ese entonces comprendía las hoy provincias de la Sierra, las de la Costa eran en la práctica independientes. La integración era de norte a sur, a través de la Sierra, en la gran ruta de Pasto al Cuzco.

El Ecuador que hoy conocemos surge de la Real Audiencia de Quito. La Colonia fija límites en una forma diferente

que el Incario, concibiendo sus divisiones administrativas de este a oeste. El flujo comercial no es a través del camino del inca, aunque sí había algo de comercio por allí, sino a través del puerto de Guayaquil. El área de influencia de Quito se extiende hasta el valle del Cauca, mucho más accesible desde Quito que desde la lejana Santa Fe de Bogotá. El Ecuador de la Real Audiencia tenía tres grandes departamentos: Quito, Guayaquil y Cuenca, donde se asentaba la mayor parte de la población y de los cuales dependía el resto. Grandes porciones de la Real Audiencia estaban prácticamente deshabitadas. Sus límites eran trazos sobre tierras prácticamente desconocidas, basados en los cursos aproximados de los ríos. Más aún, es probable que siendo la Real Audiencia de Quito parte primero del Virreinato del Perú y luego del de Nueva Granada, sus límites, en razón del cambio, hayan perdido precisión. No hay duda que para los administradores españoles poco importaba un límite u otro, al fin y al cabo esos límites eran tan sólo divisiones administrativas de algo que en su totalidad pertenecía a España. De lo que sí no hay duda alguna es que la autoridad de la Real Audiencia de Quito se extendía del valle del Cauca hasta el Amazonas.

En la Colonia, Quito estableció un nexo especial con el Amazonas. Lima daba a la Costa y el Amazonas le quedaba muy lejos, la ruta hacia él no era nada fácil, ya que las serranías peruanas son más altas y abruptas que las ecuatorianas. Desde Quito la selva está próxima, a pocas horas de camino ya se siente su húmeda presencia. Y fue por ello que Gonzalo Pizarro emprendió desde Quito su expedición al Amazonas.

Debemos trasladarnos a esos tiempos para comprender cabalmente su significación. Cinco años después de la fundación de Quito, en 1539, Gonzalo Pizarro toma la ruta a la selva en busca de Eldorado y de Canelos. Francisco de Orellana, que se les unió después, fue enviado río abajo en busca de esa ciudad y paraje fabulosos. Gonzalo Pizarro volvió a Quito después de grandes privaciones, mientras que Orellana prefirió seguir hacia el mar abierto y hacia la gloria. Sigue nueve meses río abajo, sin saber a ciencia cierta cuando terminaría ese infierno verde. Como en "Argonautas de la Selva" lo describe magistralmente Leopoldo Benítez Vinueza: "Y al fin una mañana pueden ver las olas crespas y el horizonte sin límites del mar, la gran extensión salobre que se dilata hasta lo infinito del cielo mientras sus olas cantantes vienen a morir con rumores de espumas sobre las playas arenosas. Es el mar... ". Era agosto de 1541. Y así a Quito corresponde el Amazonas por derecho de descubrimiento.

Luego vino, durante la Colonia, el lento proceso de colonización y catequización de la Amazonía. Los jesuitas eran en el Ecuador una orden religiosa rica y bien organizada, eran también una orden joven con un enorme deseo de llevar las enseñanzas del Evangelio a los salvajes; ello la hizo tomar sobre sus hombros la

enorme tarea de evangelización. Y establecieron multitud de misiones a lo largo de los ríos, todas controladas desde Quito, fundando de sesenta a ochenta pueblos, según la fuente. Y así a Quito le corresponde el Amazonas por derecho de colonización.

Como lo pone Juan León Mera: "Un repentino y espantoso rayo... aniquiló en un instante la obra gigantesca de dilatadísimo tiempo, de indecible abnegación y cruentos sacrificios". Los jesuitas fueron expulsados de España y sus colonias en 1767 por orden de Carlos III; sólo en 1815 pudieron regresar. En su ausencia su labor misionera se perdió, los avances de la civilización decayeron y desaparecieron, y allí, en la práctica, se terminó la colonización temprana, y quiteña, del Amazonas. Con la expulsión España pierde territorio al Brasil y el futuro Ecuador pierde su heredad. La Real Audiencia dejó de preocuparse del Amazonas, mientras que los futuros gobernantes del Ecuador pasarían a tener otras preocupaciones y se acordarían del Amazonas solamente cuando por razones políticas tuviesen que buscar un tema que uniese a todos los ecuatorianos. Para los políticos ecuatorianos el Amazonas fue muchas veces una excusa para acciones dictatoriales o para esconder sus desaciertos. Pasado el momento crítico se olvidaban de él; reclamarlo demasiado enérgicamente podía llevar a las Fuerzas Armadas a pedir más asignaciones y debilitar el gobierno civil. La visión era la de siempre en la política ecuatoriana, de corto plazo y oportunista.

Con la independencia se hace indispensable definir precisamente los límites entre los estados. Y allí se olvidan los ideales bolivarianos y surgen los intereses nacionales. Y esos intereses pueden ser mejor defendidos a más fuertes sean esos estados. El futuro Ecuador estaba en clara desventaja. Para empezar, no era aún un país independiente, sino parte de la República de Colombia. En 1824, en base a la ley de División Territorial, Santa Fe de Bogotá fija los límites del Distrito que hoy es Colombia en el río Carchi cercenando del Distrito del Sur el Cauca y Pasto. Aparentemente mera división administrativa en un mismo país, pero que habría de tener funestas consecuencias. Al declararse el Ecuador independiente ocho años después, el Jefe del Estado ecuatoriano, el General Flores, reclama la devolución del Cauca y Pasto y va a la guerra por ellos; habiéndola perdido, tiene que contentarse con el Carchi como límite. García Moreno no tiene mejor suerte cuarenta años después. El Ecuador no tiene ni la capacidad militar ni la habilidad política para defenderse y los límites se quedan donde los quería Colombia. El tratado final se suscribió ochenta y cuatro años más tarde; allí el Ecuador renunció también a la parte de la costa que le correspondía y a parte del Oriente. Ese mismo Oriente perdido sería luego parcialmente cedido por Colombia al Perú a cambio de una salida al Amazonas.

El Perú estuvo constituido como Estado mucho antes que el Ecuador con una larga historia de unidad política, administrativa y militar como Virreinato del Perú. Su capital, Lima, estaba en la costa, mucho más abierta a la modernidad y al cambio que Quito, escondida en los Andes. El entonces Presidente del Perú, General La Mar, cuencano de nacimiento, trata de incorporar a Cuenca al Perú e invade el Ecuador o, mejor dicho, el Distrito del Sur de Colombia en 1828. Colombia vence en el conflicto pero su débil capacidad negociadora, o tal vez su poco interés, hace que ese triunfo no signifique un arreglo definitivo del problema limítrofe. Esa ocasión fue la mejor que tuvo el entonces Distrito del Sur y el futuro Ecuador de hacer reconocer sus derechos. Pero los graves problemas internos de Colombia, en que se daba la pugna entre Bolívar y Santander, hizo que se desperdiciase esa oportunidad. Posteriormente, con ocasión de la invasión del presidente peruano Castilla, el Ecuador ve debilitada aún más su capacidad de defender los límites originales de la Real Audiencia de Quito.

Durante los siguientes cien años el Ecuador, sin tratados reconocidos ni fronteras definidas, busca una y otra vez la reivindicación de sus derechos que el Perú una y otra vez rechaza. El Ecuador, lamentablemente, sólo se apoya en juristas conocedores del litigio territorial, buscando hacer valer sus derechos, sin fortalecer paralelamente sus Fuerzas Armadas. Una política opuesta a la del Perú, que se prepara para la guerra.

En 1941, el Perú decide hacer valer su mayor capacidad militar, aprovecha la coyuntura mundial e invade El Oro, forzando un acuerdo. Ecuador y el Perú firman el Protocolo de Río de Janeiro que no hace otra cosa que reconocer tres realidades evidentes. Una, que el Ecuador estaba invadido y que, en medio de la segunda guerra mundial, el resto del mundo tenía preocupaciones mayores que buscar la solución justa, por lo que escogió la solución práctica: apoyar al más fuerte. Dos, que la paulatina ocupación peruana de las zonas reclamadas por el Ecuador hacía que en todas ellas ondeasen banderas peruanas y viviese población que se consideraba peruana. La debilidad del Ecuador hacía imposible que esta población pudiese ser desplazada por la fuerza de las armas; la situación mundial hacía imposible que pudiese ser absorbida por la fuerza del derecho. Tres, que dentro del Ecuador había el sentimiento, entre algunos, que el Oriente era un mito y que más importante era dedicarse a desarrollar los amplios recursos naturales de la Costa y de la Sierra que seguir en la búsqueda de Eldorado. A Dios gracias, cuando se descubrió el verdadero Eldorado años después, el petróleo, buena parte de ese Eldorado había quedado en territorio ecuatoriano.

No hay duda que la gran debilidad del Ecuador para hacer reconocer como suyos los límites de la Real Audiencia de Quito

estriba en su falta de identidad política al principio y en su falta de cohesión política después. A ello hay que añadir el irreparable daño que significó al Ecuador la expulsión de las misiones jesuitas, que hizo que en la práctica se abandonase un extenso territorio cuyo acceso natural e histórico era por Quito. El proceso de gestación de la realidad ecuatoriana, frenado por las pugnas entre sus regiones y las regiones y los intereses personales de sus caudillos, hizo un daño irreparable al país. Solamente a fines del siglo diecinueve el país exhibe una unidad política forjada y para entonces los dados estaban echados. Ya no era cuestión de negociaciones en función de ideales bolivarianos, ahora imperaba exclusivamente la fuerza de las armas.

El Protocolo de Río de Janeiro no pudo ser ejecutado en su totalidad, por la existencia de un accidente geográfico no conocido en 1941. Ello llevó a innumerables e infructuosos tanteos diplomáticos y a dos enfrentamientos armados. Uno a principios del ochenta, en que el Ecuador vio debilitada aún más su posición, y otros a principios de 1995, en que se consiguió una victoria militar y diplomática, a continuación de la cual tendrá que iniciarse el difícil proceso de llegar a un acuerdo definitivo.

La pérdida de nuestras extensas fronteras, o el arreglo final al que se llegue, no puede convertirse en la justificación, en el paño de lágrimas, de nuestro subdesarrollo, ni condenarnos a una permanente postración. Países mucho menos extensos que el Ecuador, y en muchos casos con muchos menos recursos naturales, han superado las limitaciones impuestas por su territorio para dar a sus ciudadanos una vida mejor que la que el Ecuador da a los suyos.

LA NACIÓN

E[error fue creer que la tierra era nuestra, la verdades que nosotros somos de la tierra.
-- Nicanor Parra

La nacionalidad no nace de pronto, nace a medida que sucesivas olas de inmigrantes se asientan en un país, establecen lazos de comercio y aceptan un gobierno común. Es un penoso nacimiento, en el que no hay vencedores ni vencidos, y al que sigue un largo período de encuentro consigo mismo, Al Ecuador lo han escogido como su hogar hombres y mujeres de todas partes de la Tierra. De esa mezcla de sangres, sueños y culturas ha surgido una emoción que se llama ecuatorianidad que no es patrimonio de nadie sino el tesoro de aquellos que la respetan.

La Ecuatorianidad

Ser emoción para que en mí suspires, paisaje ser para que en mí te encantes, ser fuente azul para que en mí te mires y ser canción para que tú me cantes.
—Julio Flores

Como dice Remigio Crespo Toral en su ensayo "La Conciencia Nacional": "El patriotismo no se improvisa, arranca de la tierra, se confunde con el culto a los antepasados, y con las piedras de los monumentos olvidados levanta altares para el culto en nuevas generaciones. No se ama lo que no se conoce, no llega al alma lo que no pasó por el tamiz de los sentidos. Si ignoramos los anales patrios, si rehusamos penetrarnos del aliento, del calor del suelo natal, ¿cómo creeremos en el patriotismo...?". Para que haya patriotismo debe primero existir una nación. Un territorio requiere una cierta densidad y concentración de población para consolidarse como nación. En las tierras que hoy hacen el Ecuador, por miles de años no existieron ni esa densidad ni esa concentración; los invasores se asentaron en pequeñas áreas aisladas. Paulatinamente se fueron formando grandes cacicazgos; uno muy importante existió en lo que hoy es el norte del Ecuador, que tal vez con el tiempo hubiese consolidado un amplio territorio.

La invasión de los incas destruyó esos intentos primitivos de consolidación. Por la forzada transferencia de poblaciones entre diversos lugares del Incario es imposible decir hoy cuales de nuestras tradiciones indias fueron traídas por los ejércitos invasores. El triunfo de Atahualpa sobre Huáscar podría haber llevado la capital del Tahuantinsuyo a territorio hoy ecuatoriano en cuyo caso una nación ecuatoriana muy extensa hubiese tenido su nacimiento. No fue así. Llegó un nuevo invasor.

Durante casi trescientos años la Real Audiencia de Quito comprendió mucho más del territorio que hoy hace el Ecuador. Nunca fue una audiencia homogénea. Sus grandes centros poblados: Quito, Guayaquil y Cuenca, estaban muy alejados entre sí, tenían pocos contactos entre ellos y había poca comunidad de intereses. En otros virreinatos, capitanías y audiencias predominaba claramente una ciudad, que era el centro político, económico y cultural. No era así en la Real Audiencia de Quito. Quito era el asiento de la Real Audiencia, pero tenía una limitada base económica y estaba lejos de las rutas de comercio. La Real Audiencia de Quito a su vez dependía

de Lima o de Santa Fe de Bogotá. Guayaquil, por otro lado, concentraba el movimiento comercial y exportador, y tenía mayores contactos que Quito y Cuenca con el mundo exterior. Cuenca, aislada, tendría luego una influencia importante en la cultura. Quito llevaba la toga, Guayaquil la riqueza y Cuenca la lira.

Al iniciarse la vida republicana de las naciones latinoamericanas el Ecuador se encontraba como parte de Colombia, su Distrito del Sur, y fue sólo en 1830 que alcanzó su independencia, con un nombre sin sustento histórico. Al independizarse, la integración de sus tres grandes centros poblados obligó a un penoso proceso de acomode y ajuste, durante el cual se forjó la nacionalidad ecuatoriana. Fue un largo proceso, cuando se lo compara con el nacimiento de otras naciones latinoamericanos. '

Sólo a fines del siglo diecinueve y a comienzos del siglo veinte Jefes de Estado duros y controvertidos dieron al país suficiente estabilidad para nacer finalmente como nación. Como dice el refrán quechua: *Alli reja purichun, sinchi rigrahuan charina* **(para que la reja abra bien el surco, es necesario sujetarla con brazo fuerte). No faltaron brazos fuertes. Rocafuerte lo dijo: "Me he propuesto conservar a todo trance la pública tranquilidad, y sólo revestido de una firmeza que inspire terror, podré conseguirlo"; o García Moreno: "el patíbulo del malvado será garantía del hombre de bien", o " a los que corrompe el oro los reprimirá el plomo; al crimen seguirá el castigo...".**

Dentro de la acción pendular y apasionada que ha caracterizado a nuestra política, el país se organizó, se promovió la educación y se abrieron vías de comunicación. Paulatinamente, intereses puramente personales y regionales se han hecho objetivos nacionales. Como esos gruesos cirios de iglesia que al prenderse dan primero una débil y mortecina luz azulina, se prendió titilante el grueso tronco de la nacionalidad.

Razas y Culturas

No podrás olvidarme porque yo no lo quiero,
es inútil que trates de borrar el recuerdo.

— Libardo Parra

El Ecuador es un país de inmigrantes. Entre ellos, ¿son algunos los ecuatorianos auténticos? Veamos quiénes son los ecuatorianos.

Los antropólogos aseguran que la raza humana emergió de las altiplanicies del África Oriental y que desde allí, a través de miles de años, se extendió al resto del planeta. El Ecuador de hoy se alimentó de esa lejana fuente, casi al otro lado de la Tierra, separada del Ecuador por grandes océanos. Esa población Africana poco a poco fue poblando lo que hoy es Europa y el Asia. Eventualmente, después de haber cruzado el inmenso continente asiático, en forma y direcciones que nos son desconocidas, llegó al hoy estrecho de Bering y cruzó a tierras americanas. ¿Qué invitó a esos pueblos a abandonar paulatinamente las tierras del sur del Asia, más agradables para la vida humana, por las tierras del norte? Tal vez el lento retroceso de los glaciares llevó a la caza de la que dependían cada vez más al norte y simplemente inmigraron siguiéndola; tal vez fue la presión de tribus guerreras. En cualquier caso, un día empezó el cruce a América. Esas migraciones no pueden haber sido muy grandes, de haberlo sido la población de América hubiese sido mucho mayor.

Los que a través de cientos de generaciones cruzaron del África al Asia y luego atravesaron el Asia para terminar en América llegaron a lo que hoy es el Ecuador por el norte. Se adaptaron primero a los fríos bosques hoy canadienses, luego a las

praderas de los hoy Estados Unidos, más tarde a las secas montañas de lo que es hoy México, a las tierras variadas de América Central y a las montañas y estrechos valles de lo que hoy es Colombia. Trajeron consigo la herencia lejana del mayor de los continentes, culturas y vivencias hoy perdidas para siempre, y las acumuladas en su larga marcha desde el extremo norte de América hasta la línea ecuatorial, teniendo siempre delante un mundo vacío. Algunos se quedaron aquí y otros siguieron para poblar el resto de América del Sur terminando su extendido periplo en las brumosas y frías costas de Tierra del Fuego. El Ecuador fue una etapa más para tribus que se desplazaban al sur. Por aquí pasaron los que colonizaron lo que hoy son el Perú, Bolivia, Chile, Brasil, Paraguay, Uruguay y Argentina. Las diferencias que existían entre sus habitantes a la llegada de los españoles o portugueses debe haber sido causada por los diferentes entornos que por miles de años los habían ido condicionando. Los que aquí se quedaron crearon, sin conciencia alguna de ecuatorianidad, sus policromas culturas: Tolita y Bahía, Valdivia, Guangala y Cañar, y tantas otras. ¿Debemos decir que alguna de esas culturas representa la auténtica ecuatorianidad?

Pocas décadas antes de la llegada de los españoles vino la invasión cuzqueña, extendiendo a nuestras tierras las fronteras de un imperio extranjero. Los invasores eran primos lejanos, el reflujo de los que habían pasado por el Ecuador para asentarse en el mundo frío y desolado del altiplano boliviano y en las abruptas montañas del Perú. Parte de los habitantes en el hoy territorio ecuatoriano fueron subyugados y forzados a adoptar costumbres diferentes y a hablar el lenguaje de los ejércitos vencedores. ¿Debemos decir que la cultura cuzqueña y su idioma, el quechua, son la auténtica ecuatorianidad? Pueblos lejanos fueron arrancados de sus lugares de origen y traídos aquí para estabilizar el Incario. ¿Debemos decir que las culturas de esos pueblos son la auténtica ecuatorianidad?

Los que vinieron de allende del mar, hombres de Castilla, de Extremadura y de Andalucía son los herederos de los que al salir del África Oriental se decidieron ir hacia el norte de África, hacia el Mediterráneo; algunos lo cruzaron para llegar a Europa, otros lo bordearon por las tierras que hoy son territorios árabes. Los que vinieron de España a América son el resultado de la mezcla de las razas que poblaron España. Primero los íberos y celtas originales. Luego los invasores de la Europa mediterránea que se dedicaron a construir ciudades: fenicios y griegos, cartagineses y romanos. Luego los invasores de la Europa central que se dedicaron a destruir ciudades: visigodos y vándalos. Y, finalmente, los invasores del norte de África y del Oriente Medio que crearon una de las más brillantes culturas que el mundo ha conocido: el Islam, cuyo poderío llegaba hasta la lejana India. Con ellos llegaron los judíos, desterrados por el emperador romano Tito.

Por lo tanto, a través de España el Ecuador recibió la herencia de Grecia y de Roma, la herencia musulmana traída desde el lejano Damasco y la fabulosa Bagdad, la herencia judía surgida de la alianza del Sinaí, la herencia de una Europa feudal convertida en renacentista. España trajo costumbres, religión e idioma nuevos. La vida cambió radicalmente con la introducción de la escritura, de la vaca y del cordero, del algodón y del vidrio, de la rueda y del acero. Lo que es hoy el Ecuador se abrió al ancho mundo. ¿Debemos decir que la cultura que trajo España es la auténtica ecuatorianidad?

Durante la Colonia y principios de la República al Ecuador llegaron negros Africanos. Eran aquellos que desde el origen de los seres humanos en África Oriental habían escogido ir hacia el oeste y que fueron traídos por negreros a costas ecuatorianas. Los negros ecuatorianos descienden de los que escaparon al llegar al país para vivir vidas libres en las selvas de Esmeraldas y de los que tuvieron que esperar para su liberación. ¿Debemos decir que la cultura Africana trasplantada es la auténtica ecuatorianidad?

Y luego vinieron muchos otros, de toda América, de Europa, de Oriente Medio, de Asia y de África. Libaneses escapando de la dominación turca sobre sus tierras, teniendo que llevar por muchos años como denominación despectiva la nacionalidad que les había sido impuesta, de la que justamente buscaban liberarse. Alemanes, ingleses e italianos en busca de una mejor vida en las lejanas tierras americanas. Gente de la China, la traída para la construcción del ferrocarril y la que emigró del Perú donde había sido llevada para trabajar el campo.

¿Representa alguno de ellos la auténtica ecuatorianidad? Mirando al presente, ¿debemos decir que el ecuatoriano auténtico está representado, en exclusiva, por uno de los muchos que llegaron a lo que hoy es este país? O, mirando al futuro, ¿debemos decir que el Ecuador auténtico va a nacer de la ensalada de culturas que hoy nos trae la televisión de cable y que ocupa más el tiempo de los ecuatorianos que la lectura de la historia patria? Cuando se trata de definir la identidad del Ecuador con el estrecho marco del prejuicio se descarta la totalidad, complejidad y riqueza de una generosa herencia cultural, pues al Ecuador han llegado de los cuatro confines de la Tierra.

El dilema de la autenticidad no es solamente ecuatoriano, lo tienen la mayoría de los países del mundo. ¿Deben los Estados Unidos encontrar su autenticidad en el piel roja, o en el descendiente de ingleses o de africanos, o en el vietnamita, o en el ecuatoriano que hoy vive allá? ¿O debe España encontrar su autenticidad en el íbero, el visigodo, el romano, el árabe, el vándalo, el

griego, el fenicio o el latinoamericano que han aportado al mosaico polifacético que hace su nacionalidad?

Donde había o cultura Tolita o provincia cuzqueña o colonia española no había ecuatorianos porque no había Ecuador. Como lo pone Jorge Enrique Adoum: "Al comienzo, la patria fue una gran página en blanco". El primer concepto de territorio ecuatoriano nació con la Colonia, que recogía una entidad mayor de lo que hoy es el Ecuador bajo una administración común. Pero el Ecuador y el sentimiento de ecuatorianidad nace en 1830 con la República del Ecuador. Ecuatorianos son los que desde entonces, por nacimiento o elección, tienen la nacionalidad ecuatoriana: descendientes de quitus, cañaris, quechuas, españoles, libaneses, Africanos, franceses, alemanes, colombianos, chilenos y tantos otros.

En el Ecuador a veces se pone de moda el que intelectuales y políticos no quieran reconocer esa realidad y que mediante la absorción emocional del paisaje ecuatoriano se crean capaces de desentrañar la esencia de la nacionalidad. Los unos lo hacen para vender sus obras de arte, los otros para ganar votos. Pero no nos engañemos. La autenticidad del Ecuador no está en sus raíces telúricas. Allí se encuentra petróleo, y ojala minerales, no gente. La gente vino cuando el Chimborazo y el río Guayas existían hace millones de años. El Ecuador es un país de inmigrantes, porque aquí originalmente no había nadie. Ecuatorianidad no se escribe ni en los idiomas de los quitus, ni en quechua, ni en español, ni en árabe, ni en un dialecto Africano. Ecuatorianidad no es una palabra traducible y politizable, es un sentimiento compartido por aquellos que han tomado la decisión de vivir aquí, de amar y respetar el mosaico cultural que es el Ecuador.

Si el territorio del Ecuador tuviese una conciencia, ¿a quiénes reconocería como ecuatorianos?: ¿a los que trabajan por él o a los que se aprovechan de él?, ¿a los que tratan de desmembrarlo para convertirlo en un rosario de nacionalidades?, ¿a los que, con la cruz o la espada, se aprovechan del abandono de algunos de sus habitantes para forjar una base política?, ¿a los que tratan de desentrañar su autenticidad para comercializarla y medrar con ella? Es fácil dejarse engañar por los que enarbolan la bandera de la ecuatorianidad para propiciar sus intereses personales o sus visiones partidistas.

El Ecuador es un país de inmigrantes, un crisol de razas y de nacionalidades. Todos descendemos de inmigrantes, por lo que sí es pertinente hacernos la pregunta: ¿por qué inmigraron nuestros antepasados a estas tierras para ellos remotas? En el caso de los que vinieron del norte solamente tenemos la explicación de la curiosidad natural de los seres humanos de ir más allá en busca de una vida mejor y de las presiones de otros grupos humanos sobre ellos. De los

que vinieron del sur, del reflujo, la razón es clara, el deseo de conquista.

De los que vinieron de allende del mar, de los españoles, las razones son más complejas. Muchos vinieron a conseguir riquezas, pero esa no fue razón suficiente; muchos que las consiguieron no volvieron a España y muchos otros se asentaron donde claramente no había grandes riquezas. En ese entonces el emigrar tenía un toque definitivo que se nos hace difícil de comprender. Hoy la distancia entre Ecuador y España es medio día de vuelo, las distancias se miden más por el costo del pasaje que por el tiempo o el riesgo. En el pasado no era así; el viajar, además de costoso, era difícil y riesgoso. La decisión de viajar a América en la Colonia era una decisión de mucho peso, no se tomaba así como así. El emigrante se arrancaba definitivamente, sabía que no volvería jamás a lo suyo. Eso hacía necesario que se compenetrase profundamente con su nuevo país, que pasase a ser parte de él, en una forma que no lo hace el emigrante de hoy. Los emigrantes libaneses vinieron a hacer un nuevo hogar dejando su patria invadida, vejada y constreñida; vinieron a hacerse de nuevo, no a replantar lo antiguo. Algunos inmigrantes europeos vinieron a cumplir contratos temporales que se extendieron para siempre.

En breve, todos vinieron dispuestos a sacrificarse en pos de una vida mejor y a más cerca en el tiempo haya tenido lugar la inmigración más fuerte esa disposición. No debe sorprenderemos, por lo tanto, que sean los inmigrantes más recientes, aún vivo el espíritu de sacrificio, los que descuellan en la sociedad.

Ese crisol de pueblos, de creencias, de costumbres, de ideas y de sueños hace el Ecuador de hoy. No hay, por lo tanto, nativos ecuatorianos, hay los ecuatorianos que llegaron antes y los ecuatorianos que llegaron después, como ha sido la historia de todos los pueblos de la Tierra.

Los que Vinieron del Norte

Los primeros los hijos del suelo que, soberbio, el Pichincha decora.

—Juan León Mera

UTLOS **arguyen que los primeros habitantes del Ecuador llegaron desde la lejana Polinesia en frágiles embarcaciones. Hay una interesante teoría de una colonización japonesa, basada en elementos más imaginativos que sólidos. En las líneas de Nazca, al sur del Perú, algunos vislumbran un origen extraterrestre. Más aún, en Bolivia algunos aseguran que el paraíso terrenal estuvo al oeste de La Paz, en el valle donde se asienta la ciudad de Sorata. Visitándolo no hay duda que es un paraíso, pero es difícil confirmar que fue el original.**

Pero lo anterior no es lo más probable. Hay pocas dudas que nuestras tierras se poblaron desde el norte. Las tierras deshabitadas de lo que hoy es el Ecuador sufrieron allí sus primeras invasiones; pobladores de lo que hoy llamamos Colombia cruzaron a pié enjuto lo que hoy es nuestra frontera norte, otros pueden haber llegado por mar desde Centro América.

No hay razón para pensar que esos primeros asentamientos fueron muy diferentes a los que han tenido lugar en otros lugares de la Tierra. Grupos pequeños, dedicados a la agricultura y la pesca, dependiendo de los recursos naturales de los lugares en que tenían su habitación. Su presencia difusa y aún no suficientemente explorada por los arqueólogos ecuatorianos es la

historia de millones de vidas. Hay restos de asentamientos humanos muy antiguos a lo largo y ancho del Ecuador. Por miles de años esos asentamientos fueron hechos aislados, probablemente con poco o ningún contacto entre sí, cada uno de ellos desarrollándose independientemente.

Se enfrentaban a una gran limitación con respecto al Viejo Mundo. América no fue muy generosa con productos agrícolas o pecuarios. Los productos agrícolas en la Costa eran el maíz, el tomate, el frijol y las frutas tropicales, tales como la papaya y la piña. En la Sierra eran la quinua, la zanahoria blanca, la mashua, el melloco, el achira, el zapallo, el zambo, el frijol, y, el más importante de todos, la papa. Los productos pecuarios estaban limitados al cuy en la Sierra y a la caza. Como bestia de carga, a la llama en la Sierra. Para vestirse, algodón en la Costa y lana de llama, alpaca o vicuña en la Sierra. A ello hay que añadir moluscos y pescados para los que vivían cerca del mar o de lagunas.
Esos asentamientos aislados y primitivos fueron paulatinamente dando lugar a otros mayores y más desarrollados: Valdivia, Machalilla, Chorrera, Cotocollao, Jambelí, Guangala, Bahía, Jama-Coaque, La Tolita y tantos otros olvidados y dormidos en los cuatro rincones del país. Hasta principios de siglo poco se sabía del pasado de los ecuatorianos. Lo que se sabía era lo registrado por cronistas españoles o en las historias sin mayor sustento de Juan de Velasco. De los primeros habitantes del país no se sabía nada. A principios de siglo Jacinto Jijón y Caamaño excava en la Sierra y en Manabí. Sólo avanzado el siglo la labor arqueológica pasó de ser simplemente descriptiva a tratar de clasificar lo encontrado; allí destaca en los años cincuenta Emilio Estrada, con su enorme aporte. Si los ecuatorianos hiciésemos una investigación a fondo de nuestro pasado es posible que encontrásemos una riqueza mucho mayor de la que hoy conocemos. Para muchos esa investigación sería un gasto inútil, comparada con otras prioridades nacionales. Olvidan que el conocer quién uno es y de dónde uno viene da un orgullo de pasado que ayuda a formar las bases del futuro.

Unos quinientos años antes de Cristo esos asentamientos aislados dieron lugar a un proceso lento de integración: los Caras al norte, los Quitus, los Puruháes, cuyos últimos descendientes, bravos y desconfiados, aún habitan los apartados páramos del Ayapungo, la "Puerta de la Muerte", luego los Cañaris y finalmente los Paltas en lo que hoy es la provincia de Loja. Si hubo un proceso similar en otras regiones aún está por establecerse. Eran poderosos señoríos étnicos, bien organizados, controlando varios agrupamientos humanos. Como muestra la historia en otras partes del mundo, esas agrupaciones tentativas con el tiempo podrían haber dado lugar a estructuras políticas consolidadas. No hubo tiempo. Al sur crecía una fuerza formidable.

Los que Vinieron del Sur

Arcilla cocida y dura, alna de verdes collados, barro y sangre de mis hombres, sol de mis antepasados.

— Gonzalo Benítez

El Cañar es una provincia alta y dura, entre el Cajas y el nudo del Azuay. Las tierras del Cañar son ricas y están cuidadosamente cultivadas, las casas son sólidas y bien construidas, los pueblos ordenados y limpios. La vida es difícil y esa misma vida difícil ha generado un tipo humano especial. Huraño y solitario como sus páramos; resistente, como sus cultivos a las frecuentes heladas; enraizado en la tierra. En un país donde los indios se han sometido en su mayor parte, el cañarejo está siempre listo a la pelea, a defender lo suyo. Lo ha tenido que defender muchas veces, ante los incas que solamente después de arduas luchas los conquistaron y luego ante los españoles con quienes se aliaron. No son una raza sometida, son como un caldero en ebullición del que se siente el rugido lejano y profundo.

Cerca de la ciudad de Cañar, a la salida del vecino cantón de El Tambo, se toma el camino, malo y estrecho, hasta Ingapirca. Mucho se ha escrito sobre la función de esta fortaleza solitaria al pie del nudo del Azuay. Lo probable es que fuese el centro de un asentamiento del cual la fortaleza es lo único que subsiste. Probablemente había también un templo y un observatorio astronómico, con un campamento militar alrededor. Sorprende esa imponente fortaleza en un sitio tan desolado y de difícil acceso. Es como un reto a las frías e inmensas soledades más al norte, como una avanzada del cañarejo hacia el cielo mismo. Representa la fuerza del lejano Cuzco, trasplantada en setenta cruentos años a tierras hoy ecuatorianas.

Las anteriores invasiones a esas tierras habían sido llevadas a cabo por grupos aislados que se fueron asentando lentamente en lugares deshabitados o desplazando a poblaciones pequeñas ya establecidas. La invasión de los Incas fue muy diferente. Una teocracia, organizada, guerrera, basada en una estructura extremadamente centralizada se había gestado en las altas y frías

costas del lago Titicaca. Desde allí Manco Cápac, guiado por el dios Sol, Viracocha, había caminado hasta el valle del Cuzco donde le fue ordenado fundar una ciudad. Eran los principios del siglo trece. Dos siglos y medio más tarde sus descendientes habían consolidado uno de los más extensos imperios que ha conocido la humanidad.

El Tahuantinsuyo hasta mediados del siglo catorce era un Estado relativamente pequeño alrededor del Cuzco. Cuando asciende al poder el Inca Pachacútec se produce la primera gran expansión, que pasa a cubrir un área similar en tamaño a la sierra del Ecuador.
La segunda gran expansión tiene lugar en la mitad del siglo quince. Túpac Yupanqui extiende el Incario hasta el río Maule en Chile y en el norte hasta Tomebamba; su sucesor Huayna Cápac llegaría hasta Pasto. El Tahuantinsuyo, en ese corto período, pasa a cubrir un área inmensa. La conquistas al sur del Cuzco tomaron poco tiempo, por lo que se debe suponer que allí el Inca controlaba las rutas principales y que en ellas había colocado guarniciones, pero parece poco probable que tuviese un control real sobre un territorio tan vasto y tan poco poblado.

Muy diferente a lo que encontraron los incas al llegar a Loja. Ello debido a la gran diferencia entre los poco habitados territorios del sur y los poblados territorios del norte, y a la gran diferencia entre las serranías peruanas y las ecuatorianas. Los Andes en el Perú no ofrecen el amplio callejón andino que ofrecen en el Ecuador, facilitando las comunicaciones y las alianzas entre pueblos vecinos. Los Andes en el Perú son una enorme masa de montañas elevadas entrecruzándose unas con otras dando lugar en su seno a valles profundos, generalmente estrechos y con grandes dificultades de comunicación entre sí. Las comunidades allí asentadas no es probable que alcanzasen un alto grado de civilización o de capacidad guerrera. Diferente fue la situación en la costa peruana, donde sí se desarrollaron culturas con un alto grado de sofisticación y que, como la de Chimú, ofrecieron dura y larga resistencia a los incas.

Al llegar al hoy Ecuador los incas se encontraron, pues, con un mundo andino diferente del que estaban acostumbrados. Un entorno mucho más amable que el frío Cuzco a tres mil cuatrocientos metros de altura o que el Titicaca de sus orígenes legendarios a tres mil ochocientos. El buen clima y la vida plácida los atrajeron poderosamente, al extremo de hacerles olvidar sus altas mesetas. Y curiosamente, lo que no pudo la fuerza de las armas lo pudo la belleza del territorio. Tomebamba primero y luego Quito sedujeron y conquistaron al conquistador.

Los incas buscaban una uniformidad rígidamente impuesta y controlada. Una vez establecido su dominio el proceso de colonización era paulatino. Obtenían, por la negociación o las armas,

la sumisión de los jefes locales. El primer elemento colonizador era el ejército, recogido de los cuatro confines del imperio y probablemente parte licenciado al terminar la conquista. El siguiente elemento eran los mitimaes, buscando consolidar el Incario trasladando a su periferia poblaciones ya asimiladas y a su centro poblaciones guerreras en proceso de ser asimiladas. Luego venían los caminos, donde estaban situados fuertes estratégicos, tales como Ingapirca. Paulatinamente los Incas extendían su dominio y su sistema de producción a distancias cada vez mayores de los caminos imperiales. El Tahuantinsuyo era un gobierno teocrático, cuyas armas eran el ejército y la burocracia imperial responsable de recoger los tributos que correspondían al Inca y al dios Sol. El imperio se basaba en una reglamentación estricta: no se podía cambiar el lugar de habitación; la producción se compartía con el Estado; vida familiar y matrimonio, ritos y festividades eran estrictamente regulados. Un inmenso campamento militar.

En el Incario la tierra era propiedad del Inca, quien tenía poder total sobre sus súbditos hasta el extremo de exilarlos en masa a cualquier confín de su imperio. Esos súbditos trabajaban tierras del Inca, supervisados por un extenso sistema altamente centralizado en que cada comunidad era autosuficiente y producía los excedentes necesarios para mantener a las clases sacerdotal y guerrera. Era un sistema en que nadie se moría de hambre, pero a cambio de vivir una total represión. Los incas buscaban entretejer las poblaciones conquistadas en una estructura productiva intensiva, la que luego sería el sustento económico de la Colonia. Una estricta organización permitía el rápido traslado de tropas para apagar cualquier intento de sublevación local. Hoy estamos conscientes de ese imperio incaico, pero probablemente la gran mayoría de sus habitantes conocían poco de él y muchos no estaban al tanto de su existencia, conocían sólo al curaca local.

A mediados del siglo quince Túpac Yupanqui cruza a lo que es hoy el Ecuador. Con gran habilidad negociadora y guerrera establece alianzas y gana batallas, conquistando lo que hoy son las provincias de Loja, Azuay y Cañar, estableciendo su capital en Tomebamba, en el valle donde hoy está Cuenca. Su hijo Huayna Cápac nace en Tomebamba y allí construye un inmenso palacio, digno rival de los del Cuzco. Lo construye en las faldas de una loma, oteando al Cuzco lejano, como proponiéndole un reto gigantesco. Poco antes que Cristóbal Colón avistase el continente americano conquista las tribus del norte hasta lo que hoy es Pasto, la frontera norte del Tahuantinsuyo. Esa conquista fue ardua y dura, y debe haber dejado un gran descontento. La monstruosa matanza de Yaguarcocha es el testimonio más elocuente. Como lo describe Juan León Mera en su poema "Las Dos Tórtolas":

"La arena se empapó en sangre
Hubo como arena muertos
Y de triunfos gritos hubo
Hubo gritos de despecho.

Los del Inca victoriosos
Quedaron del campo dueños
Los del Shiri destrozados
Pero no vencidos fueron".

Las tierras del norte del nudo del Azuay estuvieron un tiempo más corto que las del Sur en manos de los incas, menos de cincuenta años en el hoy Ecuador central y menos de cuarenta en el norte. Tiempo realmente breve, comparado con la Colonia o la República. El triunfo final correspondería al Shiri. Y ello porque la simiente del futuro Ecuador germinó en la resistencia tozuda y permanente que los futuros ecuatorianos opusieron al Incario, obligando al Inca a trasladarse a Quito, ganando esas nuevas tierras del norte a costa de debilitar de muerte al Tahuantinsuyo.

Huayna Cápac había consolidado su imperio y ahora se preparaba para disfrutarlo. Pero ese disfrute le fue trastocado por una noticia sorprendente: la llegada de barbudos hombres blancos a' las costas montaña abajo. Según el dios Viracocha ello significaba el fin de su imperio, en su momento de máxima gloria y esplendor. Uno de esos hombres barbudos, Bartolomé Ruiz, avistaba el veintiuno de septiembre de 1526 la desembocadura del río Esmeraldas. Mientras observaba ese ancho río de aguas turbias, mal podía saber que aguas arriba, en la hoya andina donde el río Esmeraldas se convierte en el Guayllabamba estaba Quito y el palacio de Huayna Cápac.

Huayna Cápac muere trece años después que Balboa avistase el Océano Pacífico y dos años después que Bartolomé Ruiz llegase a las costas esmeraldeñas. Muere en Tomebamba y divide su imperio entre sus hijos Atahualpa y Huáscar. Inevitablemente eso inicia una guerra sin cuartel. Cuzco no podía de ninguna manera estar dispuesto a perder la mitad de sus dominios y aceptar limitar al norte con un reino poderoso. Después de los avatares iniciales de la guerra, que le estaban siendo adversos, Atahualpa retoma Tomebamba y sus ejércitos el Cuzco. Un emperador de padre azuayo y de madre quiteña, nacido en Quito, pasa a empuñar el cetro de Manco Cápac.

Es importante reflexionar sobre el inconmensurable sacrilegio que significó para el Cuzco el ascenso de Atahualpa. Cuzco era la capital del imperio, fundada por Manco Cápac por mandato divino: era un lugar sacrosanto. Huayna Cápac abandonó el Cuzco

para radicarse en Quito y luego dividió el imperio; los generales de Atahualpa conquistaron el Cuzco y masacraron a los nobles y a los administradores del Incario. El remezón que el imperio debe haber sentido por tan dramáticas acciones debe haberlo enfermado de muerte. Para los cuzqueños Atahualpa era un bastardo extranjero, era inevitable que el dios Sol lo abandonase. Y así fue. El Tahuantinsuyo desapareció en el inmenso silencio de esa tierra de valles estrechos y páramos extensos que había sido unida por la férrea mano de la burocracia imperial con asiento en el Cuzco. Atahualpa cortó el nudo que desde Cuzco mantenía unido el imperio y el imperio se desmoronó.

Atahualpa debe haberse sentido halado por intereses en conflicto, entre sus amores y sus ambiciones, entre su tierra y los suyos, y la fuente divina del poder en el Cuzco extranjero. Supremo señor de un imperio cuya capital estaba muy al sur, entre tierras y gentes que le eran extrañas, se sentía atraído por las tierras apacibles del norte en que había nacido, pero también debía comprender que no podía ignorar al Cuzco lejano. Tenía que ir allí para entre los palacios y templos de sus antepasados proclamar su suprema potestad. No lo pudo hacer. Mientras en Cajamarca se reponía de una herida en la pierna y meditaba sobre esas decisiones trascendentales, la historia le reservaba una cita fatídica con Francisco Pizarro.

Los que Vinieron de Allende del Mar

'Todo lo que quise yo tuve que dejarlo lejos, siempre tengo que partir y abandonar lo que quiero.

-Abel Romeo C.

Cuando **Francisco Pizarro y Diego de Almagro se reunieron en Panamá con Hernando de Luque para planear la conquista de las tierras del sur poco sabían de ellas. Habían rumores sobre un imperio rico y poderoso, probablemente traídos por nativos que habían comerciado con las poblaciones costeras del Tahuantinsuyo o conversado con otros que lo habían hecho. Los futuros conquistadores vivían en Panamá, una tierra tropical y en esos tiempos insalubre. Aunque conocían que México no era todo así no tenían razón para pensar que el sur era diferente a Panamá. Y cuando empezaron a explorar vieron sus intuiciones confirmadas. Su primer contacto fue la costa colombiana del Chocó, donde el entorno físico no es muy diferente al de Panamá. Cuando Bartolomé**

Ruiz llegó a Esmeraldas encontró lo mismo: tierras bajas, calor, vegetación exuberante. No muy diferente a lo que registra César Borja Lavayen:

"Como dormidos en la siesta ardiente
yacen los campos; y en el haz de grama
del llano, esplende el implacable estío
y cruza, y riega en el cristal luciente
de Esmeraldas su sonora gama
el mirlo negro, trovador del río".

Pero allí probablemente pudo comunicarse con indígenas que le contaron que esa tierra amplia y verde terminaba en tierras frías, con montañas cubiertas de mantos blancos. Podemos imaginarnos la incredulidad con que Ruiz acogería esas noticias. También podemos imaginarnos cómo esas noticias llegarían a Pizarro y a Almagro, como la esperanza intuitiva de un nuevo México, con sus inmensas riquezas.

En el siglo dieciséis las potencias coloniales eran España y Portugal; luego Holanda e Inglaterra empezaron a crear imperios de ultramar. Tan a menudo se escucha el comentario de cuán mejor habría sido el destino del Ecuador si hubiese sido conquistado por ingleses que creo vale la pena reflexionar sobre ello.

En primer lugar hay que recordar una diferencia fundamental: los ingleses no se mezclaban con la población nativa, no había mestizaje y, en las raras ocasiones en que ello ocurría, se lo consideraba como un hecho vergonzoso; los mestizos pasaban a ocupar un limbo dentro la sociedad: hijos no deseados de una relación prohibida. Los españoles nunca pusieron ninguna barrera al mestizaje; se casaron y procrearon abiertamente con indias. De hecho, la mayor parte de la población ecuatoriana de hoy desciende de esas relaciones.

Hay varios tipos de colonización inglesa: una es en la que los ingleses encontraron una población numerosa, como fue el caso de la India o Irlanda; otra es cuando la población nativa era muy pequeña, lo que hizo que los ingleses importaran población nueva, como fue el caso de la Guyana en que se importaron negros e hindúes, o Belice, donde se importaron negros. En esos dos tipos de colonización los ingleses o venían con sus esposas o estaban de paso, en posiciones administrativas, sabiendo que tarde o temprano regresarían. Otro ejemplo de colonización inglesa son los hoy Estados Unidos y el Canadá, donde los colonizadores mataron o colocaron en reservas a sus habitantes aborígenes. Cuando se habla de cuán beneficiosa hubiese sido la colonización inglesa del Ecuador generalmente se hace referencia no a la India o a Irlanda, a Guyana o

a Belice, sino a los Estados Unidos. Y lo curioso es que algunos de los que hacen ese comentario son de evidente origen indio.

De haber Inglaterra colonizado el Ecuador como colonizó los Estados Unidos, la población del Ecuador sería hoy blanca en su vasta mayoría, con los pocos indios viviendo en reservaciones o en el recuerdo. El resto habría sido perseguido y aniquilado como bestias de caza. Las gestas ecuatorianas, en lugar de Huasipungo y novelas de ese corte, habrían sido las de la conquista de los indios y de las matanzas que de ellos hicieron los colonizadores. No hay duda que en el Ecuador colonial y republicano los indios viviendo en sus comunidades y no integrados a la economía nacional han sido tratados como ciudadanos de segunda, pero se han mantenido vivos. Los que sí se han integrado a la economía nacional han alcanzado importantes posiciones en la política, en las artes y en los negocios.

El mestizo, parte indio y parte europeo, predomina en el Ecuador. Ello no ocurre en la colonización inglesa, donde repugna la posibilidad del mestizaje. Para los españoles conquistar conllevaba necesariamente el asentarse, el mezclarse, el fundar ciudades, el adoctrinar en su religión; para los ingleses era más bien abrir mercados para los productos de sus industrias; para los franceses el objetivo era extender su cultura. Como resultado de la colonización española el Ecuador es un país de mestizos; habría sido un país de anglosajones de haber tenido una colonización inglesa. ¿Habría estado mejor el Ecuador de haber habido una colonización inglesa? Bueno, por lo menos el indio o el que tiene algo de sangre india en las venas, es decir, la mayoría de los ecuatorianos, debería decir que no.

Con la llegada de España a América empieza a registrarse la historia del Ecuador. Los incas no conocían la escritura, significativo atraso que limita la transmisión de ideas a la memoria y constriñe o impide la posibilidad de un desarrollo cultural. Conocemos la historia del Tahuantinsuyo por los cronistas españoles. El nombre de Tahuantinsuyo se escribió primera vez con caracteres europeos, con una pluma española, en un libro español.

Los españoles que llegaron a América eran hijos del Renacimiento, de ese sentimiento de renovación, de expansión cuasi primaveral que surgió en Europa terminada la Edad Media. En España el Renacimiento tenía un significado adicional: la consecución de la unidad nacional con la expulsión de los moros. España tenía una población de siete millones; una parte importante de ella se volcó a América. La decisión de los Reyes Católicos de auspiciar la empresa de Colón requirió una dosis enorme de coraje. Donde Colón quería ir era al mar tenebroso, más allá de las columnas de Hércules, al lugar de horror donde las aguas se precipitaban en un abismo negro e insondable. Como lo proclamaba el mismo escudo de

Castilla: Non Plus Ultra, no hay más allá. La visión y el coraje de Colón y de Isabel la Católica lo tornaron Plus Ultra, más allá.

Pizarro, después de grandes privaciones, llega a la costa de Tumbes y asciende las montañas hacia Cajamarca. Con una audacia inigualada en la historia toma prisionero a Atahualpa. Parece imposible que un puñado de españoles, ciento setenta para ser más precisos, pueda haber tomado prisionero al emperador de una nación poderosa, los españoles a enorme distancia de sus centros poblados y el emperador rodeado de sus ejércitos y de sus generales. Atahualpa es ejecutado, destino frecuente de emperadores vencidos, en ese trágico día en que *chaupi punchapi tutayarca* **(anocheció en mitad del día).**

Sorprende que grupos pequeños de españoles en corto tiempo se hicieran dueños del inmenso Tahuantinsuyo. No hay duda que muchos grupos de indios subyugados al Inca no estaban contentos con esa subyugación y que se sumaron a los españoles; el imperio que se desmoronó tan rápidamente estaba carcomido por dentro. Era también probablemente demasiado extenso para sus tiempos y hubiera sido difícil para los Incas haberlo mantenido por mucho tiempo. Sorprende aún más que una vez desmoronado los indios no se rebelasen y con relativa facilidad expulsasen o masacrasen a los pocos españoles. Sorprende finalmente el extraordinario coraje de esos españoles que en número tan reducido se enfrentaban a un imperio que cubría una extensión muchas veces superior a la de España.

Se arguye que los nativos tenían temor a los caballos, a los yelmos de hierro y a los mosquetes. Tal vez fue así al principio, pero rápidamente debieron darse cuenta que españoles y caballos morían, y que los mosquetes eran armas como lo eran sus hondas y cachiporras, que cualquiera podía manejar. Las armas más importantes de los españoles eran la espada y la lanza; el mosquete requería tiempo para ser cargado y no era muy efectivo. Se arguye también que los indios no eran pueblos guerreros y que se entregaban sin lucha. La historia cuenta claramente que no había sido así durante la invasión incaica. Hubo luchas sangrientas y encarnizadas, y muchos ejemplos de heroísmo. Sólo cabe pensar que el Tahuantinsuyo era una cadena de pequeñas unidades autosuficientes acostumbradas a obedecer al Inca y que simplemente aceptaron el cambio de un señor por otro. No hay duda que de volverse contra los españoles los generales indios disidentes que los habían ayudado a conquistar el Tahuantinsuyo habrían vencido con facilidad aunque tal vez, sin el apoyo de la población y desmoronada la estructura política y militar del imperio, estaban condenados al fracaso.

No hay que olvidar tampoco que la invasión inca tenía pocas décadas y que había sido brutal y sangrienta en extremo,

dejando a las tierras hoy ecuatorianas enormemente debilitadas y desmoralizadas. Hay otra explicación de la pasividad con que la población india aceptó el cambio de incas por españoles: tal vez preferían la sociedad española, donde tenían algo más de libertad que en la rígida sociedad incaica.

Pizarro deja a Sebastián de Benalcázar en Piura y se dirige al Cuzco. ¿Qué llevó a Benalcázar a desobedecer a Pizarro, internarse al norte e intentar la conquista de Quito y Tomebamba? Sin duda el deseo de labrar su propia gloria. Tal vez también la curiosidad de conocer ese reino lejano por amor del cual el imperio incaico se había desmoronado. Había otra razón. Don Pedro de Alvarado, desde Guatemala, también había sentido el llamado lejano de Quito y Tomebamba y se aprestaba a conquistarlos. El logro de la ambición de Pedro de Alvarado ponía en peligro parte de los territorios a los que Pizarro y los suyos, Benalcázar entre ellos, se sentían con derecho por haber llegado antes.

Benalcázar se enfrenta a Alvarado y este, viendo que había llegado demasiado tarde, se retira. Ese retiro no habría sido posible sin el apoyo prestado a Benalcázar por los cañaris, siempre descontentos con el dominio cuzqueño y con el trato que sus compatriotas habían sufrido como mitimaes en el lejano Cuzco. ¡Cuán tremendo el efecto posterior que ello tuvo para el futuro Ecuador! Con el triunfo de Benalcázar y de Pizarro, pasó necesariamente a ser parte de la herencia de Pizarro, tierras a ser controladas desde el Virreinato del Perú. El virreinato era el centro del poder, la audiencia que dependía de él tenía autoridad como tribunal judicial de apelación y algunas responsabilidades gubernativas delegadas por el Consejo de Indias, al que no se podía recurrir con facilidad por la distancia. De haber sido conquistado por Alvarado probablemente el hoy Ecuador habría sido una Capitanía General o, quién sabe, tal vez el asiento natural para la capital del Virreinato de Nueva Granada. En cualquier caso, el futuro Ecuador es posible que hubiese tenido una personalidad más clara y una mayor capacidad de defender sus fronteras. Hubiera nacido mucho antes de 1830.

Los españoles habían venido a América a quedarse y de allí que su primera preocupación fuese fundar ciudades. La primera preocupación de la Corona fue la de mantener las colonias sujetas a ella, no sujetas a sus conquistadores. Y por ello nacen las primeras tensiones entre los españoles de aquí y los españoles de allá; podríamos llamarlas el primer albor de la independencia. Los españoles de allá quieren controlar el inmenso imperio que unos pocos capitanes esforzados les han dado y a su vez quieren leyes justas para sus habitantes; los españoles de aquí quieren mantener sus fueros y su independencia.

Con una rapidez que sorprende, tomando en cuenta las distancias y el número limitado de españoles, estos empiezan a dar forma a Virreinatos, Capitanías Generales, Audiencias y Gobernaciones en que dividen lo conquistado. Las Colonias estaban bajo el Control del Consejo de Indias, que dependía directamente del rey; el comercio estaba regulado por la Casa de la Contratación. Quito pasa primero a ser una Gobernación y luego, en 1563, una Real Audiencia. Aunque bajo la jurisdicción del Virreinato del Perú, sus funciones, y sobre todo la distancia, le daban cierta autonomía. Y allí empiezan los trescientos años de la larga noche colonial.

Para comprender mejor la velocidad con que se dieron los acontecimientos imaginemos a un quitu nacido en 1450, el año que Túpac Yupanqui inició su invasión al hoy Ecuador. Habría nacido en el Quito en el cénit de su poderío; lo había visto conquistado; habría vivido el reino de Huayna Cápac y al cumplir los cuarenta y siete años habría escuchado del nacimiento de Atahualpa; al cumplir los ochenta y dos habría tal vez sabido de lo ocurrido en Cajamarca y al cumplir los ochenta y cuatro habría pasado a vivir en la ciudad de San Francisco de Quito, recién fundada por los españoles. En el curso de su larga vida el Ecuador habría cambiado radicalmente.

Los españoles venían a America porque esperaban mejorar su posición social. Venían a ser aquí los hidalgos que allá no eran. Es difícil sean ciertos los ancestros nobles que tantos latinoamericanos gustan de asignarse. Entre los hidalgos enviados por el rey para gobernar y los españoles que habían venido a quedarse hubo desde el principio una tensión inevitable.
Los primeros buscaban complacer al rey para a su regreso ser recompensados; los segundos aumentar sus privilegios e independencia. Para los primeros era muy importante poder defender las admirables y justas leyes que los reyes de España habían dictado. Para los segundos era muy importante el contar con mano de obra abundante y barata para sus haciendas y para sus obrajes.

En la Real Audiencia a la que llegaron los españoles la tierra era propiedad del Inca. No sabemos cual era la situación anterior a la conquista incaica. El indio tenía un gran apego a su tierra, al lugar donde había nacido y pasado su niñez. Nada le era más extraño que emigrar dejando todo lo suyo, por lo que con facilidad pasó del dominio del Inca al dominio del español, ya que lo que ambos le pedían era que se quedase en su tierra. Los españoles se apoderaron de la tierra del Inca y los que trabajaban en ella simplemente cambiaron de señor. En la Europa del siglo dieciséis la posesión de la tierra era fundamental en la fijación del nivel social de una persona. En la Colonia, al no existir otra fuente de ingresos, ya que la minería era escasa, el comercio era prácticamente nulo y la industria estaba limitada a los obrajes, que luego decayeron, la propiedad de la tierra y el hacerla producir era la única forma de mantener un nivel de vida

alto. Inicialmente se establecieron encomenderos, personas a quienes la Corona encomendaba tierras e indios, aquellas para que las hiciesen producir, estos para que cuidasen y catequizasen. La posición desprotegida del indio y la necesidad del hacendado de hacer producir su tierra consolidó un sistema de tinte feudal, mediante el cual el indio quedaba atado a la tierra que amaba y el hacendado usufructuaba de su trabajo.

Muchos ven la Colonia como un largo período en paz, en que la vida se deslizaba lentamente, en idílico y bucólico aburrimiento. No fue así exactamente. La Colonia tuvo tres períodos claramente determinados, y determinados por su estructura económica. El primer período se caracterizó por el ordenamiento de la estructura de la Colonia y duró hasta finales del siglo dieciséis.

El segundo período se caracterizó por la producción textil en los llamados obrajes. Ellos combinaban la capacidad productora de lana de oveja de los páramos andinos con la industria textil que se centraba en Quito, Latacunga y Ambato. Esos productos textiles eran prácticamente el único producto exportable de la Sierra. Su traslado hasta Guayaquil añadía un costo adicional importante. Paralelamente Guayaquil crecía para convertirse en un astillero y un puerto comercial, centralizando la exportación del cacao cosechado en el interior de la Costa y la de paños producidos en la Sierra. Cuenca y Loja se especializaban en la producción de cascarilla, que exportaban a través de Piura.

El tercer período empieza con la declinación de la producción minera en Potosí y la competencia de paños europeos, llevando a una crisis en la producción de los obrajes y la necesidad de volver a depender de la agricultura. Guayaquil sufre también al limitársele la exportación de cacao sólo hacia el interior de la Real Audiencia; había un fuerte e inevitable contrabando, paliando así la dureza de la orden real. Desde mediados del siglo diecisiete, con la declinación de los obrajes, la economía colonial presenta un continuo deterioro en la Sierra, donde se subordina todo a la hacienda; en la Costa, Lima comienza a hacer perder a Guayaquil la primacía portuaria y comercial.

La división de la América española era como era por razones de buen manejo administrativo; su estructura económica iba mucho más allá de los límites impuestos por Virreinatos, Capitanías y Audiencias. El principal producto de exportación era minerales extraídos del Perú y de la futura Bolivia. Los centros mineros tenían que ser abastecidos de alimentos y productos manufacturados. Como hemos visto, la Sierra norte del hoy Ecuador jugó por un buen tiempo el papel de un importante abastecedor de textiles. Posteriormente, al dividirse la América hispana en repúblicas independientes, se rompe

esa dependencia con duros efectos para ciertas regiones. Loja, por ejemplo,, como la hoy ciudad argentina de Salta, pasan de ser paso obligado de importantes rutas comerciales a ser lejanas ciudades interioranas.

La cultura en la época de la Colonia tenía un claro sabor religioso. La imprenta, traída por los jesuitas, dio naturalmente énfasis a obras de carácter religioso. Los centros de enseñanza fueron fundados y regentados por religiosos. El arte fue patrocinado por religiosos, con lo que fue casi exclusivamente religioso. La decisión de Carlos III de expulsar a los jesuitas tuvo un profundo efecto en la cultura de la América Hispana; los jesuitas jugaban un papel fundamental en la sociedad, culturizando y colonizando.

La Iglesia jugó también un papel de profundo contenido social. En una sociedad donde las diferencias de casta eran la norma, la Iglesia era la gran unificadora. Los mismos ritos se celebraban en la catedral primada y en la humilde iglesia de pueblo; la iglesia era el único lugar donde el indio humilde compartía algo con sus señores. La religión igualaba a todos ante la muerte y hacía más llevadera la vida de penurias en el remoto risco andino. Para españoles, criollos e indios la religión católica presidía todos los actos de sus vidas.

Como dice el himno religioso:

"En la mesa de Dios se sentarán,
como hijos su pan comulgarán;
con una misma esperanza caminando cantarán;
en la vida como hermanos se amarán".

Además, la Iglesia jugó otro papel. En una sociedad donde el encumbramiento social estaba vedado a la mayoría, el camino de la iglesia era la forma de salir del encierro social: frailes que huían del mundo para entrar en él. Ello, inevitablemente, llevó a un relajamiento de la vida religiosa.

La vida en la Colonia sería poco atractiva para los hombres y mujeres de hoy. Quito. Guayaquil y Cuenca eran ciudades pequeñas, oscuras como boca de lobo en las noches, los desagües corrían por la mitad de la calle, no había hoteles ni lugares de diversión. En Quito pesaba el aislamiento, era raro tener visitantes de afuera y se vivía en el temor de erupciones y terremotos; en Guayaquil, exasperaban el calor y los insectos en el invierno, y se vivía en el continuo sobresalto de los ataques piratas y de los incendios. En Cuenca, el aislamiento.

En la constitución de la sociedad colonial que sería la simiente del futuro Ecuador en poco contribuyeron los indios o los

negros; sus vidas y costumbres no se habían integrado a la sociedad, seguían sendas aparte de las del resto del país, cuya la cultura era originaria y dependiente de Europa.

Los Primeros Ecuatorianos

'En un claro de luna sentí que nuevamente se encendía en mi alma la dicha de un querer.

— María Elisa Martínez de Barniol

¿Qué llevó a las colonias americanas de España a independizarse? Hay siempre la explicación ilustrada: que en la medida que las ideas y los ideales de la Revolución Francesa se filtraban en el apretado tejido de la Colonia sus habitantes deseaban aplicar las ideas de libertad, igualdad y fraternidad en sus países. Probablemente esa era la opinión de unos pocos jóvenes entusiastas, pero es difícil creer que era compartida por hacendados poseedores de cientos de hectáreas y de indios en las soledades del Chimborazo, o por unos ricos exportadores de cacao en la Costa.

Para el criollo ecuatoriano la independencia requería de un delicado acto de balance. Su deseo era liberarse de los españoles para a su vez ocupar la cúspide social que era exclusividad de españoles; supongo que sólo irnos pocos veían la independencia como la forma en que, idos los españoles, compartirían la cúspide social con los indios y los negros. A su vez, los criollos necesitaban de indios y negros para poder doblegar el poderío español. Por ello fue necesario prometer para luego no cumplir. Conseguir el apoyo de las mayorías subyugadas para poder subyugarlas después. Situación muy diferente a la de los Estados Unidos, donde existía una mayoría criolla, sin mezcla, y una población negra e india pequeña. Allí la independencia fue para la gran mayoría, para los descendiente de ingleses, en el Ecuador fue para la minoría descendiente de españoles.

A diferencia de lo que ocurrió en la América del Norte, en la Real Audiencia de Quito no existía una clase dirigente poderosa. El poder estaba en manos de españoles que venían por corto tiempo. La revolución fue llevada a cabo por un grupo pequeño de criollos distinguidos y de hombres de letras. ¿Quiénes se emanciparon? Criollos gobernados por españoles y educados bajo España; muchos habían vivido en España por largos períodos. El mismo Bolívar fue

uno de ellos. El apoyo que recibían de indios y mestizos lo conseguían atizando sus sentimientos de odio hacia el español, pero no conllevaba un compromiso de igualdad luego del triunfo de la revolución.

La América española no estaba unida a España, sino al rey de Castilla, rey también del resto de España. La invasión francesa a España a principios del siglo diecinueve, la primera desde la invasión de los musulmanes en el siglo octavo, y la sustitución del rey español por un usurpador francés, dio legitimidad a la conversación independentista en la América española. Era ahora posible hablar de independencia en nombre del rey destronado.

La independencia se gestó en las ciudades, con Quito a la cabeza. ¿Cuáles eran las quejas de los entonces habitantes de Quito contra España? De dos tipos: primero, contra la prepotencia de los españoles recién llegados; segundo, contra los impuestos. La sociedad colonial en la Sierra estaba claramente estratificada. En la cúspide estaban los chapetones, los nacidos en España, que monopolizaban los altos puestos públicos y que sin duda mantenían una posición de superioridad contra los siguientes en la escala social: los criollos, hijos de españoles, nacidos en estas tierras, con algo de sangre india en sus venas. Ellos, a su vez, miraban con desdén a los indios. La Sierra norte y centro, perdido en buena parte el negocio de las exportaciones textiles, dependía ahora más que nunca de la agricultura, de la explotación de las grandes haciendas. Para continuar haciendo posible esa explotación y para que sus dueños tuviesen una vida cómoda era imperativo que el orden social no se trastocase. Que se vaya España y los españoles, sí, pero que el orden social se mantenga incólume.

El otro rechazo era a los impuestos. En dos ocasiones, con los impuestos a las alcabalas y a los estancos, había habido intensas reacciones populares. El mantener con el esfuerzo local una lejana estructura política en España molestaba e irritaba a los criollos que rechazaban la imposición de impuestos que no los beneficiaban y sobre los que no tenían control.

Esa era la situación en la Sierra norte y centro. En la Sierra sur las propiedades agrícolas eran más pequeñas y sus dueños tenían que involucrarse más en ellas; no había las grandes extensiones de páramo donde pacían miles de ovejas. Aunque sustentada en la mano de obra india, la sociedad estaba más cerca de la tierra y de sus productos. La independencia era vista como el derecho a administrar su propia casa.

En la Costa, centrada en Guayaquil, la situación era también otra. Guayaquil era un puerto de gran actividad comercial. Su riqueza estaba en el libre comercio con los países vecinos. Su rechazo era a las limitaciones que a ese libre comercio imponía

España. En la Costa no existía esa enorme dependencia en la mano de obra india y aunque existían negros esclavos la sociedad no dependía de ellos en la forma que dependía la Sierra del indio; el cacao se trabajaba con jornaleros independientes, sin atadura a la tierra. Para los grupos de poder de la Sierra norte y central lo ideal era un Estado independiente, pero atado a la estructura social y económica de la Colonia, que permitiese a los criollos tomar, sin mayores trastornos sociales, el papel que antes habían tenido los españoles; para los de la Costa lo ideal era un estado sin barreras comerciales que les permitiese el libre intercambio de sus productos; para los de la Sierra sur, un estado que los dejase trabajar y vivir en paz.

El proceso de independencia se gestó durante mucho tiempo. Algunos lo intuyeron y trabajaron para alcanzarlo desde la sombra o desde la cárcel. Uno de ellos fue Eugenio Espejo. Su infancia y mocedad se desenvolvieron en el hospital de la Misericordia de Quito, donde trabajaba su padre. A los veinte años se graduaba de doctor en medicina. Como lo pone Benjamín Carrión: "Esta breve cronología nada dice de los dolores sufridos y de las amarguras calladamente devoradas. Para un niño nacido del ayuntamiento de un indio y una mulata, la sociedad colonial sólo podía ofrecer la burla cruel o el desprecio insolente".

Eugenio Espejo vivió, reflexionó, habló y escribió sobre un sistema político en descomposición, amenazado por los vientos de la Revolución Francesa y sobre el rechazo a la dominación española; Espejo intuyó lo que vendría después. Era una época en que hervían los fermentos revolucionarios y en los que se practicaba una cruel represión. Espejo escribió ampliamente pero su obra ya rara vez se lee; su prosa y sus preocupaciones parecen lejos del acontecer de hoy. Lo que no está lejos es su tenacidad para superar las limitaciones de su nacimiento, su agudeza para comprender los cambios que el nuevo siglo inevitablemente traería y sus esfuerzos para que la sociedad en que le tocó vivir se preparase para esos cambios. Cuando por fin había logrado la posición que le hubiese permitido intervenir activamente en esos cambios, fue apresado por las autoridades y encarcelado. Tras meses de encierro le llegó la muerte. Por su ascenso en la escala social, Espejo se anticipó a la movilidad social del Ecuador de hoy. Por su visión de los cambios políticos que vendrían nadie merece mejor el título de Precursor.

El primer grito de la independencia fue dado en Quito en 1809. Allí el sueño de la independencia tuvo muchas víctimas. Aquellos que como dijo Luis Cordero Dávila sienten que: "más vale morir encendidos, que vivir apagados". Cruelmente sofocada, la libertad recién resurge en Guayaquil once años después, en 1820, con el apoyo de militares venezolanos de paso por Guayaquil. Llega poco después Bolívar con su ejército. Guayaquil es inmediatamente

incorporado a la Gran Colombia, con renuencia de parte de algunos que preferían la incorporación al Perú y de otros que soñaban con la independencia, como canta el himno hoy olvidado: "Guayaquil ciudad libre, de hermanos siempre fuertes, por ti siempre daremos nuestra fe y honor...". Esos sentimientos surgían de la posición geográfica de Guayaquil. Como en 1820 lo ponía en "El Amigo del País" Francisco Roca: "cuando sin embargo nos separan de la República", (Roca se refería a Colombia), "caminos casi intransitables en siete meses y nos unen al Perú comunicaciones de siete días en toda estación". O cuando decía: "que a Guayaquil le conviene incorporarse a una sociedad con quien esté enlazada por carácter mercantil". Léase el Perú o la independencia, pero no Colombia. En ese tiempo el comercio de Guayaquil era la mitad con Lima, la cuarta parte con México, una octava con Panamá y la otra octava con Quito y Cuenca. Desde un punto de vista comercial, a Guayaquil la unión con Colombia no le hacía sentido. El tiempo probó que tenía razón. Otros tenían sentimientos encontrados con respecto a la causa independentista. Rafael Jimena lo expresa frontalmente: "Aunque muy partidario de la revolución, no podría ponerme a la cabeza de ella, sin incurrir en la nota de ingratitud respecto a España". En medio de todo ello, Quito seguía, y siguió por dos años más, en poder del poder colonial.

Las guerras de la independencia en América del Sur son acaudilladas por San Martín desde el sur y por Bolívar desde el norte. San Martín había conseguido la independencia de Argentina y Chile y a medias la del Perú. Bolívar consigue la independencia de lo que hoy son Venezuela y Colombia, inclusive el posteriormente independiente Panamá, y se encuentra en Guayaquil con San Martín. La entrevista, uno de los misterios de la historia de la independencia latinoamericana, resulta en el retiro de San Martín, en la campaña de Sucre para liberar Quito que culmina con la batalla del Pichincha y en la campaña de Bolívar y Sucre para liberar el Perú y Bolivia.

El triunfo del Pichincha no llevó, como la derrota del ejército español había llevado en otros países americanos, a la formación de un nuevo Estado y a la consolidación de una nueva nacionalidad. La Real Audiencia de Quito pasó a ser el Distrito del Sur de la nueva República de Colombia. El Distrito pasó a ser administrado por militares nacidos fuera de lo que hoy es el Ecuador y la preocupación de Colombia fue que el Distrito suministrase hombres, pertrechos y dineros para la guerra en el Perú, cuya conclusión era indispensable para consolidar la independencia de la misma Colombia.

Uno no puede menos que preguntarse que habría ocurrido si San Martín hubiese llegado a Guayaquil antes que Bolívar. Probablemente habría influido para que Guayaquil se

incorporase al Perú, con quien mantenía importantes nexos comerciales. Quito era probable que se hubiese mantenido unido a Colombia, ya que sin la Costa no era probable que fuese una entidad viable. Cuenca podría haber ido en cualquier dirección. Bolívar, por ello, bien merece la calificación de padre de la patria.

En 1822 lo que hoy es el Ecuador dejó de depender de los reyes de España a través de su Virreinato con sede en Santa Fe de Bogotá para depender de la República de Colombia con sede también en Santa Fe de Bogotá. Por la distancia y las dificultades de comunicación la representación del Distrito del Sur en los congresos colombianos fue mínima. El sueño de Bolívar se convirtió en una pesadilla para el futuro Ecuador. Por esa falta de voz el Distrito del Sur sufrió ocho años de postergación frente a Colombia, tuvo que pagar una parte totalmente desproporcionada de los costos de la guerra de la independencia y su victoria contra La Mar en Tarqui no le evitó perder las tierras que en esa batalla se confirmaron como suyas.

¿Hubiera podido el Ecuador nacer en 1822 o fue necesaria su integración temporal a Colombia para forjarse como nación? No debemos olvidar que el entonces Distrito del Sur estaba conformado por tres regiones muy diferentes y con muy diferentes intereses.
No había entre ellas un sentido de unidad ni mayores deseos de integración. La integración del Ecuador toma muchas décadas en llevarse a cabo y aún hoy sufrimos a veces la falta de ella. Las tierras ecuatorianas había vivido bajo sombras ilustres: el Tahuantinsuyo y España, pero ninguna de las dos le había dado su personalidad definitiva. Tal vez fue necesario, aunque penoso, su integración temporal a Colombia.

Cuando Bolívar estaba en Guayaquil su visión era evitar que el Perú atraiga a Guayaquil y preservarlo para Colombia, no la de preservar Guayaquil para una entidad que nacería de la Real Audiencia de Quito. Bolívar era un venezolano que había escogido ser colombiano y que finalmente encontró el amor en el Ecuador. Su sueño era un sólo gran país formado por lo que hoy son Venezuela, Colombia y Ecuador. Cuando Venezuela se independiza en enero de 1830, el Ecuador en mayo del mismo año y Sucre es asesinado en Berruecos, Bolívar ve sus sueños de una América única esfumarse. Denigrado y abandonado, empieza su largo viaje río Magdalena abajo para morir en Santa Marta en una cama prestada. Murió llamado por el Ecuador, el país al que no había pensado en crear, mientras que su amor, nacida en Quito, moriría años después, ganándose la vida vendiendo dulces y encajes en Paita.

Muchas veces nos referimos a la República de Colombia de esos tiempos como la Gran Colombia, la heredera del sueño de Bolívar. La llamamos grande tal vez como una forma de hacer menos dura, más llevadera, nuestra dependencia temporal de ella. Pero la Gran Colombia nunca existió realmente, salvo en ese sueño de Bolívar. Fue siempre la pequeña República de Colombia, inmersa en las rencillas e intereses personales de sus caudillos, agazapada en las calles estrechas y frías de Santa Fe de Bogotá, poco dispuesta al espíritu amplio, generoso y magnánimo que le hubiese asegurado un territorio desde la desembocadura del Orinoco hasta el Amazonas. Tal vez tenía demasiados generales, todos en la esperanza de presidir sus propios países.

El Ecuador tiene su nacimiento el trece de mayo de 1830 cuando un grupo de notables de Quito siguen el mismo camino que Venezuela y declaran la independencia; el diecinueve de mayo los secunda Guayaquil y el veinte de mayo Cuenca. Es imposible pensar que todo no estaba planeado de antemano. Por razones incomprensibles esas fechas, las fechas de la verdadera independencia, no se celebran en el Ecuador. La gran mayoría de la población, compuesta de indios analfabetos y algunos esclavos, no se enteró de esa independencia. Para ellos, como dijo un quiteño en 1809: "último día de despotismo y primero de lo mismo". Siguieron dependientes de la misma hacienda de la que habían dependido, por siglos, sus antepasados.

El nacimiento formal del Ecuador tuvo lugar tres meses después, no como debía haber sido, en la euforia del triunfo de Pichincha, sino en las frías salas de la Asamblea Constituyente de Riobamba. El Distrito del Sur, empobrecido, profundamente dividido y sin un liderazgo unificado, se separa finalmente de Colombia dando lugar al nacimiento de la nacionalidad ecuatoriana. Y allí el Ecuador descarta la tercera sombra ilustre, la de Bolívar, para finalmente florecer como nación. Un nacimiento penoso. En su mensaje al Congreso de Colombia reunido en 1830 Bolívar lo ponía con una brutal claridad: "La independencia es el único bien que nos ha quedado, pero a precio de todo lo demás". Una independencia que por muchos años nos fue vedada, mientras el país era la presa que grupos reducidos de civiles y militares se arranchaban y de la que se alimentaban.

Los países, como las personas, son a veces bautizados con nombres inesperados. Que las tierras a las que llegó Colón fuesen bautizadas América, por un geógrafo italiano, y no Colombia, por el primer europeo que llegó a sus costas, es una injusticia histórica. Tal vez debería llamarse por el primer hombre o mujer del Asia que cruzó el estrecho de Bering y se asentó en estas tierras, pero lamentablemente ese nombre se ha perdido en el tiempo. Al Ecuador su nombre se lo dio su posición geográfica. En el siglo diecisiete la

Academia de Ciencias de París buscaba averiguar si el achatamiento de la Tierra era en los polos o en su centro, en la línea ecuatorial. Y envió una misión a las colonias españolas de América del Sur, a la Real Audiencia de Quito, aunque en la mente de todos donde iban era a las tierras del Ecuador, esa línea imaginaria que les permitiría resolver sus dudas. En 1824 la Ley de División Territorial de Colombia recoge el nombre: Ecuador, con su capital, Quito, al que acompañan Azuay y Guayaquil.

Historiadores quiteños aducen que ese nombre impuesto fue un error y que la nueva República debió haber llevado el nombre de República de Quito, un nombre con más prosapia. No hay duda que lo de la prosapia es cierto, pero es un nombre que habría sido rechazado por el resto de los ecuatorianos quienes ven al Ecuador desde su propia región o ciudad, y no a través de su ciudad capital.

La Colonia, en la cual el Ecuador dependía de España, terminó en 1822. La República, en la cual el Ecuador dependía de grupos de notables que administraban el país en secretos conciliábulos, empezó en 1830. Esa dependencia política se empezó a resquebrajar en el primer tercio de este siglo veinte donde los mandatarios dejaron de ser elegidos por notables y pasaron a ser elegidos por el pueblo. La dependencia cultural aún subsiste y, probablemente, con el proceso de nivelación cultural que hay en el mundo de hoy, tal vez nunca se dé una cultura exclusivamente ecuatoriana. Ello no debe impedir una reflexión profunda sobre nuestros ancestros, sobre nuestra historia y sobre nuestra idiosincrasia; no para desesperanzarnos o criticarnos sin fin, sino para dar pasos seguros que encajen con nuestra compleja realidad nacional.

El Péndulo Republicano

La piedra se desmorona y el calicanto falsea, no hay amor que dure mucho por más constante que sea.

— Víctor Valencia 9d.

Cuando leo, una vez más, a Osvaldo Hurtado en "El Poder Político en el Ecuador", intuyo cada vez mejor lo complejos que fueron los fenómenos sociales, económicos y políticos en el proceso de formación de la nación ecuatoriana, de lo mucho que falta por andar y de que los aparentemente inéditos problemas de hoy no son otra cosa que el rezago de los del pasado.

Dicen que Santa Mariana de Jesús predijo que al Ecuador lo perderían no los terremotos sino los malos gobiernos. Cuando se revisa la historia del Ecuador en sus años republicanos se comprende por qué habría profetizado así. Aunque han habido muchos Jefes de Estado honorables y capaces, llenos de buenas intenciones, el entorno en que les tocaba gobernar les hacía imposible hacer que esos buenos propósitos se hiciesen realidad.

La independencia creó necesariamente un repudio a España, la que para ese entonces ya no era el imperio todopoderoso que había sido bajo Carlos V y Felipe II. La admiración se tornó a Francia y a todo lo francés. Ello incluía las ideas sociales francesas, aunque solamente para ser usadas en los salones, porque las ideas

modernas que surgían en Europa, así como sus modernos sistemas de producción, estaban en contra corriente con las ideas y sistemas de producción que prevalecían en el Ecuador de esa época. Se hicieron odas a la libertad y a la igualdad, pero no se trató de implantarlas en la sociedad.

España y los nacidos en España habían controlado todo el aparato administrativo de sus colonias. Los criollos influyentes ocupaban puestos de segundo nivel y su función era actuar dentro de un esquema prefijado. El resto de la población obedecía y se quejaba. Todas las leyes venían de España. Se dice que España no preparó a sus colonias para la independencia. No lo hizo porque no tenía el menor deseo de que se independizasen. En este siglo Inglaterra, Francia, Holanda y Portugal, forzadas por la opinión mundial y los costos de mantener colonias, les dieron la independencia en forma pacífica; supuestamente las habían preparado para ella. Claramente no había sido así, como cualquiera que observe esos países hasta hace poco colonias lo puede fácilmente comprobar.

Al irse España ya no hubo sobre qué actuar ni a quién obedecer. Los criollos estaban acostumbrados a buscar la manera de interpretar la ley a su beneficio, al irse la ley se fue con ella la mesura. Las leyes antiguas tenían un denominador común, defender los intereses de España, las nuevas leyes tenían ahora como común denominador intereses particulares o los del grupo mayoritario entre los que legislaban. En ese proceso el Ecuador estaba en una posición más débil que sus vecinos. Quito había sido una audiencia, por lo que su estructura administrativa era inferior a la de la capital de un virreinato; al independizarse, los antiguos virreinatos que eran ahora Colombia y el Perú estaban en mejores condiciones para manejarse solos.

El Ecuador de principios del siglo diecinueve era un país poco habitado, con pobres comunicaciones, controlado por grupos pequeños con intereses locales divergentes. Para defender lo de uno era indispensable pertenecer a un grupo que tuviese el poder político. Ello hacía que se buscase el poder a cualquier precio, generalmente por la fuerza, atrayendo muchas veces a militares oportunistas que confundían la República con las guerras de la independencia. La historia republicana es el duro esfuerzo por compatibilizar los intereses divergentes de los grupos de poder en el Ecuador e insertar al Ecuador en el mundo.

En los primeros años de la República aún se olía la pólvora de las guerras de la independencia. El deseo de la sociedad criolla de mantener la estructura social de la Colonia hizo que no existiese muchas veces otra alternativa que la acción militar para mantener el orden. Y que, por lo tanto, por mucho tiempo la sociedad

civil fuese dependiente de jefes militares. La única manera de conquistar el poder era con los militares o apoyado por los militares; son los años del militarismo personalista, en que las constituciones, y el Ecuador tuvo varias en ese período, se ajustaban a las necesidades del gobernante de turno y de su grupo de poder. Durante esas primeras décadas de independencia la necesidad urgente era ordenar el país; el mayor conflicto en el Ecuador fue entre civilistas y militaristas. Según la tendencia civilista, y como lo puso García Moreno: "la casaca roja no prevalecerá sobre la levita negra", mientras que la tendencia militarista era: "lo ganado con bayoneta no se perderá con papeleta".

En esos primeros treinta años de la República y hasta García Moreno constantes enfrentamientos se dan entre militares y civiles. En esos tiempos militares no quería decir Fuerzas Armadas sino caudillos independientes. Apoyando a veces a grupos de poder de la Sierra y a veces de la Costa, fueron siempre el mayor peso en la balanza.

La personalidad del General Juan José Flores dio el nombre de floreanismo a las primeras décadas de la historia del Ecuador. ¿Qué patriotismo podía esperarse de este General nacido en Puerto Cabello y caudillo de un grupo de militares que veían al Ecuador más como feudo propio que como patria naciente? Durante todo ese período la falta de cohesión interna y el continuo desorden llevó muchas veces a temer por la vida misma del país. Los militares, muchos de ellos extranjeros, buscaban mantener el predominio que les habían dado las guerras de la independencia; no eran un grupo organizado como la Iglesia Católica, pero tenían la fuerza de las armas. El constante abuso de militares insurrectos y de la soldadesca hace que los civiles busquen reducirlos a sus cuarteles y forjar instituciones fuertes. Ello en la práctica es imposible por la debilidad económica del Estado, que utilizaba la mayor parte de su presupuesto en alimentar al lobo, en el presupuesto militar. Los esfuerzos para reemplazar al militarismo lo llevan a cabo sobre todo civiles guayaquileños, poseedores del poder económico.

Ese reemplazo, por un tiempo, tiene lugar con Rocafuerte pero dura pocos años, hasta que vuelven a tomar el poder los militares, siempre en alianza con los grupos de poder de la Costa. Un gobierno militar dicta la abolición de la esclavitud, tal vez por motivos altruistas, tal vez para engrosar las filas de sus ejércitos, e intenta disminuir la asfixiante carga que pesaba sobre los campesinos serranos. Ello crea una enorme reacción en la Sierra. El país entra en caos por la aparición de gobiernos en sus principales ciudades y se produce la invasión peruana a Guayaquil.

Para estar conscientes del desorden imperante en ese Ecuador de los primeros años, tal vez deberíamos recordarlo. La

primera Constitución se aprobó el once de septiembre de 1830 y el mismo día se eligió Presidente al General Juan José Flores, el venezolano Prefecto General de la División del Sur. Entre 1830 y 1832 hubieron tres rebeliones sangrientas: la primera la de Luis Urdaneta en Guayaquil, que llevó a su ejército hasta Latacunga. La segunda fue la sublevación del batallón Vargas, y la tercera la sublevación del batallón Flores, ambas sofocadas después de mucha sangre y desórdenes. En el Ecuador hay la inclinación a llamar revoluciones a ese tipo de intentonas, tan comunes a lo largo de la historia del país. No lo son. Una revolución busca un cambio radical en la estructura de la sociedad, se basa en ideas; una rebelión es simplemente el alzarse contra la autoridad establecida, se basa en intereses personales o de grupo.

En octubre de 1833 estalló en Guayaquil la rebelión encabezada por Vicente Rocafuerte, que termina en junio de 1834 con el apresamiento de Rocafuerte. Perdonado por Flores, Rocafuerte se convierte en Jefe Supremo en septiembre de 1834 en Guayaquil; el resto de la Sierra y la Costa norte estaban en manos de rebeldes. En enero de 1835 Rocafuerte entra en Quito. La segunda Constituyente lo proclama Presidente en agosto de 1835.

Durante las décadas anteriores a la independencia la labor del patriota era la del zapador buscando minar el edificio de la Colonia; luego, en las guerras de la independencia, lo que hacía falta era el arrojo personal, el coraje, la disposición a morir por la patria. Terminadas esas guerras quedó a los vencedores la responsabilidad de gobernar el país. Muy pocos estaban preparados para ello. "Gobernar", como aseveraba Sarmiento en la Argentina, "es educar". Es también crear instituciones y hacer que reine un estado de derecho, dentro del cual los ciudadanos puedan trabajar en paz y con la seguridad de que el fruto de sus esfuerzos no les será arrebatado por el plumazo de una autoridad cualquiera. Gobernar nunca ha sido tarea fácil y menos aún en los momentos en que le toco gobernar a Vicente Rocafuerte.

Así como Espejo fue un precursor de la nueva república y murió sin verla, Rocafuerte fue el precursor del estado de derecho que recién muchas décadas después empezaría a tomar forma definitiva; buscó el orden en medio del caos reinante. Para tratar de hacer realidad su sueño pactó con el mismo diablo, en la persona del General Flores. ¿Acto patriótico y necesario, o solución oportunista? Rocafuerte creía sobre todo en el orden basado en instituciones y en educación. Para conseguir una oportunidad de implantar sus ideas tuvo que claudicar algunos de sus principios democráticos y liberales. No hay duda que de haber podido habría desterrado a Flores permanentemente. Claramente no lo pudo hacer y escogió el menor de los males.

La intención de Rocafuerte de crear un estado de derecho se enfrentó naturalmente a la de aquellos para quienes el desorden era lo mejor para medrar. Rocafuerte actuó duramente contra ellos; algo así como el que quiere colonizar una tierra agreste y hostil y tiene primero que terminar con las alimañas que allí pululan. Rocafuerte fue uno de los primeros ecuatorianos que tuvo la clara visión de un país estructurado y ordenado donde la educación y las leyes debían reemplazar a la proclama y a la espada. Sembró en campo poco fértil; las semillas quedaron a la espera del tiempo. Se enfrenta con varias sublevaciones que reprime con mano dura; devuelve el poder en 1839 al General Flores. En marzo de 1843 se dicta una nueva Constitución y Flores es reelegido Presidente. En marzo de 1845 la revolución "marcista" estalla en Guayaquil. Flores capitula y se expatria.

Flores, por lo lejano que está y por el Ecuador tan diferente al de hoy que le tocó administrar, genera hoy pocas pasiones. Nació en una época en que las nacionalidades no eran las barreras que son hoy; por ello fue posible que alguien nacido en territorio venezolano llegase a la Presidencia del Ecuador o que alguien nacido en territorio ecuatoriano, como La Mar, llegase a la del Perú. En realidad no habían nacido ni venezolanos ni ecuatorianos, habían nacido españoles y se habían despojado esa nacionalidad bajo el deseo de que sus tierras de origen fuesen dueñas de sus propios destinos. Flores jugó un papel crucial en esos primeros años. ¿Bueno o malo? Hay que mirar las alternativas. Flores ayudó a consolidar el naciente Estado, pero al mismo tiempo su falta de sentimiento de ecuatorianidad lo llevó a ver más sus intereses y los de sus amigos que los de ese naciente Estado. Una situación que a veces parece querer repetirse en nuestros días.

En octubre de 1845 se reúne una nueva convención para reformar la constitución, eligiendo a Vicente Roca como Presidente. Terminado el período de Roca, siempre con la amenaza de la intervención armada de Flores, el Congreso no puede romper un empate después de ciento cincuenta escrutinios y entrega el poder al vicepresidente, Coronel Manuel de Azcázubi en septiembre de 1849. Cuatro meses después estalla la revuelta del General José María Urbina en Guayaquil. Ascázubi se retira y una nueva Constituyente, luego de reformar la constitución elige como Presidente en febrero de 1851 a Diego Noboa. Seis meses después el General Urbina se declara Jefe Supremo y es elegido Presidente en 1852. Se enfrenta a la invasión de Flores, que fracasa. En 1856 las juntas electorales eligen Presidente al General Francisco Robles. Ante las maniobras del Presidente peruano Castilla en 1859, Robles se traslada a Guayaquil, lo que lleva a la formación de un gobierno provisional en Quito, compuesto de García Moreno, Carrión y Chiriboga. El General Franco traiciona a Robles y se proclama jefe supremo. Derrotado por

García Moreno, huye del país. En la Asamblea Constituyente reunida en Quito en enero de 1861 se elige Presidente a Gabriel García Moreno quien desbarata una nueva invasión de Urbina, Robles y Franco. Se había superado la peor crisis en la historia del país.

Si bien muchos militares buscaban su beneficio personal, su intervención en la política tenía una justificación que compartían con muchos civiles. Como lo puso el General Urbina en un mensaje al Congreso: "La fuerza armada es la base del poder público y mucho más en los pueblos incipientes, donde no hay aún hábitos arraigados de obediencia a la ley, donde faltan costumbres republicanas, y donde la democracia necesita todavía hacer conquistas".

Los grupos civiles de poder tenían claras diferencias regionales. En la Sierra norte y centro se concentraba la mayoría de la población del país y prevalecía la hacienda, había poco movimiento comercial y la tendencia era evitar la competencia externa; en la Costa estaba creciendo la población y se expandía la producción agrícola para la exportación, lo que generaba la posibilidad de comerciar e importar. Cuenca jugaba un papel distinto; sin tener el poder económico de Quito o Guayaquil y sabiendo que no podía alcanzar la hegemonía política, buscaba más bien la paz y el orden ya que eso la beneficiaba. Las tres regiones, al igual que en la Colonia, eran poco dependientes entre ellas. Con mejores comunicaciones se empezó a desarrollar una interdependencia y con ello se alcanzó la estructuración final del país, superando la cuasi independencia de cada región y la inestabilidad causada por los grupos de poder, cada uno de ellos tratando de controlar el país.

En ese esquema el pueblo no jugaba ningún papel. El de la Sierra estaba en buena parte constreñido bajo el mecanismo de la hacienda y sus dependencias, el de la Costa estaba compuesto de recientes emigrantes viviendo mayormente en el campo. Las leyes eran impuestas y los presidentes eran elegidos por grupos restringidos de electores representantes de los grupos de poder.

Muchos encontraban difícil diferenciar lo conveniente para el país con lo conveniente para su grupo. El país se movía como un inmenso péndulo con muy amplias oscilaciones y cada oscilación nacía del rompimiento del orden constitucional y era un volver a empezar. En cada oscilación del péndulo el grupo beneficiado buscaba aprovechar su momento, mientras durase, para afincar sus intereses. De allí el origen del inmediatismo y el cortoplacismo que aún sufrimos. Había que estar despierto a la oportunidad de tomar el poder aprovechando la disponibilidad de un jefe militar, mayorías transitorias en Congresos o Constituyentes o la debilidad o un error del Presidente. Ello va disminuyendo en violencia y en desorden a

medida que el péndulo va encontrando un movimiento menos exagerado que para todos es mejor seguir que romper.

Se buscaba las soluciones más en el hombre que en las instituciones, ya que este estaba generalmente disponible mientras que las otras había que crearlas, y eso tomaba tiempo y requería, para empezar, decidir donde iban a estar ubicadas; de su ubicación dependía qué grupo las controlaba, por lo que la creación de instituciones no parecía convenir a nadie.

En esos tiempos duros había voces que se rebelaban. Contemporáneo de Rocafuerte, Fray Vicente Solano, como lo pone Agustín Cueva Tamariz: "irradiaba claridad de sol en la alborada luminosa de la República, cuando todavía - rasgando las tinieblas de la Colonia - los hombres y los pueblos se hallaban absortos en el letargo del desangre emancipador". O como lo puso Benjamín Carrión: "Panfletario, tremendo panfletario, ese clérigo admirable, colérico y sabio, que debiera ser la enseña más alta de la literatura azuaya ... : Fray Vicente Solano". Solano no se quedó callado, habló y denunció usando su extrema habilidad literaria y la protección que le brindaba su hábito franciscano.

Cada uno florece donde ha sido sembrado, de acuerdo a las circunstancias de su vida. A Rocafuerte le tocó florecer en la Presidencia de la República; a Solano en su alejada Cuenca, envuelto en el hábito de fraile. En Solano bullía el rechazo apasionado ante la injusticia, ante la sinrazón. Un hombre que no se arredró, que no se quedó en el uso sutil y hermoso del idioma que tan bien manejaba, recogiendo lauros, sino que lo usó como arma, incisiva y punzante, contra todo aquello que le parecía debería cambiar, incluyendo los abusos del mismo Rocafuerte. Rechazó emocional- mente el autoritarismo que su cabeza seguramente reconocía como necesario. Un precursor también, como Espejo y Rocafuerte; voces nacidas antes de su tiempo que clamaban en el desierto. En esa Cuenca de Vicente Solano no había aún muchos con los que su intelecto pudiese enfrentarse y redondearse; no tuvo la alegría de enseñar a mentes tan preclaras como la suya. Ello tal vez le impidió escribir su obra grande que fuese eterna y sus escritos hoy en día son el reflejo de las realidades y luchas de su época, no de todas las épocas. Pero por otro lado hay muchos que han escrito obras eternas; hay quizás menos que han luchado como luchó Solano contra la incompetencia y el abuso. Y luchando hizo patria.

Con Gabriel García Moreno, guayaquileño pero casado en Quito y aliado a los poderosos intereses del agro serrano, en el Ecuador empieza a tomar forma la ecuatorianidad. García Moreno inicia por fin la institucionalización con que soñó Rocafuerte, pero lo hace bajo el esquema colonial, soportado en la Iglesia y en los hacendados de la Sierra, pensando inclusive en la necesidad de una

monarquía o en la dependencia a un estado europeo. García Moreno está consciente de que la única forma de detener el desorden es fortalecer las instituciones y unir con vías de comunicación las diversas regiones del país. Para ello hacía falta fortalecer al Estado creándole rentas suficientes. García Moreno tiene ya el apoyo de los grupos de poder de la Sierra y decide apoyarse también en la única institución fuerte que había en el país: la Iglesia Católica. Si García Moreno fue tan extremadamente católico por creencia propia o necesidad política es algo que sólo lo supo él.

Con García Moreno la aristocracia quiteña tomó el poder, con el tácito reconocimiento por parte de la de Guayaquil que la situación había llegado a un punto en que era necesario el orden a cualquier precio. Para alcanzar la unidad política y administrativa del país García Moreno asume todos los poderes y sin contemplaciones y muchas veces con violencia busca aumentar las rentas del Estado y mejorar su administración, impulsar la obra pública y la educación. Trata, en fin, de crear la estructura administrativa y económica de un Estado moderno y poner al país a tono con los tiempos. El florecimiento del Ecuador, tan rico cuando está bien administrado, fue asombroso. Pero ese proceso llevaba a un reparto diferente del poder, lo que causó el rechazo de muchos, reprimido duramente. Enormemente controvertido, amado y odiado, García Moreno es sin duda alguna uno de los grandes hitos en la historia del Ecuador.

En 1965 triunfa la candidatura de Jerónimo Carrión. Una nueva invasión de Urbina, Robles y Franco es vencida. Carrión renuncia y el Congreso elige a José Javier Espinoza. En enero de 1869 García Moreno se proclama Jefe Supremo. Poco después sofoca una intentona golpista del General José Veintimilla. García Moreno convoca en mayo de 1969 una nueva constituyente, la segunda en el período garciano, que lo elige Presidente. En mayo de 1875 es reelegido para un nuevo período. En agosto muere asesinado. Como lo expresa González Suárez en la oración fúnebre: " No fue sacrificado el Presidente del Ecuador en nombre de la libertad verdadera: le inmolaron a una libertad terrible, a la libertad del crimen". Crimen que se repetiría después en Eloy Alfaro. El asesinato de García Moreno fue perfectamente evitable con elementales medidas de seguridad y uno no puede menos de preguntarse que hubiese pasado de haber sido evitado. ¿Habría García Moreno paulatinamente convertido al Ecuador en una sociedad pluralística y democrática o habría creado una teocracia rígida y cerrada a la toda crítica u oposición?

Llaman a Ambato la tierra de los tres Juanes. Uno es Juan Benigno Vela, del que dice su epitafio: "Aquí yace el ciego Vela, que pasó por la vida con la antorcha de la democracia en una mano, la

pluma encendida en la otra y al amor al pueblo ecuatoriano en su corazón". Quería también a sus hijos, a los que le tocaría vivir en el país que amaba, y les canta:

"Quién os querrá como yo, dulces lazos de mi vida, bálsamos de mi alma herida, alegría de mi hogar"

El otro Juan es Juan León Mera y el otro es Juan Montalvo. Montalvo habló, como tantos ecuatorianos contra la tiranía que la época, las circunstancias y los hombres habían impuesto al Ecuador. El Ecuador de su tiempo era muy diferente al de hoy: un país atrasado y cerrado, sin instituciones, con constituciones y leyes que variaban con el grupo en el poder, dominado por unos pocos, en que cualquier idea diferente a la tradicional era vista con suspicacia o rechazada con violencia. Los que en posiciones de poder trataron de cambiar en algo ese orden de cosas muchas veces utilizaron la violencia, muchas veces la violencia sectaria, y a esa violencia se opusieron muchas veces hombres de letras y de coraje, que arriesgaron su libertad y su vida para que al orden acompañara la luz. La espada y la pluma se complementaron en el Ecuador, fueron los lados opuestos del puente que finalmente condujo al Ecuador a ser la sociedad que es hoy.

Juan Montalvo fue una de esas plumas, dirigida en su caso contra García Moreno y luego contra Veintimilla. Cuando Montalvo al saber de la muerte de García Moreno exclama: "mía es la gloria, mi pluma lo mató", no hubiera podido dejar de reconocer que su pluma habría sido menos aguzada, y recordada sin García Moreno. Ambos jugaron sus papeles respectivos, ambos buscando despertar una sociedad indolente. Hoy al leer a Montalvo impresiona la habilidad en el manejo del idioma y sorprende la violencia verbal, la crítica despiadada, los insultos y los desprecios.
Sorprende porque vivimos hoy en otro tiempo, en que la pluma sirve para divertir, instruir o escandalizar, ya no es el rival de la espada.

Con el asesinato de García Moreno termina una etapa en la historia del Ecuador; ya no es el mismo país. En los veinte años, entre el asesinato de García Moreno y la toma del poder por Eloy Alfaro, el Ecuador goza de la bonanza del cacao. Ello lleva al continuo enfrentamiento entre los grupos de poder de la Sierra, queriendo mantenerse en el poder, y de la Costa, tratando de capturarlo. Los veinte años de ese proceso vieron en el poder a una serie de presidentes progresistas que buscaban hacer el cambio que reclamaba la Costa dentro de los moldes tradicionales de la Sierra. Borrero, Caamaño, Flores y Cordero, con el lamentable interregno de Veintimilla, uno de los más tenebrosos gobernantes del Ecuador, dieron al país por primera vez gobiernos ordenados y relativamente democráticos. Veintimilla representa el agotamiento final del milita-

rismo de la independencia, estéril y represivo. Salvo por esa dictadura, la de un caudillo desafortunado y pasado de moda, fueron años de relativa paz y orden.

Ocurrió por primera vez un hecho insólito. Un presidente constitucional, Antonio Flores, recibió el poder de otro presidente constitucional, José María Plácido Caamaño y lo entregó a otro, Luis Cordero. En la Costa el acelerado desarrollo económico causado por las exportaciones de cacao fortaleció a Guayaquil y a sus clases dominantes, acaudilladas por banqueros y exportadores. Ese desarrollo finalmente arrancó el poder de la clase terrateniente de la Sierra y lo trajo de vuelta a la Costa.

El péndulo cambia bruscamente de dirección y el General Eloy Alfaro proclama la revolución liberal. Una revolución militarista pero ya no en los moldes tradicionales, sino buscando una transformación radical del país. Ella dio el poder político a la burguesía comercial y exportadora de Guayaquil pero por primera vez tuvo un tinte popular, recogiendo a campesinos, artesanos y clase media. Su apoyo se debió probablemente más a la figura del líder y al rechazo de las estructuras de poder existentes que al apoyo a las ideas liberales. Eloy Alfaro se sustentó en las clases dominantes de la Costa y en sus montoneros, ya no en los militares tradicionales ni en la Iglesia Católica, la que vio disminuir su influencia, aunque no su prestigio. Alfaro era un hombre sencillo, de puertas abiertas: "Yo, para todo me alcanzo. No es ocupación despreciable enseñar a nuestros compatriotas infelices que todos tenemos iguales derechos".

Alfaro sigue el proceso de institutionalization iniciado por García Moreno, pero ahora bajo un esquema que descartaba la herencia colonial. El Gobierno de Eloy Alfaro no tuvo la cohesión del de García Moreno porque mientras García Moreno sustentaba su accionar en tradiciones firmemente enraizadas Alfaro lo sustentaba en la nueva marejada de cambio que arrastraba grupos diversos que buscaban el cambio, pero para quienes el cambio no significaba necesariamente lo mismo. Amplias responsabilidades antes en manos de la Iglesia fueron violentamente trasladadas al Estado, tales como la educación y el registro civil. La sociedad mudó radicalmente. En ese cambio Eloy Alfaro fue el ariete que arremetió contra las puertas de la fortaleza semi-colonial que era el Ecuador y, destrozadas sus puertas, la abrió a los que le seguían.

Finalmente, en la última embestida las puertas le cayeron encima: una muerte horrenda, una explosión de odio y de sangre, ante los ojos cerrados de las autoridades. Un día de barbarie. Que terminó como lo pone Alfredo Pareja en "La Hoguera Bárbara": "Anochecía. Los árboles se pintaron de crepúsculo. Miradas extrañas

y atónitas se acercaban, y todos los balcones vecinos se llenaron de caras de espanto". El odio había tenido su día.

Entre dos gobiernos de Alfaro estuvo unos pocos meses Emilio Estrada tratando de gobernar bajo el lema: arados y libros. Una población mal alimentada en el cuerpo y en el alma no puede ser la base de un país libre y grande. El primer esbozo de lo que se sería la función de un gobierno moderno.

Entre los ecuatorianos de esos tiempos que hablaron alto, agrio y duro pocos lo hicieron con tanto conocimiento de causa como Federico González Suárez. Sus escritos son un reflejo de su vida, que fue una búsqueda de la verdad histórica, ni acaramelada ni denigrada. A medida que escribía descubría etapas oscuras de la historia; ello hizo que sus escritos trajeran borrascas levantadas por aquellos que piensan que la historia debe ser instructiva y no verdadera. "La verdad os hará libres" es una aseveración que se ha enfrentado siempre con el prejuicio y la intolerancia.

González Suárez nace en el último gobierno del General Flores y muere durante el gobierno de Alfredo Baquerizo Moreno. Cabalga sobre los años que dieron luz a la ecuatorianidad. En sus mocedades toma el poder García Moreno y poco después de alcanzar su cincuentena, al ser nombrado Obispo de Ibarra, lo toma Eloy Alfaro. González Suárez se desarrolla como persona en la época garciana, pero alcanza su plenitud y madurez luchando contra los cambios que el liberalismo traía a la Iglesia y a la sociedad que había conocido de siempre.

Es paradójico que la forma racional y centrada con que se opuso a las reformas liberales lo llevasen a ser acusado de liberal escondido. ¡En esas épocas de pasiones y prejuicios la razón era vista con desconfianza! González Suárez, preclaro y combativo, en medio de la época liberal es nombrado Arzobispo de Quito. Cuando muere en 1917 no podría menos de mirar atrás en su vida y observar el enorme cambio que se había producido en su país, cambio al que el había ayudado al develar con su intelecto y con su pluma la verdad histórica, antes velada por la leyenda y el prejuicio.

Eloy Alfaro y García Moreno se ponen muchas veces como figuras antagónicas, figuras casi legendarias de los dos partidos tradicionales de la política ecuatoriana, hoy venidos a menos: el liberal y el conservador. Pero, no hay que olvidar que en sus tiempos no existían partidos estructurados, ni siquiera corrientes generalizadas de pensamiento. Hay dos aspectos en que ambos caudillos diferían radicalmente: uno, la participación de la Iglesia en el Estado. García Moreno insistía en su íntima relación con el Estado, Alfaro en una subordinación, similar a la que había tenido durante la Colonia. El otro aspecto es el grupo de poder en el que se

sustentaban: el uno en los terratenientes de la Sierra, el otro en los comerciantes y exportadores de Guayaquil. De allí las diferencias ya no son tan claras.

Ambos fueron ecuatorianos a carta cabal, patriotas de pura cepa, buscando lo mejor para el país, de acuerdo a sus convicciones y creencias. Ambos buscaron fortalecer el Estado, integrar el país con vías de comunicación, expandir la educación. Ambos encontraron muy difícil aceptar que el poder había pasado a manos de otro. Finalmente, ambos murieron en forma brutal, mártires de causas por las que aún se lucha.

Terminada la revolución liberal, y hasta 1924, continúan las administraciones liberales, enfrentadas ahora a las reivindicaciones populares que habían despertado. Las presiden Leónidas Plaza, Alfredo Baquerizo, Luis Tamayo y Gonzalo Córdova. Hombres de bien, soñando con una sociedad justa, como lo anhela Alfredo Baquerizo Moreno cuando dice:

"Y creo sobre todo:
En el cumplimiento del deber en la virtud de la perseverancia, en la justicia social y en lo fecundo y glorioso de una vida de bondad, sencillez y abnegación ahora y en los siglos que son y que serán".

Todos ellos trataron de compatibilizar la visión liberal con las crecientes demandas populares y la reacción de la Sierra. Ello fue posible mientras el cacao seguía siendo una fuente de riqueza; cuando las exportaciones de cacao se desplomaron la crisis económica llevó a su fin a la experiencia liberal. Y el péndulo nuevamente regresó, aunque con una oscilación menor.

El debilitamiento de la base económica del grupo de poder de la Costa llevó el poder nuevamente al de la Sierra. Los militares de la revolución juliana del nueve de julio de 1925 impulsaron la modernización del aparato estatal. Con Isidro Ayora se reduce el poder de la banca guayaquileña y se inicia el ordenamiento fiscal del país. El enfrentamiento fue entre los que medraban con y sin controles gubernamentales. Un dilema fue la ubicación del Banco Central, ya sea en Guayaquil como lo exigían los banqueros privados guayaquileños, o en Quito donde estaba el Gobierno Central. Ganó el Gobierno Central. La pobreza del país impidió un mayor crecimiento de ese Gobierno Central hasta la llegada del petróleo.

La historia del Ecuador registra a muchos ecuatorianos llenos de ambición personal a veces desmedida y destructiva. Hubo también ciudadanos que ocuparon altos cargos y que trabajaron con honestidad dentro de las instituciones existentes; hombres sin intereses personales que promover ni intereses de grupo que proteger, simplemente patriotas.

Uno de ellos fue Remigio Crespo Toral. Fue un hombre sencillo. Pero su gesto amable ocultaba profundos despeñaderos en su interior:

> **"El gran problema de la vida humana**
> **que en renunciar al corazón consiste**
> **Mas el alma que se vence soberana**
> **¡es soberana ... pero siempre triste! ".**

o cuando dice:

> **"Y quedé meditando**
> **cómo todo se trueca y se derrumba**
> **¡para quedar amando, sólo amando**
> **el más allá impasible de la tumba...!".**

Es difícil decidir si fue poeta, estadista, periodista, político, orador o crítico. Fue sobre todo un hombre de su tierra: "marco de follaje, de cerros, bosques, aguas y praderas". En ese paisaje amado descuellan las virtudes de Remigio Crespo: las virtudes serenas, firmes, sin aspavientos, sin altanerías, sin alzares de voces, del hombre que sabe de dónde viene y a dónde va. Nacido en la época del triunvirato presidido por García Moreno y muerto en uno de los varios gobiernos que precedieron al nefasto 1941, Remigio Crespo vivió el nacimiento de la ecuatorianidad y sus amargos desengaños. Cumple con las responsabilidades que le exige el momento: diputado por Azuay en varias oportunidades, enfrentándose sin temor a los abusos de Veintimilla, rector de la Universidad, Presidente del Consejo Municipal, miembro de la delegación que ante el

Rey de España defendía la posición del Ecuador frente al Perú. Recibe la corona de poeta laureado, seguramente con sentimientos encontrados, productos de su natural modestia y del orgullo de ver honrada su ciudad natal.

En 1933 el Presidente Martínez Mera, acusado de haber sido elegido fraudulentamente, es derrocado por José María Velasco Ibarra, quien pocos meses después pasa a ser Presidente del Ecuador iniciando su largo peregrinaje por la historia nacional. Con él se inicia un nuevo período en el Ecuador en que, por fin, el pueblo empieza a jugar un papel; Velasco Ibarra recorre el país buscando el contacto directo con las masas a las que alecciona con su discurso vibrante y académico. Autoritario y poco dispuesto a compromisos, Velasco Ibarra se ve imposibilitado de gobernar a través de las instituciones existentes y se decide por el golpismo, rememorando a los militares de antaño. Velasco cae en 1935. Como el mismo lo dice: "... me precipité sobre las bayonetas...".

Después de varios gobiernos provisionales llega al poder Carlos Alberto Arroyo del Río en cuyo gobierno ocurre la debacle de la guerra con el Perú. Y le sigue ese "atroz silencio" de que hablan Ortega y Gasset y Benjamín Carrión. Arroyo logra mantenerse en el poder casi cuatro años, hasta que, en mayo de 1944, la represión de sus matones y la humillación de la derrota - en Río de Janeiro más que en El Oro - explota en una revuelta popular inédita en el país. Arroyo del Río fue víctima de su tiempo; cuando murió en 1969 sus valores humanos eran otra vez ampliamente reconocidos, hasta por sus enemigos.

La derrota lleva al país a una profunda mirada hacia adentro, a cuestionar las mentiras y ocultamientos en los que se había vivido. El que toma el estandarte de este movimiento es Benjamín Carrión. La búsqueda de la identidad nacional fue siempre una inquietud de Manuel Benjamín Carrión Mora. Velasco Ibarra le dio la responsabilidad de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, originalmente fundada por Arroyo del Río como Instituto Cultural Ecuatoriano. Carrión nació en Loja cuando Alfaro era Presidente y murió en 1979, en los albores de la nueva democracia. Escribió amplia y brillantemente; tal vez su pensamiento está mejor reflejado que en ninguna otra parte en sus primeras Cartas al Ecuador, las escritas a la sombra de la derrota de 1941.

En ellas Carrión reitera una y otra vez la necesidad de reconocer cuanto daño ha hecho al país el secretismo de sus gobernantes, insistiendo que "el pueblo ecuatoriano existe", protestando por la exclusión de la mayoría de los ecuatorianos de la forja de los destinos del país, anotando la facilidad con que se habla de perdón y olvido, rechazando la afirmación "todos tenemos nuestra parte de responsabilidad en el desastre", cuando no fue así. Condena el "caramelo literario" con el cual se pretende cubrir de almíbar todo lo que tiene que ver con el país y denunciar como traidor a todo el que diga sus verdades; condena también "el lloriqueo, el derrotismo permanente, el culto a la queja". Condena finalmente el consejo de tantos ecuatorianos al que quiere hacer algo para cambiar las cosas: "todo es inútil, amigo, no se meta".

Carrión enfatiza la necesidad de tener patria, de levantar cabeza tras la derrota y aprender de ella, de reconocer nuestra realidad, nuestro tropicalismo, no como una vergüenza que hay que ocultar, sino aceptándolo como la raíz misma de nuestro ser. Fue un hombre apasionado y, como todos los hombres apasionados, se equivocó muchas veces. En esa búsqueda de la identidad nacional que el reclamaba no ha ayudado el que algunos historiadores del Ecuador hayan confundido la historia del Ecuador con la de Quito, disminuyendo o haciendo desaparecer la presencia y contribución del resto del país a la patria.

Velasco Ibarra vuelve de su destierro en Colombia iniciando un periplo apoteósico en Tulcán y terminándolo en Guayaquil. En esa revolución, bautizada la Gloriosa, Velasco Ibarra captura el poder por segunda vez. Es elegido presidente por la más amplia coalición de partidos en la historia del Ecuador. Sin embargo, poco tiempo después, incapaz de aglutinar las complejas fuerzas que se estaban forjando en el país, Velasco cae ante un golpe militar, al que sucedieron dos cortos gobiernos, el de Mariano Suárez y el de Carlos Julio Arosemena Tola.

Mientras tanto, el banano había tomado el papel de principal producto de exportación impulsando al Ecuador a una nueva prosperidad. Ello, la mayor integración del país y la consciencia que la democracia era mejor que la perenne inestabilidad llevó a alianzas que permitieron doce años de estabilidad política: con Galo Plaza, nuevamente con Velasco Ibarra en el único período que completó, y con Camilo Ponce. Por segunda vez en la historia del Ecuador - la primera había sido con los gobiernos progresistas - se tiene un largo período de orden constitucional en el Ecuador

La crisis del banano lleva el Ecuador nuevamente al desorden político, iniciado con la nueva elección de Velasco Ibarra en 1960 y seguida con su derrocamiento y con su reemplazo con el Vice Presidente Carlos Julio Arosemena. Un gobernante en el que se cifraron grandes expectativas y que trajo grandes desilusiones. Fue a su vez reemplazado por una junta militar que cae en 1966 y es reemplazada por un Presidente interino, Clemente Yerovi y luego Otto Arosemena, para en 1968 ganar nuevamente Velasco Ibarra las elecciones y caer definitivamente en 1972, después de un fútil intento de dictadura.

José María Velasco Ibarra despierta pasiones. Un hombre de gran talento, un hombre que arrastraba masas, "..., dadme un balcón en cada pueblo y yo seré Presidente...", un catedrático y un intelectual, un hombre limpio, recto y honesto, pero un mal administrador.

Es difícil precisar el pensamiento político de Velasco Ibarra; un hombre de su inteligencia pudo con facilidad hacer suyas ideas primero liberal católicas, luego socialistas, luego conservadoras y finalmente liberales. Lo que sí comprendía bien era el momento histórico al que se anticipó: el traslado del poder de elegir, antes de grupos de influencia y ahora del pueblo. Velasco Ibarra, por primera vez en el Ecuador y por primera vez frente a los electores, enfrenta en su discurso a los profundos problemas sociales del país, al Ecuador de los marginados política, económica y socialmente; temas que los socialistas habían empezado a tratar desde 1925. Se enfrenta a las clases dominantes que lo rechazan y

ridiculizan. Se enfrenta a la clase política que le imposibilita gobernar. Ocasionalmente, con el apoyo de las Fuerzas Armadas, logra cortar el nudo, pero el hombre mismo, con sus profundas contradicciones, labra una y otra vez su propia destrucción, entorpeciendo el proceso democrático del Ecuador y postergando los cambios sociales que deberán esperar a gobiernos militares.

El Gobierno Militar, iniciado en 1972 y terminado en 1979, marca la época del auge petrolero en que la democracia era menos importante que el participar en el reparto de la nueva riqueza.

En 1979, se inicia el más largo período constitucional de la historia del Ecuador que dura hasta nuestros días; en esa sucesión de nombres democráticos: Roídos, Hurtado, Febres Cordero, Borja y Durán Ballén, se sustenta nuestra esperanza.

Jorge Salvador Lara, en su "Historia Contemporánea del Ecuador", anota con gran profundidad: "... los años que estamos viviendo ha ocurrido que cada mandato constitucional haya sido ejercido por un líder de distinta tendencia que el anterior. No ha llegado, pues, a consolidarse como hegemónico ningún partido, ni a imponerse como caudillo indiscutido ningún dirigente. Las fuerzas armadas han respaldado la sucesión presidencial". En breve, la democracia parecería que al fin ha brotado en el Ecuador, donde el líder indiscutible ya no es este o ese partido, o este o ese político sino los ecuatorianos que eligen libremente sus gobernantes".

Enrique Ayala Mora termina su "Resumen de la Historia del Ecuador" diciendo: "La constatación de nuestra situación actual pudiera provocar pesimismo e desencanto de nuestras posibilidades. Pero la compleja realidad que vivimos es al mismo tiempo una garantía de que la superaremos. Al fin y al cabo diez mil años de vida de nuestra gente en nuestra tierra andina, son muestra de una capacidad ingente de enfrentar las contradicciones y superarlas. Esto nos enseña la historia del Ecuador."

La época republicana es aquella en que los ecuatorianos somos claramente responsables de lo que nos ha pasado; de las épocas anteriores podemos echar la culpa a los Incas o a España. En esa época republicana tenemos muchas cosas para avergonzarnos, aparte de nuestra aparente incapacidad, por tanto tiempo, de aprender a gobernarnos. En la reseña histórica que acabo de terminar he pasado por alto muchas de las sombras que se han proyectado sobre el Ecuador y sobre las que no hablaré en detalle, pero que no puedo menos de anotar. ¡No sea que las olvidemos y las tengamos que volver a vivir!

En primer lugar las terribles y sangrientas guerras fratricidas que por tanto tiempo desgarraron a nuestros país llevándolo muchas veces al borde de su desmembramiento. En segundo lugar, el hecho reiterado que un adversario político no tuviese derechos y pudiese ser vejado, robado y desterrado. Luego las masacres incalificables llevadas a cabo con la justificación del ordenamiento del Estado, o de la supresión de ideas políticas consideradas nefastas por algunos, o de la eliminación de líderes políticos indeseables. Ni qué decir de los excesos de los dictadores, ensoberbecidos al pasar del tiempo con su infalibilidad y casi su divinidad. Sin olvidar los crímenes horrendos llevados a cabo en la oscuridad de las cárceles o los fusilamientos al amanecer. Y, finalmente, sin olvidar la vergüenza de las derrotas ante Colombia y el Perú.

Joaquín Gallegos Lara en "Las Cruces sobre el Agua" al recordar a los que habían sido arrojados al río el 15 de noviembre de 1922 bajo el gobierno de José Luis Tamayo dice: "Las ligeras ondas hacían cabecear bajo la lluvia las cruces negras... alguien se acordaba. Quizás esas cruces eran la última esperanza del pueblo ecuatoriano".

Y así deben quedar, como un recuerdo, como un indeleble recuerdo, porque lo que se olvida vuelve a ocurrir, como una esperanza que brota de la sangre de los humildes y de los inocentes.

Parecería ser que algo hemos aprendido cuando todo esto nos parece cosa del pasado. Pero no hace mal recordar el precio pagado, plasmado en los
versos de Pedro Jorge Vera cantando a un héroe olvidado:

"Sombras negras sobre el sol.
Rebelión del aire frío.
Noble rubor del acero.
Jaime Zambrano, caído.
Cantos de canciones nuevas,
cantor del dolor antiguo,
mueres hoy por el futuro,
mueres, pero quedas vivo".

LOS ECUATORIANOS

Saqui cunan tutayachun; cayami inti tigranchu.
(Deja que venga la noche; mañana el día será más radiante).

- Refrán popular

La población es un ente vivo; en países en desarrollo tiene un rápido crecimiento, una alta migración interna y una violenta urbanización. La población del Ecuador se ha triplicado en cuarenta años, ha inmigrado de la Sierra a la Costa y al Oriente, y del campo a las ciudades, particularmente a Guayaquil y a Quito. Paralelamente, ha surgido el clamor de sus etnias y clases postergadas eligiendo una mejor distribución de la riqueza del país.

Quiénes Somos

Yo soy el hombre que siempre vive entre la selva del litoral yo soy el hijo de las campiñas soy el montubio del guayabal.

—por Celimo Bastidas.

LOS tres grandes hábitats del Ecuador: Costa, Sierra y Oriente dan origen a tipos humanos muy distintos. En la Costa, la proximidad del mar y ríos navegables favorecen el acercamiento de los seres humanos, creando un tipo relativamente uniforme; en la Sierra, los páramos y las quebradas favorecen el aislamiento y la autosuficiencia, creando tipos humanos diferenciados en función del lugar donde viven. Dicen que las tierras bajas y cálidas incitan a la sensualidad y las tierras altas y frías al alcoholismo.

Los hombres y mujeres de la Costa viven frente a horizontes amplios, que observan desde sus casas sobre pilotes; viven afuera, en el paisaje. Son naturalmente habladores y extrovertidos, fáciles de cambiar de opinión y muy dispuestos a darlas, impacientes, derrochadores, poco formales en el actuar y en el vestir, y algo rebeldes ante la autoridad. Los hombres y mujeres de la Sierra viven protegidos por horizontes limitados, en un medio frío, que los obliga a arrebujarse en sí mismos y a hacer sus casas cerradas, apretadas al suelo, de ventanas pequeñas; viven para adentro. Son naturalmente introvertidos, duros, pacientes, frugales y desconfiados, cuidadosos con sus palabras, corteses, formales en el actuar y en el vestir, y respetuosos de la autoridad.

Es fácil notar las diferencias entre costeños y serranos cuando se toma un taxi. En Guayaquil es probable que sea un taxi viejo, poco cuidado, manejado por un chofer hablador en camiseta, que puede que no conteste a los buenos días del pasajero; en Quito será un taxi mejor tenido, manejado por un chofer callado, amable y respetuoso, muchas veces vestido con gran formalidad.

El Oriente es un caso aparte. Su pequeña población aborigen está en franca minoría frente a los recientes emigrantes, venidos particularmente de la Sierra; el Oriente shuar o huaroni con la inmigración se va poco a poco haciendo quechua. Las características de su población, como las de la población de Galápagos, son aún difíciles de clasificar.

En la Costa la naturaleza es generosa, lo que añadido al clima cálido y al suelo fértil hace que muchos productos nazcan espontáneamente, sin necesidad de mayor esfuerzo. Pero también son tierras fácil presa de plagas y de insectos. Las de la Sierra son muchas veces pedregosas o en pendiente. Ambas tienen la incertidumbre de la disponibilidad de agua, agravada en la Costa por el riesgo de inundaciones estacionales y en la Sierra por el riesgo de heladas. Las tierras del Oriente son parecidas a las de la Costa, pero generalmente más pobres, con una capa vegetal delgada y frecuentes lluvias erosionantes.

En la medida que el Ecuador se urbaniza el campo diferencia menos a los ecuatorianos pero sí continúan siendo afectados por el paisaje. En términos generales los serranos son más líricos y conscientes de la belleza de su tierra, sus terruños son más identificables que las parejas planicies de la Costa. En la Sierra atrae la melancolía del atardecer en la compañía de un grupo de amigos, con guitarras y trago, frente a una chimenea encendida; en la Costa en esa bohemia más bien se discute apasionada y acaloradamente mientras se sorbe un refresco helado, o una cerveza. Cada uno es hijo de su paisaje.

A las circunstancias de la tierra misma hay que añadir las circunstancias a las que sus habitantes han sido sometidos. Los de la Sierra vivieron las horrendas matanzas y opresión del Incario que destruyeron su civilización naciente, y luego la servidumbre de la hacienda, tanto durante la Colonia como durante la República. Vidas tradicionales, dentro de sociedades aristocráticas y estructuradas. A ello hay que agregar el amor del serrano por su terruño y su parcela, y su intensa conciencia de comunidad. La Costa no fue incorporada al sistema incaico. Hasta la llegada dé los españoles pocos vivían en ella. En la Colonia y luego en la República los costeños en el campo vivieron la vida del jornalero libre, no estaban atados a haciendas ni eran vendidos con ellas. Amaban a su región y a su provincia, pero no estaban encadenados a su parcela. Eran vidas de frontera, igualitarias, con pocas delicadezas y sofisticaciones. En las ciudades estaban más en contacto con extranjeros, con barcos que iban y venían. Los del Oriente serán probablemente una mezcla de Costa, por las características del lugar dónde viven, y de Sierra, por su origen.

Finalmente, la ascendencia étnica. Los antropólogos reconocen tres grandes tipos raciales en la Tierra: mongoloides, concentrados mayormente en el Asia; caucásicos, concentrados mayormente en Europa, Oriente Medio y Estados Unidos; y negroides, concentrados mayormente en el África. En pocos países del orbe están presentes los tres grupos en proporciones importantes; lo están en la mayor parte de los países americanos, aunque en diferentes mezclas. En el Canadá, Estados Unidos, Argentina,

Uruguay y Chile hay una predominancia del grupo caucásico; desde México hasta Paraguay, de los grupos mongoloides; en las islas del Caribe, del grupo negroide; el Brasil es una mezcla de difícil clasificación. En el Ecuador existió primero el grupo mongoloide, para luego incorporarse los grupos caucásicos y negroides. Terminada la Colonia, continuó la paulatina entrada de inmigrantes del grupo caucásico de origen europeo y del Oriente Medio y, en mucha menor intensidad, del grupo mongoloide, representado por emigrantes de origen chino.

Los ecuatorianos somos una mezcla de esos tipos humanos, la gran mayoría en la sangre, todos en la manera de actuar, en la vida que nos gusta, en la música y en las comidas. Formamos un grupo cada vez más homogéneo, con la excepción de las comunidades indias en la Sierra y en el Oriente. Ellas, con escasas excepciones, se caracterizan por su relativa pobreza, aislamiento, bajo nivel de educación y dificultades para integrarse a la vida nacional. Podría argüirse que ello es el resultado de su deseo de mantenerse diferentes, pero no es así. Grupos de indios como los otavaleños o los saraguros demuestran que el mantener la identidad no es condenarse a la miseria. La forma de vida de la mayoría de las comunidades indias es el resultado de su largo pasado de opresión y de haber sido mantenidas en la pobreza y la ignorancia, no resultado de sus características humanas o de su propia decisión.
Algunos han tratado de paliar en parte la pobreza de estas comunidades con el sentimiento de tener una nacionalidad propia, separada de la del Ecuador. El rompimiento del círculo vicioso de ignorancia y falta de oportunidad no se dará a base de retórica oportunista, sino sólo a través de educación, que permita a los hoy marginados escoger el continuar perteneciendo a comunidades con su propia identidad o integrarse a la comunidad a la que pertenecen la mayoría de los ecuatorianos.

En la ardua labor de hacer que se reconozca la existencia de una problemática indígena descuella la obra de Pío Jaramillo Alvarado, quien al publicar "El Indio Ecuatoriano" trigo a la palestra con profundidad y maestría un tema del que se prefería no hablar. Del tema que Montalvo dijo que si hablase "haría llorar al mundo", Pío Jaramillo habló y habló para siempre.

La etnia más antigua en el Ecuador es la de los indios. En el Ecuador hay una tendencia a ver a los indios como un solo grupo humano, cuando no es así. Su origen es diverso y son diversas sus costumbres e idiosincrasias. Es hoy difícil precisar cuales estaban aquí a la llegada de los incas y cuales son mitimaes, hoy ya son más bien hijos de los diversos entornos en que viven. En el Ecuador hay una tendencia a clasificar a los indios en dos grupos: a los de verdad que viven en comunidades indias, que hablan quechua y que usan

poncho y sombrero, y a los integrados a la vida nacional. Estos últimos muchas veces ya no se consideran indios y miran como extraños, y hasta con desprecio, a sus compañeros de raza aún no integrados.

Desde su conquista por los incas, los indios ecuatorianos llevan a sus espaldas una larga historia de opresión. La República significó la liberación política de los criollos, pero no cambió la estructura económica a la que estaba sujeto el indio. El concertaje reemplazó a la encomienda; el indio continuó atado a su patrón, a la hacienda de su patrón y a su huasipungo, el pedazo de tierra que consideraba como suyo a cambio de considerarse como del patrón. Patrón que ya no era el conquistador inca o el español, sino supuestamente su compatriota. Por otro lado, el huasipungo, debido a su continua división, ya no era económicamente viable en muchos casos. Desde los inicios de la República hay una lucha sorda entre los que querían abolir el huasipungo y los hacendados, que argüían que la abolición del huasipungo llevaría al hambre y a la quiebra de la vida normal en el Ecuador.

Debido a esos conflictos, la abolición del concertaje y del huasipungo por las acciones de Alfredo Baquerizo Moreno y la Junta de Gobierno de 1964 no pudo ser precedida o acompañada por un proceso educativo y adaptativo de los indios liberados. Muchos de ellos prefirieron no dejar el sistema, el único que habían conocido, mientras que otros tuvieron que encontrar otras maneras de ganarse la vida; las haciendas ya no necesitaban ni podían pagar a los huasipungueros que antes no les habían costado nada. Muchos antiguos huasipungueros tuvieron que emigrar. Algunos, los afortunados, cerca de lo suyo, otros al campo de la Costa y del Oriente. Muchos a las ciudades donde, analfabetos y sin ninguna calificación para el empleo urbano, debieron contentarse con trabajos de peones no calificados o guardianes de construcciones. Tristezas sufridas en silencio. Como lo expresa el dicho popular: *Mana tucuy manay caparichin; anchacuna upalla huañun* **(no todo dolor se conoce por el grito; los más intensos mueren en silencio). Tristezas que sí se desbordan en la música ecuatoriana.**

Dentro de la variedad de indios en el Ecuador, algunos son de fácil identificación para el resto de ecuatorianos: Otavaleños, de quienes hablaré después, Salasacas, Cañaris y Saraguros. Los Salasacas son un grupo aparte, poco amigo de socializar; cultivan las áridas tierras altas del Tungurahua y comercializan sus tapices adornados con figuras estilizadas. Parecería ser que son mitimaes aimaras. Los hombres usan ponchos negros y largos, pantalones negros y sombreros de ala ancha. Los Cañaris son una raza dura producto de un territorio duro, donde la misma tierra se resquebraja y se come a sí misma. Los de Saraguro parecen ser descendientes de mitimaes cuzqueños traídos por Huayna Cápac como una barrera

contra la bravura indomable de los Cañaris, al norte. Los indios de Saraguro parecen aún estar preparados para su dura tarea: magros y serios, vestidos de negro como Felipe II, silenciosos y altivos, educados propietarios rurales, orgullosos de sus mujeres, de negro, de blusas bordadas, con sus joyas sobre el pecho y en sus dedos.

Luego están los indios del Oriente, de culturas primitivas, ansiosos de mantener su identidad. Son grupos generalmente muy pequeños, con una desproporcionada influencia en las decisiones que se toman con respecto al uso y al reparto de las tierras del Oriente.

La siguiente etnia es la de hombres y mujeres de España, producto de una compleja mezcla de razas y de culturas. Es inconmensurable lo que aportaron: las riquezas y los conocimientos de una civilización milenaria, recogidos desde la China hasta las costas del Atlántico. Con ellos vino la escritura, la rueda, la brújula. Vinieron también el caballo, la vaca, el cordero, el puerco, las gallinas, patos y gansos, el trigo, la cebada, el centeno y la avena, la col, cebolla, ajo, lechuga, rábano y las otras hortalizas, las manzanas, peras, duraznos, vid, naranja, limón y el café. Todos elementos cuya falta habían grandemente limitado el desarrollo de los primeros habitantes americanos. Imaginemos por un momento nuestra sociedad sin esos animales, frutas, granos y legumbres, y comprenderemos cuán mezquina fue América con sus primeros habitantes.

La población negra en el Ecuador se inició en Esmeraldas cuando en octubre de 1533 naufragó en sus costas un barco con esclavos: veintisiete hombres y seis mujeres, en lugar de ser vendidos en Lima, llegaron a lo que a su juicio debe haber sido no muy diferente de lo que habían dejando en su lejana África. ¡Ir tan lejos para volver a casa! Con el tiempo se les unieron otros negros sublevados. Tan sólo en 1598 se incorporó formalmente Esmeraldas a la Colonia, aunque la provincia permaneció en la práctica autónoma por muchos años más. A la población negra original se añaden negros esclavos, llevados donde la población era escasa. Fueron finalmente liberados por Urbina en 1851. Quedan pocos reductos exclusivamente negros en el país: la misma provincia de Esmeraldas y los valles de Chota en Imbabura y de Catamayo en Loja.

Esas tres etnias se han mezclado a lo largo y ancho del territorio nacional para crear tipos humanos diferenciados. La mezcla más común es entre indio y blanco, con sus infinitas variaciones. En la Costa se dio una mezcla aún más compleja, la de blanco, negro e indio costeño, para dar lo que se llama generalmente el montubio. Con el tiempo esas mezclas se van haciendo más complejas y menos diferenciadas. El deseo simplista de esperar que de

ellas algún día salga un tipo único no valoriza la riqueza que da a un país los diversos tipos étnicos, como lo dan la diversidad de sus paisajes. Lo que sí hace falta es que el tiempo y la justicia social borren la honda desconfianza que hay entre esos grupos étnicos, producto de años de estar forzados a puestos prefijados en la escala social.

Los ecuatorianos hemos tenido un complejo de inferioridad, que hoy parece estar disminuyendo, hacia el extranjero de tez blanca y ojos azules. En nuestra música y nuestra poesía se idealiza a la muchacha con esos rasgos. Curiosamente, cuando los extranjeros vienen al Ecuador prefieren a las muchachas de ojos negros y piel tostada. Cuando se habla de alguien con buena pinta rara vez es un indio o a un negro; cuando se usa la expresión: "gente decente", hoy, gracias a Dios, en rápida desaparición, se quiere decir blancos de clase alta o cuasi blancos. La mezcla con blanco es la más deseable, como lo pone humorísticamente Adalberto Ortiz:

"¡Ay, mamá, yo quiero un blanco!
un blanco yo quiero, mamá...
un blanco que tenga un tongo
un tongo de plata, mama".

Pero la mamá la enfrenta con las realidades:

"Er blanco te coge negra
como una curiosidá
y cuando menos lo piensas
te va dejando botaá".

Lo venido de afuera ha sido considerado mejor y lo ecuatoriano ha sido por mucho tiempo necesariamente inferior. Los viajes y la educación están haciendo ver a muchos ecuatorianos que no es así siempre y que ese respeto y temor reverencial al que viene de afuera o a lo que viene de afuera es la parte aún no independiente de nuestra personalidad.

En 1942 de cada cien ecuatorianos veintisiete eran blancos, veinte indios, veintinueve mestizos, dieciocho mulatos y ocho negros. Uso esa cifra antigua justamente para que no se la tome demasiado en serio. Es difícil, si no imposible, hablar con seguridad de qué porcentaje de cada sangre hay aquí o allá. Sí es evidente que la población blanca está más representada que ninguna otra en las élites políticas, sociales y económicas, así como que la negra es la menos representada. Pero también es cierto que cada vez más en el Ecuador la sociedad se abre a ecuatorianos exitosos y que las diferencias están cada día más definidas por el éxito económico y la educación, que por el origen racial. Se ha roto la limitación definitiva que antes

representaba el origen de la persona, su nacimiento. La sociedad ecuatoriana es hoy fluida, abierta, aunque las aperturas son a veces difíciles de encontrar debido a la pobreza que afecta a la vasta mayoría de la población.

Cómo Somos

Como dicen que no se goza, que no se goza, que no se goza, ayayay, yo gozo mejor que el dueño.

— Ricardo Mendoza.

Los ecuatorianos somos amantes de nuestro país y de las cosas de nuestro país y a veces las sobrevaloramos, aunque esa sobrevaloración ha disminuido un poco a medida que más y más ecuatorianos han estado en contacto con el ancho mundo. Un ejemplo es las playas. Antes muchos ecuatorianos aseveraban que las playas ecuatorianas estaban entre las mejores del mundo, hoy, con tantos habiendo visitado el Caribe, por ejemplo, se ha comprendido que no es necesariamente así, y la alabanza a las cosas de la patria se ha temperado con una necesaria dosis de realismo.

Hay también la posición opuesta en que se critica todo lo del país y se lo considera lo peor del mundo. Esa posición también ha ido cambiando a medida que los ecuatorianos visitan el resto del mundo y comprueban que hay muchas cosas buenas en el Ecuador que no hay fuera. Para algunos una importante es que aquí muchos saben quienes son y afuera nadie los conoce.

Una característica de los ecuatorianos es su amabilidad, su falta de presunción, su falta de engreimiento. El que viene al Ecuador se siente inmediatamente atraído por esa cordialidad fácil y alegre; se siente rápidamente en casa. El ecuatoriano no es violento, no reacciona violentamente a las opiniones de otros ni trata agresivamente de imponer las suyas. Indudablemente el costeño es más apasionado que el serrano, pero ninguno llega a extremos. Aún después de lo que parece una pelea a muerte es probable que haya un período de calma seguido por una reconciliación.

Los ecuatorianos son generosos. Están gustosos de compartir lo poco que tienen con familiares y amigos. Visitantes al Ecuador desde la época de la Colonia anotan las características de generosidad y cordialidad de los ecuatorianos. Anotan también que su buena disposición a ayudar no está siempre acompañada de una gran eficiencia al hacerlo.

En el Ecuador existe una extensa red de relaciones de amistad y de parentesco. El ser un país pequeño con muchas patrias chicas hace que el ecuatoriano que no vive en la suya pueda visitarla con frecuencia y que encuentre un fuerte sentido de identidad con la provincia y la ciudad en que nació. Los nexos humanos van mucho más allá de la relación circunstancial de vecinos o de compañeros de trabajo, como es el caso en muchos países desarrollados. En el Ecuador las familias son extensas, sus miembros se ven con frecuencia y se apoyan unos a otros, particularmente a niveles económicos bajos. Protegidos por esa extensa red de parientes, de amigos y de conocidos los ecuatorianos se sienten a gusto y encuentran con facilidad su papel en la sociedad y en la vida. Las relaciones personales de muchos años son un valioso acompañante de la vida de los ecuatorianos, les dan permanencia y profundidad.

Tenemos otras características que parecerían indicar que aún no hemos alcanzado la madurez. La primera es la insistencia en que todo sea para hoy, en la negativa a esperar; muchas veces no vemos el largo plazo, no trabajamos para él. Como el niño pequeño queremos comernos el caramelo hoy y que después, Dios proveerá. La segunda característica es el gusto por quejarse y protestar pero no hacer nada más que eso. Ello, por ejemplo está reflejado en los que exigen al Gobierno la construcción de un pequeño puente, pero no se les ocurre hacerlo ellos mismos; en el que se queja que la ciudad está sucia, pero es incapaz de barrer su acera. Otro ejemplo es cuando alguien se cuela, todos protestan y hacen bulla, pero nada más, el colado se queda. La tercera característica es saberlo todo. Pocos ecuatorianos están dispuestos a escuchar al otro y a ponderar sin apasionamiento una opinión distinta. Todos queremos que se nos escuche, porque tenemos la fórmula mágica, de la que nadie se ha dado cuenta, que será la panacea final. La cuarta característica es un rechazo a la autoridad, todos queremos ser jefes. Cuando se hace un trabajo en conjunto ninguno puede contenerse y dejar al que supervisa dar las órdenes, todos queremos participar con nuestro consejo, instrucción o crítica. La quinta característica es la cultura del vivo; se aprecia al que, con lo que se llama viveza criolla, consigue lo que otros no consiguen siguiendo las reglas; el resultado es que nos amontonamos porque todos queremos ser vivos.

Esas cinco características de inmadurez, tan comunes en los niños, tienen su opuesto en las características de las personas maduras: pensar y trabajar para el largo plazo, escuchar y tratar de comprender la opinión del otro, hacer en lugar de quejarse, llegar a compromisos en los que todos ceden un poco y, finalmente, reconocer que el orden es mejor para todos. Esas características de los ecuatorianos son, afortunadamente, las naturales en un pueblo joven las que, con el tiempo y la educación, irán desapareciendo.

Hay una característica más, la falta de puntualidad. El ecuatoriano llega tarde porque no valora llegar a tiempo. La gente importante, a su juicio, no llega a tiempo. Y si la gente importante no va a llegar a tiempo, ¿para qué voy a llegar yo a tiempo? Y eso porque en el Ecuador todos se sienten gente importante. La gente realmente importante a veces tiene una visión equivocada de sus responsabilidades como gente importante. Ven ser importante como la satisfacción que da el que lo traten como importante, lo ven como un derecho, no como la responsabilidad de servir al resto y de servir de ejemplo para el resto. Nuevamente, una característica juvenil, que desaparece con la madurez.

Cuántos Somos

La brisa juega inquieta con nuestra queja, y el aire se conmueve de tanta pena y el corazón desgrana notas que suenan, acompañado de esta guitarra vieja.

— Hugo Moncayo

Las estadísticas ayudan a comprender la realidad de un país pero deben manejarse con cuidado. Primero, porque no siempre reflejan toda la realidad cuantitativa, particularmente en países en desarrollo donde la recopilación de estadísticas es difícil y tiene un gran margen de error. Segundo, porque definitivamente no reflejan la realidad cualitativa, ya que hay elementos de gran importancia para los seres humanos que no se pueden medir: la solidaridad, los lazos de familia, el amor al terruño, por ejemplo. Tercero, por la tendencia a proyectar cifras lo que lleva muchas veces a escenarios apocalípticos. La humanidad y sus pueblos cambian de rumbo a veces bruscamente y esas proyecciones alarmantes no se cumplen. Las estadísticas son un asistente al criterio y al conocimiento de la historia, no los sustituyen.

La población de la Tierra ha tenido un rápido crecimiento en los últimos trescientos cincuenta años: era quinientos cincuenta millones a mediados del siglo diecisiete, setecientos treinta a mediados del siglo dieciocho, mil doscientos a mediados del siglo diecinueve, dos mil cuatrocientos a mediados del siglo veinte. Hoy se la estima en cinco mil quinientos millones. La población del Ecuador, como la del mundo, ha crecido rápidamente en los últimos años como resultado de la reducción de la tasa de mortalidad. En ello se asemeja al resto de América del Sur. También se asemeja a ella en que su tasa de crecimiento ha empezado lentamente a descender.

No es claro cuál fue el desarrollo de la población en el período anterior a la invasión de los incas y durante esta. La conquista incaica, con sus cruentas guerras y matanzas, debió haber reducido la población, la que con las mejoras impuestas en la agricultura debía haberse recuperado en algo después. La conquista española nuevamente redujo la población, en parte debido a las enfermedades traídas por los conquistadores. Posteriormente, sin embargo, la población ha tenido un constante crecimiento. Muchas estadísticas coloniales hablan de bruscos descensos de la población a fines del siglo diecisiete pero se basan en el número de personas que pagan el tributo, lo que con el desmantelamiento de los obrajes comunitarios había bajado significativamente. Ello hace que las cifras coloniales sean engañosas. Hay también los estimados de viajeros que visitaron el Ecuador de esas épocas. Sus cifras muestran amplias divergencias.

Hoy estamos acostumbrados a un país de grandes ciudades, donde vive mucha gente. Estamos acostumbrados a una sociedad urbana. Cada día una proporción menor de ecuatorianos viven en el campo y los que viven en el campo tienen contacto frecuente con centros poblados grandes. Ese Ecuador de hoy es muy diferente, radicalmente diferente, al Ecuador de los albores de la Conquista, al Ecuador de inicios de la República o inclusive al Ecuador de mediados del siglo veinte. La población del país a fines del

siglo diecisiete se estimaba en doscientos diez mil habitantes, a principios del diecinueve en quinientos veinticinco mil, a principios del siglo veinte en un millón quinientos mil habitantes. La gran mayoría vivía en el campo. La minoría en las pocas ciudades de importancia. Las ciudades mayores, Quito y Guayaquil, podían con facilidad ser recorridas a pie, todos se conocían; el hablar de los vecinos debe haber sido una muy importante ocupación en un mundo sin medios masivos de comunicación.

El Ecuador lleva censos completos desde 1950. En el de 1950, la población del Ecuador era tres millones doscientos mil; en el de 1962, cuatro millones seiscientos mil; en el de 1974, seis millones quinientos mil; en el de 1982, ocho millones cien mil; y en el de 1990, nueve millones seiscientos mil; la cifra del censo ajustada posteriormente es diez millones trescientos mil. En sólo cuarenta años la población se ha más que triplicado, presionando sobre los sistemas educativos y de salud, y requiriendo una generación enorme de empleos. El Ecuador es hoy un país con menos territorio y población que el resto de los países andinos, salvo Bolivia en el caso de población.

En 1990 vivían en el Ecuador setenta y ocho mil personas nacidas fuera del país; de ellos en Pichincha vivían treinta y tres mil ochocientos, en Guayas quince mil seiscientos y en el resto del país veintiocho mil seiscientos, particularmente en Carchi y Esmeraldas con doce mil quinientos. Pocos emigrantes.

El crecimiento de la población ha ido disminuyendo. De 3,0% anual en la década de los años cincuenta a 2,1% en la de los años ochenta. De acuerdo a las proyecciones del CEPAR se espera que el crecimiento anual se reduzca a 1,8% en la década de los noventa. Para el año dos mil la población del Ecuador sería doce millones y medio y quince millones y medio en 2015. Proyecciones hechas anteriormente basadas en el censo de 1982 estimaban la población del año 2000 en dieciséis millones. En otros países andinos la tasa anual de crecimiento es inferior a la del Ecuador, salvo Bolivia que tiene la más alta y Venezuela que le sigue. El Ecuador parece estar dentro de lo esperado cuando se toma en cuenta su desarrollo económico y el de los otros países de la región. Ello no quiere decir que el crecimiento de su población no vaya a ser una pesada carga para los ecuatorianos de mañana, los que tendrán que educar y emplear a millones de compatriotas adicionales. Para ponerlo en forma más clara, entre 1995 y el año dos mil el Ecuador tendrá una población adicional casi el doble de la que hoy tiene Quito.

El crecimiento de la población ha sido desigual en las provincias del país. Entre 1950 y 1990 la población del Ecuador aumentó 3,0 veces, la de la Sierra 2,4 veces, la de la Costa 3,7 veces, la del Oriente 8,0 veces y la de Galápagos 7,3 veces. La de Guayaquil

aumentó 5,8 veces y la de Quito 5,2 veces. Es importante separar estas dos grandes ciudades, para no distorsionar las cifras del resto del país. El Oro es la que más creció, seguida en orden descendiente por Esmeraldas, Pichincha sin Quito, Los Ríos y Guayas sin Guayaquil. En la Sierra, todas las provincias, salvo Pichincha sin Quito, crecieron por debajo del promedio nacional, siendo Azuay, Cañar y Tungurahua las que más crecieron y Bolívar, Cotopaxi y Chimborazo las que menos. En la Costa el crecimiento estuvo en todas sobre el promedio nacional, salvo Manabí, que aún así creció más que todas las de la Sierra salvo Pichincha.

Determinar el crecimiento anual de la población se dificulta porque los nacimientos no necesariamente se inscriben en el mismo año en que tienen lugar. Hay muchas causas para ello: la necesidad de presentar las cédulas de los padres, la declaración de testigos por falta de declaración médica, problemas en el registro civil, desconocimiento de la necesidad de inscribir, pago de multas por inscripción tardía y muchos otros.

Las inscripciones tardías están aumentando, ello reduce el número de nacimientos inscritos en un año y, por ende, dan la impresión que la tasa de natalidad ha disminuido más de lo que realmente ha ocurrido. Es, pues, indispensable ajustar las tasas de natalidad con las inscripciones tardías. Con las defunciones la situación es diferente. Rara vez no se registran a tiempo, por lo que las estadísticas sí son confiables y se usan generalmente sin ningún ajuste.

El crecimiento de la población depende de dos grandes variables: la fecundidad, es decir, el número promedio de hijos por mujer, y la mortalidad, particularmente la mortalidad infantil. En el Ecuador en 1950- 65 la tasa de fecundidad era 6,7 hijos por mujer, para 1990-95 se estima en 3,5 y se espera que se reduzca a 2,8 en el primer quinquenio del año dos mil. En Venezuela y el Perú la tasa es similar a la del Ecuador, en Bolivia más alta y en Colombia y Chile más baja.

En Guayaquil y Quito la fecundidad era de 3,0 y 2,9 respectivamente en 1982; bajó a 2,6 en ambas en 1990. La del resto de país bajó de 4,9 a 3,8. La fecundidad urbana en 1982 era 4,0, en 1990 era 3,4; la rural era 6,9 y 5,5, respectivamente. Para mujeres sin instrucción la fecundidad era tres veces mayor que la de mujeres con instrucción superior. Claramente la fecundidad se está reduciendo rápidamente, en gran parte debido a la urbanización y a la mayor educación de la mujer, con lo segundo siendo probablemente consecuencia de lo primero.

En el Ecuador hay claramente una tendencia decreciente en la fecundidad que lo aproximará a la de Colombia y

Chile al empezar el nuevo siglo. Sin embargo, el gran descenso en la mortalidad y el aumento en la esperanza de vida por las mejoras en salud hacen que esa rápida reducción de la fecundidad no se refleje en una mayor disminución en el crecimiento de la población del país. Ello tendrá que esperar a que las mejoras en salud se vean acompañadas por una aún mayor reducción en la fecundidad, resultado de la mayor educación de la mujer. Inevitablemente, en algún momento el crecimiento de la población se reducirá hasta alcanzar una población estable.

Es evidente que a más rápidamente crece la población del país mayor será la proporción de niños y jóvenes; en sociedades donde la población casi no crece o se contrae ocurre lo contrario, aumenta la proporción de viejos. En una sociedad en crecimiento el reto es proveer educación y luego empleo para la nueva población; en sociedades con una población estable el reto es proveer fondos de retiro y servicios hospitalarios. ¿Qué es mejor o, mejor dicho, qué es más fácil de administrar? Una sociedad en crecimiento requiere invertir en jóvenes que el día de mañana serán productivos, una sociedad estable en viejos que ya no lo serán. Naturalmente, las sociedades económicamente desarrolladas y con población estable están tratando de compensar esos mayores costos de seguridad social con la mayor productividad que les da la tecnología.

La distribución de la población por edad en el Ecuador es típica de una población en crecimiento. En 1950 la población menor a quince años de edad era el cuarenta y dos por ciento; en 1990 se redujo al treinta y nueve por ciento; la población de sesenta y cinco años o más se mantuvo en cuatro por ciento. Por ende, la población productiva, entre quince y sesenta y cinco años, aumentó de cincuenta y cuatro al cincuenta y siete por ciento. Una mayor proporción de jóvenes o de viejos hace que la población en edad de trabajar sea menor y que por lo tanto tenga que trabajar más para soportar a esos grupos no productivos. En Quito y Guayaquil el porcentaje de población productiva es superior al del resto del país, resultado de una menor fecundidad y de que muchas veces el que emigra es el padre y no la mujer ni los hijos.

En 1990 había once mil cuatrocientos ecuatorianos entre noventa y noventa y cuatro años y seis mil cuatrocientos con más de noventa y cinco años. Las mujeres de esas edades superaban a los hombres en una vez y media. Esos ecuatorianos nacidos en el siglo pasado han sido testigos de cambios sin precedentes en el Ecuador. Sus nietos ojala los escuchen con interés y no sólo con incredulidad o aburrimiento.

En el país los hombres hacen el 49,7% de la población y las mujeres el 50,3%, pero ello cambia de provincia en provincia. En

las del Oriente y en Galápagos el porcentaje de hombres va de 51% a 57%; en Chimborazo y Cañar es el 48% y en Azuay el 47%. Ello parecería ser debido a que hombres solos dejan a su familia para radicarse en otra parte del país o en el exterior, en la esperanza de regresar algún día a lo suyo.

De tu cielo en esas tardes en que el sotes una pira mientras la 6risa suspira en tus frondas, 'Manabí

—Elias Cedeño J.

Desde el punto de vista de distribución de la población el Ecuador ha sido, hasta hace menos de cincuenta años, un país rural de tierra fría. Hacia principios del siglo pasado la población en la Costa era el catorce por ciento de la del país; el veinte por ciento a principios del siglo veinte. Eso ha cambiado radicalmente en los últimos años. En 1950 las provincias de la Costa tenían el cuarenta por ciento de la población del país; en 1990 el cincuenta. Si se agrega a esa población la del Oriente y Galápagos la cifra pasa a ser cincuenta y cuatro por ciento, algo más si se le agrega la población costeña de las provincias de la Sierra. Por otro lado, la población urbana ha crecido del veintiocho por ciento de la población del país en 1950 al cincuenta y cinco en 1990. El Ecuador ha pasado, pues, a ser de un país mayormente rural de tierra fría a ser un país mayormente urbano de tierra caliente; esa tendencia se mantendrá en el futuro.

Buena parte del territorio del Ecuador tiene densidades de población bajas. En 1990 de cada cien ecuatorianos veintisiete vivían en Guayaquil y Quito; treinta y nueve en Guayas sin Guayaquil, Manabí y Pichincha sin Quito, Los Ríos y Azuay; y treinta y cuatro en las restantes dieciséis provincias. La concentración de los habitantes del Ecuador en unas pocas provincias hacen que la extensión geográfica del país no se aproveche a cabalidad. Las provincias donde vive las dos terceras partes de la población del Ecuador: Pichincha, Manabí, Los Ríos, Guayas y Azuay, limitan entre sí y hacen el corazón del país desde el punto de vista de la población.

Esa distribución desigual ha caracterizado al Ecuador en el curso de su historia. Para el período anterior a la Colonia no hay datos estadísticos, pero se puede suponer que la población, pequeña, estaba concentrada en los valles interandinos y a lo largo del litoral, con asentamientos en la zona de Milagro-Quevedo. El Oriente tenía una población ínfima. Al terminar la Colonia la diferencia era Guayaquil y una creciente población en la Costa, resultado del auge cacaotero. En algún momento durante la República Guayaquil superó a Quito en población y Cuenca quedó relegada, aunque ha mantenido su tercer lugar. Es con la apertura de carreteras desde principios de siglo que se empieza a poblar la Costa, hasta eventualmente superar en población a la Sierra. Para los de la Sierra la inmigración a la Costa conlleva un doloroso trajinar y el acostumbrarse a un mundo diferente. Como tan bien lo expresa

Enrique Gil Gilbert en su novela "Nuestro Pan": "contrastaban sus vestidos pesados y de colores oscuros con los blancos vestidos, ligeros como la primera neblina, de los guayaquileños. Contrastaban sus rostros densos y rojizos, asentados, hundidos los ojos en extrañas miradas mitimaes, con los ágiles ojos, brincones, henchidos de luz, de los costeños magros y verdemates".

La densidad de la población en el Ecuador es treinta y cinco habitantes por kilómetro cuadrado; si consideramos solamente las provincias de la Costa y de la Sierra esa densidad aumenta a setenta. Una densidad mayor que la de Venezuela, Colombia y el Perú; y mucho mayor que la de Bolivia. Países todos ellos, al igual que el Ecuador, con territorios amazónicos escasamente poblados.

Esa densidad está en el Ecuador muy desigualmente repartida entre sus provincias. Las provincias con mayor densidad son: Pichincha, con ciento treinta y seis habitantes por kilómetro cuadrado y Guayas, con ciento veintitrés; en ambas debido a la presencia de sus grandes ciudades. Las otras de mayor densidad son: Tungurahua con ciento ocho, Los Ríos con setenta y cuatro, El Oro con setenta, y Azuay con sesenta y dos Las de menor densidad son las provincias del Oriente con densidades entre uno y cuatro y luego Esmeraldas con veinte, Loja con treinta y cinco, Carchi y Bolívar con treinta y nueve. Las provincias más densamente pobladas: Pichincha, Los Ríos, Tungurahua, Guayas, El Oro y Azuay, limitan entre sí en el corazón del país.

En todas las provincias ha aumentado la densidad de la población, pero en forma desigual. En 1950 la más densamente poblada era Tungurahua, le seguían Chimborazo, Bolívar, Azuay y Cotopaxi. La densidad de las provincias de la Sierra en 1950 era vez y media la densidad de las provincias de la Costa; en 1982, la Costa supera levemente a la Sierra en densidad y en 1990 ampliamente.

En el Ecuador, como en el resto del mundo, cada vez más la población tiende a concentrarse en lugares que ofrecen la perspectiva de una vida mejor. Los que no la ofrecen se ven enfrentados a continuas pérdidas de población, probablemente parte de la más capacitada y emprendedora, lo que disminuye su potencial, motivando a su vez las migraciones. En el Ecuador la provincia de Manabí es un buen ejemplo.

Manabí, áspera y hermosa, fue generadora de grandes culturas antes de la llegada de los incas. Cuando Porto viejo se fundó como ciudad ya había sido por algún tiempo lugar donde las sucesivas expediciones españolas se habían avituallado y descansado; empezando por la de Francisco Pizarro. Portoviejo es el más antiguo asentamiento español en el Pacífico sudamericano. Manabí fue desde donde el legendario dios Viracocha se hizo a la mar.

Hoy Manabí se enfrenta al lento abandono de sus campos, a la inmigración inmisericorde de su gente a otros lugares del país. Y ese desangre es causado por la falta de atención estatal. Manabí es una provincia con un gigantesco potencial agrícola, pero para desarrollarlo hay que regar las tierras que hacen el corazón del Manabí tradicional; Manabí se pinta con la tristeza ocre de la sequía. Hacer producir a Manabí requiere de agua. El agua debe llevarse y eso es costoso. Sus gentes son demasiado orgullosas para mendigar favores del Estado lejano y prefieren dejar sus campos, cerrar su casas e irse a otra parte a ganarse la vida y a vivir de sus recuerdos, "por tus amplios horizontes, te recuerdo, Manabí". Los manabitas, donde vayan, son bien recibidos. Son trabajadores y esforzados como pocos; trabajador manabita es garantía de cumplimiento y de seriedad. Vuelven a menudo, de paso, probablemente con el alma adolorida de ver su tierra, tan rica y tan pobre al mismo tiempo.

Manabí nunca ha estado en el centro de las cosas en el Ecuador. El desarrollo de Quito y de Guayaquil ha hecho que el gran corredor de la República esté entre esas dos ciudades; el otro corredor ha sido el tradicional, a lo largo de la carretera panamericana que une Cuenca con la frontera colombiana. De Cuenca a Loja esa carretera raras veces ha estado en buenas condiciones. Loja, desde la República, Esmeraldas, El Oro y Manabí han estado fuera de los grandes corredores. Una naturaleza pródiga ha redimido a El Oro y la refinería de petróleo a Esmeraldas. Sin haber superado sus problemas, sí han evitado el drenaje de sus poblaciones. Han quedado dos grandes provincias abandonadas: Loja y Manabí. Loja ofrece las dificultades de su naturaleza montañosa; Manabí se muere de sed. En Manabí, en 1990, sólo el cinco por ciento de su población eran inmigrantes, comparado a cifras superiores al veinte por ciento en el resto de la Costa; por otro lado el veintiséis de su población nativa había emigrado. En Loja las cifras equivalentes eran seis y treinta y cuatro por ciento.

Las provincias andinas, antes la habitación de la mayor parte de la población del país, han tenido en los últimos años una alta emigración. Esas provincias, por su menor crecimiento, han pasado en algunos casos a tener servicios básicos superiores al promedio, pero ofrecen pocas oportunidades de empleo. De la población nacida en Bolívar ha emigrado el treinta y nueve por ciento, de la de Carchi y Loja el treinta y cuatro, de la de Cotopaxi y Chimborazo el veintiocho, de la de Imbabura el veintiséis, de la de Cañar, Azuay y Tungurahua el veintiuno. Esa emigración no ha estado compensada por un proceso de inmigración importante desde otras provincias.

Guayas y Pichincha, por la presencia de sus grandes ciudades, han servido de imanes para la población del resto del Ecuador. El treinta y nueve por ciento de la población de Quito y el treinta y tres de la de Guayaquil era inmigrante. A Quito llegaron principalmente de Cotopaxi, Imbabura, Chimborazo, Loja Pichincha

y Tungurahua. A Guayaquil de Manabí, Guayas, Los Ríos, Esmeraldas, Chimborazo y Azuay.

Esas migraciones internas han hecho que la importancia relativa de ciertas provincias se haya reducido dramáticamente en las últimas décadas. Algo difícil de aceptar para sus ciudadanos y para sus políticos. Por ejemplo, en la Sierra, Bolívar en 1950 tenía el 3,4% de la población nacional, en 1990 el 1,6%, una reducción del cincuenta y tres por ciento; ésa reducción ha sido cuarenta y cuatro por ciento en Cotopaxi y Chimborazo, cuarenta y uno en Loja, cuarenta en Imbabura, treinta y ocho en Carchi, treinta y seis en Cañar y en Tungurahua y treinta y tres en Azuay. Pichincha ha aumentado en cincuenta y dos por ciento. La situación en la Costa ha sido muy distinta. El Oro, en 1950 tenía el 2,8% de la población nacional, en 1990 tenía el 4,3%, un aumento del cincuenta y cinco por ciento; ese aumento ha sido cuarenta y cinco en Guayas, treinta y seis en Esmeraldas, diecisiete en Los Ríos y ha habido una reducción de catorce por ciento en Manabí.

La migración crea difíciles problemas para muchos políticos en el Ecuador acostumbrados al país que estudiaron en la universidad y que ha cambiado radicalmente. Crea también graves problemas de legitimidad en la representación en el Congreso. Algunas provincias se sienten insuficientemente representadas. Por ejemplo, las provincias del Oriente llevan cinco diputados al Congreso, con una población de trescientos setenta y tres mil, bastante menos que El Oro que lleva cuatro. Algunos de los que viven en provincias más populosas piensan que la representación en los órganos electivos del Estado debería ser en función exclusivamente de población. Otros creen que no debería ser así. Y por dos razones. La primera porque cada provincia tiene realidades diferentes, se ha desarrollado diferentemente y el país gana de la mezcla de voces de todas las provincias. La segunda razón es que una representación directamente en función de la población haría que la parte del Ecuador con poca población, pero de gran potencial, se quede sin voz. No hay solución válida y definitiva; habrá, como es inevitable, difíciles compromisos.

A pesar de esa disminución de importancia numérica, esas antiguas provincias, hoy venidas a menos sienten tener una historia y una cultura superior a algunas de las provincias que las han superado en número de habitantes y en desarrollo económico. El verse dejadas de lado, con una voz cada vez menor, es duro para sus orgullosos pobladores. José Rafael Burbano lo expresa con honda amargura:

"Cuantos han salido
de ti casa mía para irse tan lejos,
y de tantos ausentes queridos,
y de tantos menos,
ninguno, ninguno,
a tu sombra ha vuelto,
tras de tantos años,
de largo viaje, de un viaje eterno,
sin que tú ni mi alma supieran
lo que ellos se ha hecho....

La migración ha tenido dos grandes direcciones: del campo a la ciudad y de las ciudades de la Sierra a las de la Costa. Ello no gusta a los habitantes de las ciudades, particularmente a los de Guayaquil y
Quito. Arguyen que la inmigración hacia sus ciudades es por falta de atención al campo y que esa inmigración debería detenerse e inclusive reversarse. Pero eso es desear que el reloj vaya para atrás. Un fenómeno igual de concentración urbana ha ocurrido en el resto de los países del mundo. La población campesina se reproduce con mayor rapidez que la población urbana y en el campo cada día hace falta menos gente debido a la tecnología, aunque en el Ecuador ella haya sido escasa. Por otro lado, el incremento en el nivel de vida hace que cada día haya más gente en las ciudades para producir los bienes y dar los servicios que hoy requiere la población; el consumo de productos del campo es un porcentaje cada vez menor de la economía familiar. Es también cierto que la urbanización está aumentando más rápidamente de lo que sería deseable o conveniente para el país porque la vida en el campo no es muy agradable; si lo fuese menos gente iría a las ciudades. Haciendo la vida en el campo más agradable se podría reducir, aunque no reversar, el flujo de emigrantes a las ciudades. Ello permitiría a las ciudades absorberlos con menor dificultad y al campo desarrollar mejor su potencial.

Del Campo a la Ciudad

Mi Quito tiene un sol grande y sus noches estrelladas la luna por el Oriente alumbra a las madrugadas.

— César Baquero

Antes de la invasión incaica Quito era el centro de una confederación. Huayna Cápac, al conquistar Quito estableció allí el gobierno del norte del Imperio. Atahualpa parecía preferir Quito. Al inicio de la Colonia, Quito era el centro incaico de importancia más al norte, estratégicamente una mejor ubicación que Tomebamba, por lo que era natural que los españoles decidieran llevar allí la sede de la Audiencia. Comparado a la Costa había un clima más parecido al de España.

En general, los españoles prefirieron hacer sus capitales en las tierras altas o en el interior: México, Guatemala, Santa Fe de Bogotá, Caracas, Quito, Santiago, aunque hay excepciones: Panamá es una, Lima y Buenos Aires son otras. En el caso de la primera no había alternativa; en el caso de la segunda el clima era benigno y la alternativa, el Cuzco, estaba separada de la Costa por imponentes cadenas de montañas, haciendo la comunicación muy difícil; la tercera era el puerto natural para la salida de los minerales de Potosí.

En 1822 Quito pasó a ser la capital del Distrito del Sur y en 1830 la capital de la República del Ecuador. De todas las capitales latinoamericanas sólo México tiene una herencia semejante.

Quito, aislada del resto del mundo por caminos infranqueables y gigantes cordilleras, siempre sorprendió a sus visitantes. Como dice Hassaurek en 1861: "después de ascender y descender montañas colosales, debe ser una sorpresa para el viajero hallar una ciudad con imponentes edificios públicos, elegantes residencias privadas y una aristocracia que ama el lujo, en esta esquina olvidada y casi inaccesible del mundo".

Quito es una las ciudades más hermosas de América; no hay otra que conjugue tan bien las bellezas naturales, el pasado y el desarrollo moderno. Lo es también por el lugar tan especial en que se encuentra, sobre la palma abierta del Pichincha, mirando a los valles tibios a sus plantas y rodeada de imponentes nevados. Lo es también por la riqueza cultural y artística que encierra, obras de siglos y obras de amor; lo es también por la natural cortesía de sus habitantes y por su ordenado desarrollo urbano. Los quiteños sienten una inagotable admiración por su ciudad.

El Quito de hoy y el de hace cuarenta años son dos ciudades diferentes. Antes del petróleo Quito era una ciudad mucho más pequeña, en la que el centro colonial aún jugaba un papel importante. En el Quito de ese entonces el pasado colonial tenía el sabor de todos los días; la vida tenía un paso humano, los amigos y familiares vivían cerca y se veían con frecuencia. El Quito de hoy se derrama en los valles circundantes, en el norte en calles llenas de tráfico y de negocios, en el sur alrededor de las grandes fábricas; su centro está en el abandono.

¿Cuál habría sido la distribución de la población del Ecuador si su capital hubiese estado en Guayaquil en lugar de en Quito? Guayaquil hubiese sido una ciudad mucho mayor, porque a su calidad de centro comercial y exportador se hubiese añadido el gobierno, con sus ministerios, dependencias estatales, legaciones extranjeras y cúpula militar. En ella se hubiesen concentrado las inversiones estatales en infraestructura con recursos provenientes del petróleo que se concentran en Quito. Como resultado el Ecuador se habría encontrado con un problema parecido al del Perú: una inmensa capital en la Costa y una Sierra abandonada y empobrecida.

La existencia de dos grandes ciudades ha permitido al Ecuador un desarrollo más armónico que el de muchos otros países y las claras diferencias de pensamiento entre ambas ciudades ha evitado tendencias políticas extremas. El Ecuador tiene esa ventaja inmensa de tener dos grandes ciudades diferentes en todo sentido, que

dan balance y profundidad a la vida nacional. Sin Quito el Ecuador habría sido Guayaquil; sin Guayaquil, habría sido Quito, enormes ciudades donde se habría concentrado la mitad de la población del país.

Al contrario que en el Ecuador, en la mayoría de los países latinoamericanos predomina una gran ciudad, la capital. Ecuador es el único caso en la América hispana que tiene dos ciudades de similar tamaño y en que la capital no es la ciudad con más población. De cada cien ecuatorianos viven en Guayaquil dieciséis, y en Quito once. En Chile, de cada cien habitantes viven en la capital treinta y nueve y en la segunda ciudad del país dos; en la Argentina treinta y cuatro, y ocho, respectivamente; en el Perú treinta y cuatro, y tres; en México veinticuatro, y dos; en Bolivia diecisiete, y ocho; en Colombia catorce, y seis; en Venezuela once, y seis.

Las migraciones en el Ecuador han tomado tres direcciones: una es hacia tierras de colonización, otras es hacia el exterior y otra es hacia las grandes ciudades. Tierras de colonización primero significó la Costa en general, donde se asentaron hombres y mujeres "para pintarles caminos", como dice Pablo Palacio. Hoy significa la frontera agrícola en la zonas costeras de Pichincha e Imbabura y el este de Esmeraldas, y la frontera agrícola del Oriente, con una primera etapa cerca de la cordillera. El petróleo ha abierto a la colonización y a la urbanización zonas del Oriente que de otra forma habrían tenido escaso desarrollo.

La otra corriente migratoria es de ecuatorianos al exterior, muchos como emigrantes ilegales, para vivir en condiciones casi infrahumanas mientras hacen un pequeño capital que les permita regresar a su tierra a vivir con comodidad. En Azuay y Cañar es impresionante la mejoría urbana en sus ciudades y pueblos producto de las remesas que envían ecuatorianos del exterior. Como lo expresa Gonzalo Cordero Dávila:

"Como place tornar de extraños climas
hacia el nativo suelo,
para ponerse a la caliente brasa
en la velada del hogar paterno...".
"Como place tornar de extraños climas
hacia el hogar paterno
en donde abiertos brazos nos esperan..."

Sólo que muchas veces esperan en vano porque el que se fue no vuelve.

La tercera corriente migratoria es hacia las ciudades. Ella ha cambiado en pocos años el panorama urbano del Ecuador. En el Ecuador de 1950 de cada cien ecuatorianos veintiocho vivían en el

área urbana; en 1990, cincuenta y cinco. Per debajo de las cifras de todos los países andinos, salvo Bolivia. Tomando en cuenta la experiencia de esos otros países deberíamos esperar más urbanización a futuro.

En 1950 no había cantones de más de un millón de habitantes, en 1990 había dos: Guayaquil y Quito. En 1950 había dos cantones entre cien mil y un millón de habitantes: Guayaquil y Quito, en 1990 había seis: Cuenca, Ambato, Esmeraldas, Loja, Machala, Portoviejo, Manta, Santo Domingo y Babahoyo. En 1950 había tres cantones entre veinte y cien mil habitantes: Cuenca, Ambato y Riobamba; en 1990 había veintidós.

No hay que olvidar cómo se define población urbana. Es la que vive en cabeceras cantonales, mientras que se considera población rural la que vive en cabeceras parroquiales. Al crearse nuevos cantones la población de las anteriormente cabeceras parroquiales pasa a ser contada como urbana. De 1950 a 1990 se han creado cuarenta y tres nuevos cantones, diecinueve en la Costa, dieciocho en la Sierra y seis en el Oriente. Hay cantones con poblaciones menores a mil personas que se consideran urbanos, mientras que había parroquias rurales como La Libertad con cincuenta y tres mil habitantes, o Buena Fe con treinta y tres mil o Calderón con treinta y seis mil.

Quito y Guayaquil, situadas a los extremos del país, tienen claras áreas de influencia. Esmeraldas, la parte norte de Manabí y la Sierra al norte del nudo del Azuay han tenido en Quito su imán natural; la mayor parte de Manabí, el resto de la Costa y la Sierra al sur del nudo del Azuay, lo han tenido en Guayaquil. Hay excepciones, la provincia de Bolívar se relaciona más con Guayaquil y la de Loja con Quito. La población de Quito y Guayaquil con respecto a la del Ecuador ha aumentado del quince por ciento en el censo de 1950 al veintidós en el del 1990. Pero parecería que esa atracción ha ido disminuyendo a medida que la vida en esas ciudades se ha hecho más difícil y ha aparecido la alternativa de otras ciudades. Guayaquil creció al 5,7% anual entre 1950 y 1962 y sólo al 2,9% en 1983-90; Quito al 4,4% y al 3,0%, respectivamente. Mientras tanto, el crecimiento de la población urbana en el resto del país aumentaba ligeramente del 4,3% al 4,4% anual.

Las otras ciudades del Ecuador tienen entre ellas una población parecida a la de Guayaquil y Quito juntos. Hasta hace poco tiempo las mayores ciudades del Ecuador, con la excepción de Guayaquil, estaban en la Sierra. En 1990, de las cincuenta mayores ciudades treinta y tres estaban en la Costa, dieciséis en la Sierra y una en el Oriente.

Entre 1950 y 1990 Guayaquil, Quito y Cuenca han mantenido su posición de primera, segunda y tercera ciudad, respectivamente. Entre las quince mayores ciudades en 1990 ya no estaban cuatro que lo habían sido en 1950: Tulcán, Latacunga, Bahía y Babahoyo, y habían ingresado: Machala, Santo Domingo, Quevedo y Durán, que habían pasado a ser cuarta, octava, décimo tercera y décimo cuarta, respectivamente. Riobamba de quinta había bajado a décima, Ibarra de novena había bajado a décimo quinta. Otras que aproximadamente han mantenido su posición han sido: Ambato, de cuarta a quinta, Manta, sexta, Portoviejo de séptima a quinta, Milagro de décima a duodécima, Esmeraldas de undécima a novena. En general, las ciudades de la Sierra son las mismas de siempre, capitales de provincias o ciudades dentro del entorno urbano de Quito, mientras que en la Costa han crecido un gran número de ciudades antes de poca significación.

Algunas han tenido en los últimos años un crecimiento poco menos que prodigioso. Santo Domingo en 1950 era un pueblo de mil quinientos habitantes; en 1990 tenía ciento catorce mil y era la octava ciudad del país; Quevedo que no llegaba a cinco mil habitantes pasó a tener ochenta y siete mil y a ser la decimotercera ciudad del país; Machala que no tenía siete mil habitantes pasó a tener ciento cuarenta y cuatro mil y a ser la cuarta ciudad del país. Ello permite avizorar la formación de ciudades intermedias en la Costa que alivien la presión sobre Guayaquil y Quito y repartan en el país los beneficios del desarrollo.

La velocidad de urbanización ha sido diferente en la Costa, Sierra y Oriente. Desde 1950 a 1990 la población urbana del país ha aumentado 5,8 veces; la de la Sierra 4,7 veces, 4,2 si se excluye Quito. En la Costa la población urbana ha aumentado 7,0 veces, 9,0 si se excluye Guayaquil. En el Oriente 17,9 veces. Quito ha sido el imán en la Sierra. Guayaquil ha sido un imán importante en la Costa, pero las otras ciudades de la Costa lo han sido aún más. El Oriente, con su aún pequeña población, se ha urbanizado prodigiosamente.

En la Sierra, excluyendo Pichincha, las provincias en las que entre 1950 y 1990 más ha aumentado la urbanización son Azuay, 4,4 veces; Cañar, 4,2; e Imbabura, 4,1; en las que menos Chimborazo, 2,6; Carchi, 2,8; y Bolívar, 2,9. En la Costa, excluyendo Guayas, en la que más ha aumentado es en El Oro 12,5 veces y en la que menos es en Manabí, 5,8 veces.

En 1990 la Costa estaba el sesenta y dos por ciento urbanizada, lo estaba más que la Sierra con el cincuenta y uno, o el Oriente con el veintisiete. En la Costa Guayas tenía el setenta y seis por ciento, por la presencia de Guayaquil. Le seguía El Oro con el setenta; las restantes estaban alrededor del cuarenta por ciento urbanizadas. En la Sierra, Pichincha con el setenta y tres por ciento

refleja la predominancia de Quito; le seguía Imbabura con el cuarenta y nueve y Azuay con el cuarenta y tres. Al otro extremo estaban Bolívar con el veintiuno por ciento y Cotopaxi con el veinticuatro. El resto variaba entre veintinueve y el cuarenta y dos. Hay una clara interrelación entre mayor desarrollo económico y urbanización.

La urbanización de las provincias del Ecuador no es uniforme en lo que tiene que ver con la generación de ciudades; hay provincias en las que predomina una ciudad grande, en otras hay varias ciudades de importancia. En Guayas, su capital Guayaquil tenía en 1990 el setenta y nueve por ciento de la población urbana de la provincia; si se le incorpora Durán tendría el ochenta y tres. En Pichincha, su capital Quito tenía el ochenta y siete por ciento de la población urbana; el noventa con Conocoto y Calderón.

Hay capitales de provincia donde se concentra la población urbana de la provincia: Cuenca tiene el ochenta y nueve por ciento de la población urbana; Ambato el ochenta y dos; Riobamba el setenta y nueve; Esmeraldas el setenta y tres; en Pichincha, si se excluye a Quito, Conocoto y Calderón, Santo Domingo tiene el sesenta y cuatro; Tulcán, Ibarra y Loja tienen cada una algo más del sesenta. En el resto de las provincias ninguna ciudad tiene más del cincuenta por ciento de la población urbana de la provincia.

Observando el mapa del Ecuador y sus ciudades se nota que las ciudades de menos de diez mil habitantes se encuentran principalmente en la Sierra y las ciudades con más de diez mil habitantes en la Costa; en la Costa hay una mayor tendencia a agruparse en ciudades cada vez más grandes; en la Sierra persisten pequeños centros urbanos antiguos, reflejando una población sin mayor crecimiento. En los alrededores de las capitales serranas se encuentra una gran cantidad de poblaciones pequeñas íntimamente relacionadas a la economía de la ciudad capital. Ello refleja una vez más las características físicas de la Sierra: valles estrechos, cada uno con vida propia y su propia pequeña ciudad, mientras que en la Costa áreas extensas con fácil comunicación entre ellas promueven el crecimiento de centros urbanos mayores y con escasa diferenciación entre ellos.

Todas las cifras solamente confirman lo que para todos aquellos de más de cuarenta años es un hecho evidente. El país ha cambiado radicalmente en unas pocas décadas. Las ciudades de antes eran pequeñas con relación a hoy, con un crecimiento mesurado y digerible, constituidas por grupos sociales claramente definidos, dentro de los cuales todos se conocían. Un mundo apretado y seguro. El Ecuador de hoy es un mundo abierto, en el que habrán más y más cambios, como un caleidoscopio que de pronto entra en rápida ro-

tación. Los ecuatorianos han comenzado un largo viaje, como lo percibe Ernesto Noboa y Caamaño:

> **"Hay tardes en las que uno desearía embarcarse y partir sin rumbo cierto, y, silenciosamente de algún puerto, irse alejando mientras muere el día".**

Observando nuevamente el mapa del Ecuador se nota claramente que no en todo el país existen centros urbanos de tamaño significativo; no los hay en la mayor parte del Oriente, en la zona que va por el interior desde el norte de Manabí a la frontera colombiana, atravesando Esmeraldas, y en la zona al oeste de Guayaquil, entre Guayaquil y la Costa. Son los espacios en blanco de la geografía nacional. Los espacios que hoy hay que conservar y el día de mañana abrir al flujo ordenado de la población.

EL DIARIO VIVIR

En esta patria habito, por mi lengua habla un pueblo de centurias, vengo desde una antigua familia de alfareros que con sus manos creadoras dieron vida y calor al Sarro humilde.

— Eugenio Moreno Heredia

Tandapa micuy; muchashca quipa.
(Come tupan después de besarlo)

Refrán popular

Todos necesitamos un lugar sano y cómodo para vivir, salud y educación, ingresos suficientes y acceso a expresiones culturales que nos eleven sobre el diario trajinar. En una sociedad justa cada vez más seres humanos gozan de esos logros. El Ecuador ha hecho un inmenso esfuerzo para evitar que el crecimiento de su población deteriore su calidad de vida; en algunos casos ha conseguido mejorarla. Queda aún mucho por hacer.

Familia

Ser emoción para que en mí suspires paisaje ser para que en mí te encantes, ser fuente azul para que en mí te mires y ser canción para que tú me cantes.

—Julio Flores

En la familia se forma a los que serán los hombres y las mujeres del mañana. Una sociedad sana se sustenta en familias sanas. En el Ecuador muchas familias están enfermas: madres solteras o abandonadas cargadas de hijos, hijos creciendo fuera de familias constituidas, hombres manteniendo varias familias. Ello se debe indudablemente a la falta de educación sobre valores familiares, pero hay que reconocer que es difícil esperar la germinación de valores familiares en familias pobres, de escasa educación y de ingresos bajos e inciertos, o en familias con más hijos de los que pueden alimentar o educar. No hay duda que en familias numerosas se educa mejor a los hijos, pero, en la realidad ecuatoriana, para familias de bajos ingresos sólo es posible mantener y educar apropiadamente a un número no siempre numeroso de hijos.

Es indudable que el Ecuador sí tiene los recursos naturales para sustentar una población mucho mayor que la de hoy. Pero es difícil mantener el rápido proceso de crecimiento de la población que hoy está ocurriendo y a la vez mejorar el nivel de vida. Para ello la sociedad ecuatoriana tendría que generar millones de nuevos empleos, construir cientos de escuelas y dotar cientos de hospitales. Hoy no lo puede hacer para una población de diez millones, tal vez tampoco lo puede hacer, en pocos años, para una población muy superior.

El antiguo argumento de que hace falta muchos ecuatorianos para tener un mercado interno eficiente ha perdido vigencia al incorporarse el Ecuador a mercados regionales. La tesis de que es patriótico ser muchos, aunque seamos miserables, ya nadie la sostiene: hoy se habla de calidad de vida, no de masas. Y se habla también de dignidad humana, que no siempre la tienen los hijos resultado de una borrachera de carnaval. La fecundidad desenfrenada e irresponsable atenta contra la dignidad humana de los así concebidos. En familias en que los padres no pueden amar, proteger, alimentar, educar y vestir a los hijos no se promueve la dignidad humana.

Aseverar que llegaremos, digamos, a cien millones es absurdo, porque sabemos que mucho antes que eso ocurra habrá bajado la fecundidad. Las tasas altas de fecundidad son el resultado de la pobreza, del hacinamiento, de la ignorancia; la experiencia de otros países del mundo, y del Ecuador, es que la educación y la urbanización traen una reducción en la fecundidad.

Mientras llegan esa educación y esa urbanización, la planificación familiar está restringida a los pocos que por su educación o situación económica tienen acceso a ella. Una alternativa es dejar las cosas como están. Otra es anticiparnos a lo que inevitablemente ocurrirá, ofreciendo abierta y responsablemente la planificación familiar, que comprende, en primer lugar, la educación de la familia en valores familiares profundos y su complemento inevitable: el acceso a medios efectivos de control de la natalidad. Ello no como una manera de evitar los efectos no deseados de la promiscuidad, sino como la manera de promover familias bien constituidas. A través de la educación hay que cuidar que la planificación familiar no sea la forma de tener relaciones sexuales sin responsabilidad, sino la forma de tenerlas con responsabilidad. ¡Difícil tarea!

Si el futuro del país está en los niños y niñas de hoy la mejor forma de predecir ese futuro es observando a esos niños y niñas. Y donde hay que observarlos es justamente en el seno de la familias en que viven, ya que allí aprenderán su concepción del mundo, establecerán sus principios, forjarán su manera de vivir. Por lo tanto observemos la familia ecuatoriana.

El primer elemento a observar es su estabilidad. Familias en las cuales está presente solamente uno de los cónyuges van a ser, en términos generales, menos adecuadas para el desarrollo de los hijos que familias completas. A nivel país, siempre en 1990 a menos que se indique lo contrario, de cada cien hijos cinco lo eran de madres solteras y veintidós de madres unidas. Las cifras cambian con la edad de la madre. El diecisiete por ciento de los hijos de madres de quince a diecinueve años lo eran de madres solteras; el ocho por ciento en el caso de madres de veinte a veinticuatro años. En las zonas rurales las cifras equivalentes son el catorce y el siete por ciento, en las zonas urbanas diecinueve y el siete por ciento. No parece haber, pues, una mayor relajación de costumbres en el campo, como a veces se cree.

El segundo aspecto a considerar es el tipo de relación entre los padres: una unión de hecho o casados según la ley. En las áreas urbanas, de cada cien mujeres treinta y nueve eran solteras. De las sesenta y una restantes, treinta y ocho eran casadas, trece unidas y diez divorciadas, viudas, separadas o no habían declarado. En las zonas rurales menos mujeres están solteras, treinta y cinco de cada cien y más viven en uniones libres, diecisiete. En Guayaquil hay más

uniones libres que en Quito, dieciocho por ciento contra cuatro. En la Costa son alrededor del treinta por ciento, en la Sierra por debajo del tres. A nivel nacional una de cada cinco familias son uniones libres; el resto pueden ser matrimonios estables, pero también pueden ser matrimonios rotos. Se arguye a veces que la unión libre es tan o más fuerte que el matrimonio. Es posible, pero la gran diferencia es el compromiso que el matrimonio conlleva, la estabilidad implícita en ese tipo de relación y por lo tanto la mayor seguridad que ese hogar ofrece a los hijos.

El tercer elemento a considerar es el número de hijos. A mayor el número de hijos más difícil va ser mantenerlos, particularmente en familias que, como buena parte de las del Ecuador, viven en la pobreza. Entre los censos de 1982 y 1990 ha habido una reducción de 5,3 a 4,1 hijos por mujer. La mayor reducción en el número de hijos se ha dado en grupos urbanos con una mayor educación, por lo que a medida que esos grupos crezcan es probable haya continuados descensos.

El cuarto elemento a considerar es la edad de la madre. Una de cada cinco mujeres ya no está soltera al cumplir los veinte años. Es menos probable que una muchacha de menos de veinte años constituya un matrimonio estable que una mujer de más edad y es menos probable que haya tenido la oportunidad de educarse. Es difícil pensar que esas mujeres, o esas muchachas, buena parte de las cuales ya son madres, hayan estado en condiciones adecuadas para afrontar el matrimonio y la maternidad. A nivel de país había en 1990 algo más de cuatro mil muchachas que ya habían tenido cuatro hijos antes de cumplir los veinte años.

No hay duda que dentro de una familia con valores claros y fuertes se educarán hijos responsables y buenos ciudadanos. Hasta no hace mucho tiempo la familia recibía esos valores a través de la religión, particularmente de la religión católica, que prevalecía en el país, y desde el ejemplo de civismo que daban muchos funcionarios públicos. El menor papel que ha pasado a jugar la Iglesia Católica, y a pesar del positivo efecto que sobre valores ha tenido el crecimiento de sectas protestantes, la constante falta de civismo que dan funcionarios públicos y la evidente corrupción de las instituciones públicas han ayudado de debilitar los valores tradicionales. A ello hay que añadir la publicidad constante que incita a gastar y, por ende, a tener ingresos en la forma que sea. La estructura familiar se debilita en ese vacío de valores.

A la pérdida de valores se une, como veremos después, la pobreza, la enfermedad y el hacinamiento, que hacen que sea una labor titánica, para padres muy templados, el forjar una familia. La familia, elemento clave en el desarrollo ordenado de un país, necesita fortalecerse en el Ecuador.

La columna vertebral de la familia ecuatoriana es la mujer. En la gran mayoría de familias son las mujeres del pueblo, heroínas en las que pocos piensan pero que luchan gallardamente contra dificultades aparentemente insuperables. Una mujer del pueblo. ¡Tan difícil de definir, tan fácil de identificar! Ha habido de ellas en todas las épocas, en todos los tiempos y en todas las latitudes. Mujeres sacrificadas y alegres, esforzadas y tenaces, de una inmensa clase social desprotegida por su pobreza y por su sexo.

Una mujer del pueblo. La encontramos buscando trabajo, queriendo hacer cualquier cosa en un mundo en que ya hay pocos trabajos de cualquier cosa; todos requieren alguna especialización. La encontramos limpiando, cocinando, cosiendo, vendiendo, mendigando a veces dinero, a veces favores, a veces justicia.

La encontramos en los hospitales y centros de salud esperando dar a luz, compartiendo la cama con otra parturienta. Esperando, siempre esperando. Nacido su niño la vemos con él a cuestas, en la calle, en el bus; a veces, cuando se lo aceptan, en el trabajo. La encontramos con su niño en brazos, enfermo, llorando y flaco, luchando desde muy temprano para conseguir que la atiendan. En la esperanza que los médicos no estén en huelga y en el temor de ser atendida por un médico con poca experiencia, con poco tiempo para darle y hasta con poco interés. Esperando, siempre esperando. Y allí está, insistiendo, exigiendo, rogando, pidiendo lo que necesita para su niño o para ella.

La encontramos tratando de matricular a sus niños. Sabe que la educación es la puerta de un futuro mejor y busca darles la mejor educación que le sea posible. En la esperanza de conseguir una matrícula en ese colegio que le han dicho que es bueno y que no queda muy lejos de su casa. Nuevamente allí está, insistiendo, exigiendo, rogando, pidiendo lo que necesita, hasta conseguirlo o teniendo que empezar otra vez en otra parte. Esperando, siempre esperando. En colas interminables, poniendo buena cara ante la actitud muchas veces prepotente y abusiva de los que están allí para matricular, para servir. Callada, defendiéndose y luchando, por lo que sabe que es justo, pero no es siempre para ella.

La encontramos donde vive, tratando de hacer un hogar del cuartucho en casa de inquilinato, de la mediagua, tratando de que sea razonablemente higiénico, acarreando el agua en un balde después de pelear por ella, haciendo que la comida alcance para todos, que todos estén limpios, arreglando la ropa, zurciéndola y planchándola para que su marido y sus hijos luzcan bien. Trabajando duro y a veces recibiendo un duro golpe del marido o conviviente, en el cuerpo y en el alma.

La encontramos a veces encinta de un hijo que no puede mantener pero que la concupiscencia natural o la falta de acceso a medios de evitarlo hizo que no lo haya podido evitar. Gorda, pesada, cansada la vemos en todas partes, muchas veces halando a sus otros niños, a la caza de las oportunidades, a ver como saca su familia adelante, generalmente optimista, enérgica, llena de esperanza.

También la encontramos a veces de fiesta. Gastando sus escasos ahorros en la fiesta de bautizo o de cumpleaños, llenando con esa alegría temporal una vida dura, áspera, llena de humillaciones y de estrecheces. Enseñando a sus hijos responsabilidades familiares, que incluyen el celebrar y el honrar.

Miremos nuevamente a esa mujer del pueblo, gruesa, con unos zapatos bajos, viejos y gastados, con ropa muy usada, apretada, que no le queda demasiado bien, con una cesta de comida recién comprada en la mano y un par de niños en la otra. Esperando el bus atestado que la lleve allá lejos donde vive, donde dejó al niño más pequeño a cargo de la vecina y donde esperará al mayor que está vendiendo finita en una esquina cualquiera y al marido que trabaja de guardia y que llega tarde, quién sabe si por el trabajo o porque va a visitar al otro compromiso. Preocupada por esa tos persistente de la niña que camina agachada a su lado y por el dolor que ella misma tiene en el lado derecho, preocupada porque se acerca la época de escuela y le han dicho que exigen un libro nuevo, bastante caro; preocupada también porque no sabe si finalmente cedió uno de los postes que sostienen su casa, o si le han vuelto a robar la ropa tendida.

Pero, a pesar de todo, relativamente contenta: su marido tiene trabajo, sus hijos están creciendo bien, la niña es muy estudiosa y una amiga de una patrona que tuvo hace mucho tiempo le ha prometido unas planchas de zinc que ya no sirven y que cree el esposo aún guarda en alguna parte de la fábrica. La vida no parece ser tan mala. Aprieta el paso hacia el amontonamiento de gente esperando el bus, mientras piensa: Diosito lindo, ayúdame.

Vivienda

Muy lejos de este bullicio formaremos nuestro nido con rosas de mis ensueños y verdor de mi ilusión.

— Carlos Solís M.

No hay elemento más estabilizador en una sociedad que el que muchos sean propietarios de la vivienda en que habitan. Esos propietarios son renuentes a tomar posiciones extremas, tienen mucho que perder. La casa es sin lugar a duda la más importante inversión para la gran mayoría de las familias, es el lugar donde la familia tiene su centro y sus posibilidades de comunicación, el lugar donde se acumulan sus posesiones.

Muchas veces miramos con honda preocupación los barrios marginales que rodean nuestras ciudades y nos desesperamos. Desesperación injustificada. No debemos olvidar que esos barrios marginales son una clara mejoría sobre el primer domicilio en la ciudad de un inmigrante: los cuartos en casas de inquilinato, los conventillos, las casas vetustas de cuartos pequeños y mal ventilados servidos por un baño y una llave de agua, donde decenas de personas conviven en hacinamiento y miseria teniendo todos los meses que pagar el alquiler.

Cuán diferente es física y sicológicamente vivir, sea barrio elegante o sea barrio marginal, en vivienda independiente, la que, por modesta que sea, permite una intimidad muy superior a la del conventillo. Si ese barrio marginal está estructurado con cierto concepto urbanístico, y muchos lo están, las pequeñas inversiones hechas en la vivienda son acumulativas y a medida que vayan llegando los servicios básicos la vida en esa vivienda irá mejorando, y con ello el sentido de propiedad e independencia de sus dueños. Son viviendas con esperanza. No hay duda que sería mejor que todos los inmigrantes a una ciudad tuviesen una casa con las comodidades mínimas, pero tampoco hay duda que no podrían pagarlo ni que el Estado estaría en condiciones de dar el enorme subsidio que sería necesario para hacerlas asequibles a todos. El conventillo primero y

el barrio marginal después son la única manera en que hombres y mujeres del campo pueden integrarse a la ciudad. Por ende, al mirar los barrios marginales, más que desesperarnos debemos buscar que estén diseñados en tal forma que permitan la paulatina llegada de los servicios básicos, que tengan calles de suficiente anchura y, muy importante, que haya lugar para futuros espacios verdes y centros comunales.

Muchos de los inmigrantes siguen en los conventillos a los que llegaron, otros están en barrios marginales y otros han ido poco a poco ascendiendo a una vivienda cada vez mejor. Pero no siempre suya. En el campo la gran mayoría de la población es propietaria de su vivienda. A primera vista parece poco probable que en una sociedad pobre como el Ecuador pueda ser posible que muchos en las ciudades sean dueños de sus viviendas. Pero sorprendentemente lo son. En Guayaquil la vivienda propia subió del cincuenta y nueve por ciento en 1982 al sesenta y ocho en 1990; en Quito del treinta y seis al cuarenta y dos; y en el resto del país se mantuvo en el setenta y tres. El significativo menor porcentaje en Quito refleja la mayor incidencia en esa ciudad de los cuartos en casas de inquilinato.

Según el censo de 1990 en el Ecuador había dos millones trescientas cuarenta mil viviendas, de las cuales un millón doscientas sesenta mil estaban en zonas urbanas y un millón ochenta mil en zonas rurales. De las viviendas en zonas urbanas trescientas cuarenta mil estaban en Guayaquil, doscientas ochenta mil en Quito y seiscientas cuarenta mil en el resto de las ciudades del país.

De esas viviendas urbanas la mayoría eran casas o villas. En Guayaquil en 1982 lo eran el cincuenta y cuatro por ciento y en 1990 el cincuenta y nueve, en Quito el treinta y tres y el cuarenta y dos, respectivamente, y en el resto del país el cincuenta *y* siete y sesenta y nueve, respectivamente. Hay una mayoría de viviendas tipo casa o villa, aunque en un menor porcentaje en Quito. En Quito hay preferencia por apartamentos; en 1990 en Quito apartamentos eran el veintinueve por ciento del total de viviendas, en Guayaquil el trece por ciento y algo más del tres por ciento en el resto del país. ¿Dónde viven los que no lo hacen ni en casas, ni en villas ni en apartamentos? En cuartos de inquilinato, chozas, ranchos, covachas o mediaguas.

El medio menos deseable para vivir es cuartos en casa de inquilinato. La miseria que se esconde en ese tipo de viviendas queda oculta a la vista, mientras que las mediaguas en barrios marginales están a la vista. Supongamos que lo menos deseable es cuartos en casas de inquilinato, chozas, ranchos o covachas, que lo intermedio es mediaguas y lo mejor apartamentos, casas o villas. En Guayaquil entre 1982 y 1990 los cuartos en casas de inquilinato, chozas, ranchos y covachas habían bajado de veintidós por ciento a

nueve por ciento; mediaguas habían subido del seis al diecinueve; apartamentos, casas o villas se habían mantenido en el setenta y dos. Es evidente que ha habido una clara mejoría; una drástica reducción de viviendas menos deseables que se han hecho mediaguas, es decir, barrios marginales.

Veamos qué ha pasado en Quito. Entre 1982 y 1990 los cuartos en casas de inquilinato, chozas ranchos y covachas habían bajado del veintisiete por ciento al veintidós; mediaguas del once al siete; apartamentos, casas o villas habían subido de sesenta y dos al setenta y uno. Ha habido una reducción en las viviendas menos deseables, pero en porcentaje menor que en Guayaquil y forman un total muy superior a Guayaquil; ha habido un aumento importante en casa o villa, pero en términos generales, mientras que en Guayaquil la tendencia ha sido a mediaguas en barrios marginales, en Quito aún queda un quinto de la población viviendo en condiciones de hacinamiento en casas de inquilinato.

En el resto del país ha habido una perceptible mejoría. Los cuartos en casas de inquilinato, chozas, rancho o covachas han disminuido del veintitrés al diecisiete por ciento, las mediaguas del quince al once; apartamentos, casa o villa ha aumentado del sesenta y dos al setenta y dos por ciento.

Otro factor que incide en la calidad de vida en una vivienda es el número de personas que la ocupa. En ello entre 1982 y 1990 también ha habido una mejoría. En Guayaquil ha bajado de 5,0 a 4,7 personas por vivienda, en Quito de 4,5 a 4,1 y en el resto del país de 5,1 a 4,8. Como una indicación más de la miseria que rodea a los cuartos de inquilinato baste decir que el promedio en el país es 3,6 personas por cuarto.

Hay gran variedad en las características de la vivienda. En Guayaquil la cubierta más común es el zinc, mientras que en Quito es la losa de hormigón y en el resto del país el zinc, predominante en la Costa, y la teja, en la Sierra. Los materiales predominantes en las paredes exteriores son en Guayaquil y Quito hormigón, ladrillo o bloque; en el resto del país hormigón, ladrillo o bloque en la mitad de los casos, adobe o tapia, y caña no revestida en el resto, reflejando las tendencias de la Sierra y la Costa respectivamente. El piso también varía: en Guayaquil algo menos de la mitad tiene piso de ladrillo o cemento, en Quito lo tiene entablado; y en el resto del país la mitad lo tiene entablado y una cuarta parte de ladrillo o cemento.

Muchas veces el tamaño de las viviendas deja mucho que desear. Las viviendas que tienen un solo cuarto son el veintidós por ciento del total de viviendas; las de dos cuartos son el veinticinco;

las de tres cuartos el veinte. El hacinamiento existe no sólo en cuartos de inquilinato, sino también en casas y villas, aunque en ellas la vida no tiene que ser compartida estrechamente con el vecino.

La disponibilidad del servicio eléctrico era del noventa y siete por ciento en Guayaquil y en Quito, y del setenta en el resto del país; en teléfonos las cifras equivalentes son veinticinco, treinta y ocho, y diez por ciento, respectivamente. Para muchas familias la vivienda no es sólo el lugar de habitación, es también una unidad productiva. En Guayaquil el porcentaje de las que tenían ambos usos era el 10,5%, en Quito el 8,7% y el 8,8% en el resto del país.

Salud

Ellas son mis dolores, capullos hechos los inmensos dolores que en mis entrañas, sepultan sus raíces, cual los helechos, en las húmedas grietas de las montañas.

-Julio Flores

La salud es probablemente el mayor activo que tiene un ser humano. Sin salud todo se hace difícil, con salud todo se hace posible. Una población saludable es el resultado de la combinación de buenas condiciones sanitarias, especialmente la disponibilidad de agua potable y la eliminación higiénica de desechos, de la variedad y balance de la dieta, y de la educación que enseña a curarse o evitar enfermarse. La salud de la población se refleja, principalmente, en la mortalidad infantil, pero también en la mortalidad en general y en la esperanza de vida al nacer

La sanidad de una vivienda depende de los servicios básicos de que dispone; las cifras en el Ecuador son de preocupar. En Quito el ochenta y ocho por ciento tenían agua por tubería, en Guayaquil y en el resto del país sólo el sesenta. Las cifras para ducha en el hogar eran sesenta, sesenta y treinta uno por ciento, respectivamente; para servicio higiénico, escusados o letrinas, eran noventa y siete, noventa y tres, y sesenta y cinco por ciento; para eliminación por tubería de aguas servidas eran ochenta, cincuenta, y treinta y siete por ciento. La imposibilidad de lavarse con comodidad e intimidad, la imposibilidad de lavar adecuadamente la ropa y los utensilios de cocina y la necesidad de tener que convivir con desechos fecales no es solamente un peligro constante para la salud, es también una denigrante manera de vivir.

La dieta en el Ecuador antes de la llegada de los españoles era papas cocidas o asadas, cebada reducida a polvo, maíz tostado y quinua, acompañados de zambo, habas, ocas, mellocos y coles; de carne de cuy, llama o de animales salvajes: venados, zainos. Los incas debieron traer de sus altos páramos la carne seca, el charqui, y el chuño, como llamaban a la papa deshidratada; a ello hay que añadir, particularmente en la Costa, frutas y productos del mar. Todo eso hace una dieta muy poco apetitosa para el ecuatoriano de hoy. Con la llegada de los productos de Europa la dieta se enriqueció enormemente, aunque la pobreza aún la limita enormemente.

No se puede hoy hablar de una cocina ecuatoriana uniforme sino más bien de platos y costumbres locales. Sí hay ciertos elementos comunes: el arroz es acompañante obligado de cualquier plato en la Costa, en la Sierra puede ser arroz o papa, o ambos, a veces acompañados con fideos o plátano en la Costa o choclo en la Sierra. En la Costa hay poco consumo de tubérculos, lo que se compensa con el consumo de banano y plátano; hay también poco consumo de hortalizas y leguminosas, que no se compensa. La dieta de los ecuatorianos de menores ingresos es la dieta de la pobreza, poco balanceada y escasa en productos caros: leche, huevos y carne, y con un exceso de hidratos de carbono, dietas que a veces producen los "niños de vientres de sapo y piernas de alambre" de que hablaba García Lorca. Pero la mala dieta no es exclusividad del Ecuador o de

los países en desarrollo, es común también en los países desarrollados. Hace falta tiempo y educación para cambiarla y para ello poco se hace en el país. No hay campañas explicando a personas de escasos recursos cómo obtener una dieta balanceada, ni por qué una dieta balanceada es buena para la salud.

Tradicionalmente se ha supuesto que los ecuatorianos tenían en promedio una dieta seriamente desbalanceada. En estudios llevados a cabo en 1986 y citados por Salgado y Acosta en su profundo estudio de la realidad ecuatoriana, la dieta promedio por habitante resulta suficiente en calorías y algo deficitaria en proteínas; siempre se la había considerado como muy deficitaria en ambas. Obviamente eso es un promedio, y en los estratos más pobres de la población tiene que haber deficiencias importantes.

No se puede hablar de comida en el Ecuador sin que se haga agua la boca con la de la provincia de Esmeraldas. Esa comida cerca de la playa, en una mesa y banca de madera, bajo un techo de paja, mirando al mar. Un ceviche de pescado fresco, aunque común a toda la costa ecuatoriana, tiene un sabor especial en Esmeraldas. Los encocados, hechos con el fruto de la palma que se mece al viento al lado de uno y con el pescado suculento, preparado en mil sabrosas formas distintas, recién sacado de las aguas tranquilas más allá de la playa, son experiencias inolvidables. A la comida hay que añadir la amabilidad y alegría del esmeraldeño y la música de marimba que se escucha a lo lejos y que se absorbe junto con el paisaje y la comida, acompañada naturalmente con una cerveza bien fría. Bartolomé Díaz debió haber sido un hombre de naturaleza muy templada o con mucha ambición para no haberse quedado allí.

Como no recordar también los deliciosos y humildes granizados, raspados o prensados, presentes en todo el Ecuador. Una antigua tradición. Los hieleros del Chimborazo aún bajan el hielo después de "ichuarlo", envolverlo en paja, "ichu", para venderlo en las ferias. Claro que se puede hacer hielo con agua de la llave, pero sabe diferente el hielo milenario de la montaña sagrada.

El Ecuador, salvo por el trigo, es autosuficiente en alimentos. A futuro, con el aumento de la población, habrá necesidad de una mayor producción de alimentos. Para ello hará falta aumentar el área productiva agrícola, irrigar y aumentar la productividad agrícola y pecuaria. En la Sierra las tierras aprovechables ya están bajo producción, pero en muchos casos con una baja productividad por la falta de irrigación y de fertilizantes; una mayor productividad traerá como resultado el aumento del nivel de vida de sus cultivadores al estar en condiciones de producir más.

En la Costa hay tierras aún sin explotar y tierras explotadas con baja productividad; hay muchas donde la irrigación

traería un enorme aumento en la productividad. El aumento en la producción de alimentos y de productos para exportar debe ser fácilmente satisfecho por el país, siempre en cuando el Estado lleve a cabo las indispensables inversiones en infraestructura. El Oriente es un inmenso potencial que aún no conocemos bien y que debemos aprender a aprovechar sin destruir.

La mortalidad infantil, definida como muertes de niños menores de un año por mil nacidos vivos, era 139 para el período 1950-55 y para 1990-95 se estima en 50. Ha habido una continuada y clara mejoría.

Es posible que el porcentaje de niños nacidos vivos no sea confiable porque muchos nacimientos de niños muertos probablemente no se reportan, particularmente en el campo. Por lo tanto, es posible que las cifras de mortalidad infantil en países en desarrollo sean algo peores que las que muestran las estadísticas, discrepancia que debería corregir la urbanización. La posibilidad de nacer vivo depende de la instrucción y salud de la madre, de las condiciones en que tiene lugar el parto y de la asistencia médica disponible. En 1991, de cada cien nacimientos de madre analfabeta ochenta y tres no tuvieron atención profesional, comparado con tres de madre con educación superior. De todos los nacimientos el cuarenta y uno por ciento no tuvo asistencia profesional; en las áreas urbanas fue el veinte por ciento, en las áreas rurales el setenta y uno por ciento. La mortalidad infantil tiene directa relación con el lugar donde la madre vive: en la ciudad esa mortalidad es menor que en el campo. Generalmente fecundidad y mortalidad infantil van juntas, las mismas condiciones las promueven.

En la década de los ochenta las provincias con una mortalidad infantil menor al promedio, en orden de mejor a peor, eran Galápagos, El Oro, Guayas, Pastaza y Carchi. Con una mortalidad infantil un tercio sobre el promedio estaban Chimborazo, Cañar, Cotopaxi, Esmeraldas y Bolívar. Como la mortalidad infantil está íntimamente relacionada con la disponibilidad de asistencia médica y por lo tanto a la cercanía de centros urbanos, no sorprende que ella sea mayor en las provincias donde la urbanización es menor.

La tasa bruta de mortalidad, definida como muertes en el año por cada mil habitantes, era 19,4 en 1950-55, la tasa que existía en los Estados Unidos y en algunos países europeos a fines del siglo pasado, y se estima en 6,2 para 1990-95. Al igual que en mortalidad infantil, ha habido una impresionante mejoría. Esa mejoría en la tasa de mortalidad se refleja, naturalmente, en un aumento en la esperanza de vida al nacer.

La esperanza de vida al nacer mide los años promedio que una persona puede aspirar vivir; es probablemente una de las más grandes contribuciones que la sociedad puede hacer a sus

ciudadanos: el regalo de la vida. En el Ecuador era alrededor de cuarenta y nueve a principios de los años cincuenta y se estima será sesenta y nueve a mediados de los años noventa. Ello crea un nuevo reto social: la atención y cuidado de los ancianos cada día presentes en mayor proporción.

Cuando se toma en cuenta el descenso de la mortalidad infantil y de la mortalidad en general, y el aumento en la esperanza de vida al nacer, no se puede menos que concluir que en el Ecuador ha habido una enorme mejoría en la salud de la población. A ello ha contribuido la mayor urbanización y la mayor instrucción.

Educación

Vivo de tus palabras y eternamente espero, llamarte mía, como quien quiere un tesoro; lejos de ti comprendo lo mucho que te quiero y besando tus cartas, ingenuamente lloro.

—Medardo Ángel Silva

mejor. Si nos preguntamos quién lo va a lograr, la respuesta es: nosotros, los ecuatorianos. Y necesariamente tenemos que preguntarnos si estamos capacitados para hacerlo y si nuestros hijos están siendo capacitados mejor que nosotros.

No nacemos sabiendo, para saber tenemos que haber sido educados primero. La educación tiene que ver con valores morales y nos tenemos que preguntar cuántos ecuatorianos están siendo educados dentro de grupos humanos bien estructurados, aprendiendo las bases de relación humana civilizada. Tiene que ver con valores cívicos y nos tenemos que preguntar cuántos ecuatorianos están siendo imbuidos de sus obligaciones hacia la sociedad y no sólo de sus derechos. Y tiene que ver con ganarnos la vida y nos tenemos que preguntar cuántos ecuatorianos están siendo preparados, ya sea en medicina o en gasfitería, para hacer un excelente trabajo y no sólo para obtener un título.

La educación cuando no existían los libros o cuando estos eran escasos no era otra cosa que introducir la mayor cantidad posible de datos a la memoria. Hasta no hace mucho tiempo la mayoría de la población económicamente activa debía llevar a cabo labores en que no se le requería pensar; la educación que sólo exigía memorizar bastaba. Hoy no es así. La tecnología y la aparición de actividades de servicio obligan a pensar, por lo que la educación necesita hoy enseñar a pensar. La educación ecuatoriana puede que esté en el umbral del cambio, pero aún está en el lado de la memoria.

El que tengamos un Ecuador mejor dependerá de que los ecuatorianos hayamos recibido una adecuada educación. Sin educación no hay mejora a largo plazo. Nuestro atraso está en que muchos ecuatorianos hacemos un trabajo mediocre y a medias porque no hemos sido educados adecuadamente.

Por ello preocupa que a nivel nacional demos poca atención a la educación, que no se cuestione si el currículo educativo corresponde a las necesidades del país, si es conveniente que estudiantes aprendan de memoria los puentes construidos por cada presidente o las partes de la flor o los nombres en latín de los virus de las enfermedades, para olvidarlos después del examen. Preocupa que nuestras universidades estén llenas de estudiantes que se graduarán como profesionales mediocres que no encontrarán trabajo en su especialidad, porque no hay suficiente mercado para ella. Preocupa, en fin, el que queramos construir una delicada obra de arte, el Ecuador que soñamos, dando a los constructores tan poco para realizar su tarea.

/

Los frutos de la labor educativa se dan en el largo plazo. La educación es una actividad que no responde a medidas de ajuste rápidas. Nos interesamos en cambios que afecten a la economía, pero no nos interesamos en exigir la reforma educativa a fondo que requiere el país y dejamos que los niños sigan aprendiendo de memoria información inútil, dejamos que se ahonden las diferencias de clases al usar textos escritos por profesores amargados, dejamos que se dé una educación insuficiente al hacer que la universidad no controle el ingreso a ella, dejamos que dirigentes de educación confundan la calidad de educación con la cantidad de profesionales que gradúan. Una pequeña proporción de ecuatorianos, por sus medios económicos o características personales, sí se logran educar bien, ahondando aún más la brecha entre los capacitados y los que lo están a medias.

No hay duda que han habido logros importantes y que esos logros se han acentuado con el efecto de la urbanización; es más fácil tener escuelas en centros poblados que en remotos recintos rurales. Gran logro es la alfabetización. Imaginemos cuán difícil es para alguien que no sepa leer y escribir ganarse la vida en nuestra sociedad. No tener acceso ni a periódicos, ni a revistas, y menos a libros, no poder leer los letreros en las calles ni buscar direcciones, no poder leer la guía telefónica ni los precios de los artículos en las tiendas, no poder saber si lo que le están dando, la factura o la recomendación, es correcta. Un paria.
De cada cien personas de la población con diez años o más eran analfabetos veinticuatro en 1974, quince en 1982 y diez en 1990. El promedio oculta dos realidades evidentes al desglosar las cifras: la importante diferencia entre las ciudades y el campo, y entre hombres y mujeres. En la población rural en 1990 de cada cien personas eran analfabetas diecisiete comparado con cinco de cada cien en la población urbana. De cada cien mujeres doce eran analfabetas, y ocho de cada cien hombres. El primer paso para alcanzar la igualdad es la igualdad en el saber.

Los logros de la alfabetización son muy disparejos. En Quito el analfabetismo era el 3,8% y en Guayaquil el 3,4%; en el resto del país el trece por ciento. El promedio en la Sierra era el diez por ciento; sobre el promedio estaban Chimborazo, Cotopaxi, Bolívar, Carchi e Imbabura; en esas provincias se agudiza el problema social del analfabetismo, restringiendo su desarrollo e integración al país. El promedio de analfabetismo en la Costa era el nueve por ciento. En el Oriente el promedio era el once y el 2,6% en Galápagos.

Todas esas cifras son promedios provinciales. Hay grandes diferencias cuando se analiza la población rural de cada provincia. Va desde un espeluznante treinta y dos por ciento de

analfabetismo en el Chimborazo rural hasta un ejemplarizante 8,5% en El Oro. Cifras sobre el veinte por ciento están presentes en las áreas rurales de Imbabura, Cotopaxi, Bolívar y Cañar.

La capacidad de leer no es suficiente para instruirse. A ello hay que añadir la posibilidad de aplicar ese conocimiento y ello está limitado por la pobreza. Obtener libros y periódicos tiene un costo prohibitivo para la mayoría de la población. Más bien se escucha radio o se ve la televisión. Muchas veces nos quejamos del contenido poco educativo de la televisión. Es evidente que la televisión lleva a los lugares más recónditos del país y a sus ciudadanos más pobres una ventana al mundo, dándoles una perspectiva universal que no tenían sus padres, para quienes el contacto con el resto del mundo se limitaba al extranjero que ocasionalmente pasase por allí.

Entre 1982 y 1990 ha habido una clara mejoría en el grado de instrucción de la población ecuatoriana, pero hay aún mucho por hacer. Subsisten grandes diferencias entre Guayaquil y Quito, y el resto del país. En Guayaquil ha disminuido el porcentaje de la población con sólo educación primaria del cuarenta y tres al cuarenta por ciento, en Quito ha disminuido del cuarenta y uno al treinta y seis por ciento; en el resto del país se ha mantenido en el cincuenta. Ha aumentado el porcentaje de población con educación secundaria: en Guayaquil del treinta al treinta y nueve por ciento, en Quito del treinta y cuatro al treinta y ocho, en el resto del país del trece al veintiuno por ciento. Igual ha ocurrido con la educación superior: en Guayaquil ha aumentado del 8,5% al catorce por ciento, en Quito del trece al diecinueve por ciento, en el resto del país del 2,6% al 5,5%. A primera vista parece un aumento impresionante. Pero no deja de abrir interrogantes.

Hay grandes diferencias en el nivel educativo a nivel de provincias. En promedio, el ocho y medio por ciento de los ecuatorianos tenían en 1990 educación superior. Algunas provincias tenían la mitad o menos que el promedio: Bolívar, Cañar, Cotopaxi y las del Oriente, excepto Pastaza. Sobre el promedio estaban Guayas, Pichincha y Galápagos. Si se excluye Pichincha la provincia serrana con un mayor porcentaje mayor de habitantes con educación superior era Azuay, con el menor Cañar. Si se excluye Guayaquil, en la Costa eran El Oro con más y Esmeraldas con menos.

Está también el otro lado de la medalla, los que no tienen ninguna educación. En el país el diez por ciento de la población mayor de seis años no tenía ninguna instrucción; entre 1982 y 1990 esa cifra ha bajado a la mitad. Algunas provincias tenían una cifra superior a vez y media el promedio: Chimborazo, con el mayor porcentaje de población sin ninguna educación, y luego Cotopaxi, Bolívar y Cañar. Las que estaban por debajo del promedio eran: Loja, con el menor

porcentaje de población sin ninguna educación, y luego Carchi, Guayas, Pichincha y El Oro.

Aparte de la mayor escolaridad, hay que preguntarse sobre la calidad de la educación. Y ella, pocos estarán en desacuerdo, deja mucho que desear. Primero en las universidades, donde la facilidad de ingreso crea poblaciones enormes que no se gradúan y que absorben una parte importante de los recursos que podrían utilizarse en educar a los que finalmente sí lo hacen. El argumento del ingreso libre se sustenta en que todos los ecuatorianos deberían tener acceso a las universidades, pero realmente lo que está detrás es el poder político que dan universidades con muchos alumnos.

En secundaria y primaria la educación deja también mucho que desear. Primero por los profesores. El nivel salarial que se les reconoce hace imposible atraer a ese trabajo a suficientes personas de adecuada capacitación y obliga a los profesores, a laborar en varias actividades para completar su presupuesto. Necesariamente eso lleva a una menor atención a su trabajo y, por ende, a una menor calidad de educación.

Segundo, los textos utilizados no son didácticos y buscan a veces más bien propugnar una tesis política o ayudar al lucimiento del que escribió el texto que hacer el conocimiento atractivo y fácil de comprender y digerir. Los libros de texto son generalmente escritos por personas con conocimientos pero de escasa habilidad literaria. Ello los hace aburridos, particularmente para una niñez y juventud que ve televisión y que está acostumbrada a programas con un alto nivel de técnica y capaces de mantener la atención de los televidentes. En el Ecuador el sector educativo tiene una parte desproporcionada de personas de izquierda con una profunda conciencia social, que las lleva a hacer proselitismo en lugar de enseñar.

Tercero, en la educación ecuatoriana todavía lo importante para el alumno es estudiar duro para los exámenes, forzando a la memoria una cantidad de información numérica de poca trascendencia para su vida, que luego del examen se olvida. En la educación pocas veces se hace la pregunta: ¿servirá esto para ganarse la vida? o ¿servirá esto para el desarrollo intelectual del alumno?

Cuarto, la educación de la mujer. Por generaciones la mujer ha tenido un papel secundario en nuestra sociedad, donde ha imperado el hombre. Hoy eso empieza a cambiar y la educación de la mujer debería cambiar con ello. La causa de ese papel secundario está en la educación y en las motivaciones que sus padres les proveen y que la sociedad en general aprueba, enfatizando la superficialidad intelectual y la apariencia física.

Muchas mujeres llegan al matrimonio a ser totalmente dependientes del marido porque sin él no están preparadas para ganarse la vida, ni tienen la firmeza emocional para quedarse solas. Si el marido sale malo la superficialidad de su educación las condena a vejámenes y a abusos. No tiene que ser así. Hoy en día la mujer, aunque todavía con dificultades y prejuicios, puede ir tan lejos como quiera. Pero no es tarea fácil. Ello obliga a los padres y educadores al esfuerzo especial, mayor aún que con los hijos, de dar a sus hijas y pupilas la motivación y la oportunidad para enfrentarse en igualdad de condiciones a una lucha que empiezan en desventaja.

Pobreza

Dicen que las penas matan, las penas no matan no, que si las penas mataran ya me hubiera muerto yo.

— Carlos Chávez B.

Cuando **se vuela de Guayaquil a**

Quito, a veces, en el lado derecho, a dos tercios de camino, se divisa el lago en el inmenso cráter del Quilotoa, en las altas y arrugadas soledades de la provincia del Cotopaxi. No muchos lo ven, generalmente están conversando, dormidos, inmersos en el periódico o tratando de vislumbrar los nevados tras las nubes. Así es también la pobreza, no la vemos porque estamos ocupados en otras cosas o porque no la queremos ver, tal vez para no sentirnos incómodos, pero más probable porque se ha hecho rutinaria, como ese viaje por avión para muchos.

El lago del Quilotoa se asienta en la caldera de un volcán, antes mucho más alto de lo que es ahora. Es un lugar misterioso. Varias veces se han reportado llamas sobre su superficie; se han encontrado en su alrededor árboles quemados y ganado muerto. A veces gases desprendidos de sus profundidades dan al agua una apariencia de estar en ebullición y la tiñen de amarillo. Aquel que quiera darle una mirada más de cerca y por más tiempo que lo que le permite el rápido pase en el avión tiene una larga jornada y el fin, como la pobreza, es chocante pero no necesariamente agradable. Alrededor del lago viven comunidades aisladas que conservan una gran identidad cultural, lo que quiere decir que soportan el abandono y la pobreza. Viven de la agricultura, de la cría de ovejas y de artesanías primitivas. La tierra es alta, pobre y de mala calidad, obligando a sus habitantes a la migración estacional a las ciudades. Aman a su tierra: *cambag llactapi tucuri; caru lactacunapi shungu ungun* **(procura morir en tu tierra; en la lejana enferma el corazón). Ese aislamiento y esa miseria tiene un breve paréntesis: las fiestas de Corpus Christi, para las que las comunidades se preparan todo el año, nombrando el prioste, y los danzantes y preparando los vestidos y la máscara.**

Para llegar a las comunidades del Quilotoa se sale de Latacunga por la antigua carretera a la Costa, hoy venida a menos, se deja atrás Pujilí y se llega a Zhumbahua. Allí tiene lugar una gran feria los sábados; feria no para turistas sino para cubrir las necesidades de la zona. Quizás la última feria del Ecuador donde se vende carne y lana de llama. Peluqueros y sastres al aire libre hacen esa feria única en el país.

Poco después de Zhumbahua se desvía al norte para tomar un camino estrecho y solitario, "un camino culebrero", entre tierras áridas llenas de cactus, que sube y baja entre parcelas minúsculas que poco deben haber cambiado desde los tiempos de la Colonia. Tiene muy escaso tráfico, salvo los sábados por la feria. Es un camino con sobresaltos, porque a veces la carretera está cerrada por moradores del sector en espera de una contribución del pasante ocasional. El paisaje se endurece, se hace lunar. Al llegar al cráter es difícil bajar, lo rodean paredes escarpadas, sólo se lo puede hacer

desde un lugar en el oeste y en sus riberas se siente el alto contenido alcalino del lago de aguas verdosas, y el ligero olor sulfurado. El espectáculo es sobrecogedor y triste, como la pobreza: generalmente escondida en sitios de poco tránsito, generalmente ansiosa de conseguir algo del que pasa, generalmente con un olor característico. Más allá del lago sigue el camino estrecho y retorcido hacia Chugchilán y Sigchos; lo mismo de lo mismo. La misma pobreza, el mismo abandono, el mismo milagro de sobrevivir en circunstancias tan duras y adversas, a horcajadas entre el pasado y un futuro incierto e indiferente. El Ecuador no logrará su integración final hasta que esas comunidades perdidas encuentren su derrotero en el devenir nacional.

Dicen que el mayor enemigo de la pobreza es la pobreza misma. Para los pobres es muy difícil dejar de ser pobres por la combinación de falta de educación y de falta de salud, por la enorme presión de tratar diariamente de sobrevivir; están atados a la rueda de su propio destino. La pobreza tiene tres componentes, uno de relativamente fácil medición, los otros de muy difícil medición.

El primer componente es la falta de un ingreso mínimo para tener una dieta suficiente y comodidades básicas. El segundo componente es el torpor intelectual al que lleva la pobreza: el estar mal alimentado y viviendo en circunstancias denigrantes hace poco para promover el desarrollo intelectual, el estar rodeado de personas igualmente pobres hace que la misma conversación diaria no sirva de aliciente intelectual. ¡Cuán diferente el muchacho cuyo padre es un destacado político o intelectual! El tercer componente es la desesperanza. El estar atado a esa rueda del destino que gira siempre en el mismo barro hace que muchas vidas sumidas en la pobreza sean vidas en que hombres y mujeres han cerrado su alma a todo aquello que no sea sobrevivir hasta mañana. Los ancianos empobrecidos viviendo en los barrios miserables de las grandes ciudades de los países desarrollados son un terrible ejemplo.

No hay duda que la capacidad de un país de generar riqueza, tanto intelectual como material, va a depender en alto grado de cuántos de sus habitantes viven en la pobreza. De allí tantos programas que buscan eliminar las peores formas de pobreza. El término peores puede hacer pensar que hay mejores formas de pobreza. No las hay, salvo la de un ermitaño.

En un profundo trabajo llevado a cabo por la Dra. Consuelo Aguinaga del Instituto Ecuatoriano de Estadística y Censos se mide, en base a información de 1991, la pobreza en el Ecuador. Concluye el estudio que en comparación con estadísticas anteriores la pobreza en el Ecuador ha aumentado. Define pobreza como la carencia de aquellos bienes que se consideran necesarios para la satisfacción de las necesidades básicas de la población. El estudio

investiga cinco mil hogares, repartidos estadísticamente entre Costa, Sierra y Oriente, en ciudades mayores a cinco mil habitantes. No incluye zonas rurales. Hogares son grupos de personas que residen habitualmente en una vivienda y atienden conjuntamente sus necesidades.

En primer lugar se determina cuáles son los requerimientos mínimos de calorías y proteínas de cada miembro del hogar y se traduce eso en una dieta basada en el tipo de alimentos que normalmente consumen. A ese gasto en alimentación se agrega una cantidad mínima para cubrir otras necesidades. De esa clasificación surgen tres tipos de hogares: indigentes, con una dieta claramente insuficiente, marginados socialmente y sin vivienda; y los no pobres, es decir los que tienen ingresos suficientes para adquirir esa canasta familiar. Pobres son el grupo intermedio. Se llega a la conclusión que el doce por ciento de los ecuatorianos son indigentes, el treinta y siete son pobres y el cincuenta y uno no pobres.

Hay otra manera de medir la pobreza que también analiza el estudio y es el método de las necesidades insatisfechas. Ello toma en cuenta: hacinamiento, calidad de vivienda, abastecimiento de agua, disponibilidad de servicios higiénicos, eliminación de basura y eliminación de aguas servidas. Naturalmente que no son los únicos índices que se podrían haberse tomado. En base a ellos el resultado es que el sesenta y ocho por ciento de la población no tiene alguna de sus necesidades básicas satisfechas.

Finalmente si se combinan los resultados de ambos estudios se llega a la conclusión que el ochenta por ciento de los ecuatorianos son pobres o necesitados en alguna forma. Es posible que entre esos pobres algunos tengan suficientes ingresos para mantener la dieta adecuada, pero el hacinamiento o la falta de abastecimiento de agua o de servicios higiénicos haga que se los clasifique como pobres.

No hay duda que esos estudios pueden tener un margen importante de error. Corroboran, sin embargo, la experiencia nuestra de todos los días: el que muchos ecuatorianos viven en la pobreza.

Más difícil de medir es la pobreza intelectual. El dedicarse exclusivamente a sobrevivir hace que hombres y mujeres vivan en una gran ignorancia, en escasa interrelación con lo que está ocurriendo en el ancho mundo que los rodea, sin conocimiento de los buenos libros, de la buena música, de la buena mesa. Sin acceso a las grandes creaciones del género humano y sin poderse desarrollar cabalmente como personas. Por esa pobreza intelectual pierde el país al no poder aprovechar totalmente la inteligencia y el potencial de su población. Algo así como un sembrador que arroja semilla y la mayor

parte cae en tierra tan pobre que vive apretadamente y da poco o ningún fruto.

El mayor enemigo de la pobreza es la indiferencia, el no ver o el no querer ver. José Peralta, en su obra "El Problema Obrero" reclama nuestra atención: "Volved ahora la vista al proletariado de las ciudades, a ese inmenso grupo de víctimas....Penetrad en esos antros de la miseria, de la desesperación, de la muerte". El peligro es dejar que nuestras vidas se deslicen plácidas y ciegas por las comodidades que la suerte o nuestro trabajo nos ofrecen.

Como lo pone Juan León Mera con esa suave delicadeza de antaño: "Estamos aquí resguardados de los rigores de la intemperie, hemos tomado leche con café, tú nos has deleitado con el piano y con tu voz angelical; tu mamá, tus hermanos y hermanas y yo hemos charlado y reído a maravilla", y luego, "un pensamiento se me ocurre acerca de la diferencia de suerte entre nosotros que tan bien lo estamos pasando esta noche, y los miserables que se están muriendo de hambre y de frío", y concluye: "¿Por qué tal diferencia? ... un misterio de los muchísimos que se reserva la Providencia". Hoy la Providencia lo ha develado. El hambre y el frío de algunos no son regla inevitable del destino, son más bien parte de las rigideces de la estructura social. Esa estructura antes inamovible hoy está dando oportunidades para todos, no solamente, como se pensó un tiempo, a base de la distribución de la caridad privada o estatal, o de eliminar a los ricos, sino a base de educar y sanar, rompiendo las barreras que los pocos, en su ignorancia o egoísmo, habían levantado para los muchos.

Cultura

Chola cuencana, mi chola, capullito de amancay, en ti cantan, en ti ríen, las aguas del Yanuncay.

— Ricardo Darquea G.

Es difícil definir cultura. Es una de esas palabras que todo el mundo sabe qué significa hasta que le piden definirla. Aquí la defino como todos aquellos elementos que hacen que el espíritu humano se eleve sobre las necesidades del diario vivir. Ello incluye la apreciación de la belleza en el paisaje o en uña obra de arte; la disposición a dejar que el alma salga de su celda de ambiciones diarias y se eleve en la poesía, en la oratoria; la inclinación natural a enseñar, a dar tiempo y esfuerzo al trabajo principalmente universitario y, dentro de él, no sólo a ingeniería y medicina, sino también a la filosofía y al arte. Y sobre todo, al gusto por conversar sobre temas abstractos, sobre ideas y sobre principios. Ello tiene una importancia primordial. A la humanidad la han cambiado las ideas y los ideales; ellos justamente diferencian a los seres humanos de los animales.

La cultura del Ecuador se basa en aquella traída por los españoles del Renacimiento, con dos elementos de enorme peso: el idioma y la religión. Sobre esa cultura renacentista se han ido integrando otras. Primero la cultura india; la falta de escritura hizo que se perdiese su bagaje cultural, salvo lo que ha quedado en la música, en las comidas, en las fiestas. Luego la influencia de muchos otros países. Últimamente la enorme influencia de medios de comunicación masivos están haciendo que la cultura ecuatoriana, aún en formación, vaya perdiendo su individualidad, como les ocurre

a muchas del resto del mundo, para convertirse más y más en una cultura universal uniformizada.

En el Ecuador cuando se habla de cultura siempre viene Cuenca a la mente. Cuenca es ciudad universitaria; ciudad donde sus habitantes cifran su orgullo en la cultura y en los grandes hombres de letras que han dado al país. Los nombres cuencanos llenan la historia de la cultura ecuatoriana, en letras, en oratoria, en bellas artes. Y, su mayor, gloria, en la poesía: esa labor que sale del alma y que no aspira a otra cosa que salir es el blasón más galano de la ciudad. Esa labor por la que nunca se pide nada ni nunca se recibe nada. El blasón de gentes que tocan el cielo con su rima, la ofrecen y se alejan, sabiendo que por ella no tendrán nada más que la satisfacción de haber creado algo bello y haber vaciado el alma.

Cuenca fue bastión del conservadorismo progresista, pero sin sus extremos. El cielo de Cuenca y sus apretados paisajes no llevan al extremismo político. Sin embargo, no todos en Cuenca eran conservadores, había una ala del liberalismo tradicional, anticlerical. Eso fue cambiando a un tinte de extrema izquierda a medida que el desarrollo de Cuenca no se mantenía a la par del de Guayaquil o del de Quito. Por mucho tiempo Cuenca ya no pudo competir con la riquezas naturales de Guayaquil ni las ventajas que daba a Quito el ser la sede del Gobierno Central. Cuenca, en su aislamiento, sintió la amargura de ver a su población tener que emigrar. Se empezó a desarrollar en Cuenca un sentimiento que reclamaba al Gobierno Central compensar por el aislamiento de Cuenca. El conservadorismo tradicional, basado en la autosuficiencia y el amor al terruño, se fue trastocando en protesta social, en barricadas, en universidades de paredes de nieve garabateadas con fuego; Cuenca, al ser una ciudad universitaria, tenía en sus estudiantes una amplia mecha de descontento. Muchos intuían su futuro inevitablemente fuera de Cuenca aunque hubiesen preferido quedarse.

Eso ha empezado a cambiar. Los vientos de la historia han empezado a soplar en una dirección distinta. Y aunque los dilemas de Cuenca no han desaparecido, ha desaparecido la creencia que las soluciones están en la revolución social o en una acción directa del Gobierno, y está siendo reemplazada por fe en Cuenca y en los cuencanos. Como lo puso Benigno Malo dos años antes de su muerte, al inaugurar hace más de cien años la Universidad de Cuenca: "El porvenir, pues, de Cuenca, su rango, su influencia, su bienestar están librados al descubrimiento y desarrollo de las riquezas naturales que abundan en su suelo". Entre las que se cuentan los cuencanos mismos. Ello no quiere decir que Cuenca pueda a corto o mediano plazo alcanzar niveles de ingresos equivalentes a los de Guayaquil o Quito; su base económica no da para eso. Aquellos cuencanos que midan su éxito exclusivamente por sus ingresos emigrarán; los que añadan a sus ingresos los placeres de vivir en una ciudad ordenada y

hermosa, y entre los suyos, se quedarán. El diálogo entre unos y otros será imposible.

Azuay nunca fue una provincia rica; sus suelos son generalmente pobres y están erosionados.
Era inevitable carecer de mucho y necesario valorizar lo que se tenía. El cuencano se hizo agricultor, no comerciante como el tungurahuense; los mercados estaban demasiado lejos. Se apegó extremadamente a la tierra. Y ello por dos razones. Primera porque su belleza y armonía llenaban el alma del cuencano y, segunda, porque era necesario generar lo suficiente para alimentarse. Las características físicas del paisaje, y la menor altitud cuando se la compara con Cañar o Chimborazo, por ejemplo, permitieron a pequeñas parcelas ser rentables, cultivadas por campesinos que vivían mucho más allá del nivel de subsistencia, alegres y confiados. En Cuenca aún se respira la herencia de esos duros años de aislamiento: gente trabajadora y alegre, con gran confianza en sí misma y, sobre todo, con un gran amor por lo suyo, buscando crear con sus manos y con sus sueños. Como expresión misma de su cultura, está el uso apropiado y hermoso del idioma.

Porque la base de la cultura, como la defino más arriba, es naturalmente el idioma, sin idioma no hay transmisión de ideas. En el Ecuador de hoy el idioma hablado por la gran mayoría de la población es el castellano, nacido en la meseta que hace el centro de España, por la progresiva amalgama del latín del conquistador romano y de los modos de hablar locales.

Está también el *runa shimi,* **la lengua de los hombres, bautizado como quechua o quichua supongo que por lo españoles, traído por los que vinieron del Sur; el segundo idioma más hablado en el país. Le siguen las lenguas que se hablan en el Oriente. Sorprende que el quechua, en el corto tiempo que los incas dominaron el Ecuador, suplantase los idiomas locales. ¿Por qué? Hay la teoría, expuesta por Juan de Velasco, que el quechua era una variante de las lenguas habladas en el Ecuador, surgiendo todas ellas de un tronco común, por lo que la imposición del quechua fue relativamente sencilla. Tal vez no fue así, como lo sostiene enfáticamente Federico González Suárez. En ese caso debió haber sido implantado usando medios muy violentos, para que en unas pocas décadas desplazase a los idiomas locales.**

Al llegar los españoles el quechua debe haber estado tan difundido que fue ese el idioma que se usó en la labor de catequización de los indios, contribuyendo así España a cimentar el idioma de un Tahuantinsuyo ya desaparecido. Uno se pregunta que hubiese pasado si los españoles hubiesen impuesto el castellano con tanta energía como impusieron el quechua los incas; tal vez el

quechua sería hoy una lengua muerta. Otros idiomas locales no habían desaparecido totalmente; a fines del siglo quince se hacían catecismos en ellos. En la provincia del Chimborazo, por ejemplo, en los albores de la Colonia se hablaba tanto el quechua como el aimará traído por mitimaes y el idioma nativo, el puruhá. En la Costa se hablaban multitud de dialectos, que cronistas españoles anotan permitían a diferentes grupos humanos entenderse, aunque a veces con dificultad.

Los conquistadores españoles trajeron la escritura al Ecuador. Los incas no la conocieron y ese desconocimiento limitó dramáticamente su capacidad de desarrollo cultural. La escritura es fundamental para el desarrollo del pensamiento, del comercio, del intercambio de ideas entre poblaciones lejanas. Una sociedad sin escritura está limitada a lo que cuentan los que pasan y a sus tradiciones verbales; su cultura se mantiene colgada por la punta de los dedos al borde del precipicio del olvido. En el caso de la cultura inca, los cronistas españoles la rescataron.

América antes de la llegada de los españoles estaba en un nivel de desarrollo inferior al de Europa. En muy poco tiempo esa diferencia desapareció al llegar las instituciones europeas; se fundaron universidades desde donde se impartía el mismo tipo de conocimientos que en Europa. Ese conocimiento llegó, como era el caso en Europa, a una pequeña elite, mientras que la mayor parte de la población continuaba viviendo, como en Europa, en la ignorancia. Visitantes al Ecuador en el siglo diecisiete encontraban una sociedad culta similar a la europea.

Hoy los ecuatorianos, salvo una pequeña minoría, vivimos alejados de los grandes caminos de la cultura. Hacerse culto implica el esfuerzo de leer buenos libros, escuchar buena música, aprender a apreciar obras de arte; la sociedad hoy exige que la cultura sea parte de su solaz, no de su trabajo. Por ende, la cultura o lo que queda de ella es superficial, sencilla, resumida, con muchas ilustraciones. Los libros que se leen son libros de emoción o violencia que mantienen al lector amarrado a la silla, no son libros complejos que el lector busca amarrar a sí. Además, poco se lee en el Ecuador. Buenas librerías son escasas, casi inexistentes, y lo que más se vende es el equivalente a la página roja de los periódicos: sangre, sexo, violencia, intriga. La música es la de moda del momento, las obras de arte buscan más bien escandalizar u horrorizar, quizás la única forma de llamar la atención. Hace falta prostituirse para vender. La gran mayoría de los ecuatorianos que tratan de ganarse la vida escribiendo, pintando o componiendo tienen que tener una vocación muy fuerte y capital propio para sobrevivir. Para algunos artistas la cultura se convierte en pasatiempo y para el resto de la población en

algo que vagamente disciernen como importante, pero que lo dejan de lado por ser aburrido.

Siempre ha sido así. La cultura ha sido para unos pocos, sólo que en el pasado esos pocos eran los únicos que importaban. Hoy, con la aparición de los grandes mercados de consumo y con la democracia, se ha impuesto la falta de cultura de la mayoría. La cultura ha pasado a ser ya no un ente vivo, sino más bien algo como la hermosa condecoración del abuelo que se guarda en una cajita en el armario. Todos estamos muy orgullosos de ella, la miramos de vez en cuando, se la mostramos a los extraños, pero no sabemos para qué sirve ni nos interesa saberlo.

El Ecuador tiene una rica historia en la literatura, en la escultura, en la pintura. En la literatura la misma pobreza del medio hacía muy difícil la vida para los que se dedicaban a ella. Solamente aquellos en condiciones de escribir panfletos enardecedores o difamatorios tenían esperanza de ser leídos; se afiló la ironía y el sarcasmo, porque eran más apreciados que el análisis frío y preciso. Esa herencia de Espejo, Montalvo o Fray Vicente Solano ha subsistido hasta hoy, solamente que administrada por individuos sin su nivel intelectual ni su patriotismo. Hay excepciones, gloriosa entre ellas la de Manuel J. Calle.

La poesía ha estado siempre presente en el Ecuador, en todas sus épocas y en todas sus provincias. En la épica el gigante es Olmedo:

"El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
a Dios anuncia que en el cielo impera".

En la poesía bucólica y romántica descolló Cuenca, sus poetas buscando descubrir su alma, como en los versos de Vicente Moreno Mora:

"Canción que brota de adentro,
de la entraña de la pena,
canción que llega en efluvios,
de soledad y de ausencia".

o como lo expresa Gonzalo Cordero Dávila:

"Yo olvidaré mis penas un momento,
seré niño otra vez; ven a mi lado,
tengo ansia de recuerdos".

La primera novela, "Cumandá" de Juan León Mera, hizo prosa de esa poesía, describiendo la selva como podría haber sido, pero nunca fue. Luis A. Martínez en su novela "A la Costa" rompe con ese patrón y habla de realidades, pero aún dentro de una descripción poética; el marco pertenece al pasado, el cuadro al presente. Finalmente, surgen escritores que se atreven a tocar los temas tabúes: las diferencias sociales, la miseria del indio, que expone tan dramáticamente Jorge Ycaza en "Huasipungo", y la miseria del montubio de la Costa, que exponen los cuentos de "Los que se Van", de Gallegos Lara, Aguilera Malta y Gil Gilbert, que junto con José de la Cuadra y Pareja Diezcanseco, hacen el grupo de Guayaquil, "que eran como un puño", según Gil Gilbert. Está también Pedro Jorge Vera, que "entiende el corazón de las naranjas". Está el áspero y penetrante análisis político de Alejandro Carrión. Novelas crudas, duras, hechas para despertar, para remover, con un claro tinte político de izquierda, pero de esa izquierda latinoamericana que vive tan bien como escribe.

Leopoldo Benítez con "Argonautas de la Selva", Benjamín Carrión con "Atahuallpa", Ángel Felicísimo Rojas con "El Éxodo del Yangana" son un mundo aparte; ya no la poesía en prosa de una época, sino la de todas las épocas.

Las artes plásticas ecuatorianas sufrieron una transformación parecida a la de la literatura. En la Colonia maestros quiteños y cuencanos logran obras de valor universal a las que el tiempo no envejece, parte de la herencia cultural del Ecuador. Las vírgenes de Legarda y las obras de Caspicara, en Quito, son tal vez sus expresiones más logradas. En Cuenca son los Cristos de Gaspar Sangurima, quien como dice Alfonso Estrella los hizo: "sin libros, sin maestros, sin escuelas". Fray José María Vargas en su "Historia de la Cultura Ecuatoriana" recoge amorosamente a todos esos artistas, sus vidas y sus obras, en un retablo espléndido.

A medida que fue admisible representar en las artes plásticas la realidad del país, pintores empezaron a plasmar el clamor desgarrador del indio y la miseria de los barrios suburbanos, convirtiendo sus obras en un reclamo a la sociedad, en un destapar de lo duro, de lo áspero y, muchas veces, de lo feo; descuellan Guayasamín y Kingman, que se atormentan en ese decir sin hablar. Hay también un nuevo arte, el de la fotografía de Jorge Juan Anhalzer, que se hace poesía en Pablo Corral Vega.

EL TRABAJO

El que trabaja tiene derecho a comer El obrero merece su salario.

-Jesucristo en boca de Lucas y Mateo.

El desempleo atenta contra la dignidad de la persona humana. Por ende, la sociedad tiene que crear un entorno en el que se promueva y facilite la generación de empleos productivos, de tal manera que todo aquel que quiera trabajar encuentre un empleo digno.

El Ecuador ha desperdiciado, en interminables rencillas internas, la mayor parte de sus años independientes. El resultado es que sólo la mitad de su población labora en el sector moderno; el resto vive en el pasado, ganándose la vida como puede.

El Pan de cada Día

Yo saqué mi maíz al sol creyendo que no lloviera y me cogió el aguacero con todito el maíz afuera.

- Rubén Uquillas F.

El medio geográfico del Ecuador da lugar a economías diferentes. Están las ciudades, donde impera el comercio y la industria, y actividades administrativas. Está el Oriente, en su mayor parte deshabitado, de donde se extrae petróleo. Está la Costa, donde se centra la producción agrícola exportable. Está la Sierra, donde se centra la producción agrícola para el consumo nacional. Y, finalmente, allá arriba están los altos páramos, como los llamaron los españoles, o la puna, como la llamaron los indios. En esos medios tan diversos a todos llaman las mismas imágenes, imágenes como las que cita Manuel J. Calle: "la iglesia campesina, el pueblo oculto en la arboleda, escenas de la granja y de la escuela; la siembra, las cosechas; la plegaria en la penumbra de la alborada y en el crepúsculo vesperal; las fiestas..."

La riqueza de un país la genera el trabajo de sus habitantes económicamente activos que no están desempleados. Pero sobre esa afirmación general hay que hacer varias reflexiones. La primera tiene que ver con la composición por edades de la población. Un país con una población en crecimiento rápido tendrá un porcentaje mayor de niños y jóvenes que no producen o que producen poco que un país cuya población crece lentamente o no crece; la población que trabaja sustenta a esas personas que no producen. La segunda reflexión es que no siempre toda la población que puede trabajar y producir lo hace, muchos están desempleados o subempleados. Eso quiere decir que la población que sí tiene la oportunidad de trabajar y producir tendrá también que sustentar a aquella que está desempleada o subempleada. La tercera reflexión tiene que ver con la eficiencia con que esa población que trabaja, produce. Puede ser que el país tenga haciendas o fábricas poco eficientes, o que parte de su población se dedique a actividades que añaden poco a la riqueza del país, como vender limones en las esquinas.

Un país con una población estable, sin desempleo, eficiente en su producción podrá generar mucha más riqueza que un país con una población en rápido crecimiento, con gran desempleo y sectores productivos poco eficientes. En el Ecuador, como en muchos

países en desarrollo, la población está creciendo, hay desempleo y subempleo apreciables y la productividad nunca ha sido muy alta. En el sector agrícola la productividad en el Ecuador ha sido baja en relación a países con un desarrollo relativo similar. La causa ha sido la renuencia a hacer inversiones a largo plazo en el campo por la inseguridad sobre la tenencia de la tierra y por la incertidumbre política. En el sector industrial ha sido común que las industrias trabajen por debajo de su capacidad instalada, lo que se podía hacer con el mercado protegido del pasado, pero ya no con los mercados abiertos de hoy. Todo ello lleva a que el producto ecuatoriano sea menos competitivo de lo que podría ser.

En los años setenta la bonanza petrolera abrió amplias oportunidades de empleo en las ciudades al inmigrante del campo; esa migración elevó la productividad del país, ya que en general los empleos urbanos tenían una mayor productividad que los rurales. Al llegar la crisis de los años ochenta continuó la migración del campo a las ciudades, pero ahora sin oportunidades de empleo productivo, dando origen a una enorme economía informal de comerciantes con muy baja productividad. Empieza a aparecer el fenómeno opuesto: la falta de trabajadores en el campo.

El nivel de vida de los ecuatorianos es mucho más bajo de lo que cabría esperar al observar las riquezas naturales del país y las características de su población. Ello es la herencia del desorden y falta de institucionalización que imperaron en el siglo pasado, impidiendo sentar las bases para un desarrollo sostenido. Superadas ya esas primeras dificultades, la gran barrera para el desarrollo ha sido la discontinuidad de las políticas económicas. Los gobiernos muchas veces se han comprometido a alcanzar una mejor sociedad para lo cual hacía falta primero poner en orden las finanzas del Estado mediante un plan de estabilización económica. Iniciado ese generalmente penoso ajuste es descartado cuando se acercan las elecciones, echando al perder el sacrificio hecho por todos y los logros alcanzados; la mejor sociedad queda para el siguiente gobierno. Ha habido un círculo vicioso de crisis a ajuste y de ajuste a crisis. ¿A qué se debe?

En primer lugar a que en la política ecuatoriana sólo hay un diálogo oportunista para fines de corto plazo, hay un diario compromiso sin visión de país. No importa lo que haga el Gobierno, baste que lo haga para criticarlo y calificarlo como malo. En segundo lugar, a que algunos se envuelven en el pabellón nacional para parecer elevarse sobre las mezquindades humanas, pero en el fondo lo que hacen es tratar de ocultar lo que se han llevado o la pobreza de sus ideas. Los políticos populistas hacen referencia constante al pueblo cuando lo que algunos, claramente no todos, buscan es promover sus interesas personales o los de su partido. En tercer lugar, la casi imposibilidad que el Gobierno tenga una mayoría en el

Congreso lo que hace difícil impulsar una política coherente, obligando a una política retaceada.

Estados Unidos, los países europeos y Japón se han desarrollado en un largo período de tiempo; su proceso de desarrollo no es una alternativa válida para el Ecuador. Otros países han alcanzado el desarrollo económico con relativa rapidez, los tigres del Asia particularmente. Hace algunos años estaban por debajo del Ecuador en desarrollo económico, hoy lo superan ampliamente.

Observando a esos países los ecuatorianos nos preguntamos: ¿por qué no nosotros? ¿Qué ha hecho que otros países, algunos empezando con menos que el Ecuador, estén hoy mucho mejor que nosotros? Hay varias cosas que ellos tienen y que a nosotros nos falta. Primero, estabilidad política que permita acuerdos para alcanzar algún tipo de consenso nacional sobre el rumbo del país. Segundo, patriotismo sin hipocresías, que nos haga hablar claro sobre las realidades del país. Tercero, que el gobierno no sea una rémora para el empresario sino que facilite su labor; eso conlleva el reconocer que el empresario no es un mal necesario, sino un participante esencial y deseable en el desarrollo. Cuarto, un buen sistema educativo. Quinto, un sistema judicial rápido y confiable. ¿Cuánto tenemos y cuánto nos falta? Las respuestas son la medida del desarrollo que podemos esperar a futuro.

Hasta la revolución industrial las economías de los países habían estado dominadas por quienes poseían tierras y tenían esclavos, siervos o jornaleros para trabajarlas. Grupos pequeños se dedicaban al comercio; pero su posición social era baja con respecto a la del terrateniente. El dominio de la sociedad podía estar en manos de aristócratas, de militares o de sacerdotes; su poder se basaba siempre en el producto de sus campos. Ese producto era difícil de transportar por el mal estado de los caminos y la falta de transporte en gran escala, por lo que las economías locales eran en gran parte autosuficientes, salvo por algunos bienes sofisticados para las clases ricas.

Antes de la conquista incaica la economía del Ecuador se basaba en pequeños propietarios rurales esparcidos en Sierra y Costa y unidos ocasionalmente bajo caciques militares. Durante el Incario se agrupó a estos agricultores aislados y se estableció una economía basada en una agricultura, ya no de subsistencia, sino generando excedentes para el Inca. La Colonia mantuvo esa situación, sólo que con nuevos dueños de las tierras. Un débil intento de industrialización tuvo su inicio con los obrajes. La declinación de la producción textil hizo que esos obrajes se fueran integrando a la economía de la hacienda, con lo que la Sierra volvió a la estructura

económica anterior. En la Costa surgió la explotación agrícola y el comercio.

La revolución industrial dio un vuelco completo a ese esquema económico y social al multiplicar los resultados del trabajo manual con la máquina y facilitar enormemente las comunicaciones: el primer barco a vapor cruzó el Atlántico en 1819 y en 1825 funcionó el primer ferrocarril.

La revolución industrial hizo posible el producir mucho más, permitiendo una mejora substancial del nivel de vida y la posibilidad de transportar bienes a distancia. Hasta entonces la distribución de la riqueza no había variado por miles de años; había un pequeño grupo que gozaba de abundancia mientras que la vasta mayoría de la población vivía en la ignorancia, el hacinamiento y la pobreza. Los artesanos y comerciantes eran pocos en número y tenían escasa influencia. La revolución industrial hizo posible aumentar la urbanización, al requerirse menos trabajadores en el campo y ser posible llevar el producto del campo a los grandes centros urbanos. Desde comienzos del siglo pasado hasta hoy el mundo ha visto una explosión de cambio, cuyo resultado es una enorme disminución de la población necesaria para la agricultura, un vertiginoso crecimiento de las ciudades, una capacidad de consumo muy superior para buena parte de la población y, sobre todo, una enorme movilidad social.

A esa revolución industrial hay que añadir la revolución democrática contra el privilegio concentrado en unas pocas manos. Los gobiernos, antes en manos de unos pocos interesados en mantener el status quo, ahora trabajan en llevar los beneficios del desarrollo social y económico a más y más personas, quienes tienen el poder de elegirlos o de rechazarlos. De construir estatuas y lucirse en su oratoria los gobernantes han pasado a construir caminos y obras sanitarias, y a leer estadísticas

En el Ecuador la revolución industrial es algo reciente, surgida lentamente después de la segunda guerra mundial, en que una economía agrícola e importadora empezó tímidamente a industrializarse detrás de barreras ampliamente proteccionistas.

En su libro "El Comercio Exterior del Ecuador", que recoge la historia económica del país, Guillermo Arosemena magistralmente describe, y con gran detalle, la forma en que la economía del país pasó a través de la etapa colonial a la etapa moderna. La economía del Ecuador se había basado en la agricultura desde sus orígenes: primero de subsistencia, luego generando excedentes para el Inca. Eso cambió con la llegada de los españoles, los cuales requerían importar bienes de ultramar, para lo cual era necesario, a su vez, exportar; primero en la Colonia se exportaron minerales, para luego ser reemplazados por exportaciones de textiles y cascarilla y, finalmente, por exportaciones de cacao. La cascarilla,

como lo precisa Fray Vicente Solano: "es distinta de la quina... aunque sea un equivalente de la quina en el tratamiento de las fiebres intermitentes".

Minerales, textiles, cascarilla y cacao hacen la tetralogía exportadora colonial. En minerales el Ecuador nunca descubrió yacimientos importantes. En los textiles la exportación declinó porque los obrajes serranos no pudieron competir con las industrias holandesas e inglesas que inundaron mercados anteriormente protegidos. En la cascarilla la explotación excesiva redujo la producción. En el cacao la Real Audiencia de Quito estaba prohibida de exportar, favoreciendo a productores venezolanos, prohibición que se levantó en parte a fines del período colonial. Esas exportaciones coloniales ayudan a reflexionar sobre las realidades de hoy explotar minerales requiere un esfuerzo constante de muchos años en una economía estable, que el Ecuador no la ha tenido; exportar productos manufacturados, como textiles, requiere competir y el Ecuador por muchos años ha preferido mantener su industria protegida e ineficiente; exportar productos naturales, como cascarilla, requiere no abusar de un recurso natural, como hoy se abusa de los manglares; exportar cacao requiere enfrentarse a las mismas barreras comerciales a las que luego se han enfrentado el banano y otros productos ecuatorianos.

En la República el Ecuador vivió la bonanza del cacao, la bonanza del banano, la bonanza del petróleo y la bonanza del camarón. De bonanza en bonanza, y, al acabarse la bonanza, de crisis en crisis. La historia política del Ecuador es en buena parte el reflejo de esas bonanzas y de esas crisis. El Ecuador nunca ha sido bueno para mercadear sus productos. Como comenta Guillermo Arosemena, la cascarilla que se producía en Loja se la conocía afuera como proveniente del Perú, y a los sombreros de Jipijapa, manabitas primero y cuencanos después, se los conocía como sombreros de Panamá.

En ese Ecuador los ecuatorianos tenemos que ganarnos la vida. El treinta y uno por ciento lo hace en el sector primario, básicamente agricultura y ganadería, el dieciocho en el secundario, básicamente industria, y el cuarenta y seis en el terciario, básicamente servicios; hay un cinco por ciento no especificado. Como en tantos otros casos, la distribución no es pareja. Hay provincias en que la mitad o más de la población trabaja en el sector primario: Bolívar, el Oriente, exceptuando Pastaza, Chimborazo, Carchi, Loja, Cañar, Los Ríos y Cotopaxi. En otras provincias mucho menos: El Oro con el treinta y uno por ciento, Azuay con el veintinueve, Guayas y Galápagos con el diecisiete, y Pichincha con el once.

En el sector secundario Azuay estaba a la cabeza con el treinta por ciento de su población empleada, le seguían Pichincha e Imbabura con el veinticuatro, Tungurahua y Cañar con el veintidós. Guayas tenía el dieciocho por ciento. Menos del doce por ciento tenían Bolívar, Los Ríos, Carchi, Esmeraldas, Loja, Manabí y el Oriente, excepto Pastaza.

En el sector terciario estaban a la cabeza Galápagos con el sesenta y ocho por ciento, Pichincha con el sesenta y Guayas con el cincuenta y cinco. Menos del treinta por ciento tiene el Oriente, con excepción de Pastaza.

Otro elemento a considerar es la categoría de ocupación del trabajador. De cada cien seis eran patronos o socios activos, treinta y nueve trabajaban por cuenta propia, cuarenta y dos eran empleados o asalariados. Como es de esperarse, la proporción de asalariados es más alta en Pichincha con cincuenta y siete por ciento y en Guayas con cuarenta y siete; es también alta en El Oro con cuarenta y cuatro, Pastaza con cuarenta y uno, Imbabura y Los Ríos con cuarenta. Con menos del treinta por ciento están Bolívar, Chimborazo, Cañar y Cotopaxi y las provincias del Oriente, salvo Pastaza y Sucumbíos.

En ciertas provincias, el sector público - Estado, municipios y consejos cantonales - son empleadores importantes. A la cabeza estaban Pastaza y Galápagos con el veintiséis por ciento, Pichincha con el diecisiete y Loja con el quince. Los que tenían menos, entre el diez y el siete por ciento, eran, en orden descendiente, Los Ríos, Manabí, Azuay, Tungurahua y Guayas.

Inmersos en nuestra vida diaria a veces perdemos de vista el tamaño e importancia de nuestra economía con respecto a las otras del mundo. Es una economía muy pequeña. El producto interno bruto del Ecuador, es decir, la suma de todos los bienes y servicios generados en un año, es alrededor de diez mil millones de dólares. Es una economía equivalente a la de
Camerún, a la de Luxemburgo, a la del Sudán, a la de Túnez. Comparándola con países con una población similar a la del Ecuador, Bélgica tiene un producto interno bruto diecinueve veces mayor que el Ecuador, Grecia y Portugal seis veces, Hungría tres veces, Chile casi tres veces, Siria vez y media.

La podemos comparar también con las grandes empresas industriales del mundo. General Motors y General Electric tienen ventas totales trece y once veces, respectivamente, el producto interno bruto del Ecuador. Ese producto interno bruto es algo menor que las ventas de Goodyear, de Suzuki o de Michelin. Clasificado como empresa industrial, y si se igualan ventas de empresas con producto interno bruto, el Ecuador habría estado en 1994 en

alrededor del puesto ciento cuarenta. Las utilidades de Exxon o de General Electric son aproximadamente iguales al presupuesto del Ecuador. Esas cifras sólo buscan hacernos meditar sobre la magnitud de la tarea por hacer.

Visto así el Ecuador parece pequeño. Pero no lo es. Y no lo es porque un país es mucho más que su economía, es la suma de los logros y aspiraciones de una sociedad de seres humanos con historia y cultura. Por eso es tan errado ver a un país sólo desde el punto de vista de sus estadísticas económicas, convirtiendo al producto interno bruto en un símbolo patrio.

El Corcho

Tú eres perla que surgiste del más grande ignoto mar

te dirá mi corazón, Guayaquil de mis amores.

Lauro Dávila

Muy a menudo se escucha en el Ecuador el comentario de que el país es como un corcho; a veces una tormenta temporal hunde su economía para luego, casi milagrosamente, reflotar y cuando reflota hacerlo con un producto que antes poco contaba. Esa aparentemente milagrosa capacidad de resurgir que tienen los ecuatorianos ha estado siempre íntimamente ligada a las exportaciones y, salvo en el caso de petróleo, a la iniciativa privada, la cual ha encontrado maneras de dirigir su esfuerzo y su entusiasmo en nuevas direcciones, convirtiendo lo que parecía un crepúsculo en una nueva aurora.

Primero fue la producción textil en la Sierra, la cual alcanzó su punto de mayor expansión a fines del siglo dieciséis. En Azuay y Loja fue la cascarilla. Luego empezó la explotación del cacao en la Costa, la cual tuvo un extraordinario apogeo, para luego ser maniatada por la prohibición de exportar, para liberarse nuevamente con la independencia, hasta sufrir una dura postergación con la aparición de las plagas: monilla y la escoba de la bruja. A ello siguió el banano y luego el camarón. Hoy ya se empieza a vislumbrar la exportación de frutas.

A partir del siglo diecisiete ese impulso exportador ha estado en la Costa, centrado en Guayaquil. Guayaquil ha sido el motor perenne de la economía ecuatoriana y su presencia ha cambiado en pocas décadas la estructura de la población del Ecuador. Guayaquil es una ciudad desordenada en un medio geográfico hostil. El desorden surge del crecimiento extraordinariamente rápido que ha tenido en los últimos años, que no le ha permitido absorber a los inmigrantes que han llegado a ella de todas partes del país. Además, el guayaquileño no ha sabido elegir bien sus gobernantes; sus alcaldías han sido hasta hace poco tiempo politizadas y corruptas, con gran burocracia y gran ineficiencia. Guayaquil ha crecido a pesar de sus administraciones municipales. Los guayaquileños han sido renuentes a dar su tiempo, generalmente

concentrado en actividades productivas, a la administración municipal.

Desde su inicio Guayaquil fue la ventana del Ecuador hacia el mundo. Primero, por su inmejorable ubicación física en el interior del único golfo amplio en la costa oeste de América del Sur. Segundo, por ser la salida natural de los productos agrícolas de una extensa región, a través, primero, de los ríos y luego por una red de carreteras. Tercero, por las características de sus habitantes, no atados a una tradición de siglos ni a sus tierras ancestrales, sino preocupados por el comercio y por hacer producir las extensas tierras vírgenes a su vera. Ello ha creado un guayaquileño emprendedor que poco espera del Gobierno Central, lejano y serrano, y que sabe que tiene que buscarse su propia manera de ganarse la vida. En la Sierra es difícil no tener parientes o amigos que trabajen para el Gobierno, en la Costa es raro. El resto del Ecuador ve, a veces con cierto resentimiento, al empresario guayaquileño, molesta su poder y su riqueza, y la ostentación que hace de ellos, y se olvida el origen humilde de muchos. Se olvida también el papel crítico que esos empresarios han jugado en el desarrollo de las riquezas naturales del país abriendo un medio duro, insalubre a veces y saliendo al ancho mundo a colocar productos. Buscando conquistar a la naturaleza y a los mercados. El corcho que siempre reflota ha sido generalmente un corcho guayaquileño.

La vida en Guayaquil nunca ha sido ni plácida ni bucólica, como en muchos remansos andinos. Ha sido siempre dura: mosquitos y grillos, fiebre amarilla y paludismo, calor e inundaciones. Sin murallas, como Cartagena o San Juan de Puerto Rico, Guayaquil fue muchas veces fácil presa de piratas, que la saquearon y la humillaron; sus construcciones de madera, delicadas obras de arte, fueron muchas veces destruidas por incendios. Clima, piratas e incendios han dado a Guayaquil una infinita capacidad de volver a empezar. Ha sobrevivido, resurgido y medrado gracias a su gente: emprendedora, trabajadora, cordial, sencilla y con un gran sentido de familia. Cuando Guayaquil fue fundado era la orilla vacía de un río inmenso, pura esperanza; se llenó con gente de todas partes. Guayaquileños son los que han nacido en Guayaquil pero también son todos aquellos que han tomado, y que siguen tomando, el atado al hombro, dejando su tierra y los suyos, y que se han ido a la ciudad de Orellana a buscar fortuna, a estar mejor de donde estaban. El haber sido cuna y asilo, esa es la gloria de Guayaquil.

Salvo por un corto período en el inicio de la Colonia, con los obrajes, el Ecuador ha sido tradicional- mente exportador de productos primarios: cascarilla, cacao, banano, camarón, petróleo y frutas. Siempre se ha pensado que la exportación es un negocio de grandes capitales y de grandes empresas. En el Ecuador hay dos

ejemplos de que no tiene que ser así: los textiles otavaleños y los sombreros de paja toquilla.

El espíritu emprendedor que caracteriza al empresario guayaquileño florece en otras partes del Ecuador. Dos brotes destacan claramente. El primero está en Otavalo, en la provincia de Imbabura. Esa tierra se presenta inesperadamente al viajero, al salir de una antiguamente polvorienta carretera:

"Azul invitación de ancha frescura,
en las curvas resecas del camino",

como dijera el padre Suárez Veintimilla. Los otavaleños son fáciles de identificar no solamente en el Ecuador, sino en una acera en Nueva York, en un tranvía en Heidelberg o en el metro de París. Su presencia amable y limpia, presente en los lugares menos probables de la Tierra, es un orgullo de la ecuatorianidad. Sin desechar ni su vestido ni sus costumbres han aprendido a vivir lejos de su tierra y a comerciar exitosamente lo que ellos mismos elaboran. Su producción textil se reparte entre cientos de pequeños talleres. Muchos otavaleños son ricos propietarios. El otavaleño no se siente acomplejado por su poncho ni por su trenza, ni busca extremismos políticos para mejorar su condición social, simplemente trabaja duro con fe en sí mismo. Es el ejemplo más evidente que para tener éxito no hace falta descartar la propia identidad. Un ejemplo para todos los ecuatorianos y para todas las comunidades indias de Latinoamérica.

El otro ejemplo es el sombrero de paja toquilla. Cientos de trabajadores en Manabí y en Azuay desarrollaron un mercado de exportación gracias a la habilidad de sus manos. Como lo pone Ricardo Darquea Granda:

"Esbelto, flexible, hermoso,
así lo tejieron tus manos,
tan finas, tan blancas
con esa blancura que luce
la paja toquilla"
"Reliquia adorada
mi viejo sombrero
ni el sol, ni la lluvia, ni el viento,
ni el polvo de nuevos caminos
te harán más moreno....

El sombrero de paja toquilla del Ecuador recorrió el mundo. Y ello sin tecnología de avanzada, simplemente aprovechando inteligentemente el humilde recurso natural que es la paja y la laboriosidad natural del trabajador ecuatoriano.

Trabajando en las Ciudades

Señor...no estoy conforme con mi suerte, ni con la dura ley que has decretado, pues no hay una razón bastante fuerte para que me hayas hecho desgraciado.

—Ángel Leónidas Araujo.

En países desarrollados la gran mayoría de la población está empleada por otro y labora en horarios relativamente regulares. En países en desarrollo, como el Ecuador, ello no es así. Un porcentaje alto de la población trabaja por su cuenta o tiene empleos a tiempo parcial, generalmente con gran variabilidad de horario, dependiendo de las circunstancias. Eso hace particularmente difícil tener estadísticas precisas en lo que tiene que ver con el empleo y el subempleo.

Pero no hace falta estadísticas precisas para que estemos de acuerdo que desempleados y subempleados, es decir, aquellos que trabajan menos de la jornada normal de trabajo, están ampliamente presentes en nuestra sociedad. En el campo se hace muy difícil medir el desempleo porque generalmente las familias trabajan como un todo en su propiedad. Por ello los índices de empleo y desempleo generalmente se refieren a los centros urbanos.

Y es allí donde miraremos, basados en la encuesta de mediados de 1993 llevada a cabo por el INEC a nivel nacional para centros urbanos con más de cinco mil habitantes.

La rápida migración del campo a las ciudades crea el reto de asimilar hombres y mujeres del campo al trabajo y a la vida de la ciudad. Meditemos un momento sobre las diferencias entre el campo y la ciudad. Una es el costo de la vida: la gran ciudad requiere un ingreso muy superior al que es suficiente en el campo. Solamente el transporte desde y hacia el lugar de trabajo es ya un egreso considerable; la vestimenta requiere mayor sofisticación, el uso de zapatos es imperativo como es el cubrirse la parte superior del cuerpo. Las necesidades de la vivienda son diferentes. La ciudad ofrece tentaciones para adquirir cosas a las que el hombre del campo no está expuesto. Y está el asunto del horario. En el campo el horario

es mucho más flexible, salvo en los períodos de siembra y cosecha donde se requiere un gran esfuerzo continuado, el resto del año el tiempo es algo que el habitante del campo controla totalmente. Como dice Remigio Romero y Cordero, al tiempo se lo identifica según el calendario del pueblo: "en tiempo de maizales, en tiempo de cosechas, en tiempo de duraznos, en tiempo de alelíes y de moras".

El recién llegado a la ciudad debe ajustarse a muchísimos elementos extraños y empezar a trabajar horarios fijos, si tiene la suerte de conseguir un empleo a tiempo completo, o a trabajar largas horas si es que trabaja por su cuenta. Ganará más y gastará más, y es posible que sea el deseo de gastar y de tener, o de soñar en tener, lo que lo ate permanentemente a la ciudad. El aburrimiento bucólico del campo puede atraerlo cuando ha pasado horas en una esquina vendiendo aguacates o choclos, pero no lo suficiente como para llevarlo de nuevo al campo.

En las últimas décadas millones de inmigrantes del campo han llegado a las ciudades. Las vidas en uno y otras son muy diferentes. Ernesto Noboa Caamaño en "Luna de Aldea" habla de la vida en el campo:

"Dulces juegos infantiles en la plaza de la aldea bajo la luz de la luna sobre la alfombra de tierra".

"Por la blancura apacible de las angostas callejas ellos y ellas, de las manos, a sus hogares regresan".

Esas bucólicas y dulces escenas no se dan con frecuencia en las calles peligrosas de la gran ciudad. Son algo que sin duda echa de menos el que las ha vivido.

En nuestras ciudades el desempleo ha estado subiendo. Y ello como resultado de la emigración del campo y de la crisis económica de los ochenta. A mediano plazo puede ser también el efecto de lo que podríamos llamar la modernización de nuestra sociedad. Primero, con la desaparición de empleos estatales y, segundo, por los requerimientos cada vez más exigentes del sector privado con respecto a capacitación. Antes era siempre posible conseguir empleos de "cualquier cosa"; hoy es cada día más difícil. Hace falta personal con alguna especialidad, lo que requiere algún entrenamiento. En un país donde el nivel educativo es bajo esa especialidad se consigue generalmente trabajando, lo que se hace difícil porque no se tiene experiencia, creando así un círculo vicioso. Algunos, por sus antecedentes, no encajan dentro de una sociedad moderna, pasando a ser marginados permanentes.

La población en edad de trabajar se define como la población de diez años o más de edad; en el Ecuador, de cada cien personas de la población urbana setenta y ocho estaban en edad de trabajar. Muchos se indignarán que se considere a niños y niñas de diez años como parte de la fuerza laboral, pero es una realidad en nuestro país. Esa indignación tal vez haga crecer en algunos el deseo de prohibir esa participación, pero al pensar hacerlo no se debe olvidar que el ingreso que generan esos niños y niñas trabajadores es indispensable para el mantenimiento de sus familias y de ellos mismos. El trabajo infantil es el efecto, no la causa, de la pobreza. Genera un círculo vicioso: como los padres tienen la educación del pasado los niños tienen que trabajar y por lo tanto no se educan y, al no educarse, se les dificulta o imposibilita su integración a una sociedad moderna.

El siguiente concepto es el de población económicamente activa o fuerza de trabajo, constituida por aquellas personas de diez o más años de edad que trabajaron una hora o más en la semana en que se hace la encuesta, que no trabajaron pero que sí tenían trabajo o que no trabajaron pero estaban disponibles para hacerlo. En el Ecuador de cada cien ecuatorianos con diez años o más, aproximadamente cincuenta y ocho eran económicamente activos.

Las estadísticas de empleo dividen a los que trabajan en el sector moderno y a los que trabajan en el sector informal. El primero comprende a patronos o profesionales, a establecimientos de más de cinco personas, a establecimientos de menos de cinco personas que no puedan ser clasificados como informales: como casas de cambio y oficinas de profesionales y a los desocupados, los que están buscando empleo. En el sector informal se supone que no se busca trabajo, sino que uno lo crea, como por ejemplo el que vende chucherías en las estaciones de gasolina.

Entre 1988 y 1993, de cada cien trabajadores, cuarenta y nueve laboraban en el sector moderno y cincuenta y uno en el sector informal; en el sector informal he incluido el servicio doméstico y trabajadores agrícolas que trabajan dentro de los límites de los centros urbanos considerados. En la Costa urbana la cifra equivalente para el sector moderno es cuarenta y seis de cada cien trabajadores, en la Sierra urbana cincuenta y tres.

Desocupados son aquellos que en la semana de la encuesta no tenían trabajo y que lo estaban buscando; la cifra de desempleo es el resultado de dividir el número de desocupados entre la población económicamente activa. Bajo esas definiciones la tasa de desempleo, el promedio de 1990 a 1993, ha sido el 8,2% de la población, con una tendencia al alza en el curso de esos cuatro años.

Esa tasa de desempleo está dividida en desempleo abierto y desempleo oculto. El abierto es aquellas personas que quieren trabajar y están activamente buscando trabajo, y era del 5,9%; el oculto es aquellas personas que quieren trabajar y están dispuestas a hacerlo pero que se han desalentado de buscar trabajo; el porcentaje promedio era 2,4%.

Hay un desempleo oculto: el subempleo. Es diferente quien está empleado y trabaja diez horas a la semana, de quien está empleado y trabaja cuarenta. Para tomar en cuenta el efecto del subempleo se aglutinan los parcialmente empleados, es decir, si hay dos personas que trabajan veinte horas a una se la considera una persona empleada y a la otra desempleada y así se llega a lo que se llama la tasa de desempleo equivalente al subempleo. El promedio en los últimos cuatro años ha sido 2,3%. Si a eso se suma a la cifra anterior de desempleo, que era 8,2%, tenemos el 10,5%, es decir, que de cada cien ecuatorianos económicamente activos diez y medio no trabajaban.

Un concepto importante es lo que se llama la tasa de dependencia, es decir, cuantas personas dependen de cada persona ocupada en el sector urbano. Esa tasa ha ido bajando lentamente. Tradicionalmente en la familia era el hombre el que salía a trabajar, hoy en día la mujer o alguno de los hijos participan en forma creciente en el mantenimiento de la familia. Ello puede tener dos interpretaciones. Una, que el poder adquisitivo de los sueldos ha ido bajando y que por lo tanto hace falta más esfuerzo para vivir igual, otra que la familia trabaja más horas para mejorar su nivel de consumo.

La población económicamente inactiva, pero en edad de trabajar, está en su mayor parte concentrada en estudiantes, cincuenta y cuatro por ciento, y amas de casa, treinta y seis; el resto es rentistas, jubilados, incapacitados y otros.

Miremos nuevamente las grandes cifras. De toda la población urbana del Ecuador la población de menores de diez años era el veintidós por ciento, por lo tanto la población en edad de trabajar era el setenta y ocho. De esa población en edad de trabajar, cincuenta y ocho por ciento era económicamente activa. De la población económicamente activa, cincuenta y uno por ciento estaba ocupada en el sector informal que incluye en este caso labores agrícolas en áreas urbanas y servicio doméstico. De la población económicamente activa, cuarenta y nueve por ciento estaban ocupados en el sector moderno; cincuenta y uno por ciento en el sector informal. Finalmente, de la población en edad de trabajar, cuarenta y dos por ciento era económicamente inactiva. Esos porcentajes son muy parecidos para la Sierra y la Costa.

La educación es un factor a considerar. De la población urbana con educación secundaria el cincuenta y cinco por ciento era económicamente activa; de la con educación superior, el setenta y nueve por ciento (ochenta y ocho en el caso de los hombres y sesenta y nueve en el caso de las mujeres). Claramente la educación superior facilita el tener trabajo.

¿Cómo ayuda la instrucción a trabajar en el sector moderno? De la población sin ninguna educación tan sólo el once por ciento lo hace, de aquella con educación primaria el treinta por ciento, de aquella con educación secundaria el cincuenta y dos y de aquella con instrucción superior el cincuenta y nueve.

El trabajar produce un ingreso. En el Ecuador de Julio de 1993, y según el estudio ya citado, el ingreso promedio de la población ocupada urbana era S/.221 mil al mes; en dólares $114. Un ingreso escalofriantemente bajo. Y de esa población sólo el catorce por ciento tenía un ingreso mensual igual o superior a S/.360 mil; en dólares $186. Otra cifra escalofriante.

La Sierra está ocho por ciento sobre el ingreso promedio nacional, la Costa 5,6% por debajo. En el sector moderno, la Sierra está cuarenta y cinco por ciento sobre el promedio nacional, la Costa veinticuatro; en el sector informal, excluyendo actividades agrícolas en zonas urbanas y servicio doméstico, veintitrés por ciento por debajo y veinte también por debajo. Ello probablemente es un reflejo de la presencia de empleos estatales en la Sierra en una proporción mayor que en la Costa, y en la mayor migración de ecuatorianos no calificados a las ciudades de la Costa. Finalmente, las mujeres ganan en promedio treinta y nueve por tiento menos que los hombres y están mucho menos representadas en los niveles altos de ingresos. Los que están mejor son los hombres que trabajan en el sector moderno en la Sierra, cincuenta y ocho por ciento sobre el promedio nacional; los que están peor son las mujeres en el sector informal de la Costa, cincuenta por ciento bajo el promedio nacional.

La medición del empleo y del desempleo se facilita en las áreas urbanas y en el sector moderno, se dificulta en el campo y en el sector informal. Las cifras miden la realidad del Ecuador que está mejor, descartan al Ecuador que está peor.

EL GOBIERNO

No son las constituciones las que elaboran la paz y el progreso de los pueblos, sino los hombres que los gobiernan.

—Juan 'Benigno Vela

Los gobiernos están para facilitar el intercambio entre ciudadanos y para restringir el comportamiento salvaje; para ayudar a los ciudadanos a integrarse a la vida política, social y económica del país, y para servir a los más, no para imponer las opiniones o conveniencias de los menos. En el Ecuador los gobiernos no han trabajado bajo un consenso sobre el rumbo que debe seguir el país; la política ha sido canibalística y de corto plazo; la falta de instituciones fuertes, salvo la Iglesia Católica y las Fuerzas Armadas, ha hecho que los gobiernos se hayan sustentado o en ellas o en débiles alianzas políticas oportunistas.

La Eterna Crisis

Que triste es el vivir soñando una ilusión que nunca a mí vendrá

- Enrique Espín Y.

La palabra crisis ha pasado a ser un signo taquigráfico que recoge la realidad política del Ecuador desde su nacimiento como país. Para el ecuatoriano, frente a esa realidad política sólo queda un alzarse de hombros ante lo inevitable. Pero no es inevitable. La crisis la causamos nosotros por la forma en que hacemos que los políticos miren las cosas. Y ello porque para los ecuatorianos la política es el deporte nacional y se la mira como un partido de fútbol en que se está con el uno o el otro equipo y se juega a ganar, aunque haya que hacer infracciones de vez en cuando. En la enciclopedia Espasa Calpe editada a principios de este siglo, se comenta: "Un principal defecto del ecuatoriano es su pasión política, que ha retardado su desarrollo y progreso en muchos casos, inclinándose muchas veces a los extremos sin tolerancia alguna".

Hay cuatro características importantes en la política ecuatoriana: el "inmedia-yoyismo", el personalismo, el "velaverdismo" y el "tiratoallismo".
Primero el "inmedia-yoyismo". Miramos las cosas a corto plazo. La semana que viene es la realidad que nos interesa, el año que viene es el futuro remoto. Las miramos a través de nuestros intereses personales, buscando que todo lo que se haga nos dé el máximo beneficio, comodidad y seguridad. Ello hace que sea imposible tomar una decisión que fije para el país rumbos de largo plazo, porque cualquier intento de hacerlo por parte de un político responsable será inmediatamente atacado, criticado y ridiculizado, esperando que la decisión sea modificada ajustándola a las conveniencias de cada uno. Una vez elegidos o nombrados, los funcionarios públicos se enfrentarán a la radical renuencia de todos de ceder un poco por el bien común y a la infinita capacidad de atacarlos no constructivamente, de poner los puntos sobre las íes, de vociferar su descontento, de hacer un chiste o lanzar un sarcasmo que socava o destruye lo que se está tratando de hacer sin dejar nada a cambio.

Y luego el personalismo. Cada político y los que lo apoyan quieren empezar a poner en marcha sus ideas inmediatamente, ciegos a la posibilidad de que pueda haber otra

solución o camino, tal vez inferiores a los suyos en efectividad, pero que al crear un consenso tendrían más posibilidades de éxito. Las ideas se confunden con el individuo, creemos en el político y no en su teoría política. Como resultado, cuando ese político no nos da lo que esperamos buscamos cambiarlo; eso necesariamente lleva a que sea muy difícil mantener en el país una visión de desarrollo coherente. El éxito lleva al capricho del dirigente, su fracaso lo lleva a echarle la culpa a alguien. Cuando uno lleva adelante un plan basado en una idea política y ese plan fracasa, se puede modificar la idea política en función de esa experiencia, pero cuando se lo lleva a cabo en función de uno mismo conlleva un fracaso personal de muy difícil aceptación.

Tercero el "velaverdismo". Los ataques al contrincante político tienen que ser demoledores y terminantes. No hay piedad. Y ello porque los ecuatorianos en general encuentran una especial satisfacción en que un político le diga vela verde a otro. Las acusaciones son a veces traídas de los cabellos, se dice cualquier cosa, se acusa en todas las direcciones y luego no se hace nada. Pero ese torrente de acusaciones debilita las instituciones democráticas y llevado al exterior por corresponsales da una imagen falsa y poco atrayente del Ecuador.

Finalmente, el "tiratoallismo". Los políticos ecuatorianos, o aquellos que aceptan ocupar cargos públicos, con mucha facilidad se desaniman, tiran la toalla y se van a su casa. Son de una susceptibilidad extrema. Toman la actitud fácil de simplemente, ante cualquier dificultad o crítica, dejar las cosas y retirarse ofendidos, muchas veces a criticar acerbamente al gobierno en el que hasta hacía pocas horas participaban.

La crisis es causada por nuestra renuencia a dejar a nuestros funcionarios, elegidos o nombrados, trabajar en paz, aceptando que muchas de las cosas que harán no serán las más convenientes para nosotros, o que en muchas se equivocarán, pero que es preferible caminar en una sola dirección, aunque no sea exactamente por el camino que hubiésemos escogido nosotros.

Como no aceptamos que otros puedan hacer las cosas bien y que debemos estar dispuestos a seguirlos, a escuchar, a conciliar, la crisis se ha convertido en una parálisis permanente que ataca a todo funcionario público pocas semanas después de haber asumido el cargo. Comprendiendo ese peligro, deberíamos llegar al compromiso nacional de aceptar que cada uno de nosotros no sabe todo sobre todo y dar al Presidente, a ministros y a alcaldes, un respiro más largo que el de unos pocos meses, privándonos del placer de lanzar sobre ellos toda nuestra capacidad de crítica destructiva. Deberíamos no avasallar a cada funcionario público que encontramos en un acto social con el torrente de nuestras sugerencias, ideas, opiniones y críticas. Ya que los hemos elegido

deberíamos dejarlos en paz para que tengan tiempo de trabajar, en lugar de dedicarse a defenderse y a justificarse.

Tenemos que aceptar que lo más conveniente para nuestro país no es siempre lo que más conviene a cada uno de nosotros y que nuestra opinión no es el juicio supremo. Reconocer que del atolladero solamente se sale cuando hay alguien a quien se le da la autoridad para dirigir y se lo deja en paz. Que a la larga todos estaremos mejor en un país fuera de la llamada crisis, en un país en marcha, que el salir del atolladero nos beneficiará a todos. No insistamos en que si no salimos primero mejor que no salga nadie.

El Papel del Estado

Soy un retrasado de la caravana, soy un proletario de la incomprensión, soy uno de tantos de la grey humana que nada le queda, que nada le queda, más que el corazón.

— Wenceslao Pareja y Pareja

Los páramos, tal como los conocemos en el Ecuador, son un fenómeno único en el mundo, limitado a los Andes de América tropical. Nuestros páramos empiezan alrededor de los tres mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar; la vida no termina allí, sigue con líquenes y musgos hasta casi los cinco mil metros. Son diferentes a los de los Alpes o a los del Himalaya porque su situación cercana a la línea ecuatorial hace que haya relativamente poca diferencia de temperatura en el curso del año. Muy diferente de las regiones altas de Europa o Asia donde las estaciones están claramente identificadas haciendo difícil la vida en las tierras altas todo el año. En los Andes ecuatorianos a medida que se va ascendiendo los árboles desaparecen, los arbustos achaparrados que los reemplazan finalmente dan lugar a la paja dura, seca y quebradiza del páramo, en un ambiente desolado y melancólico, donde son frecuentes los rápidos cambios de temperatura y temibles las granizadas y las heladas.

Esas tierras aparentemente inhóspitas cubren buena parte de los Andes ecuatorianos y a pesar de que pocos las habitan han penetrado indeleblemente en el alma del ecuatoriano: su música tradicional lleva la tristeza y la soledad de las tierras altas. Son tierras realmente solitarias. En ellas la agricultura es prácticamente imposible y en la época anterior a la conquista debieron estar en su mayor parte abandonadas, sirviendo de barreras naturales entre regiones y pueblos. La Colonia, con la importación de ganado ovino, dio al páramo una base económica; la lana de oveja fue el sustento de los obrajes en los dos primeros siglos de la Colonia. Desde entonces los páramos han sido incorporados a la vida económica del Ecuador. Los pastores que se ocupan de los rebaños de ovejas tienen vidas solitarias y silenciosas, arrebujados en sus ponchos, mientras que, cuando tienen la inclinación, arrancan notas melancólicas al rondador. Honorato Vásquez lo hace poesía:

"Después, sentóse triste, bajo de un árbol y un rondador del seno sacó, y llorando, su mal llorando, el rondador campestre llevó a sus labios".

O como lo siente José Rafael Burbano: "de los rondadores, de pena repletos".

Chimborazo es la provincia de los páramos y ocupa, geográficamente, el centro del Ecuador. Es una provincia amplia y dura, con el supremamente hermoso marco que le dan sus nevados. Fue en la provincia de Chimborazo donde los incas, finalmente superado el nudo del Azuay, se enfrentaron a la última resistencia, que tendría un final sangriento en Yahuarcocha; fue en Chimborazo donde los españoles fundaron la primera ciudad de la futura audiencia, Santiago de Quito, luego trasladada al norte; fue en los frígidos páramos de Chimborazo donde se producía la lana que inició la tímida primera revolución industrial en el Ecuador; fue en

Chimborazo donde se reunió la primera Asamblea Constituyente en 1830; fue en Chimborazo donde finalmente el ferrocarril unió Costa y Sierra. Una provincia ilustre que lleva el nombre del dios puruhá.

Hoy la provincia del Chimborazo lleva la pesada carga de los problemas sociales aún no resueltos del Ecuador: el problema de la pobreza, el problema de comunidades no integradas a la economía nacional, el problema de la emigración, el problema de la salud y el problema de la educación rural. El Ecuador no tendrá su floración definitiva hasta que todos los ecuatorianos, incluyendo los que viven en las ásperas laderas de los volcanes, sientan que participan en pie de igualdad en la riqueza nacional.

Cuando se mira la realidad de la provincia del Chimborazo uno no puede menos que preguntarse si la economía de libre mercado y la disminución de las actividades del Estado será lo que redimirá a la provincia de su abandono de siglos. Y ello es ocasión para hablar de la función del Estado.

El Estado tiene funciones que nadie discute: administrar justicia, hacerse cargo de la policía, coordinad la defensa nacional, mantener relaciones con otros países. Pero tiene también la función de asegurar que el desarrollo no deje atrás a los miembros de la sociedad que, por su ubicación geográfica, por su educación o por su salud, simplemente no encajan bien en la estructura productiva de la sociedad, particularmente a medida que se entra en una economía de mercado, para la cual no están ni adaptados ni capacitados. El Estado tiene la función de ayudarlos a adaptarse a esa nueva sociedad permitiendo una vida digna a los que, por razones reconocidas como válidas, ya no pueden adaptarse. El Estado ha de proteger a los débiles, ya que los fuertes se protegen a sí mismos.

Para esa y otras difíciles tareas el Estado necesita líderes y muchas veces eso ha faltado en el Ecuador porque no se los ha escogido bien. Vale recordar las admoniciones humorísticas de José Modesto Espinoza: "no basta que el legislador sea decidido, si no es instruido; como no basta el que sea probo, si es bobo; no basta que sea patriota, ni no sabe jota; como no basta que sea leal si no es racional; no basta que tenga buena fe sin abecé".

El cambio en que está inmerso el Ecuador y América del Sur beneficia a unos y daña a otros. La apertura de las fronteras, por ejemplo, reduce los costos de alimentos para muchos, pero afecta la vida del campesino que no puede competir o del comerciante fronterizo que se queda sin fuente de trabajo. Es papel del Estado ayudar a que aquellos que son dañados por el proceso de cambio se ajusten su la nueva situación. La intensidad del papel del Estado variará de acuerdo a la capacidad de cada grupo de individuos de adaptarse al cambio. En algunos casos bastará un breve entrenamiento, en otros

una reubicación geográfica, en otros, como el de un campesino anciano sin familia que ya no puede competir por el efecto del producto importado, un asilo donde se le dé atención permanente.

El Estado tiene que identificar sus obligaciones hacia la sociedad que lo ha creado y, sólo entonces, establecer cómo puede cumplirlas más eficientemente. No es posible hacerlo al revés, dando prioridad a la eficiencia y por ende dejando de gobernar para los que no son eficientes. Hay la tentación de hacerlo así porque muchas veces al hablar del papel del Estado nos referimos solamente a lo que el Estado tiene que hacer para apresurar el cambio, y cuando se habla de cambio se habla tan sólo de cambio económico, y de entidades y personas ya integradas a la economía del país.

Se habla mucho menos del papel del Estado en lo que tiene que ver con el alcanzar la participación plena de todos los ciudadanos en la economía nacional. Y ello porque ese proceso es mucho más complicado, obliga a un análisis mucho más profundo y toma mucho más tiempo, y para muchos tiene un tinte de izquierda que hoy no está de moda. Por otro lado, el margen de error de las cifras que miden ese proceso es grande y se está menos seguro al usarlas. Y, sobre todo, porque implica el involucramiento con seres humanos, muchos sucios, algunos viejos y otros enfermos, con sus problemas y con sus necesidades, y eso no encaja demasiado bien con el énfasis puramente económico y racional que algunos hoy quieren dar al Estado. Parece más fácil simplemente favorecer el rápido desarrollo de los más capaces, que son los más influyentes, liberalizando lo más posible los controles del Estado y minimizando su accionar, en la creencia o esperanza que el desarrollo personal de los más capaces halará tarde o temprano a los menos capaces y que, aunque la brecha social crezca, todos estarán mejor que antes.

Cuando se observa la situación de los hombres y mujeres de los páramos de la provincia del Chimborazo es evidente que la liberación de la economía no va a integrarlos a la vida nacional, más bien va a marginarlos aún más si desapareciese la función protectora del Estado.

El papel del Estado no está solamente en la protección de los menos afortunados en los páramos del Chimborazo o en los tugurios de las grandes ciudades, está también en proteger el territorio nacional, nuestra heredad. La preocupación ecológica hace profundo sentido en un mundo en que muchos recursos naturales están empezando a agotarse. No seríamos responsables hacia nuestros descendientes si les dejásemos como herencia un medio ambiente que hemos manejado con poca responsabilidad.

Tomemos un ejemplo. El Ecuador, como muchos otros países de América del Sur, tiene amplios territorios en la cuenca

amazónica, una de las grandes reservas naturales que aún quedan en el planeta. Para el Ecuador ella significa un potencial inmenso relativamente virgen, con la responsabilidad de protegerlo y conservarlo para generaciones venideras. Conservarlo no quiere decir aislarlo en parques nacionales o entregarlo a ínfimas minorías, sino cuidar que su explotación sea racional, no destruyendo lo que hay sino utilizándolo y permitiendo su recuperación, para ser explotado una y otra vez, sin perderlo. Ello no puede hacerse simplemente promoviendo la colonización o dando rienda suelta a las empresas petroleras. Colonización y empresas petroleras son necesarias, indispensables, en el Oriente, pero dentro de reglas de juego claras que lo protejan. Ese papel de protector solamente lo puede jugar el Estado, que así como protege a los ciudadanos que han sido dejados fuera de la economía nacional, tiene que defender el patrimonio que son los recursos naturales del país cuidando que no sean arrasados por una explotación ciega e irresponsable, exclusivamente interesada en la rentabilidad de corto plazo, pero tampoco sustrayéndolos permanentemente de la vida nacional.

El Estado tiene que mirar las cosas en una forma diferente a lo que lo hace la empresa privada. La empresa privada busca, a base de creatividad y eficiencia, hacer rentable su inversión, y esa rentabilidad es mayor cuando se la obtiene hoy que cuando se la obtiene en diez o veinte años. La empresa privada descuenta los flujos financieros que tendrá a futuro en base a la tasa de interés, por lo que en la práctica los flujos muy a futuro valen poco o nada. Ello lleva a que la empresa privada, correctamente desde su punto de vista, se concentre generalmente en el corto y mediano plazo. El Estado tiene que ir más allá, ya que su responsabilidad no es solamente para los hoy vivos, sino también para los por nacer. Las riquezas del país deben ser acrecentadas para la población mayor que tendrá en el futuro, no rápidamente utilizadas hoy. Por lo tanto, desde el punto de vista del Estado, una mina explotada hoy no tiene más valor que explotada mañana; una beneficia a los ecuatorianos de hoy, la otra a los ecuatorianos de mañana, ambos con los mismos derechos sobre las riquezas del país. Ello obliga al Estado a cuidar los recursos naturales del país y buscar su explotación racional, de tal manera que la explotación de uno, por ejemplo el camarón, no destruya otro, en ese caso los manglares. Esa función lo enfrentará con intereses privados, por lo que el Estado debe tener muy clara su función y tener la capacidad de llevarla a cabo.

Esa función del Estado no puede ser confundida con la de poner obstáculos a las cosas, con el fin de justificar o crear empleos estatales, como ha sido en el pasado. La profunda desconfianza que hoy hay en el Ecuador hacia el Estado surge de la infinita tramitología originada en la mente de la burocracia inútil para justificar su inútil presencia. Para ese Estado ya no hay lugar. Pero

hay que tener cuidado de no confundir tramitología y burocracia con Estado, y evitar que al buscar erradicarlas, se destruya el Estado.

El Ejecutivo y el Congreso

"Por qué si nos amamos los dos no nos juntamos, la nieve con el fuego tan sóío junta "Dios.

Agustín Cuesta V.

El Ecuador, antes de ser Ecuador, conoció solamente gobiernos dictatoriales. Sus tribus eran gobernadas por caciques, luego los incas lo conquistaron y le impusieron sus costumbres e idioma. Luego vino la Colonia en la que el país se manejaba a control remoto desde una corte a semanas de carabela. Y luego vino la República. En ella muchos políticos, hayan sido generales o fogosos oradores, no accedían al poder político sino que lo capturaban, invadiendo el país desde dentro como anteriormente lo habían hecho los incas y los españoles desde afuera. Por muchos años el país se convirtió en el botín del más fuerte o del más astuto. Cada gobernante buscaba ajustar la constitución a su conveniencia y antojo, para ser derrocado y exilado tan pronto aflojaba las riendas.

La justificación del atropello se hacía en aras de la unidad nacional, para defender la integridad del país ante posibles invasiones o para defender doctrinas políticas que de acuerdo a su promotor debían implantarse a rajatabla, sin dar lugar al diálogo civilizado. El intenso personalismo de la política ecuatoriana llevó al poder muchas veces, por la fuerza o por el voto, a políticos que rechazaban el escuchar y el conciliar, a políticos que probaron una y otra vez su incapacidad de gobernar, pero insistían en ello, a políticos venales que se rodeaban de pirañas. Los gobiernos constituidos estaban siempre de temporada de caza, listos a ser derrocados por militares o civiles, todos seguros que tenían, en sus criterios y prejuicios, la solución para el país. Eso se justificaba, se decía, porque el Ecuador era un país ingobernable, lo que quería decir que necesitaba un gobierno déspota; porque candidatos indeseables podían conquistar el poder, con lo que quería ocultar que el pueblo los prefería sobre los encaramados en el poder; y porque el Ecuador necesitaba gobernantes fuertes, es decir, gobernantes que pudiesen imponer los deseos de una minoría a sangre y fuego.

Ha habido funcionarios públicos que han considerado su acceso al poder como una pesada cruz, que sus responsabilidades patrias los obligaban a llevar. Cruz que perjudicaba, ¡horror!, sus intereses personales. La llevaban con estoicismo, resignación, serenidad, y con suprema incompetencia y suprema prepotencia. Ha habido los que veían el Gobierno como un negocio más, en el que buscaban acrecentar su patrimonio personal, royendo el hueso de la patria.

Cuando analizamos críticamente la labor de muchos de nuestros Jefes de Estado vemos que buena parte de sus esfuerzos se han ido en mantenerse en el poder, otra buena parte en conciliar posiciones irreductibles y una pequeña parte en preocuparse del futuro del país. El resultado ha sido la sempiterna crisis en que se ha debatido el Ecuador durante la mayor parte de su vida republicana.

Hay un claro cambio de ese pasado turbulento. Desde 1979 el Ecuador ha tenido una sucesión ininterrumpida de cinco gobernantes elegidos por el voto popular. Ecuatorianos que en 1995 tienen veinticuatro años o menos, el sesenta por ciento de la población del país, han vivido desde sus diez años bajo gobiernos libremente elegidos; no recuerdan dictaduras. Han presenciado el cambio ordenado a gobiernos de concepción política muy diferente del que dejaba el poder. A pesar de la crisis y de la pobreza seguimos en el más civilizado y frágil de los sistemas políticos: la democracia. Hecho insólito en la vida nacional. En esos años se han producido cambios difíciles en el país. El país ha vivido una profunda crisis con la caída del precio del petróleo y el peso de la deuda externa. El poder ejecutivo se ha fortalecido y profundizado.

No ha ocurrido lo mismo con el poder legislativo, el cual se ha deteriorado y desprestigiado. Los diputados han continuado como siempre, inmersos en el juego de la política, en el juego interminable de forjar alianzas y compromisos para romperlos poco después.

¿Qué esperan los ecuatorianos de sus legisladores? Que comprendan la disyuntiva histórica que vive el Ecuador y dejen de lado sus intereses, sus conveniencias, sus caprichos y sus prejuicios para actuar como padres y madres de la patria. Que actúen elevándose sobre lo mezquino y lo oportunista, para atisbar desde la alta posición a la que han sido elegidos el futuro del país, sus necesidades y sus retos, y sopesar responsablemente los proyectos de ley que el ejecutivo lleve a su consideración o que ellos propugnen

No ha sido así. Más bien el Congreso Nacional ha sido el campo de batalla, y no sólo figurativamente, donde diputados y partidos se han enfrentado en una eterna y desgastadora pugna para ver quién tiene mayoría en la siguiente sesión o quién consigue que los

medios de comunicación lo promocionen, donde el no asistir a una sesión dejando encarpetados los urgentes temas que forjarán el Ecuador del futuro es tomado como una estrategia válida.

¿Por qué es así? Porque los diputados simplemente hacen lo que les dice su partido, muchas veces no en función de la conveniencia de país sino más bien para fortalecer el partido, en la creencia que sólo este o ese partido puede salvar al país y que, por lo tanto, cualquier precio para fortalecerlo es válido.

Los partidos políticos han tomado el lugar de los dictadores de antaño, actuando exclusivamente de acuerdo a su conveniencia. No siempre buscando como candidatos a diputados a los más capaces, sino a aquellos que van a votar por lo que diga el partido, incapaces de participar en un diálogo civilizado o en un debate constructivo. Y ello porque los partidos, o más bien sus dirigentes, buscan sobrevivir. En un país en que hay gran cantidad de partidos, muchos de ellos con una base ideológica débil, su votación depende de la impresión que den de ser efectivos. Y creen que en el Ecuador ello sólo puede conseguirse criticando acerbamente al gobierno de turno. El colaborar inmediatamente los marca como gobiernistas. Y eso es malo, porque en el Ecuador se espera que el Gobierno solucione en pocos meses los grandes problemas nacionales. Como ello es imposible se inicia la despiadada crítica al Gobierno y el partido político que no se une a ella, y apoya al gobierno, cree ver reducidas sus posibilidades electorales.

Los Dos Pilares

Lamparilla ardiente de mis ojos no desmayes jamás en mi camino.

- Luz Elisa Borja.

El Ecuador, durante la mayor parte de su historia, no ha tenido en el sector público instituciones fuertes, bien estructuradas y bien organizadas. No así en el sector privado en el cual los hacendados de la Sierra, y los comerciantes y banqueros de la Costa, pusieron y derribaron gobiernos, buscando cada uno hacerse con el poder para promover sus intereses. El tener instituciones fuertes que den sustento a sus planes de gobierno y no los pongan a merced de grupos de poder fue siempre un buscado objetivo de nuestros gobernantes. Cuando esas instituciones se empezaron a crear hubo muchas veces pugnas entre la Sierra y la Costa por su control. Así como la capacidad productiva de Guayaquil hizo que fuese el àrbitro de los destinos de la República cuando no había instituciones estatales fuertes, el crecimiento de estas fue llevando paulatinamente el poder a Quito. Hasta la década de los setenta el crecimiento del Estado en Quito fue muy lento, debido a su falta de recursos; con los recursos del petróleo el Estado creció en forma desproporcionada a las necesidades del país. La burocracia más que un sustento a la Presidencia de la República pasó a ser una barrera y una rémora.

A lo largo de la historia del Ecuador han habido dos instituciones que sí han sido fuertes: la Iglesia Católica y las Fuerzas Armadas. La primera debido a su control sobre las almas y la segunda debido a su control sobre las armas. La primera ha sido siempre una institución claramente jerarquizada; la segunda lo ha sido sólo en este siglo, en que empezaron a prevalecer intereses institucionales sobre los intereses personales de sus caudillos. El Ecuador debe su existencia, en buena parte, al esfuerzo cohesionador que han tenido esas instituciones en la República. De no haber existido, tal vez los tan divergentes intereses privados de Quito, Guayaquil y Cuenca habrían desmembrado el país.

El Ecuador ha sido tradicionalmente un país profundamente religioso. Podemos remontarnos a las épocas anteriores a los incas y a las de los incas mismos, pero no son esas religiones las que han prevalecido. En el Ecuador ha tomado profunda raíz el credo cristiano, originalmente sólo el católico. Ese sigue siendo el más importante, aunque hoy el cristianismo esté presente en multitud de manifestaciones.

Hoy vemos a la Iglesia como una entidad separada del Estado, pero no fue siempre así. El Incario era una teocracia en la que el Inca era el hijo del dios Sol. La Iglesia Católica estaba íntimamente ligada a la estructura social de la Colonia. En la Colonia la Iglesia jugó un papel de gran importancia por varias razones. Primero, porque España tenía como objetivo fundamental el catequizar; el esfuerzo de catequización estuvo presente en toda iniciativa española. Segundo, porque la Iglesia era prácticamente la única repositoria de la cultura; más aún en países donde sus ciudadanos eran colonizadores recientes: hombres rudos y poco educados. Cuando decimos poco educados a veces usamos como ejemplo despectivo el que no supiesen escribir. La verdad es que en esos tiempos pocos sabían hacerlo. Los clérigos sí sabían. Tercero, en estas tierras remotas y extendidas había poco que hiciese variar la diaria rutina; las fiestas religiosas y el espléndido y tradicional ritual eran elementos de gran importancia en la vida de la Colonia, le daban color y trascendencia.

Las fiestas religiosas aún hoy dan lugar a coloridas expresiones de fe en todas partes del país: la festividad de la Virgen del Quinche, de la Virgen de la Nube, de la Virgen del Guayco, la romería a la Virgen del Cisne, las devociones de Semana Santa. Muchas pasan desapercibidas para los que no son de la zona, como la fiesta del Cristo Negro, en Daule, donde se celebra un milagro acaecido en 1648, cuando al frotar la imagen con el rostro Isidro de Veinza recobró la vista perdida. Luego la imagen se volvió negra como reprobación al castigo que sufrió un esclavo que se subió al altar para besarle los pies.

En la República la Iglesia jugó un papel clave en la sociedad, particularmente en la Sierra donde la clase alta trataba de mantener el status quo y donde había menos contacto que en la Costa con ideas y gente de afuera. A mediados del siglo pasado la Iglesia Católica tenía gran influencia, que alcanzó su máximo nivel durante los gobiernos de García Moreno. Probablemente sin ella desearlo, se la identificó con los intereses de los hacendados de la Sierra. Ello hizo daño a la Iglesia porque se la pasó a ver como soporte de una estructura caduca, parcializando y politizando una institución respetada en el país. La reacción liberal significó un duro fustigamiento a la Iglesia, que aún así siguió manteniendo una posición de preeminencia.

Al acercarse el siglo veinte muchos sacerdotes fueron contagiados por la teología de la liberación, involucrándose profundamente en problemas sociales y descartando a veces su labor pastoral. Ello debilitó la Iglesia Católica en el Ecuador, ya que muchos católicos prefirieron acogerse a sectas protestantes que dejaban de lado temas políticos y sociales y que se dedicaban exclusivamente a la labor pastoral. Ello es un ejemplo más de la importancia de la religión en el ser humano, que sigue un credo religioso como una forma de hacer crecer su espiritualidad y no como una bandera de reivindicación social. Hoy la situación ha nuevamente cambiado; la Iglesia o, más bien, sus sacerdotes han dejado su posición extremista de adalides de los pobres y han vuelto a su labor pastoral. La Iglesia perdió parte de sus sacerdotes, con lo que encuentra hoy difícil llegar en forma adecuada a la extensa población que aún se considera católica.

En la Iglesia Católica ecuatoriana hay una figura que despierta pasiones: Monseñor Leónidas Proaño, Obispo de la Diócesis de Riobamba. En la provincia más india del Ecuador, Chimborazo, dos terceras partes de su población es rural, en gran parte analfabeta, con una alta mortalidad infantil y una abismal falta de servicios básicos; son los desheredados del Ecuador. Es comprensible que un prelado educado en los postulados del Evangelio haya sentido indignación por esa triste herencia del huasipungo y haya querido contribuir a cambiarla. Su apasionada retórica y sus posiciones extremas lo hicieron para muchos una amenaza. Sin querer justificarlo ni juzgarlo, no se puede menos que admirar a quien, con errores tal vez, tomó el pabellón deshilachado y descolorido de los más pobres de los pobres. Sea como sea, al Obispo de Riobamba ya lo ha juzgado el más justo, y generoso, de los tribunales.

No es fácil el papel de las Fuerzas Armadas en un país entre dos vecinos poderosos, particularmente el militarista Perú. Las Fuerzas Armadas ecuatorianas siempre han sabido que en el caso de

un conflicto lo probable es que la lucha sea en su territorio. Han estado siempre conscientes de sus limitaciones, pero conscientes también que en un país pobre y poco desarrollado, por mucho tiempo con un desarrollo relativo muy inferior al de Colombia y el Perú, era imposible alcanzar paridad en armamentos con ellos.

Las Fuerzas Armadas están para defender al país de sus enemigos de afuera, pero en el Ecuador muchas veces les ha tocado jugar otro papel, profundamente incomprendido: defenderla de sus enemigos de adentro. En algunas oportunidades han sido las Fuerzas Armadas quienes han tenido la responsabilidad de mantener unido un país que parecía debatirse en un caos tan profundo que hasta se temía su desmembramiento. La acción decisiva de las Fuerzas Armadas muchas veces detuvo el rápido deterioro y restableció el orden. Los golpes militares han sido causados por la debilidad de la sociedad civil; puede haber prosperado a veces la ambición más que el patriotismo de jefes militares, pero esa ambición no hubiese llevado a un golpe exitoso si la sociedad civil hubiese estado bien estructurada, con instituciones fuertes y políticos interesados en trabajar para el desarrollo del país.

A menudo se ha pedido a las Fuerzas Armadas jugar otro papel, el de defender a la sociedad de la delincuencia. En una sociedad en que delincuentes actúan libre y abiertamente, sin el freno que les da una policía suficiente en número y en preparación, o un sistema judicial vertical y fuerte, está en peligro la misma supervivencia de la sociedad. Y ello es tan grave como una invasión desde afuera, o tal vez aún más, porque es menos evidente. La invasión por dentro, la que hacen los delincuentes que poco a poco se van apoderando del país, es una invasión solapada, de la cual muchos equivocadamente creen que se pueden proteger elevando los muros de sus casas o con alarmas sofisticadas.

Las Fuerzas Armadas como institución son algo relativamente reciente. Anteriormente no existían como tal ni existía una preparación controlada de-sus líderes. Por mucho tiempo las Fuerzas Armadas fueron simplemente jefes militares que al ya no poder mostrar su habilidad militar en las guerras de la independencia probaban suerte en regir los destinos de la República. En 1925, en la Revolución Juliana, por primera vez las Fuerzas Armadas como institución toman el poder. Lo hacen para terminar con una situación sin salida y permitir al Ecuador dar un viraje hacia el modernismo. La segunda intervención tiene lugar en 1937, para conjurar la situación caótica resultado del acto dictatorial de Velasco Ibarra al disolver el Congreso. En 1963 intervienen para poner fin al errático liderazgo de Arosemena Monroy. Lo hacen nuevamente en 1972, volviendo a reemplazar a Velasco Ibarra proclamado dictador. En todos esos casos la Fuerzas Armadas han tratado de poner

nuevamente en rumbo a un país desorientado. Si debieron hacerlo, o si lo hicieron bien, queda al juicio de la historia.

Cuando las Fuerzas Armadas se han hecho cargo del poder no han llevado a dictaduras ni radicales ni represivas, como en otros países. Los gobiernos militares han generalmente tomado una posición centrista, preocupados por el mantenimiento del orden y el eventual regreso a la vida constitucional. Comparado con otros regímenes militares latinoamericanos han aceptado un alto nivel de crítica; a veces, muy dura.

CALIDAD DE VIDA

Es preocupación elemental sondear el futuro y a esa luz tratar de apreciar realísticamente si tenemos los recursos, la organización y las motivaciones para enfrentar al reto de dar una vida digna a esos millones de seres que vivirán en el Ecuador del siglo XXI

— Germánico Salgado y Gastón Acosta.

Había una vez un país con selvas y montañas y muchos hombres y mujeres amables y buenos que querían mucho a su país. Todos se pusieron a trabajar duro y con entusiasmo, construyeron casas y colegios, carreteras y parques, fábricas y tiendas, también sembraron y cosecharon, ordeñaron las vacas e hicieron queso, curaron a los enfermos, consolaron a los tristes y en Navidad el Niño "Dios les trajo lindos regalos. Luego se casaron, tuvieron muchos hijos y vivieron muy felices.

-Un niño ecuatoriano definiendo calidad de vida

El Premio al Esfuerzo

'Elorense es oro en su palabra, es oro en su terruño y oro es su corazón.
- Carlos Aurelio Rubira Infante

Una persona nacida en los años treinta o cuarenta ha conocido tres ecuadores diferentes: el de principios de siglo del cual ha oído a sus padres, el de los años cincuenta en que era un adolescente y el de los años noventa en que era ya un hombre maduro. Arrastrados por el intenso tráfago que es la vida de hoy pocas veces tenemos la ocasión de meditar sobre el inmenso cambio que ha sufrido nuestro país. Examinemos ese cambio desde el sur, desde la provincia de El Oro. Cuando en el resto del país se habla de El Oro se piensa en una realidad muy diferente de lo que es, dejándonos llevar por estereotipos. El Oro es especial porque esa provincia, la menor de la Costa, ha alcanzado con el esfuerzo de sus habitantes una posición de preeminencia, no siempre conocida, en el entorno nacional.

El Oro es un microcosmos del Ecuador y de su historia, y es hoy un ejemplo de su desarrollo. Una provincia abandonada y lejana para la mayoría de los ecuatorianos que no ha tenido más remedio que desarrollarse por sí misma. Una provincia que en 1910 no contaba en el acontecer nacional. Una provincia que como el ave Fénix tuvo que empezar de nuevo, después de ser invadida por el Perú en 1941.

El territorio de El Oro era antes parte de las provincias de Guayas y de Loja. En 1882 un grupo de insurrectos contra Veintimilla proclamó la autonomía política del territorio. La provincia se constituyó formalmente dos años después. Le dieron el nombre de El Oro, pensando, naturalmente, en el metal que hizo en el pasado la riqueza de la provincia, pero en realidad el oro de la provincia no es el metal, es su gente. El Oro combina muchas características de todo el Ecuador. Al este y al sur, en Zaruma y Portovelo, comparte con Loja la accidentada geografía andina; al oeste comparte con Guayas el archipiélago que hace el Golfo de Guayaquil y limita con el Perú, siendo el canal natural para el comercio entre los dos países. A El Oro han inmigrado ecuatorianos de todo el país en busca de trabajo y de nuevos horizontes.

En 1910 El Oro contaba con alrededor de cincuenta mil habitantes, ochenta y nueve mil en 1950 y cuatrocientos trece mil en

1990. Entre 1950 y 1990 ha crecido cuatro y media veces en población. Su capital, Machala, tenía cinco mil habitantes en 1910, ocho mil habitantes en 1950, despoblada después de la guerra, y ciento cuarenta y cuatro mil en 1990, dieciocho veces más que en 1950. La población urbana de El Oro se reparte entre varias ciudades de más de diez mil habitantes: Pasaje, Santa Rosa, Huaquillas, Arenillas, El Guabo, Piñas todas con fácil interconexión entre sí y con un intenso comercio. El Oro es una de las provincias más urbanizadas del Ecuador, superada tan sólo, ligeramente, por Guayas y Pichincha, salvo que en El Oro hay varias ciudades importantes y no sólo una gigantesca. La riqueza de El Oro está no solamente en sus ciudades, sino también en el uso efectivo de sus campos, donde con menos población rural que las otras provincias del Ecuador, salvo Carchi y las del Oriente, fue un importante productor de cacao desde la Colonia y lo continúa siendo de banano y camarón.

La iniciativa privada en El Oro ha sido el motor de su economía. Es una de las provincias del país donde más se ha hecho con la iniciativa privada. Se lo ha hecho a pesar, o tal vez debido a, un aislamiento y abandono de siglos. Por ejemplo, en la devastación que causó la Corriente del Niño en 1982 los dos principales puentes en la carretera de Machala a Guayaquil fueron destruidos y por más de diez años se usaron puentes provisionales. Las larguezas del Estado llegan a El Oro muy lentamente.

El crecimiento de El Oro ha sido posible por el alto nivel de educación de su población. El porcentaje de su población mayor de seis años sin ninguna instrucción es el menor del país, salvo Galápagos. El porcentaje de alfabetización es el mayor del país, salvo también Galápagos. El de alfabetización rural es el mayor del país. El porcentaje de su población con educación secundaria y con educación superior es solamente superado por Pichincha, Guayas y Galápagos. Igual situación con respecto a asistencia escolar de la población de seis a catorce años.

El crecimiento urbano de El Oro y su alto nivel de instrucción ha hecho posible una tasa de fecundidad menor al promedio nacional, con sólo Guayas, Pichincha y Galápagos aún menores. En el área rural tiene la menor tasa de fecundidad del país, reflejo también del nivel de instrucción. En mortalidad infantil está ampliamente por debajo del promedio nacional y solamente Galápagos la supera.

En el estudio sobre satisfacción de necesidades básicas que llevó a cabo el INEC en base al censo de 1990, en calidad de vivienda El Oro estaba a la cabeza del país, después de Pichincha y Galápagos; en índices de menor hacinamiento sólo estaban mejor Azuay, Pichincha, Tungurahua y Galápagos; en abastecimiento de agua El Oro estaba ligeramente mejor que el promedio.

El Oro es un ejemplo de lo que se puede hacer cuando se quiere hacerlo y de cuánto esa decisión de hacer las cosas ha hecho cambiar al Ecuador. Hay muchos ejemplos de ello también en otras provincias del Ecuador, donde el empuje de su población ha superado barreras aparentemente infranqueables. Baste como un ejemplo la industria quesera en Bolívar, donde en una de las provincias más pobres y aisladas del Ecuador, a base a trabajo y a asistencia técnica, se han logrado productos de calidad que pueden competir en cualquier parte del mundo. Como otro ejemplo, la industria de alfombras en Guano.

Nuestras Necesidades

¡A veces pienso olvidarte, matar esta pasión tierna, pero, cómo no adorarte,
cómo corazón dejarte, sin tu amor es noche eterna.

- Manual Coello N.

¿Dónde en el Ecuador hay una mejor

calidad de vida? Respuesta preñada de emociones. Cada uno añade a elementos cuantitativos de evaluación su amor a la patria chica y lo bien que encajan sus gustos e inclinaciones a la forma de hacer las cosas en su tierra. Pero sí se puede intentar establecer ciertos parámetros cuantitativos.

En ellos, primero tenemos que decidir si usamos promedios o valores mínimos. El promedio puede ser engañoso: la riqueza y el bienestar pueden estar concentrados en unos pocos y la gran mayoría de la población sufrir privaciones; el promedio sirve bien cuando la riqueza o los beneficios no están concentrados y ese no es el caso del Ecuador.

Los valores mínimos tienen la ventaja que identifican a la parte de la población que sufre mayores privaciones. Se puede argüir que una sociedad es mejor no necesariamente cuando genera más riqueza, sino cuando hay menos gente, proporcionalmente al total, viviendo en condiciones de hacinamiento, ignorancia, hambre o extrema necesidad. Veamos cómo aplican esas reglas a las diversas provincias del Ecuador.

En 1991 el INEC hizo un estudio basado en el censo del año anterior que sirve bien para nuestros propósitos. El estudio mide si ciertas necesidades básicas están o no satisfechas. Ellas son seis: calidad de vivienda, que se considera necesidad insatisfecha si las paredes de la vivienda son de adobe o tapia, madera, caña o materiales similares y el piso de caña, tierra o similares; intimidad - el estudio usa la palabra hacinamiento, pero intimidad es mejor - que se considera necesidad insatisfecha en hogares con más de tres personas por cuarto, excluyendo cocina, baños y pasillos; abastecimiento de agua, que se considera necesidad insatisfecha si no se tiene acceso a una red pública ni, en el medio rural, a agua de pozo; servicio sanitario, que se considera insatisfecha si no hay sistema de eliminación o no hay acceso a servicio higiénico; asistencia escolar, que se considera insatisfecha si en el hogar hay niños entre siete y doce años que no asisten a la escuela; y capacidad económica, que se considera insatisfecha en base a una ponderación de la educación del jefe del hogar y del número de dependientes por persona que trabaja.

En base a ese estudio se llega a la conclusión que el veintinueve por ciento de los hogares ecuatorianos tienen todas sus necesidades básicas satisfechas. Eso quiere decir que más de dos de cada tres ecuatorianos vive con la falta de algo básico para una vida digna. En el medio urbano es el cuarenta y tres por ciento y en el rural el trece. En la Sierra el treinta y seis por ciento, en la Costa el veinticinco, en Galápagos el trece y en el Oriente el doce. Donde hay un mayor porcentaje de necesidades básicas satisfechas es en la Sierra urbana con cincuenta y siete por ciento, donde menos en el Oriente rural con seis. En todos esos grupos la necesidad menos

satisfecha es el servicio sanitario, con sólo el cincuenta por ciento satisfecho a nivel nacional, seguido en todos los casos por el abastecimiento de agua, con el sesenta y siete por ciento satisfecho a nivel nacional; y luego por la intimidad, con el setenta y dos por ciento satisfecho a nivel nacional.

Esos son promedios que comprenden áreas urbanas y rurales; las diferencias entre unas y otras son tan enormes que se tiene necesariamente que analizarlas separadamente.

Primero el sector rural. Los hogares en la Sierra rural con todas sus necesidades básicas satisfechas son el catorce por ciento. Pichincha está a la cabeza con veintisiete por ciento, le siguen Tungurahua con dieciséis y Carchi con catorce. Bajo el promedio están Imbabura con doce, Cotopaxi con once, Cañar, Bolívar y Azuay con nueve, y Chimborazo con ocho. Loja tiene solamente un seis. Sorprende el altísimo porcentaje de Pichincha, más que el doble del promedio nacional, y sorprende también los bajos porcentajes de sus provincias aledañas y dentro de su frontera de influencia; más aún si se incluye Esmeraldas, como se verá más abajo. Una explicación muy extendida es que ello se debe a un gran esfuerzo del Gobierno Central en Pichincha rural, que de haber sido así debería balancearse en beneficio del resto.

El promedio de necesidades básicas satisfechas en la Costa rural es el doce por ciento. El Oro y Manabí están a la cabeza con catorce, le siguen Los Ríos con trece, Guayas con diez y Esmeraldas con cinco. Una distribución más pareja que en la Sierra, salvo el caso de Esmeraldas. En el Oriente el promedio es seis por ciento; destaca Pastaza con doce, alrededor del promedio están Morona Santiago con siete y Zamora Chinchipe con seis; Sucumbíos sólo llega a cuatro. Galápagos está en el dieciocho por ciento.

Eso es el sector rural. En el sector urbano los hogares en la Sierra con necesidades básicas satisfechas son el cincuenta y siete por ciento. A la cabeza están Azuay con sesenta y ocho y Chimborazo con el sesenta y dos, lo que sorprende en vista de sus bajos promedios rurales. En el promedio está Pichincha. Algo bajo el promedio están: Bolívar, Cotopaxi, Imbabura, Carchi y Loja. Cañar está muy por debajo del promedio con treinta y seis por ciento. Los extremos están en el Austro: Azuay, con un promedio excepcionalmente alto, y Cañar, con un promedio excepcionalmente bajo, causado por su sector costeño centrado en La Troncal.

En la Costa, los hogares con necesidades básicas satisfechas son el treinta y tres por ciento en el sector urbano: treinta y cinco en El Oro y Guayas, treinta y uno en Manabí, veinticinco en Esmeraldas y veintiuno en Los Ríos. En el Oriente son el treinta por

ciento; destaca Pastaza con cuarenta y cinco, Zamora Chinchipe tiene cuarenta, Morona Santiago treinta y nueve y Ñapo veinticuatro; horroriza Sucumbíos con diez por ciento. Galápagos horroriza también con el once.

Los porcentajes de necesidades básicas satisfechas no han cambiado mucho desde 1982, lo que quiere decir que el país ha absorbido la mayor población y urbanización sin aparentemente mayor deterioro de sus servicios básicos. Ello es así en los promedios totales, no lo es cuando se mira el detalle. En calidad de vivienda ha habido mejoría tanto en el sector urbano como en el rural. En abastecimiento de agua ha habido un muy importante deterioro. En servicio sanitario ha habido un importante deterioro en el sector urbano y una clara mejoría en el rural. En intimidad ha habido una mejoría en ambos sectores. Asistencia escolar en el sector urbano ha mejorado ligeramente y en el sector rural ha empeorado ligeramente. En capacidad económica hubo una gran mejoría; la no satisfacción bajó a la mitad.

Necesidades básicas satisfechas puede que no sean suficiente para que la población se quede en su provincia, ya que tal vez no haya oportunidades de trabajo y no le quede otro camino que emigrar. Aquí, sin embargo, hay que tener cuidado de no exagerar la dimensión de las migraciones. La mayoría de la población se queda en la tierra en que nació y no emigra, por lo que o está satisfecha con lo suyo o siente que el cambio puede que mejore su situación económica, pero no necesariamente su calidad de vida, porque ama a su tierra y a su gente y lejos de ellos no sería feliz.

Una manera de medir la dirección de la migración es calcular la migración neta de la provincia. Para determinarla hay que combinar dos estadísticas. Por un lado tenemos el porcentaje de la población de la provincia que ha venido de otras provincias, por otro lado el porcentaje de los nacidos en esa provincia que hoy viven en otras partes del país; los que vinieron y los que se fueron. La diferencia entre uno y otro la llamamos aquí migración neta. En el país las provincias con migración neta positiva, de mayor a menor migración neta, son las del Oriente, Galápagos, Pichincha en la Sierra, Guayas y El Oro en la Costa. Todas las otras provincias tienen migraciones netas negativas; Esmeraldas, Los Ríos, Cañar, Imbabura, Tungurahua y Azuay las menores, y Loja y Bolívar las mayores.

Una manera de establecer cuán atractiva es una provincia para vivir y trabajar es examinar el porcentaje de necesidades básicas satisfechas que tiene su sector urbano, que es donde se emigra, y la migración neta que tiene la provincia. Una provincia con ambos porcentajes altos es atractiva para los que viven en sus ciudades y atractiva para la inmigración a esas ciudades. Lo es

Pichincha, con necesidades básicas satisfechas urbanas un tercio sobre el promedio urbano del país y con una migración neta positiva del veinticuatro. Pichincha ha sido muy exitosa en combinar esas variables. Nuevamente, en el resto del país se diría que ha sido ayudada por la presencia del Estado. Sea lo que sea, sí parecería que la atención del Estado debería aumentar en provincias menos afortunadas.

Al otro extremo están las provincias que no son atractivas para la migración y que tienen necesidades básicas satisfechas bajo el promedio nacional; en breve, las que están peor. Ellas son Manabí, Los Ríos y Cañar. Los Ríos y Cañar tienen migraciones netas negativas parecidas, pero Cañar con un mayor porcentaje de necesidades básicas urbanas satisfechas; Manabí tiene necesidades básicas urbanas satisfechas cercanas a las del Cañar, pero una mayor tasa de migración neta negativa. Estas son las provincias donde parece que hace falta una gran inversión del Estado para levantarlas de su postración, creando la infraestructura necesaria tanto para promover la generación de empleos como para mejorar los servicios básicos.

Luego hay las provincias que son atractivas para la inmigración pero que tienen necesidades básicas urbanas satisfechas bajo el promedio: el Oriente, Galápagos, Guayas, El Oro y Esmeraldas. En el Oriente, Sucumbíos es la que tiene las más bajas necesidades básicas urbanas satisfechas en el país, pero a su vez la que tiene la más alta migración neta positiva. Claramente las oportunidades de empleo en el sector petrolero más que compensan las duras condiciones de vida. Los inmigrantes son atraídos no por provincias con necesidades básicas urbanas relativamente satisfechas, sino por provincias que ofrecen oportunidades de empleo. Guayas y El Oro tienen necesidades básicas urbanas satisfechas algo bajo el promedio y migraciones netas positivas netas alrededor de la mitad de las de Pichincha. Claramente todas esas provincias requieren de inversiones para aumentar la cobertura de sus servicios básicos a su creciente población.

Finalmente están las provincias con migración neta negativa y con necesidades básicas urbanas satisfechas superiores al promedio: son todas las de la Sierra, salvo Pichincha y Cañar. Pero hay diferencias. Están las que tienen migración neta negativa en menor grado: Imbabura, Tungurahua y Azuay. Luego vienen Carchi, Cotopaxi y Chimborazo con migraciones netas negativas mayores, similares a las de Manabí en la Costa. En el caso de Chimborazo es claro que sus relativamente altas necesidades básicas urbanas satisfechas no es suficiente para atraer inmigrantes, hace falta ofrecer oportunidades de empleo. Y, finalmente, vienen Loja y Bolívar, con

las mayores migraciones netas negativas del país. En todas esas provincias lo importante es generar empleos.

La inversión privada se continuará centrando en ciertas provincias del país, que no serán siempre las provincias que más necesidades de generación de empleo tienen. Por lo tanto, esa inversión privada debe ser balanceada con la inversión del Estado en obras de infraestructura productiva y de servicios básicos para atraer la inversión privada y alcanzar un desarrollo armónico del territorio nacional. Es evidente que la calidad de vida de los ecuatorianos podría ser enormemente elevada si se mejorase el abastecimiento de agua y los servicios sanitarios. El Estado debería invertir más en servicios básicos en las provincias por debajo del promedio: las del Oriente, Galápagos y las de Costa, y en infraestructura productiva, riego por ejemplo, en Manabí, Los Ríos y Esmeraldas en la Costa y en todas las de la Sierra, salvo Pichincha donde los niveles de inversión han sido mayores.

Puede quedar la curiosidad de cómo clasifican las diferentes ciudades del país con respecto a necesidades básicas satisfechas. No olvidando que esas cifras deben tomarse con cuidado, las capitales cantonales donde más del sesenta por ciento de la población tiene necesidades básicas satisfechas, en orden decreciente, son: Paccha y Zaruma en el Oro, Cuenca, Pomasqui en Pichincha, Riobamba, Cumbayá en Pichincha, Pujilí en Cotopaxi, Marcelino Maridueña en Guayas, Guaranda, Latacunga, Méndez en Morona Santiago, Piñas en El Oro, Uyumbicho en Pichincha, Ambato, Machachi en Pichincha, Patate en Tungurahua, San Miguel en Bolívar y Azogues. Pichincha tiene cuatro, El Oro tiene tres, Bolívar y Tungurahua dos cada una.

Las provincias con todos sus cantones con necesidades básicas satisfechas superiores al diez por ciento eran: Bolívar, Carchi, Imbabura, Pastaza, Pichincha y Tungurahua. Los cantones con necesidades básicas satisfechas por debajo del cinco por ciento, los de la vida más dura, eran: en Chimborazo, Guamote, cubriendo el páramo de Palmira y las remotas lagunas de Atillo; en El Oro, Las Lajas y Huaquillas, en la frontera con el Perú; en Esmeraldas, Eloy Alfaro, entre el cantón capital de la provincia y el puerto de San Lorenzo; en Guayas, Colimes, El Triunfo, Palestina, Pedro Carbo, Salinas, Santa Elena, Santa Lucía, Urbina Jado y Playas; en Loja, Espíndola y Sozoranga, ambas en la frontera con el Perú; en Los Ríos, Palenque; en Napo, La Joya de los Sachas y Orellana; en Zamora Chinchipe, Nangaritza, en la frontera con el Perú; en Galápagos, Santa Cruz; y en Sucumbíos, Shushufindi, origen de tanta riqueza. Las necesidades básicas insatisfechas se centran en la frontera con el Perú, en el Oriente petrolero, en los páramos del Chimborazo y en el oeste de la provincia del Guayas.

Barreras para una Sociedad Justa

Hay un libro de versos en tus manos de luna, en el libro un poema que se deshoja en rosas, tiendes la vista al cielo y en tus ojos hay una devoción infinita, para mirar las cosas.

- José María 'Egas MÍ.

LOS hombres y mujeres del Ecuador aspiramos vivir en una sociedad orgullosa de su pasado, con raíces; aspiramos vivir en una sociedad democrática y justa; aspiramos vivir en una sociedad con valores morales y con valores cívicos; aspiramos vivir en una sociedad razonablemente segura, donde no impere la delincuencia o la impunidad; en una sociedad con un sistema de justicia que funcione bien y para todos igual; en una sociedad donde el gobierno esté al servicio de sus ciudadanos; en una sociedad donde haya una razonable distribución del ingreso; en una sociedad donde todos tengan acceso a servicios mínimos; en una sociedad con una estructura productiva que permita a todos tener un empleo y un ingreso razonables; y, finalmente, en una sociedad donde haya la esperanza de una vida mejor.

El pasado que aprendemos en escuelas y colegios nos da una sensación de continuidad y un orgullo de ser ecuatorianos; un justificado orgullo de pasado. El Ecuador tiene una historia que se remonta a miles de años atrás; muchas culturas adornaron su suelo durante esos años y el esfuerzo de sacarlas a luz está sólo comenzando. Sus luchas contra sucesivos invasores y luego por su independencia fueron iluminadas por muchos actos heroicos. Sus escultores, pintores, poetas y escritores no desmerecen frente a sus vecinos.

Los ecuatorianos aman profundamente a su país. El amor a la patria es una de las grandes fuerzas en los grupos humanos, que los lleva muchas veces a gestas extraordinarias. Lamentablemente, en el Ecuador el amor a la patria está empañado por dos barreras que tal vez el tiempo ayude a hacer desaparecer.

Primero, las rivalidades regionales. A veces parece que el que nació en la Sierra, particularmente el quiteño, se siente más serrano que ecuatoriano, y el que nació en la Costa, particularmente el guayaquileño, más costeño que ecuatoriano. Algunos parecen más interesados en disminuir al de la otra región que engrandecer el país. Otros rechazan cualquier cosa que venga de la otra ciudad o de la otra región. La actitud beligerante de unos contra otros, particularmente de guayaquileños y quiteños, empaña la ecuatorianidad. El problema del regionalismo no es nuevo, ha sido una constante a lo largo de la historia del Ecuador y muchas veces ha puesto en riesgo la existencia misma de la nación. Guayaquileños y quiteños, serranos y costeños, parecen empeñados en enfatizarlo, transmitiendo a sus hijos antagonismos regionales, más que del concepto de patria.

Segundo, las diferentes etnias. Claramente la historia del Ecuador tiene sabor diferente para el indio, para el negro, para el mestizo y para el blanco. Muchos historiadores, particularmente los que escriben libros de texto para escuelas y colegios, parecen encontrar gran satisfacción en enfatizar las diferencias entre las diversas etnias que hacen el Ecuador y de subrayar como una explotó o disminuyó a otra, enfrentándolas en lugar de integrarlas, como si los que pertenecen a unas fueran los ecuatorianos verdaderos y los otros fuesen simplemente invasores indeseables.

Los ecuatorianos tenemos que rechazar esos rezagos del pasado que nos hacen a veces desear volver: a "el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro". Debemos desarrollar un orgullo de ser ecuatorianos a base de conocer sobre nuestro país, sobre sus logros y las hazañas de sus grandes hombres y mujeres; no se ama y no se puede estar orgulloso de lo que no se conoce. El orgullo de ser ecuatoriano no puede basarse en una patriotería vociferante, o en el rechazo a toda crítica, o en odio a nuestros vecinos de otra región o de otro país; tiene que basarse en el conocimiento del Ecuador y de lo ecuatoriano, en el amor y en la esperanza. Debemos erradicar finalmente ese crítica permanente, con ritmo de pasillo o de yaraví, a todo lo ecuatoriano, lamento melancólico y descorazonador. Más bien debemos cantar lo nuestro al ritmo alegre de un sanjuanito o al son de una marimba, confiados en un futuro que será el que los ecuatorianos quieran que sea.

La democracia, finalmente, parecería haberse asentado en el Ecuador. Eso nos permite dar al país el rumbo que desea la mayoría de sus ciudadanos. Ello no se da en el vacío, se da en el entorno mundial en que nos ha tocado vivir, y ese entorno a veces parece facilitar las cosas para unos y crear barreras para otros.

Miremos, pues, primero, esa sociedad occidental en que estamos inmersos y sus tendencias. Es una sociedad a la que, obsesionada por consumir y por acumular, parece solamente

importarle lo que le agrada, le enriquece o le beneficia. Parece haber dado la espalda al bien común dejando que cada uno se preocupe sólo de lo suyo.

Cuando una sociedad se sustenta en el compromiso de todos de buscar el bien común, sus gobiernos pueden alcanzar un consenso social que haga posible una sociedad segura y con pleno empleo, en la que todos participen en sus beneficios. En sociedades sustentadas en el derroche y en el egoísmo es imposible satisfacer y hacer compatibles las ilimitadas y perentorias demandas que hace cada grupo social. Los gobernantes honestos y capaces se desgastan buscando frágiles y momentáneas alianzas en las que políticos corruptos y oportunistas, funcionarios públicos y hasta jueces se ofrecen al mejor postor. En una sociedad así el Estado se paraliza y se corrompe.

Agobiados por ese Estado, algunas sociedades han decidido desmantelarlo, en la esperanza de que el bien común pueda ser servido, mejor que a través del Estado, a través de la mayor eficiencia que se logra trasladando a individuos y a empresas lo que hace el Estado. Y así están liberando la energía creadora de unos, antes constreñidos por la burocracia estatal, y al mismo tiempo dejando sin protección a otros, antes protegidos, en la esperanza que la libre competencia tome el lugar del Estado en la promoción del bien común.

La libre competencia hace más eficientes a los entes productivos, pero no promueve el bien común. Promueve a los más capaces y a los más rapaces y desatiende al resto, quienes sin el papel tutelar del estado se convierten en un recurso productivo más, que se compra y se vende, o se descarta. No hay una mano invisible que convierta el egoísmo de los que tienen éxito económico en el bienestar de todos. Si se desmantela el papel tutelar del Estado hacia los que no están adaptados a una sociedad de libre competencia, el liberar lo que constriñe a los que la suerte dio más inteligencia, más decisión o más empuje hace que su prosperidad cree el espejismo macabro de una mejora, mientras se ahondan las diferencias sociales y crece el desamparo y el desempleo.

Esas sociedades se hacen sombrías y violentas. En ellas destaca el despiadado, el ambicioso, el que aprovecha la oportunidad sin importarle las consecuencias. Son sociedades que valorizan sólo lo que lucra, entre ello la pornografía, la venta indiscriminada de armas, la delirante publicidad de productos que la sociedad misma señala como nocivos. Son sociedades en las que los criminales viven abiertamente su crimen, justificados por su riqueza. Son sociedades donde, al sólo importar el éxito económico, se trata al pobre y al

desempleado como pecadores a los que el consumo desenfrenado y el egoísmo de sus semejantes algún día redimirá.

Los ecuatorianos que no queremos vivir en una sociedad así debemos buscar el balance entre el papel tutelar del Estado y la libre competencia. Reconociendo que Estado, empresarios y trabajadores tienen papeles diferentes e importantes que jugar en nuestra sociedad y que uno no puede usurpar el papel del otro. Reconociendo que el derroche y el egoísmo no llevan al bien común. Reconociendo que el bien común se promueve haciendo que el Estado proteja a los menos adaptados a una sociedad de libre competencia, mientras descarta regulaciones, controles y actividades que maniatan a los que sí están adaptados. Reconociendo, finalmente, que lo que hace una sociedad próspera, con pleno empleo y en paz no es el comunismo, ni el populismo, ni el socialismo, ni el capitalismo, sino los hombres y mujeres de bien que la gobiernan. Y que en sociedades democráticas tenemos la fortuna de poder de elegirlos.

Y deben ser elegidos con responsabilidad, rechazando a quienes son una maraña de pasiones, un bolsillo abierto y unas manos ávidas, nada más que un ramillete de buenas intenciones o el relleno de una lista acuñada a ultima hora; rechazando al político sin valores y sin conciencia; rechazando a los que creen que el desamparo y el desempleo son la inevitable consecuencia del desarrollo económico o de una sociedad eficiente; votando por quienes tienen valores y convicciones claros, por los que buscan una sociedad que dé empleo y seguridad a sus ciudadanos, que haga sus vidas plenas y amables, que les permita sonreír y confiar, no sólo consumir más a cambio de temer más.

Una sociedad sana debe compartir valores, entre ellos los valores cívicos. En el Ecuador de hoy se habla mucho de la desaparición de los valores, de la desaparición del civismo. Sorprende a los que viven cómodamente el que sus compatriotas que viven miserablemente no compartan sus valores. Pero si se medita un poco no es sorprendente que sea así. Es difícil para el padre de familia que vive en un cuarto en una casa de inquilinato con su mujer e hijas adolescentes, y comparte con todo el piso un baño maloliente cultivar en su familia los valores morales que tiene el profesional acomodado. Es difícil para el emigrante empobrecido que llega a la ciudad y que para tener con qué vivir pone un puesto de freír maduros compartir los valores cívicos que hace a sus vecinos más afortunados desear una ciudad limpia y ordenada.

La aparente desaparición de valores y de civismo surge no solamente de la era materialista en que vivimos sino también de

las diferencias sociales que subsisten en nuestro país. Esas enormes diferencias entre ciudad y campo, y dentro de las ciudades, hacen que en la práctica grupos extensos de ciudadanos vivan vidas constreñidas a los niveles económicos y sociales a los que pertenecen. Cada grupo vive su escala de valores, unos buscando sobrevivir, otros buscando mantener su posición social. Eso resulta en una gran incomprensión y en una gran dificultad en transmitir y compartir valores morales y cívicos, porque los diversos grupos hablan idiomas diferentes, se sienten diferentes y tienen necesidades diferentes. Los valores morales y cívicos serán compartidos por todos cuando todos compartan más equitativamente las riquezas del país.

La calidad de vida en una sociedad no puede ser alta si la vida se pierde con facilidad. La delincuencia azota principalmente a aquellos que menos pueden protegerse de ella y que más difícil encuentran reponer lo que se les arrebata. En el Ecuador mucho se ha acostumbrado, y aún se acostumbra, a decir que se vive en una isla de paz, cuando se lo compara con sus turbulentos vecinos. Ya no es así. El Ecuador es una sociedad violenta en que el delincuente no duda en matar para robar un par de zapatos. Es una sociedad insegura, en que todos sus ciudadanos están abiertos a ser robados, vejados y muertos por individuos y bandas que actúan con impunidad.

El crimen es tema diario de los medios de comunicación. Algunos parecen solazarse con la descripción detallada y la foto macabra. Los medios de comunicación dan gran despliegue a la captura y seguimiento de delincuentes comunes, tratándolos como cantantes famosos, narrando su vida, sus amoríos y la forma en que superaron su pobreza haciendo pobres a otros.

No fue siempre así. Hasta hace poco el Ecuador sí era una isla de paz. Todos la recordamos. En la enciclopedia Espasa Calpe de principios de siglo se cita a Teodoro Wolf: "hay pocos países en el mundo en que se pueda viajar con más seguridad, excepto en los tiempos de conmociones políticas, y a lo que a todos los viajeros deja agradecidos es la hospitalidad sin igual que se encuentra en todo el Ecuador, en la cabaña del pobre cholo no menos que en la hacienda del rico propietario". Una isla de paz, paz que hoy se ha perdido. Ese deterioro de la seguridad es el resultado de la urbanización acelerada, donde se pierde la identidad; de la pobreza económica y cultural en que vive la mayoría de los ecuatorianos; de la impunidad que tiene el delincuente por la debilidad de las instituciones de policía y de justicia; de la corrupción constantemente destapada en el seno de los gobiernos.

¡Ay de aquel a quien los avatares de la existencia lo lleven a clamar justicia en cortes ecuatorianas! La justicia en el Ecuador tarda y no llega. Sus trámites complejos, la proliferación de abogados poco escrupulosos y la lentitud de sus procesos hace que para el ecuatoriano las cortes de justicia no sean un medio para hacer valer sus derechos. La policía se queja que la corrupción en el poder judicial hace que los delincuentes que captura sean puestos rápidamente en libertad. Según el último censo penitenciario el sesenta por ciento de los presos no están sentenciados y en promedio tienen doscientos tres días sin sentencia.

Hoy hay una cada vez más profunda creencia en los derechos humanos. En el Ecuador no los tiene la víctima, de la que todos se olvidan una vez que su dolor o su miseria ha servido como noticia; no la tiene el presunto culpable quien espera meses hasta ser sentenciado; no la tiene el sentenciado que vive en cárceles de condiciones infrahumanas; no los tiene la sociedad porque el primer derecho humano es vivir seguro y en paz. El castigo, por otro lado, no está en línea con el crimen; criminales culpables de crímenes monstruosos salen libres a los pocos años.

¡Ay también de aquel que, viviendo fuera de la capital, los avatares de la existencia lo lleven a tener que realizar una gestión en la capital! Muchas veces en el Ecuador se ha hablado de descentralización administrativa, de que ciudadanos de todo el país no tengan que hacer el largo peregrinaje a la ciudad capital para hacer trámites de menor o mayor cuantía. Allí se enfrentan a una persona generalmente sin ninguna conciencia de lo que significa para el visitante pasar días y días esperando que se termine el engorroso proceso burocrático. Y ¡ay del que se queja!, sus papeles quedarán para siempre enterrados o desaparecerán misteriosamente.

La dificultad en conseguir justicia y la dificultad de completar ágilmente cualquier trámite burocrático hacen que el ecuatoriano se tenga que rebajar ante empleados de las entidades públicas. Una especie de encogimiento de la dignidad, reflejado en la frase: "no sea malo", o "no sea malito", para tratar de mover a la compasión al funcionario, que ya establecida su clara superioridad ante el peticionante puede verse favorablemente dispuesto a conceder el favor. Esa necesidad de rebajarse hace al ecuatoriano rechazar la autoridad, a la que ve no tanto como una fuente de protección sino como de humillación o de extorsión.

La riqueza en el Ecuador está muy desigualmente repartida. Eso es evidente para cualquiera que calcula la relación entre los diversos sueldos en una empresa. Lo que ganan sus

directivos es muchas veces lo que gana el guardia o el conserje; en países más desarrollados económicamente esa relación es muchísimo menor. Escalofrían los niveles salariales con la vasta mayoría de los ecuatorianos tiene que mantener y educar a sus familias. Esos bajos niveles salariales hacen que cualquier gasto imprevisto, una enfermedad, por ejemplo, haga tambalear la economía familiar y la familia misma. Demasiados ecuatorianos viven al borde del precipicio.

Hay grandes desigualdades, de ingresos y de oportunidades entre Quito y Guayaquil, y las otras ciudades del país, y entre esas ciudades y el campo. En las ciudades grandes viven los empresarios, quienes encuentran más conveniente invertir en la ciudad en que viven que hacerlo donde pueden estar sujetos al capricho de la autoridad local a quien no conocen. La falta de institucionalización en el país hace que para el propietario de una industria o un comercio sea indispensable conocer al funcionario público que puede facilitarle o dificultarle su accionar. Conocerlo ya sea para pedirle el favor de un permiso o para sobornarlo. En una ciudad desconocida ese funcionario público es un desconocido, muchas veces con una actitud abusiva hacia el que viene de afuera.

Además, es en las ciudades grandes donde está el escaso personal calificado que tiene el país. Ese personal es renuente a ir a ciudades más pequeñas porque allí su capacidad de negociación frente a su empleador disminuye y por las claramente menores estructuras en educación y salud que tienen las ciudades pequeñas y el campo.

El desarrollo de buena parte del país está muchas veces constreñido por falta de infraestructura. Esto es evidente cuando se analiza dónde va la inversión pública. Va, naturalmente, a las propuestas bien sustentadas que recibe y esas propuestas, naturalmente también, vienen de las comunidades más ricas, con personal más capacitado. Las comunidades más pobres presentan estudios mal sustentados, los que son, naturalmente también, rechazados. Eso lleva a que el mismo deseo de canalizar bien los recursos del Estado ayude a la concentración de la riqueza cada vez más en las grandes ciudades.

Como hemos visto, hay enormes diferencias en la provisión de servicios básicos entre la ciudad y el campo, y entre las ciudades con un rápido crecimiento y las con menor crecimiento relativo. Pero, en la mayoría de los casos, ha habido una lenta y segura mejoría. Ha ayudado el menor crecimiento de la población, reduciendo el requerimiento de servicios, y la urbanización, llevando

la población a las ciudades, donde es más fácil servirla que en el campo.

Buena parte de los servicios básicos, particularmente agua y desagüe que muestran un claro deterioro, son provistos por entidades seccionales y municipales, las cuales muchas veces no han tenido la capacidad técnica, y a veces ni siquiera el patriotismo, para cumplir su función adecuadamente. Eso también está cambiando, gracias a que los medios de comunicación hacen más difícil esconder el abuso y a que la población indudablemente se ha ido educando en la elección de sus líderes. Muchas veces algunos sienten que esa elección es irracional. Puede que lo sea desde el nivel social en que la están mirando, pero muchas veces los pobres prefieren, racionalmente, a alguien como ellos, consciente de sus problemas, aunque tampoco pueda hacer mucho para solucionarlos. Pero eso también está cambiando. Cada día más los políticos tienen que mostrar hechos concretos y no retórica. Antes votaban unos pocos, los que vivían bien y que sí apreciaban una oda sobre el Chimborazo, hoy la mayoría de los que votan prefieren agua potable y están aprendiendo que no todo candidato que clama: "pueblo, pueblo", se preocupará del pueblo una vez elegido.

Nadie se escapa a la necesidad de ganarse la vida. El país en que se vive puede ser muy hermoso, cargado de historia, con valores bien cimentados y seguro para vivir; los servicios públicos pueden ser excelentes, la administración de justicia imparcial y rápida pero todo eso sirve poco para el que no puede encontrar un empleo digno y razonablemente remunerado, para el que no puede mantener decentemente a su familia o a sí mismo. El empleo, además de dar el ingreso indispensable para ganarse la vida, da dignidad al que trabaja. En países desarrollados económicamente con gran desempleo los efectos materiales de ese desempleo son parcialmente compensados con seguros de desempleo, aunque esos seguros no compensan el efecto sicológico de no contribuir a la sociedad. Ello porque el empleo sustenta no solamente el cuerpo sino también la dignidad.

En el Ecuador a la indignidad de estar desempleado se debe añadir la falta de seguro de desempleo. El que está desempleado o ingresa a la economía informal o usa sus ahorros o pide prestado a sus parientes y amigos o roba o se muere de hambre.

El desempleo se da particularmente en el sector urbano. En el campo la falta de trabajo se comparte y su falta se soluciona con la emigración a las ciudades. Así, pues, a la población de las ciudades se agrega la población que deja el campo porque en el campo no hay

suficiente trabajo o porque la vida en el campo no es agradable, debido a la falta de infraestructura; el Estado prefiere invertir en las ciudades donde recibe una mayor presión política para hacerlo y donde las inversiones tienen un mayor efecto propagandístico.

A ese éxodo del campo ha contribuido la reforma agraria: algunos la han visto solamente como una manera de administrar justicia, dando a los trabajadores de la tierra las haciendas, a veces mal administradas, de propietarios ausentes, y no de aumentar la producción y la productividad. Ello ha llevado a lo que inevitablemente tenía que llevar: a un campo retaceado, donde el gran hacendado ha sido renuente a invertir y a generar empleos por falta de seguridad en la tenencia de la tierra y donde muchas pequeñas parcelas no pueden sustentar a una familia. Si a eso se agrega la insuficiente inversión estatal en obras de infraestructura es comprensible ese éxodo hacia las ciudades. Éxodo que podía haber sido menguado si se hubiese buscado hacer el campo eficiente al mismo tiempo que justo.

Ese éxodo ha llevado a que las ciudades hayan crecido a un ritmo mayor que los empleos generados por la industria, el comercio y los servicios. Porque tampoco esas actividades se han desarrollado en las dos últimas décadas con el dinamismo que era de esperarse. En ello tal vez el petróleo jugó un papel de importancia. Algo así como el que se saca la lotería. Se pasa a vivir una vida mejor y a gastar más, pero no porque se ha capacitado o ha trabajado. Cuando se le acaba el dinero de la lotería se le acaba la prosperidad. El desarrollo del país en la era petrolera fue en buena parte dependiente de las dádivas del gobierno, que pasó a reemplazar en muchos casos la iniciativa privada. Cuando se acabaron las dádivas la iniciativa privada se encontró disminuida y es solamente con la apertura de los mercados andinos a principios de los noventa que el viento de la competencia vuelve a hacer hinchar las velas de esa iniciativa. Todo ello ha hecho que las áreas urbanas no estén en condiciones de absorber toda la población que viene del campo, llevando al desempleo y a la violencia que hoy prevalecen.

La integración del Ecuador a mercados más amplios, la apertura de la economía, la estabilidad institucional y la inversión en obras de infraestructura y servicios debería llevar a disminuir en algo la tasa de migración del campo a las ciudades, las cuales deberían a futuro generar suficientes empleos para la población que tienen hoy y la que tendrán mañana. El manejo inteligente y patriótico de esas complejas variables a fin de generar el pleno empleo es el mayor reto al que se enfrenta la sociedad ecuatoriana y sus dirigentes.

Las barreras que para alcanzar una sociedad justa tiene el Ecuador son comunes a las que tienen o han tenido otros países; son generalmente la herencia de un pasado cerrado y tradicional. En

otros países, como en el Ecuador, muchas de esas barreras han empezado a desmoronarse al ser señaladas y atacadas frontalmente, muchas veces ante la reacción violenta y la crítica despiadada de quienes se beneficiaban de ellas o medraban a su sombra. Para caminar todos en una misma dirección es indispensable primero abrir los ojos a las realidades del camino.

Nuestras Esperanzas

Perdona si no tengo, palabras con que pueda, decirte la inefable pasión que me devora, para expresar mi amor, solamente me queda, rasgarme el pecho amada y en tus manos de seda dejar mi palpitante corazón que te adora.

Medardo Ángel Silva

¿Qué deseamos para el Ecuador? Un país orgulloso de su pasado, seguro, justo, con trabajo para todos y sin miseria. Eso sabemos que no lo tenemos hoy. Para tenerlo mañana hay que cambiar muchas cosas y ese cambio puede que no sea del todo favorable para todos y cada uno de nosotros. Probablemente los que más tienen deberán aceptar tener algo menos para que los que menos tienen puedan tener algo más. Todos, particularmente los que más tienen, tendrán que disminuir su consumo para ahorrar más y con ello invertir en crear la base productiva para esa mejora de vida que deseamos. El milagro no se va a dar solamente con los ahorros que traigan los inversionistas de afuera. ¿Cuán dispuestos están los ecuatorianos más afortunados a dar algo de lo que tienen a cambio de un país mejor para sus hijos y sus nietos?

Para contestar la pregunta hay que identificar dos tipos de ecuatorianos. Unos son los que están aquí cuasi temporalmente, dispuestos, si la tormenta arrecia, a dejar el país e irse a vivir a otra parte donde ya han preparado un cómodo colchón.

Esa es una pequeña minoría. La gran mayoría ama a este país y está contenta en él. Aprecian su clima benigno, sus bellezas naturales, los extensos lazos familiares, los amigos, la vida amable, su música y sus comidas. Y si fuese necesario un sacrificio temporal para alcanzar una mejora permanente, estarían dispuestos a hacerlo. Muchas veces nuestros gobernantes temen pedir sacrificios y cuando finalmente los piden se sorprenden de la forma madura y esperanzada con que son aceptados; todos somos más responsables y patriotas de lo que generalmente creen nuestros gobernantes. No es el sacrificio el que nos asusta, es el frecuente desperdicio de ese sacrificio por rencillas entre partidos políticos o por conveniencias electorales

¿Qué podemos esperar a futuro? A primera vista más de lo mismo: más pobreza, más delincuencia, más desempleo, más

desesperanza. Pero cuando se hurga en la realidad de hoy se ve la tenue pero firme luz de la esperanza. En primer lugar hay una clara conciencia nacional que las cosas tienen que cambiar, que se acabaron las vacas sagradas. Eso es un cambio enorme con respecto al pasado, en que lo que se buscaba era conservar los privilegios, conservar lo heredado, sostener los prejuicios, aún a costo de vivir en una constante hipocresía. Hoy todos los ecuatorianos sienten que si se esfuerzan van a estar mejor y que, por lo tanto, más que conservar hay que dar oportunidad al cambio.

En segundo lugar, hay una apertura social que antes no había. Ya nadie tiene una posición fija en la sociedad. El dinero, ya no el linaje, el nombre o el color de la piel, eleva la posición de alguien en la sociedad. Tal vez no la de los que hicieron el dinero, pero sí la de sus hijos que van a buenos colegios y se abren a un mundo diferente que el de sus padres. Eso podría llevar a que los valores tradicionales de las clases dominantes cambien. Pero no es probable que sea así. Lo probable es que las nuevas clases dominantes adopten con el tiempo los mismos valores tradicionales. El desorden que hoy parece prevalecer, y la crisis de valores, son parte del proceso temporal de ajuste. El éxito económico, reflejado en el dinero, está permitiendo el violento reflujo de clases sociales reprimidas, haciendo que el país no se estanque en una sociedad estratificada e inmóvil, lista a explotar.

Tercero, ya se ha perdido el respeto a políticos y a notables que pretenden proteger sus privilegios o incapacidad envolviéndolos en el pabellón nacional. Hoy se reconoce que la majestuosidad del Chimborazo y su permanencia de milenios no justifica el mantenimiento de una estructura, milenaria también, pero injusta, en sus laderas. Una cosa son los símbolos patrios, la historia del Ecuador, sus bellezas naturales, otra son sus injusticias, su pobreza y sus diferencias sociales. Las primeras nada tienen que ver con las segundas. Hoy se habla con una claridad que antes no se permitía; toda crítica a la estructura social se denunciaba como comunista o atea, o capitalista rapaz u oligárquica. Se ha roto el mito que el Ecuador es un delicado y maravilloso balance, controlado por unos pocos sacrificados, los de siempre, que nadie podía tocar, ni cambiar, ni cuestionar. Hoy todos pueden participar en la construcción del Ecuador del futuro.

Cuarto, han habido claras mejorías en variables fundamentales: ha descendido la fecundidad, han bajado drásticamente la mortalidad en general y la mortalidad infantil, ha aumentado la esperanza de vida al nacer, ha aumentado la escolaridad y la calidad de la vivienda. Hay mucho por hacer, pero claramente el futuro no es un negro pozo sin fondo como lo proyectan algunos. En esas proyecciones apocalípticas se olvidan del ser humano, de su capacidad de crear, de la iniciativa de hombres y

mujeres que hoy viven en una sociedad abierta y amplia donde con trabajo se puede llegar muy lejos. Esa posibilidad no existía en el Ecuador de la Colonia o en el de los primeros ciento cincuenta años de la República donde la posición de cada uno estaba definida de antemano. Los dados hoy los lanza cada uno al empezar su vida; antes los recibía de sus antepasados, ya lanzados.

Quinto, hay una clara conciencia que la prioridades dar a todos una vida digna a base de generar empleos productivos y mejorar el entorno físico y cultural en que vivimos. El país, por primera vez, parecería estar saliendo del remolino del pasado, que giraba y giraba sin ir a ninguna parte, porque cada uno halaba para su lado. Los ecuatorianos hemos empezado a construir un camino que todos podemos compartir, con sus precipicios, con sus baches y con sus deslaves ocasionales. No es un camino en el que estamos solos, es también el que han iniciado nuestros vecinos y muchos otros países de la Tierra.

Wenceslao Pareja y Pareja intuye futuras grandezas:

"En las lejanías dejé mis tristezas,
he forjado solo mi robusta sed:
oscuro no valgo todas las grandezas
que siento muy hondo, que siento muy hondo
dentro de mi ser".

Pero lo intuye con la melancolía de antaño, con el sentimiento de que se debería ser pero tal vez no se pueda ser. Esas grandezas están hoy abiertas a todos los ecuatorianos, por lo que prefiero decirlo en forma diferente:

"Y de pronto, ¡adiós al pasado!,
las amables vivencias de ayer,
el terruño de nuestros abuelos
en nosotros ha vuelto a nacer.

Viviremos en él con orgullo,
con valor, con coraje, con fe,
con la ayuda de Dios construiremos
el país que soñamos tener.

Un país con valores morales
dirigido por hombres de bien,
un país en que todos trabajen,
sin miseria y sin hambre, en la ley".

EPÍLOGO

Van cantando por la Sierra con honda melancolía las canciones de mi tierra mientras va muriendo el día.

Cuando uno visita Europa y se extasía ante sus majestuosas ciudades, ante sus soberbios monumentos, ante sus refinadas expresiones de arte, ante la sofisticación de sus gentes, uno se siente inclinado a pensar: ¡estos sí que son civilizados!, y por contraposición se mira con compasión y desesperanza las tierras americanas que se ha dejado hace poco. Tal vez valga la pena hacer una reflexión sobre si es justo ese sentimiento.

Tratar de definir qué es ser un país civilizado es algo que tomaría mucho tiempo y probablemente sería muy difícil alcanzar una definición en la que todos estuviesen de acuerdo. Pero hay ciertos matices de civilización en los que sí creo habría unanimidad. Civilización es lo opuesto a salvajismo. Cuando hablamos de salvajismo nos imaginamos la constante violencia e inseguridad, el constante temor que el vecino esté al acecho para arrebatarnos lo nuestro, el continuo derramamiento de sangre. Cuando hablamos de civilización hablamos de la capacidad de los seres humanos de conversar sus diferencias, de vivir en paz y armonía con sus vecinos o, por lo menos, que sus diferencias no exploten constantemente en violencia armada, que los países se rijan generalmente por códigos aceptados de comportamiento internacional, no por los deseos de rapiña de su gobernante de turno.

Y cuando aplicamos esa regla de civilización a Europa y a América Latina ya no podemos estar tan claros de quién está más civilizado. Si nos limitamos a observar los últimos cuatrocientos años, desde la llegada de España a América y primero damos nuestra atención a Europa, ¿qué leemos en su historia? La continua guerra y la continua violencia, la historia de reyes, emperadores y generales empeñados en armar a sus países para atacar al vecino, para arrebatarles tierras y ciudades. Vemos a la población civil bajo el constante riesgo de ser conquistada, asaltada, robada, violada, por las fuerzas enemigas. Raros son los años en Europa en los que no se había estado gestando o peleando una guerra, raros son los años en Europa en que las poblaciones fronterizas y las no tan fronterizas no han estado mirando nerviosas más allá de la frontera esperando aparecer al tiranuelo de turno arrasando con todo en busca de su

honor y de su botín. Este siglo vio a Europa ensangrentada en dos monstruosas guerras totales. En esta década del noventa, un país europeo se desangra y niños, mujeres y ancianos viven la desesperación de ver sus vidas destrozadas.

América Latina ha vivido en relativa paz en los últimos cuatrocientos cincuenta años. Con ello no quiero minimizar los sufrimientos y las pérdidas que claramente sí han tenido lugar, y que hemos sentido en carne propia, con nuestra provincia de El Oro invadida y vejada, sino hacer la comparación con Europa.
Definitivamente América Latina sale ganadora.
La reflexión es que a veces nos dejamos deslumbrar por los signos exteriores de la civilización y despreciamos lo que tenemos: las sociedades amigables entre sí y en paz que hemos creado. Y no valoramos lo suficiente lo que tenemos y lo doloroso que sería perderlo. Nos quedamos boquiabiertos en Europa frente a la soberbia estatua de bronce del héroe cuyos logros fueron haber asolado cincuenta ciudades, haber aplastado cien ejércitos enemigos y haber abonado con la sangre de los suyos y de los otros leguas y leguas de tierras arrasadas. La historia de nuestras tierras es producto de la extraordinaria capacidad del latinoamericano de vivir en paz. Tenemos mucho que enseñar a nuestros hermanos supuestamente muy civilizados.

Hoy, miles de años después de la llegada de los primeros seres humanos a estas tierras colonizadas por España, podemos enorgullecemos de haber creado una cultura propia. No hay muchas culturas en la Tierra que tengan una continuidad y una extensión geográfica comparables. El mismo aislamiento de América Latina ha hecho que no haya tenido que sufrir las continuas invasiones que sufrieron otras regiones de la Tierra y que por lo tanto se haya podido ir amalgamando a lo largo del continente una cultura propia, con diferencias locales, pero con grandes rasgos en común. Un poderoso elemento de identidad es el idioma. No hay en la Tierra otro grupo tan grande de países que compartan un mismo idioma y una misma tradición. Esa tradición es en parte el resultado de una religión común y de valores compartidos. Sus escritores se sienten latinoamericanos y sus lectores sienten que hablan de problemas comunes. Los corridos mexicanos, las cuecas chilenas, los pasillos ecuatorianos, las zambas y tangos argentinos, los joropos venezolanos, los valses peruanos, los bambucos colombianos, el arpa paraguaya y la quena boliviana se tocan en toda América Latina y son a veces más apreciados que la música propia del país. La comida se hace con elementos similares y los gustos son en gran parte comunes. El nacido entre Río Grande y Tierra del Fuego no se siente complemente extranjero en ningún país entre los allí comprendidos, más bien encuentra en todos ellos trozos de sí mismo.

Todo eso está en medio de un rápido y a veces violento proceso de cambio. América Latina se está abriendo al mundo. Las vidas relativamente apacibles y cerradas de sus países están teniendo la infusión de ideas nuevas; muchos de sus valores tradicionales, su música y sus comidas están sufriendo el embate de afuera y están siendo remecidos profundamente. Tal vez el remezón se siente más porque nos hemos protegido de él por tanto tiempo. No hay duda que América Latina será radicalmente diferente, en muchos aspectos, de la que conocemos hoy. El Ecuador no es extraño a esas antiguas y nuevas realidades, que pueden ser reflejadas en los hermosos paisajes de la Sierra norte.

Pocas regiones en el Ecuador son tan hermosas como la Sierra norte. Lo es por la combinación de la belleza de sus montañas, valles y lagos, y por la variedad de sus gentes y culturas. La antigua sociedad ecuatoriana puede ser comparada con la serena, inmutable y ordenada belleza de los estrechos, feraces y escondidos valles de la provincia norteña de Carchi; ellos reflejan la sociedad tradicional ecuatoriana: aislada y hermosa, pobre y trabajadora, amante de lo suyo, algo cerrada al resto del mundo, generosa con amigos y extraños. La nueva realidad es otra. Hoy la sociedad ecuatoriana, como la latinoamericana, está transitando por caminos diferentes, austeros y extraños, como el páramo de los frailejones en las tierras altas del Carchi.

La nueva carretera entre Tulcán e Ibarra pasa por San Gabriel, ya no pasa por El Ángel. Es un trazado moderno que acorta distancias, pero con el alto precio de dejar de lado una de las mayores bellezas naturales del Ecuador: los páramos de los frailejones. Poco después de Tulcán hay un camino empinado al lado de la carretera asfaltada que sube y sube y sube hasta convertirse en una trocha mala que a veces parece el cauce seco de un río. Poco a poco van desapareciendo los árboles y los arbustos, la hierba se va haciendo rala y los paisajes infinitos, montañas y más montañas a lo lejos, en suaves lomas superpuestas, redondeadas por el viento y por el tiempo. Y empiezan a aparecer, como centinelas, como avanzadas de un ejército gigantesco, los frailejones, primero aislados, luego, a medida que se sube y que se avanza, en grupos dispersos, luego en grupos cada vez más apretados hasta que cubren el paisaje en todas las direcciones, hasta que alcanza la vista. El camino sigue siendo solitario y malo, las montañas silenciosas y lejanas, los frailejones mudos testigos del raro visitante.

Da algo de temor. El viento y la lejanía tienen un aspecto amenazador. La niebla que a menudo invade esas altas regiones simula a lo lejos ser un lobo hambriento dispuesto a devorar todo. El Ángel aparece finalmente, después de una distancia y un tiempo que parecen infinitos, en un recodo del camino, allá abajo. Se llega a su plaza, amplia y silenciosa, y se mira atrás. Y se vuelve a sentir el

llamado del páramo, se lamenta haberlo dejado tan pronto, de no haberse embriagado hasta el final de soledades y extrañezas. Pero ya no se puede regresar, atardece y las sombras se alargan. Aquellos que lo han visitado recuerdan el páramo de los frailejones entre Tulcán y El Ángel como una de las maravillas del Ecuador.

Los dilemas que enfrenta el Ecuador de hoy me recuerdan esos valles y ese páramo del Carchi.

Por algunos años el Ecuador pudo seguir en sus valles protegidos de antaño gracias a la prosperidad temporal que le dio el petróleo; hoy esa ruta se le está cerrando.

El Ecuador va a tener que conquistar su lugar en la Tierra., frente a una competencia ahora a nivel mundial, tan dura, áspera e inmisericorde como el viento del páramo, con fuerzas extrañas y extranjeras rodeándolo por todas partes. Tendrá que aprender a sobrevivir en un mundo hostil, adaptándose a él, como lo han hecho los frailejones.

Digamos adiós al pasado, a sus estrecheces y a sus melancolías. Desde hoy seguimos nuevas sendas.

FIN

BIBLIOGRAFIA

Aguinaga, Consuelo, ECUADOR: MAPA DE NECESIDADES BASICAS INSATISFECHAS, Inec, Quito, 1991

Aguinaga, Consuelo, DETERMINACION DE LOS NIVELES DE POBREZA EN EL AREA URBANA, Inec, Quito, 1991

ALMANAQUE MUNDIAL, Editorial América, 1994

Arosemena, Guillermo, LA REVITALIZACION DE LA ECONOMIA ECUATORIANA, Guayaquil, 1993

Arosemena, Guillermo, EL COMERCIO EXTERIOR DEL ECUADOR, Guayaquil, 1993

Asociación Nacional de Empresarios, ECUADOR, SITUACION Y PERSPECTIVAS DEL SECTOR PRIVADO, 1882

Avilés Pino, Efrén, DICCIONARIO DEL ECUADOR, Editorial Cromos, Guayaquil.

Ayala Mora, Enrique, RESUMEN DE LA HISTORIA DEL ECUADOR, Corporación Editora Nacional, Quito 1993

Benítez, Lilyan/ Alicia Garcés, CULTURAS ECUATORIANAS/ Ayer y hoy, Ediciones Abya-Yala, Quito, 1993

Benítez Vinueza, Leopoldo, ARGONAUTAS DE LA SELVA, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Biblioteca Mínima Ecuatoriana, EL ECUADOR VISTO POR LOS EXTRANJEROS, Editorial J. M. Cajica Jr.. S.A., Puebla, Méiico 1960

Biblioteca Mínima Ecuatoriana, ESCRITORES POLITICOS, Editorial J. M. Cajica Jr.. S.A., Puebla, Méjico, 1960

Calderón, Cecilia, y otros, ECUADOR, REALIDAD SOCIOECONOMICA, Ediciones Aymesa, Quito, 1992

Calle, Manuel J., BIOGRAFIAS Y SEMBLANZAS, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Cámara de Comercio de Guayaquil, ECUADOR EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI, Tecnicopia Publicitaria, Guayaquil, 1994

Carbo, Luis Alberto, HISTORIA MONETARIA Y CAMBIARIA DEL ECUADOR, Quito, 1978

Carrión, Benjamín, CARTAS AL ECUADOR, Corporación Editora Nacional, Quito, 1988

Cepar, DINAMICA POBLACIONAL DEL ECUADOR, Quito, 1993

Cevallos García, Gabriel, POR UN GARCIA MORENO DE CUERPO ENTERO, Editorial Don Bosco, Cuenca

Cevallos García, Gabriel, VISION TEORICA DEL ECUADOR, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J. M. Cajica Jr.. S.A., Puebla, Méjico, 1960

Cevallos, Pedro Fermín, SELECCIONES, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J. M. Cajica Jr. S.A., Puebla, Méjico, 1960

Cordero Dávila, Gonzalo, VOCES DE LA ADOLESCENCIA, La Unión Literaria, Cuenca 1921

Corporación Nacional de desarrollo, POBLACION Y CAMBIOS SOCIALES, Corporación Editora nacional, Quito, 1989

Correa, José Modesto, ARTICULOS DE COSTUMBRES, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Cosse, Gustavo, ESTADO Y AGRO EN EL ECUADOR, Corporación Editora nacional, Quito, 1984

Crespo Toral, Remigio, LEYENDA DE HERNAN, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Crespo Toral, remigio, LA CONCIENCIA NACIONAL, Colección Grupo Aymesa, Quito,

Damerval, Jaime, CENTRALISMO Y REGIONALISMO EN EL ECUADOR, Artes Gráficas Senefelder, Guayaquil, 1979

De La Torre Espinoza, Carlos, LA SEDUCCION VELASQUISTA, Ediciones Libri Mundi, Quito 1993

Durán Bailen, César, FRENTE AL FUTURO, Editorial Amauta, Guayaquil, 1979

Editorial Aguilar, ECUADOR, Ediciones El País, Madrid, 1993

Franklin, Albert B., ECUADOR, RETRATO DE UN PUEBLO, Corporación Financiera Nacional, 1984

Fuentes, Carlos, EL ESPEJO ENTERRADO, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1992.

Gil Gilbert, Enrique, NUESTRO PAN, Publicaciones Educativas Ariel

González Suárez, Federico, MEMORIAS INTIMAS, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Guzmán, Marco Antonio, BICENTRALISMO Y POBREZA EN EL ECUADOR, Corporación Editora Nacional, Quito

Hassaurek, Friedrich, CUATRO AÑOS ENTRE LOS ECUATORIANOS, Editorial Abya-Yala, Quito.

Hurtado, Oswaldo, EL PODER POLITICO EN EL ECUADOR, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 1877

Inec, V CENSO DE POBLACION Y IV DE VIVIENDA (1990), Quito, 1991.

Inec, ECUADOR: EL IMPACTO DEL REGISTRO TARDIO Y SOBREREGISTRO EN LAS ESTADISTICAS VITALES EN EL PERIODO 1979-1992, Quito, 1994

Inec, SERIE ESTADISTICA 1986 - 1990, Quito, 1993

Inec, EMPLEO, DESEMPLEO Y SUBEMPLEO, Quito, 1993

Jijón y Caamaño, Jacinto, SELECCIONES, Biblioteca Mínima Ecuatoriana, Editorial J M. Cajica Jr.. S.A., Puebla, Méjico, 1960

Life, LAS REPUBLICAS ANDINAS, Biblioteca Universal de Life. México, 1966

Loor, Wilfrido, ELOY ALFARO, Editorial Moderna, Quito, 1947

Loor, Wilfrido, LOS JESUITAS EN EL ECUADOR, La Prensa Católica, Quito, 1959

Martínez, Luis A., A LA COSTA, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Mclntyre, Loren, INCAS, National Geographic Society, Washington, 1975

Mera, Juan León, CUMANDA, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Mera, Juan León, NOVELISTAS ECUATORIANAS, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Miño Grijalva, Manuel, LA ECONOMIA COLONIAL, Corporación Editora Nacional, Quito, 1984

Monsalve Pozo, Luis, EL INDIO, CUESTIONES DE SU VIDA Y SU PASION, Editorial Austro, Cuenca, 1944

Muñoz Borrero, Eduardo, ENTONCES FUIMOS ESPAÑA, Editorial Gráficas Iberia, Quito, 1989.

Muñoz Vernaza, Alberto, ORIGENES DE LA NACIONALIDAD ECUATORIANA, Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, Cuenca, 1960

Onffroy de Thoron, Enrique, AMERICA ECUATORIAL, Corporación Editora Nacional, Quito, 1983

ORADORES DEL Siglo XIX, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Palau Jiménez, Ricardo, OPINIONES SOBRE LA CONSTRUCCION EN EL ECUADOR, Editorial Gráfica Avilés, Guayaquü, 1993

Pareja Diezcanseco, Alfredo, BREVE HISTORIA DEL ECUADOR, Libresa, Quito, 1992

Pareja Diezcanseco, Alfredo, LA HOGUERA BARBARA, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

POETAS ROMANTICOS, Clásicos Ariel, Guayaquil

Publicaciones estadísticas varias del Banco Mundial, las Nacional Unidas y la revista Fortune.

Rodríguez Castelo, LITERATURA ECUATORIANA, Publicaciones educativas Ariel, Guayaquil/Quito.

Rojas, Angel Felicísimo, EL EXODO DEL YANGANA, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Rojas, Angel Felicísimo, LA NOVELA ECUATORIANA, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Rumazo, Alfonso, MANUELA SAENZ, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil

Salgado, Germánico y Acosta, Gastón, EL ECUADOR DEL MANANA, UNA RUTA CON PROBLEMAS, Cordes, Quito, 1991

Salvador Lara. Jorge, HISTORIA CONTEMPORANEA DEL ECUADOR, Fondo de Cultura Económica, México, 1994

Santos Alvite, Eduardo, ECUADOR LA DECADA DE LOS NOVENTA, Corporación Editora nacional, Quito 1993

Sosa, Raúl, SITUACION DEMOGRAFICA Y SOCIO ECONOMICA DE LAS DIVERSAS REGIONES NATURALES Y PROVINCIAS DEL ECUADOR, Inc, 1991

Terán, Francisco, GEOGRAFIA DEL ECUADOR, Libresa, Quito, 1990

Tama Paz, Cyrano, ECUATORIANO, DEFIENDE TU PETROLEO, Universidad de Guayaquil, Guayaquil, 1975

Tama Paz, Cyrano, ESCANDALOS PETROLEROS ECUATORIANOS, Universidad de Guayaquil, Guayaquil, 1970

Uhle, Max, LAS RUINAS DEL TOMEBAMBA, Conferencia leída en el Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay, 1923

Universidad de Cuenca, PRESENCIA DE LA POESIA CUENCANA, Cuenca 1962

Vargas, José María, Fr, HISTORIA DE LA CULTURA ECUATORIANA, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil - Quito

Velasco, Juan de, LA HISTORIA MODERNA, Publicaciones Educativas Ariel, Guayaquil.

Wolf, Teodoro, GEOGRAFIA Y GEOLOGIA DEL ECUADOR, Universidad de Guayaquil, 1992